Una doble experiencia política: España e Italia (1944)

FRANCISCO AYALA
RENATO TREVES

Edición, introducción y notas de
Giulia Quaggio

CUADERNOS DE LA FUNDACIÓN FRANCISCO AYALA

UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA

(1944)

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 12

La investigación que ha dado lugar a este libro contó con una ayuda de la Fundación Francisco Ayala.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2017

© *De los textos de Renato Treves:* Tullio Rodolfo Treves
© *De los textos de Francisco Ayala:* Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala
© *Del prefacio:* Matteo Pasetti
© *De la introducción y notas:* Giulia Quaggio
© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala
Una doble experiencia política: España e Italia (1944)
ISBN: 978-84-338-6116-0
Depósito Legal: GR-1048-2017
Diseño de la colección: Juan Vida
Fotocomposición: La Trama Digital
Impresión: www.tipografico.es
Impreso en España / Printed in Spain

UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA (1944)

Renato Treves

Francisco Ayala

Introducción, edición y notas de

Giulia Quaggio

Fundación Francisco Ayala

Universidad de Granada

2017

Índice

Prefacio
por Matteo Pasetti 9

En la tierra del medio. El antifascismo transnacional de *Una doble experiencia política: España e Italia*
por Giulia Quaggio 19

UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA (1944)

Una doble experiencia cultural
por Renato Treves 165

La experiencia política de una generación española
por Francisco Ayala 174

La experiencia política de una generación italiana
por Renato Treves 187

La misión de los pueblos latinos
por Francisco Ayala 212

TEXTOS RECUPERADOS DE FRANCISCO AYALA Y RENATO TREVES (1940-1944)

El último libro de Bergamín
por Francisco Ayala 221

Piedras blancas, de Landsberg
por Francisco Ayala 224

Panorama de la sociología contemporánea
por Francisco Ayala 227

Ideología y utopía
por Francisco Ayala 230

La historia de la cultura
por Francisco Ayala 233

La crisis de la República romana
por Francisco Ayala 236

La servidumbre de la ciencia jurídica italiana
por Renato Treves 238

La Joven Italia y la Joven Generación Argentina en Montevideo
por Renato Treves 243

Liberalismo y socialismo. Conferencia del dr. Renato Treves
por Renato Treves 248

El antifascismo en la cultura italiana
por Renato Treves 251

VEINTITRÉS CARTAS EN TORNO A *UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA* 257

UNA RESEÑA DE *UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA* (24 DE MAYO DE 1945)

Socialismo y Libertad
por Dardo Cúneo 293

DOS TEXTOS DE LA DÉCADA DE 1980

Antifascismo italiano y español en el exilio argentino.
Un debate y otros recuerdos
por Renato Treves 297

Evocación de un viejo debate
por Francisco Ayala 308

Prefacio

Matteo Pasetti

EDITADA e introducida por Giulia Quaggio, esta nueva edición de *Una doble experiencia política: España e Italia* se realiza después de más de setenta años de la primera, de 1944. La intención es recuperar un texto poco conocido, que representa esencialmente un diálogo entre dos intelectuales antifascistas europeos, el italiano Renato Treves y el español Francisco Ayala, ambos exiliados por razones políticas en América Latina a finales de los años treinta del siglo XX. Un diálogo que tuvo lugar en el penúltimo año de la Segunda Guerra Mundial, y que alterna las voces de los dos autores a través de cuatro capítulos, dando lugar a una narración dialéctica en torno al tema de la libertad política, su negación por el fascismo y la necesidad de restaurarla de manera más sólida y completa.

Se trataba notoriamente de un tema crucial en aquel momento histórico. El desenvolvimiento de las operaciones militares en el frente europeo estaba difundiendo la percepción de que la derrota del fascismo era inminente. En consecuencia, crecía la urgencia de definir los marcos políticos de la posguerra, bajo el punto de vista del orden internacional y también respecto a los distintos estados nacionales y sus sistemas institucionales. En el campo antifascista, el primer punto de la agenda ya no era cómo derrotar al enemigo, con qué herramientas y estrategias, sino hacia qué meta dirigir la trascendental transición política después de una guerra civil europea de treinta años[1]. Planear el futuro, sin olvidar las lecciones del pasado: este era el imperativo de todas las propuestas procedentes de las filas antifascistas, independientemente de su declinación ideológica.

1 Véase: Enzo Traverso, *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Il Mulino, Bolonia, 2007.

En primer lugar, el diálogo entre Ayala y Treves ofrece un testimonio de esa necesidad, es decir, de la exigencia de reformular la idea de democracia sobre la base de unas experiencias históricas concretas y al hilo de un debate que se había modelado ya en las décadas anteriores. Desde esta perspectiva, creo que la lectura del ensayo proporciona todavía ideas de gran interés histórico. Voy adelantando tres ideas del texto entrelazadas entre sí, en las que me centraré en las páginas siguientes: la primera afecta a la cuestión de la aproximación al tema de la crisis política entre las dos guerras mundiales; la segunda consiste en la interpretación del fenómeno fascista que se propone; la tercera se refiere a la formulación ideal de una nueva democracia.

Una mirada histórica, comparativa y transnacional

El diálogo entre Ayala y Treves empezó a partir de unas circunstancias precisas, como resultado de la reseña escrita por el filósofo italiano a un libro del colega español, *El problema del liberalismo*, publicado en México unos años antes, en 1941. Como se desprende de la primera de las cartas recogidas en este volumen, el comentario de Treves –aparecido bajo el seudónimo de Santorevere en la revista *Quaderni Italiani*, editada entre 1942 y 1944 en los Estados Unidos por un grupo de miembros del movimiento antifascista Giustizia e Libertà– despertó el interés de Ayala no tanto por los elogios, sino por algunas estimulantes críticas.

En particular, el filósofo italiano expresaba su preocupación acerca de la noción de liberalismo que afloraba en el texto del escritor español: este parecía no hacer distinción entre los principios ético-políticos de la ideología liberal y los principios económico-sociales de la burguesía capitalista, convirtiéndose así –a los ojos de Treves– en una especie de portavoz de una generación de intelectuales españoles engañados por la influencia del pensamiento jurídico alemán y llevados a una hostilidad categórica respecto a todo sistema institucional democrático-liberal.

Simplificando esta crítica a través de un popular refrán, se podría decir que, según Treves, Ayala terminaba por "tirar al bebé" (es decir, el liberalismo) "con el agua del baño" (es decir, la injusticia social). Esa considera-

ción marcaba una diferencia con respecto a una corriente de antifascistas italianos, a la que pertenecía el mismo Treves, que mantenía los planos separados, reiterando la confianza en los valores del liberalismo a pesar de la degeneración de la sociedad burguesa y las disfunciones del parlamentarismo. Por esta razón, estos hombres "han luchado siempre por la defensa de la libertad que consideraban como un valor absoluto, independiente de las instituciones históricamente determinadas" (166).

Aquí, sin embargo, no es mi intención adelantar cómo esta reflexión se desarrolló en las páginas de *Una doble experiencia política* y a qué resultados dio origen. Tampoco tengo el propósito de reconstruir la génesis del texto, o explicar bajo qué círculos políticos y culturales se formaron estos dos autores –tareas que Giulia Quaggio realiza muy bien en su introducción, a la que remito para cualquier profundización–. Más bien, precisado que esa reseña de Treves se convirtió en el primer capítulo del libro y, por tanto, en el punto de partida de una discusión a dos voces, quiero subrayar que este intercambio de puntos de vista se realizó sobre la base de un enfoque compartido, implícito ya en el título y en la referencia a una "doble experiencia política": una mirada histórica comparativa, que procedía de un camino común a lo largo de la historia del siglo XX, un camino a la vez personal y colectivo.

El diálogo entre Ayala y Treves encontraba su origen, de hecho, en la común condición de exiliados políticos, causada por la deriva político-cultural de sus países. El primer punto fuerte de su debate sobre la crisis de la democracia liberal consiste en el recuerdo constante de la doble experiencia histórica vivida por Italia y España entre las dos guerras mundiales, diferente en su evolución, pero similar en acabar en una dictadura fascista –como el mismo Ayala reconocía explícitamente (174)–. La reflexión no se limitaba a una especulación meramente teórica, sino que se basaba en el análisis y la comparación de las condiciones sociales y políticas específicas de los dos países. Ese diagnóstico adquiría espesor justo a través de una mirada histórica y comparativa.

Sin embargo, poner de relieve la naturaleza de *Una doble experiencia política* no significa atribuir al texto un carácter excepcional entre la literatura política de la época. De hecho, la comparación entre las diferentes expe-

riencias nacionales era una práctica habitual en muchas disciplinas, como el derecho, la ciencia económica, la historiografía o las nuevas ciencias sociales; además, era frecuente en los ensayos que se ocupaban del fascismo o más generalmente de los procesos políticos. Las estanterías de las bibliotecas de aquella época estaban llenas de textos que cotejaban sistemas institucionales, ordenamientos legislativos, condiciones económicas y procesos históricos[2]. La contribución de Ayala y Treves se inscribe así en una densa tradición de análisis comparativos, a menudo realizados con finalidades de propaganda ideológica, es decir, de estudios que hacían hincapié en las particularidades y por ende superioridad moral de casos específicos nacionales, por lo general los del país de origen[3].

Por supuesto, este no era el objetivo de los dos exiliados, que, por el contrario, remarcaban la convergencia entre Italia y España hacia la catástrofe fascista, aunque sin dejar de lado la importancia de los factores locales en esta doble experiencia histórica –por ejemplo, el legado del caciquismo en el equilibrio de poderes español, las debilidades de la experiencia republicana, o el punto de inflexión marcado por la guerra de Etiopía en la evolución del régimen italiano–. Por lo tanto, comparar significaba en primer lugar estudiar las patologías, analizar la disolución del Estado liberal en tiempos excepcionales de crisis y de guerra, comprender la interdependencia de algunas dinámicas políticas que cruzaron ambos países.

Finalmente, contribuía a caracterizar mejor su reflexión la perspectiva transnacional que penetraba su mutua mirada sobre la realidad histórica. Una perspectiva dictada al menos en parte por caminos biográficos simila-

---

2 Incluso limitándose al periodo comprendido entre los años treinta y cuarenta, los posibles ejemplos son numerosos y abarcan una gama muy amplia de temas. Por intereses de investigación, por ejemplo, me he encontrado con una larga lista de análisis comparativos sobre experiencias corporativas de aquellos años; remito a: Matteo Pasetti, *L'Europa corporativa. Una storia transnazionale tra le due guerre mondiali*, Bononia University Press, Bolonia, 2016.

3 Por eso en el campo de la historiografía la comparación debe considerarse no solo un método científico, un método de análisis, sino también una herramienta política y por lo tanto un objeto de estudio (véase: Pierre-Yves Saunier, *Transnational History*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013, p. 12).

res: la huida de Europa, el traslado a otro continente, la inclusión en nuevas redes académicas, la influencia de grupos intelectuales distintos de los países de origen, el consecuente empuje a reflexionar sobre una escala geográfica más amplia que la definida por el espacio nacional. En el modelo cognoscitivo de Ayala y Treves se acentuaba así la atención crítica hacia *el otro*, hacia la trayectoria política y cultural de países que no eran el país de nacimiento, pero que parecían unidos por un destino común. Y se reforzaba la percepción "de la unión espiritual de dos grandes pueblos latinos" (210), que componían –junto con otras naciones de Europa y Sudamérica– un grupo de nacionalidades interconectadas por el intercambio de principios, sensibilidad y tradiciones culturales. En este sentido, parecía encontrar espacio la enseñanza de un gran maestro del método comparativo, Marc Bloch, que algunos años antes había descubierto que la historia comparada era capaz de revelar no solo las similitudes y diferencias, sino también las "interacciones" entre las sociedades humanas[4].

Las interpretaciones del fascismo

ESTA mirada comparativa y transnacional sobre la doble experiencia italiana y española, y más en general sobre la comunidad de naciones latinas, influyó en la lectura del fenómeno fascista que se fue articulando durante el diálogo. Todo eso proporciona un segundo aspecto de gran interés histórico.

Confirmando una interpretación compartida por varias corrientes antifascistas también por el área liberal-socialista a la que Ayala y Treves pertenecían por formación político-cultural, el régimen fascista se define como una "dictadura burguesa" (190). Por lo tanto, se trataba de una fuerza esencialmente conservadora, si no reaccionaria, que tenía su razón de ser en tratar de evitar la emancipación social y política de las clases más bajas.

Sin embargo, esta interpretación no impedía reconocer, en la evolución del fenómeno, algunos elementos modernos, tomando, en particular, las consideraciones de una generación más joven de Giustizia e Libertà, for-

4 Marc Bloch, "Pour une histoire comparée des civilisations européennes", *Revue de Synthèse*, XLVI, 1928, pp. 15-50.

muladas en *Quaderni Italiani* en 1942. El fascismo era visto como un movimiento complejo, al mismo tiempo conservador e innovador. Arraigado en la sociedad, con su propia autonomía, el fascismo no podía ser asimilado a una metamorfosis dictatorial de las (pseudo) democracias burguesas, o simplemente a una versión más autoritaria y violenta de las dictaduras tradicionales. El fascismo tenía su lugar particular en la historia.

Por cierto, se puede observar que para Ayala era justo esa autonomía política lo que permitía distinguir el régimen de Mussolini de la experiencia de Miguel Primo de Rivera, considerada "una dictadura de corte tradicional", completamente efímera (179). Esta tesis, sin embargo, se remonta a los años veinte, y también ha dominado largo tiempo el campo historiográfico. Entre los primeros en ofrecerla, Francesc Cambó la había discutido en un libro publicado en 1929, en el que proporcionaba un análisis comparativo de los nuevos regímenes nacionalistas y dictatoriales establecidos en Europa oriental y meridional[5]: de acuerdo a las ideas del intelectual y político catalanista, el fascismo italiano estaba edificando un sistema de poder muy diferente de las otras experiencias, porque era la expresión de un proyecto de modernización, expansionista, esencialmente totalitario. Las otras dictaduras, en cambio, incluyendo la de Primo de Rivera, en comparación parecían débiles intentos de mantener vivo el pasado. Aunque con diferentes puntos de vista ideológico e histórico, Ayala no se alejaba mucho de esta simplificación (y solo en tiempos relativamente recientes la historiografía ha releído la experiencia primorriverista en términos diferentes, con especial énfasis en la contradictoria "modernización autoritaria" desencadenada en ese periodo[6]).

A partir del paradigma de la moderna "dictadura burguesa", la perspectiva comparativa y transnacional adoptada por Ayala y Treves enfocaba otra cuestión clave, que ya parecía obvia a la altura de la Segunda Guerra

5 Francesc Cambó, *Las dictaduras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929.

6 El historiador que ha formulado más explícitamente la tesis de la "modernización autoritaria" es, sin duda, Eduardo González Calleja: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Alianza, Madrid, 2005.

Mundial, pero se había debatido por largo tiempo en las dos décadas anteriores: la dimensión internacional, global, trascendental del fascismo. Como sabemos, "la definición de fascismo como fenómeno internacional es tan antigua como el propio fascismo"[7]. Desde la llegada al poder de Mussolini, de hecho, aparecieron en Europa una serie de juicios ideológicamente contrastantes, pero unidos por la percepción de estar asistiendo a un giro fundamental: en Italia se estaba delineando un experimento político que no se limitaba a un solo país, sino que se convertiría en un nuevo modelo de referencia para muchos admiradores en todo el mundo. Aunque con evaluaciones opuestas, se trataba de una idea compartida por diversas posiciones políticas, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Entre los intelectuales españoles, para dar solo un ejemplo, desde 1923 el valenciano Vicente Clavel –escritor nacionalista, conocido como el promotor, unos años más tarde, del Día de Libro– veía varias inquietudes de matriz fascista en España, Alemania, Hungría, e incluso en México y Argentina: "aunque los generadores de este nuevo movimiento de *risorgimento* italiano han negado que el fascismo pueda tener realidad internacional, lo cierto es que su acción ha trascendido al exterior y que son varias las naciones donde se refleja, aunque en forma embrionaria todavía, la acción de este fenómeno político"[8].

De acuerdo con un esquema taxonómico ideado por el historiador italiano Renzo De Felice hace ya varias décadas, las interpretaciones clásicas del fascismo como un fenómeno internacional, formuladas en los años veinte y treinta, eran atribuibles a tres principales tendencias políticas y culturales[9]. Una estaba representada por el liberalismo conservador, que veía en el fascismo la manifestación de una "enfermedad moral de Europa"; en

---

7 Enzo Collotti, *Fascismo Fascismi*, Sansoni, Florencia, 1989, p. 3.

8 Vicente Clavel, *El fascismo. Ideario de Benito Mussolini*, Editorial Cervantes, Barcelona, 1923, p. 19. Para un cuadro general de la recepción del fascismo en España durante los años veinte: Manuelle Peloille, *Positionnement politique en temps de crise. Sur la réception du fascisme italien en Espagne 1922-1929*, Inclinaison, Uzes, 2015.

9 Cfr. Renzo De Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Laterza, Roma-Bari, 1969.

palabras del filósofo italiano Benedetto Croce, se trató de "una pérdida de conciencia, una depresión civil y una embriaguez, producida por la [Primera] guerra [Mundial], que se advirtió en casi todas las naciones que participaron en ella"; y como tal, representaba un "paréntesis" en la historia, un "accidente", una interrupción en el camino de las sociedades europeas hacia el horizonte de la libertad[10].

Un segundo paradigma procedía de la ideología marxista, según la cual el fascismo era un "producto de la sociedad capitalista", del choque histórico entre la burguesía y el proletariado, y posteriormente una de las formas de "reacción antiproletaria" adoptadas por las clases dominantes, una variante de la dominación burguesa, no muy diferente del liberalismo e incluso de la socialdemocracia. Como se sabe, esta teoría fue codificada en 1935 por el búlgaro Georgi Dimitrov, secretario del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, que definió el fascismo como "la clara dictadura terrorista de los más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capitalismo financiero".

Finalmente, una tercera lectura "clásica" fue elaborada en el área radical-democrática. En este caso, el fascismo aparecía como el "producto lógico e inevitable del desarrollo histórico de algunos países", principalmente Italia y Alemania. Serían ciertas patologías, ciertos retrasos en la economía capitalista o ciertas debilidades en los procesos de unificación nacional, los que generaron el fascismo, instrumento para la reacción de las élites dirigentes culturalmente atrasadas contra las aspiraciones de edificación de una sociedad democrática moderna más completa. Sobre la cuestión de la dimensión internacional del fenómeno, esta línea de interpretación, por lo tanto, era más ambigua, ya que por un lado encontraba la raíz de las experiencias dictatoriales en la historia particular de cada país, al hilo de la fórmula de Gobetti del fascismo como "autobiografía de la nación italiana"[11] y por el

10 Benedetto Croce, *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, ed. de Angela Carella, Bibliopolis, Nápoles, 1993, vol. I, p. 61, vol. II, p. 346.

11 Piero Gobetti, "Elogio della ghigliottina", en *La Rivoluzione Liberale*, 23 de noviembre de 1922; edición actual en *La Rivoluzione Liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, ed. de Ersilia Alessandrone Perona, Einaudi, Turín, 1995, p. 165.

otro introducía la fructífera idea de la existencia de diferentes fascismos, de diferentes manifestaciones del mismo fenómeno en relación con diferentes contextos históricos.

El marco de interpretación que se desprende de las páginas de *Una doble experiencia política*, por lo tanto, era parte de una tradición consolidada, aunque heterogénea y en constante actualización. Ayala y Treves eran plenamente conscientes de la dimensión global del desafío planteado por el fascismo, y extraían conclusiones de todas estas grandes corrientes de los tres campos antifascistas. Al mismo tiempo, su visión estaba afectada por las condiciones personales e históricas en las que escribían. Por un lado, el exilio y el contacto con diferentes realidades nacionales fortalecía la creencia de que el contagio fascista no se debía a defectos genéticos de los distintos pueblos, sino a la capacidad del fascismo de cambiar de forma para adaptarse a las diferentes condiciones sociales y culturales, de explotar las fragilidades presentes en los sistemas políticos e institucionales. El caso del régimen de Franco en España parecía emblemático desde esta perspectiva; sin embargo, también en América Latina se podían rastrear "muchos gérmenes de fascismo" (210). Por otro lado, la esperanza concreta de una derrota militar inminente del Eje nazifascista hacía urgente la creación de anticuerpos políticos para erradicar de forma permanente la epidemia. El colapso de las dictaduras en Italia y Alemania, de hecho, no era suficiente para evitar "el peligro de un resurgimiento fascista bajo formas nuevas" (208).

Hacia una nueva democracia

La pregunta clave a la que Ayala y Treves estaban tratando de dar respuesta se refería a la estrategia antifascista: es decir, ¿cuál era el objetivo final de una lucha de más de veinte años? La "cruzada antifascista" (210) –como la llamaba Treves con precisión léxica, dando a la batalla en curso una dimensión casi religiosa– debía erradicar de raíz el fascismo, previniendo su supervivencia y por lo tanto eliminando la posibilidad de su regeneración en formas mutadas, tal vez en el lado de las mismas fuerzas reaccionarias y conservadoras. Desde este punto de vista, la misión antifascista era total y global, no admitía limitaciones y compromisos.

Para lograr este objetivo, había que sumar a la fuerza militar, garantizada por la alianza con las potencias americana y soviética, la capacidad de renovar el pensamiento político democrático. Solo la formulación de una nueva idea de democracia podría evitar el posible retorno de la amenaza fascista. Para Ayala y Treves, de hecho, la alianza estratégica con Estados Unidos y la Unión Soviética no implicaba ninguna convergencia política. De hecho, la matriz liberal-socialista de su militancia antifascista impedía la identificación tanto con Washington, en nombre de la lucha contra la injusticia social del sistema capitalista burgués, como con Moscú, en nombre de la defensa de la libertad de la amenaza totalitaria. La tarea del antifascismo era, por tanto, plantear un horizonte alternativo, en el que coexistiesen la pluralidad democrática y la revolución social. Sin la primera, no se restauraría la libertad política suprimida por el fascismo. Sin la segunda, se replicarían los problemas de desigualdad económica y los conflictos entre las clases que habían favorecido la afirmación del fascismo. La solución no residía en volver atrás, restaurando el sistema liberal-democrático prefascista, sino en diseñar una nueva democracia de masas, recuperando algunas sugerencias ampliamente presentes en el campo antifascista ya a partir de los años treinta.

Una doble experiencia política se enfrentaba con ese desafío, sobre la base de un intercambio de ideas que habían adquirido a lo largo del tiempo una dimensión transnacional, transformando las dificultades ocasionadas por la diáspora antifascista en una fuente de riqueza intelectual. Por otra parte, el interés del texto no se limita a la representación de un testimonio sugerente, pero aislado, del debate antifascista de los años cuarenta. El problema subyacente –cómo combinar la libertad política y la justicia social– representaba una cuestión cardinal de la época –en el sentido de que tenía un grado de urgencia máxima en ese especial pasaje histórico–. Ciertamente no se resolvió de una vez por todas, y de hecho todavía parece más actual que nunca.

Y, hoy como ayer, Ayala y Treves nos invitan a planificar el futuro sin olvidar las lecciones del pasado.

En la tierra del medio. El antifascismo transnacional de *Una doble experiencia política: España e Italia*

Giulia Quaggio

"Atlantic-era social politics had its origins not in its nation state containers, not in a hypothesized 'Europe', nor an equally imagined 'America', but in the world between them" (Daniel T. Rodgers[1]).

Vidas paralelas

INTERPRETAR la historia de los intelectuales durante la Segunda Guerra Mundial conlleva reconstruir la intrincada red de relaciones humanas e inesperadas conexiones que los dramáticos acontecimientos bélicos y las dictaduras determinaron en el mundo de la cultura a través de forzosos desplazamientos geográficos. El volumen *Una doble experiencia política: España e Italia*, escrito a cuatro manos por Francisco Ayala y Renato Treves en 1944, justo cuando el conflicto estaba llegando a su fin, representa un testimonio particularmente valioso de esta compleja contaminación intelectual y de cultura política que los exilios ocasionados por las dictaduras produjeron a gran distancia de las fronteras nacionales.

El italiano Renato Treves, filósofo del derecho, se embarcó en Nápoles en otoño de 1938. Tras dieciocho largos días de navegación arribó a Montevideo, desde donde se trasladó definitivamente a Buenos Aires a principios de 1939. Unos meses más tarde, durante la primavera de 1939, era Francisco Ayala quien, con su familia, se subía a un barco en la localidad francesa de Saint-Nazaire con destino a Cuba, para llegar a Argentina, después de muchas dificultades y previo paso por Chile, en agosto de ese mismo año. Aunque las realidades de las que procedían eran distintas, ambos inte-

1 Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, Harvard University Press, Cambridge, 1998, p. 5.

lectuales huían de una Europa entonces al borde del precipicio con el auge de las dictaduras nazi-fascistas y la Segunda Guerra Mundial a punto de estallar.

Ayala, activo defensor de la Segunda República española, para escapar de la represión franquista se vio forzado a exiliarse en América Latina con otros cinco mil intelectuales españoles[2]; Treves, de origen judío, voluntaria y providencialmente decidió alejarse de la Italia fascista en un momento en que se habían aprobado las leyes raciales (septiembre de 1938). En realidad, si Treves quería ejercer su profesión con cierta libertad, la única solución posible era abandonar su país natal, tal y como tendría que hacer Ayala para sobrevivir.

Francisco Ayala y Renato Treves representan, por tanto, dos caras distintas y, al mismo tiempo, complementarias de las migraciones culturales europeas provocadas por los regímenes dictatoriales en el periodo de entreguerras[3]. Distintas y complementarias porque, cada uno con su propio bagaje de formación y experiencias, cinco años después de la fractura del exilio y en la fase final de la guerra, acabarán reflexionando juntos sobre la crisis global del liberalismo en el ensayo *Una doble experiencia política: España e Italia*.

Este trabajo representa la más clara prueba de que el exilio entre las dos guerras mundiales debe hoy ser leído en una doble clave: como lucha inte-

---

2 Se calcula que debieron exiliarse entre 250.000 y 500.000 españoles; 5.000 pertenecerían al grupo de los intelectuales. Véase: José Andrés Gallego, Luis de Llera, Juan Velarde, Nazario González, *Historia de España. España actual. La guerra civil (1936-1939). La cultura en el exilio*, Gredos, Madrid, 1989, p. 581. Entre esos 5.000 se contaban dos premios Nobel, 208 catedráticos, 462 profesores universitarios y de instituto, 109 escritores o periodistas. José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989.

3 Sobre la cuestión del exilio en el periodo de entreguerras en clave transnacional, véase el artículo bibliográfico: Idesbald Goddeeris, "The Temptation of Legitimacy: Exile Politics from a Comparative Perspective", *Contemporary European History*, vol. 16, n. 3, 2007, pp. 395-405.

lectual contra las dictaduras y como compleja experiencia transnacional[4] capaz de arrojar luz sobre el contagio cultural entre Europa y América y las múltiples redes internacionales de circulación de ideas, instituciones estratégicas y solidaridades recíprocas que la naturaleza misma del exilio generó en la práctica de la vida cotidiana, superando de forma original los límites de los movimientos intelectuales supranacionales y el propio internacionalismo obrero.

El punto de partida de este fértil encuentro hay que buscarlo en una serie de coincidencias generacionales y culturales que acabaron aproximando a dos personalidades cuya distancia geográfica –Treves provenía de Turín, ciudad industrial, mientras que Ayala, que pasó su infancia en la ciudad de Granada, se trasladó todavía adolescente al contradictorio Madrid de principios de siglo XX– parecería marcar de inicio una cesura insalvable. No obstante, existen varios puntos de encuentro entre los dos y debemos tenerlos en cuenta para poder comprender este trabajo conjunto.

En primer lugar, Ayala y Treves son coetáneos, aquel nace en 1906, este en 1907, perteneciendo, por así decirlo, a una misma generación europea, que, aunque minoritaria, no se dejó seducir por la presión social de la propaganda totalitaria, y continuó aferrándose a la fe en la libertad, el liberalismo y la democracia.

Ambos se formaron en el vasto campo de la filosofía del derecho y de la entonces poco institucionalizada sociología, aunque a partir de tradiciones académicas dispares. Dos ciudades ubicadas en distintos polos geográficos y estratégicos, Turín y Madrid, durante las tres primeras décadas del siglo pasado fueron capaces de modelar espacios simbólicos y de socialización intelectual a la vanguardia dentro de un Occidente que emergía traumatizado y culturalmente diferente tras la Primera Guerra Mundial.

Turín, antigua capital saboyarda, vivía momentos de cambio a causa del flujo migratorio procedente del campo y el sur de Italia. Aunque sensible a las demandas vanguardistas y a la modernidad de los nuevos proyectos ur-

4 Renato Camurri, "The Exile Experience Reconsidered: a Comparative Perspective in European Cultural Migration during the Interwar Period", *Transatlantica*, n. 1, 2014.

banísticos, en la capital piamontesa se estaba creando una ambigua urdimbre económica y social vinculada a la estructura industrial, la producción, el sector de la industria mecánica y la automoción. Sin embargo, la ciudad permanecía fracturada entre la amplia población migrante, todavía anclada en valores rurales, la obrera de los barrios suburbanos, simpatizante, al menos parcialmente, de la izquierda socialista o comunista, y el centro histórico, marcadamente conservador, de la burguesía, los artesanos y la clase dirigente local[5]. Desde finales de los años veinte, además, hay que añadir el proceso de fascistización de la ciudad. Como en el resto de Italia, el fascismo creció progresivamente en Turín respecto al conjunto de una población que alternaba la pasividad con una aceptación política más o menos consciente, aunque en la capital del Piamonte se mantuvieron también núcleos minoritarios que siguieron oponiéndose al régimen. Las instituciones culturales turinesas, encabezadas por la Universidad y el Politécnico, desempeñarían un papel destacado como forja ideológica de la futura clase dirigente italiana.

Renato Treves se formó en esta ciudad dinámica, sometida a un constante proceso de modelado identitario y dominada por la difícil convivencia de grupos sociales e intereses económicos y culturales diferentes.

De forma semejante, Ayala vivió su etapa de aprendizaje académico en un Madrid que tenía que afrontar los grandes cambios sociales de la época. Como Turín, también el Madrid del primer tercio de siglo duplicó su población, asistiéndose a la creación del sector de la construcción, una sensible reducción del analfabetismo y la configuración paulatina de una clase media intelectual y científica[6]. Este proceso estuvo caracterizado por las tensiones y lacerantes conflictos entre los nuevos grupos emergentes, el deseo de modernidad, la pervivencia de los viejos intereses conservadores y una constante politización de las masas obreras.

---

5 Cfr. Nicola Tranfaglia, *Introduzione: una città sempre più "nazionale"*, en Nicola Tranfaglia (ed.), *Storia di Torino. Dalla Grande guerra alla Liberazione (1915-1945)*, Einaudi, Turín, 1998, pp. XXVII- XLVI.

6 Santos Juliá, "Madrid, capital del Estado (1833-1993)", en Santos Juliá, David Ringrose, Cristina Segura, *Madrid: historia de una capital*, Alianza, Madrid, 1994, pp. 355-371.

El mundo intelectual, tanto en Madrid como en Turín, y todavía más en el resto de Europa, experimentó la urgente responsabilidad de reflexionar acerca de las profundas transformaciones que afectaban a los valores, la emergencia de las masas en la escena política y la consecuente progresiva crisis de las instituciones liberales tal y como se habían prefigurado precariamente en el siglo precedente.

En definitiva, lo que posteriormente se denominó la primera crisis de la modernidad se presentaba como un fenómeno complejo que exigía respuestas[7]. Dichas respuestas, tanto culturales como psicológicas, fueron diversas. Ayala y Treves representaron dos distintas perspectivas, configuradas a partir de diferentes travesías intelectuales y, sobre todo, aceleradas a causa de dos experiencias humanas sometidas a regímenes dictatoriales. Por un lado, la violencia de la Guerra Civil y el desbarato dramático de los principios de reforma social de la Segunda República; por el otro, la maduración intelectual dentro del régimen fascista, basado en una propaganda omnipresente y militar, la ausencia de libertades políticas, la violencia con los disidentes y el progresivo acercamiento diplomático a la Alemania nazi.

Tal fue el intrincado bagaje de experiencias personales que los dos jóvenes intelectuales se llevaron a Argentina y al que todavía se debe añadir, obviamente, la influencia de sus respectivos maestros. Ayala fue alumno de Adolfo Posada, lo que, en primer lugar, le permitió un acceso transversal a la bibliografía sociológica de la época y la posibilidad de adoptar, a través de la tradición organicista y krausista, una perspectiva interpretativa de la realidad basada en la unidad, esto es, en la voluntad de comprender los fenómenos humanos en su organicidad social e interrelación recíproca[8]. Además, Posada lo encaminó hacia un nuevo americanismo en condiciones de superar los esquemas paternalistas y neocoloniales[9].

---

7 Cfr. David Harvey, *La crisi della modernità. Alle origini dei mutamenti culturali*, Edizioni Il Saggiatore, Milán, 1997.

8 Sobre la formación sociológica y académica de Ayala, véase: Alberto J. Ribes Leiva, *Paisajes del siglo XX. Sociología y literatura en Francisco Ayala*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 101-122.

9 Sobre esta perspectiva americanista y al mismo tiempo regeneracionista para España, véase: Andrea Pascuaré, "Del Hispanoamericanismo al Pan-hispa-

Paralelamente, en la segunda mitad de los años veinte, Ayala empezó a frecuentar el seminario informal de la *Revista de Occidente*, un hecho que enriquecerá con nuevas perspectivas su desarrollo personal y político mediante el contacto con Ortega y Gasset: la recuperación del papel de la razón, el reconocimiento de la pluralidad religiosa y del valor abstracto de la libertad, la importancia de la divulgación académica y la reflexión sobre la influencia social del intelectual constituyen solo algunos de los nudos conceptuales que entrarán con fuerza en la producción cultural de Ayala y que, asimismo, se pueden rastrear en las reflexiones de *Una doble experiencia política*.

Resulta innegable que Ortega fue un punto de referencia para Ayala en tanto en cuanto lo introdujo en el centro del debate en torno a la crisis política y cultural que se estaba viviendo en toda Europa, empujándolo a reflexionar, no sin matices contradictorios, acerca de las tensiones que el individuo tenía que afrontar ante el advenimiento de la sociedad de masas, con el riesgo inherente de una deshumanización de la persona, y, por tanto, acerca del papel de ciertas élites seleccionadas para evitar la absorción del individuo en las masas anónimas de la modernidad y la importancia de la moral como instrumento para recuperar la libertad a través de un concienzudo repliegue sobre sí mismo.

Ortega fue, además, esencial por otra razón: dio a conocer al joven Ayala parte de la filosofía y sociología alemanas[10], componentes básicos de su pensamiento que posteriormente lo acercarían a Treves, colocándolo al mismo tiempo en una posición dialéctica respecto del intelectual italiano. Ayala cursó estudios en Berlín en el año académico 1929-1930. En la capital alemana conoció a Herman Heller. Treves, por su parte, siguiendo una práctica

---

nismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes", *Revista Complutense de Historia de América*, n. 26, 2000, pp. 281-306.

10 Jaime Ferreiro Alemparte, "José Ortega y el pensamiento alemán en España", *Glossae. Revista de Historia del derecho europeo*, n. 2, 1989-1990, pp. 143-159. Gregorio Alonso, "Afectos caprichosos: Tradicionalismo y germanofilia en España durante la gran Guerra", *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, n. 15, 2017, pp. 394-415.

común en el mundo académico europeo y en la filosofía del derecho de aquellos años, estudió en Colonia en 1932, entrando en contacto con Hans Kelsen. En definitiva, los dos jóvenes intelectuales pudieron contemplar con sus propios ojos la gradual usurpación totalitaria de Hitler y la desintegración de la República de Weimar, que había representado un momento culminante en la elaboración teórica de la filosofía del derecho así como el final de la hegemonía jurídica de los *Junker* prusianos[11].

La estancia alemana dejó una impronta duradera en los dos jóvenes profesores, pues comprobaron en primera persona la facilidad con la que el Estado de Derecho podía ser destruido. Simultáneamente, vivieron de cerca el ejemplo de dos intelectuales alemanes, el neoidealista Heller y el formalista Kelsen, que defendían, cada uno desde posiciones diferentes y polemizando entre ellos, la libertad jurídica y la independencia ideológica. Por otra parte, en esa época las propuestas de la filosofía del derecho se convirtieron en paradigmas indirectos de las diversas teorías políticas y visiones del Estado en violenta pugna entre sí. Paradójicamente, fascismo y nacionalsocialismo se alimentaron de las contradicciones y críticas dimanadas de estas mismas doctrinas.

Heller, socialista antifascista, miembro del SPD y contrario, sin embargo, a las tesis del materialismo histórico marxista, fue algo más que un maestro para Ayala[12]. Como recuerda el escritor en sus memorias, se sintió atraído desde un punto de vista humano por la figura del alemán, admirando su voluntad para comprometerse con la realidad, la atención que siempre dedicó a los acontecimientos concretos y su intento de hallar soluciones prácticas y no respuestas vagas para una Europa en profunda crisis, rasgos por los que el español mostró predilección ya desde su juventud.

---

11 Peter C. Caldwell y William Scheuerman (eds.), *From Liberal Democracy to Fascism: Political and Legal Thought in the Weimar Republic*, Humanities Press, Boston, 2003. Massimo La Torre, *La Crisi del Novecento. Giuristi e filosofi nel crepuscolo di Weimar*, Dedalo, Bari, 2006.

12 Véase: Antonio López Piña, "Herman Heller y España", en Herman Heller, *Escritos políticos*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 335-382.

Es indudable que la dimensión historicista aprendida con Heller, es decir, la búsqueda de un análisis crítico focalizado en el devenir histórico y en los individuos inscritos en una dimensión simbólico-cultural, fue la principal enseñanza con la que el joven Ayala volvió de Alemania. Así como Heller, ante la crisis que vivía la sociedad alemana de la década de los treinta, decidió posicionarse a través de un lúcido razonamiento hostil a cualquier argumento racista y nacionalista, así también uno de los supuestos fundamentales del pensamiento de Ayala será la incisiva crítica al nacionalismo, esto es, el rechazo, con el recurso del análisis histórico, de los dogmas esencialistas de las naciones. Al mismo tiempo, en el análisis de Heller sobre los orígenes del fascismo no falta una dura desaprobación del comportamiento mostrado por las instituciones liberales, crítica compartida por la filosofía del derecho alemana de la época y que, por medio de una interpretación llena del pesimismo característico del clima cultural de las primeras décadas del siglo XX, está presente también en filósofos neoconservadores, como Oswald Spengler o Wilhelm Stapple, y acabará con los años nutriendo el pensamiento fascista y nazi[13].

Así pues, la experiencia berlinesa permitió a Ayala conocer directamente las reflexiones de sociólogos tan diferentes entre sí como Hans Freyer, Karl Mannheim, Alfred y Max Weber, Franz Oppenheimer y Georg Simmel. Conviene destacar que se trata de autores que no solo constituyen los interlocutores ideales de *Una doble experiencia política*, sino que también, como veremos, sugieren las respuestas con las que Ayala intentó combatir la decadencia moral de los años treinta y el advenimiento de los regímenes totalitarios.

Ayala pudo contar asimismo con la proximidad de importantes maestros españoles, a los que también Treves reconocería como tales durante el exilio, como Julián Besteiro, Luis Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos, entre otros. Aunque Ayala no llegó a militar en ningún partido político, los años de la Segunda República representaron el momento en el que, a través de amigos y maestros, estuvo más cerca de una verdadera participación política

13 Cfr. Ferrán Gallego, "El nazismo como fascismo auténtico", *Revista HMiC*, n. 1, 2003, p. 128.

activa y no solo contemplativa, como será la que lo caracterice posteriormente, abrazando con entusiasmo la idea de transformación social y de regeneración cultural que representaban los cimientos del proyecto republicano.

Así, en aquellos años Ayala va a defender el ideal de Fernando de los Ríos[14], de un socialismo humanista de naturaleza democrática y tolerante. En términos más generales, compartirá las propuestas del PSOE de Indalecio Prieto y Julián Besteiro orientadas hacia el reformismo y, de forma cada vez más explícita, el laborismo inglés. De los Ríos consideraba que la misión del socialismo debía ser la de superar los obstáculos que la sociedad capitalista ponía a una vida plenamente espiritual y a una completa autonomía de la conciencia. Dicho en otros términos, rechazaba, al igual que Heller, el materialismo marxista, porque, en su opinión, si bien había tenido el mérito de plantear un análisis preciso de los problemas del desarrollo capitalista, paradójicamente había legado a la sociedad una concepción excesivamente mecanicista de la vida[15].

Del mismo modo, en los años republicanos que precedieron al exilio, Ayala, como otros muchos intelectuales españoles, dirigió su mirada a "la realidad social profunda en lugar de poner el acento [...] sobre las sutilezas del formalismo jurídico" y esto nacía del hecho de que "nos sentíamos vitalmente implicados en la conflictividad social de una nación que había crecido y buscaba los nuevos equilibrios apropiados a su efectiva realidad"[16]. En esta etapa escribió, de hecho, una serie de textos con clara vocación política y, lo que más interesa a efectos de nuestro estudio, como otros muchos analistas europeos, introdujo la decisiva idea de la necesidad de adaptar las instituciones liberales a los cambios de los nuevos tiempos y a las específicas

14 Francisco Ayala, "Recuerdos de don Fernando de los Ríos", *El País*, 4 de septiembre, 1999.

15 Véase: Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006. Octavio Ruiz-Manjón, *Fernando de los Ríos. Un intelectual en el PSOE*, Síntesis, Madrid, 2007.

16 Francisco Ayala, "La Universidad y la República", *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, junio-julio 1981, pp. 72-73.

exigencias de los distintos momentos históricos desde un punto de vista económico y social.

Sin embargo, la experiencia directa de la Guerra Civil –Ayala se comprometió personalmente como secretario de la embajada republicana en Praga a las órdenes de Luis Jiménez de Asúa– supuso un dramático freno a semejante entusiasmo social: a sus ojos se hacía cada vez más evidente la crisis del Estado liberal cuyas causas y límites, consecuencias y graves degeneraciones le habían revelado los filósofos del derecho alemanes. El pesimismo o, por mejor decir, un pragmatismo desencantado, dominó a partir de ese momento el pensamiento del intelectual español, quien, aun cuando no renunciase nunca al valor intrínseco de la libertad como guía de la acción humana y a la crítica feroz de los regímenes de naturaleza fascista, no obvió contundentes reproches a las instituciones liberales republicanas y al liberalismo español *tout court*.

Este último punto –la modalidad de la crítica a las instituciones liberales– permite señalar una discrepancia entre Ayala y Treves. Las diferencias de perspectiva se remontan una vez más al diverso camino de madurez académica que recorrieron los dos intelectuales antes del exilio. Treves ha indicado con absoluta claridad, en distintas entrevistas, cuáles habían sido sus referentes intelectuales previos, los maestros con los cuales siguió dialogando desde el exilio argentino[17].

El joven piamontés vivió plenamente el espíritu contrario a la dictadura de Mussolini de la universidad turinesa durante los años veinte y treinta. Empezó a estudiar en la Facultad de Derecho en 1925, justamente un año después del asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti y de la promulgación de las leyes especiales que consolidaron la dictadura fascista. La Facultad de Derecho de la Universidad de Turín, a la sazón el principal centro de estudio del derecho en Italia, trataba de superar un conservador legado formalista en la enseñanza de las materias jurídicas. En ella enseñaban, además, relevantes personalidades públicas para la vida italiana de la época.

17 Manuel Atienza, Juan Ruiz Manero, "Entrevista a Renato Treves", *Doxa*, n. 8, 1990, pp. 321- 332.

El principal maestro de Treves fue Gioele Solari, quien, a pesar de que atrajo las simpatías de numerosos alumnos hostiles al fascismo, nunca tomó parte activa en la vida pública italiana. No fue socialista, si bien, formado bajo los preceptos del socialismo positivista, intentó combinar la perspectiva idealista, todavía dominante en Italia, con una dimensión social. De este modo orientó también al joven Renato Treves[18]. Como explica Norberto Bobbio, otro alumno de Solari, este enseñaba con gran pasión la función civil de la filosofía del derecho, perspectiva que dominará toda la carrera de Treves[19].

Otros dos hombres públicos de la Universidad de Turín tuvieron una significativa influencia en la formación de Treves: los dos profesores y senadores reales Luigi Einaudi y Francesco Ruffini. Einaudi, economista y padre fundador de la República italiana tras la Segunda Guerra Mundial, después de una inicial inclinación socialista se aproximó cada vez más a posiciones liberales, defendiendo la absoluta autonomía de las relaciones económicas respecto del sistema político y, tras el asesinato de Matteotti, posicionándose claramente en defensa del Estado liberal que existía antes de la llegada del fascismo. Ruffini, en cambio, titular de la cátedra de Derecho Eclesiástico, era un prestigioso estudioso del tema de la libertad religiosa con evidentes simpatías por las corrientes reformadoras, liberadoras y tolerantes. Con la consolidación del fascismo, el departamento de Ruffini se convirtió en una escuela de libertad y en objeto de las manifestaciones de desprecio por parte de los estudiantes fascistas.

Así pues, Treves enriqueció su formación académica con los matices intelectuales de este ambiente universitario turinés. En el plano teórico, a diferencia de lo que ocurría en España, la corriente dominante era la del liberalismo. Pero tampoco faltaban estímulos notables procedentes del socialismo reformista. Por lo demás, es importante recordar la auténtica de-

18 Angelo d'Orsi, *La vita culturale e i gruppi intellettuali*, en Nicola Tranfaglia (ed.), *Storia di Torino. Dalla Grande guerra alla Liberazione (1915-1945)*, op. cit., p. 502.

19 Norberto Bobbio, *Italia civile. Ritratti e testimonianze*, Passigli, Florencia, 1986, pp. 135-145.

voción por el filósofo Benedetto Croce de la cultura turinesa de aquella época: en 1925, justo cuando Treves empezó sus estudios universitarios, muchos intelectuales firmaron una carta de apoyo a Croce, eminente teórico europeo del liberalismo, quien, en respuesta al manifiesto en sentido contrario promovido por el filósofo Giovanni Gentile, había redactado un *Manifiesto de los Intelectuales Antifascistas*[20]. Entre los firmantes de la carta de apoyo, por ejemplo, se encontraba Paolo Treves, hijo de Claudio Treves, diputado socialista reformista de Milán y amigo del mismo Renato Treves.

Por tanto, a principios de los años treinta subsistían en Turín, entre los estudiantes y los jóvenes intelectuales, especialmente de las facultades de humanidades, importantes franjas alejadas del fascismo –aunque no es posible hablar de un antifascismo estructurado– en un ambiente, sin embargo, que estaba completamente dominado por los seguidores de Mussolini. La oposición a la dictadura se manifestaba a través de gestos, encierros en el departamento o discusiones, grupos de estudio y debate al límite de la actividad clandestina antifascista, que, sin embargo, era desarrollada mayoritariamente por los grupos comunistas.

Los mejores amigos y compañeros de estudio de la Facultad de Derecho de Renato Treves fueron Mario Andreis y Aldo Garosci, y, un poco más tarde, Norberto Bobbio. Si, en primera instancia, Bobbio se limitó a despreciar el fascismo desde su apolítico mundo intelectual[21], Andreis y Garosci, por el contrario, fueron convencidos antifascistas de primera hora, contándose entre los promotores del movimiento Giustizia e Libertà (GL) en Turín. Este movimiento, como veremos en detalle, desempeñó un papel más que relevante en la forja del pensamiento liberal de Treves.

---

20 El 1 de mayo de 1925, Benedetto Croce publica en *Il Mondo* el *Manifesto degli Intellettuali Antifascisti* como respuesta al manifiesto de los intelectuales fascistas de Giovanni Gentile. El manifiesto lo firmaron Giovanni Amendola, Luigi Einaudi, Piero Calamandrei y Gaetano Salvemini, entre otros. Véase: Giuseppe Giordano, "La denuncia di un tradimento: il manifesto degli intellettuali antifascisti", *Annali del Centro Pannunzio Torino*, 2015, pp. 23-33.

21 Sobre los primeros pasos de la carrera académica de Norberto Bobbio durante el fascismo: Norberto Bobbio, *Autobiografia* (edición de Alberto Papuzzi), Laterza, Roma-Bari, 1997.

Antes de estudiar la influencia de este movimiento, sin embargo, hay que mencionar, junto con el peso de Croce, el ascendente del pensamiento de Piero Gobetti en el mundo cultural de la capital piamontesa[22]: el activismo editorial de Gobetti, que falleció muy joven a causa de las secuelas que le dejaron las palizas de las escuadras fascistas, estimuló desde el primer momento en el mundo intelectual italiano la esperanza de una vigorosa renovación ideológica del liberalismo. En opinión de Gobetti, dicha renovación se produciría solo mediante la inclusión de las problemáticas del movimiento obrero. Con la revista *La Rivoluzione Liberale*, Gobetti llevó a cabo la innovadora tentativa de crear un espacio crítico de debate desde diversas perspectivas sobre el pensamiento liberal en crisis, asumiendo la necesidad de la revolución y de un cambio político radical en los momentos de crisis profunda, como era el que atravesaban la Italia y la Europa de la época[23].

Según Gobetti, en fértil diálogo con Antonio Gramsci, otro intelectual influyente en la vida académica turinesa de la época, el liberalismo político –que no debía confundirse, por tanto, con el liberalismo económico– tenía que incluir las exigencias de las nuevas masas obreras en su radio de acción para poder dar una respuesta eficaz a los problemas más acuciantes de la modernidad. Siguiendo las trazas de este enfoque, Carlo Rosselli, uno de los principales promotores del movimiento antifascista Giustizia e Libertà creado en París en 1929, introdujo, en el debate sostenido por los intelectuales contrarios a la dictadura, una renovada interpretación de la ambigua categoría de socialismo liberal. Treves recuerda que precisamente a finales de 1928, por mediación de Paolo Treves, conoció en una conferencia a Nello Rosselli, hermano de Carlo, con quien estableció un fructífero diálogo durante la preparación de su tesis[24].

---

22 *Piero Gobetti e il suo tempo*, Centro Studi Piero Gobetti, Turín, 1976.

23 Véase: Paolo Bagnoli, *Rosselli, Gobetti e la rivoluzione democratica. Uomini e idee tra liberalismo e socialismo*, La Nuova Italia, Florencia, 1996.

24 Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, Franco Angeli, Milán, pp. 33-34. Sobre Nello Rosselli: Simone Visciola, "Nello Rosselli: uno storico alla ricerca della libertà in tempi difficili. Appunti sparsi per una biografia complessiva ancora da scrivere", en Alessandro Giacone, Èric Vial, *I fratelli Rosselli. L'antifascismo e l'esilio*, Carocci, Roma, 2011, pp. 26-42.

El pragmatismo de los hermanos Rosselli resulta un elemento central a la hora de comprender el núcleo teórico de la oposición de Renato Treves al fascismo y la recuperación crítica de la categoría de liberalismo que asumirá una parte del antifascismo italiano. Partiendo de la distinción entre el liberalismo como "método" y el liberalismo como "sistema", Carlo Rosselli denunciaba el empecinamiento de quienes, negándose a separar el espíritu ético-político del liberalismo del modelo económico capitalista, acababan por rechazar las demandas de una libertad más justa e igualitaria y así, paradójicamente, favorecían las corrientes reaccionarias[25].

Como Gobetti, identificaba en el movimiento obrero la verdadera fuerza liberal y liberadora de la contemporaneidad, reivindicando, en un momento en el que la ideología comunista se difundía como una mancha de aceite, un socialismo no colectivista y antiestatalista; Rosselli, además, veía en el marxismo un lastre para la acción provechosa de un socialismo que, respetando el marco liberal, esto es, las reglas de la democracia, podía convertir a las clases bajas en auténticas protagonistas de la función liberal contemporánea. El modelo válido era el que ofrecía el socialismo laborista inglés, empírico y apenas impregnado de ideología marxista.

Treves, a través de los compañeros de universidad, se quedó fascinado ante esta lectura que combinaba, mezclando dosis de idealismo y voluntarismo, las reglas liberales con una doctrina marcadamente social. Aunque bajo otra forma, también Ayala durante la Segunda República, como se ha dicho, vivió inmerso en un ambiente políticamente afín al socialismo reformista, donde el descubrimiento de la sociedad y el análisis de las clases más desfavorecidas en su complejidad como sujetos de acción política y de la teoría del derecho, constituyeron un tema básico de la reflexión teórica. En este sentido, Treves señala que no deja de ser curioso que el propio Fernando de los Ríos no mostrase interés por la evolución de un pensamiento socialista italiano que estaba desarrollando perspectivas similares en relación con el humanismo socialista y liberal, tanto español como europeo[26].

---

25 Carmelo Calabrò, *Liberalismo, democrazia, socialismo. L'itinerario di Carlo Rosselli*, Firenze University Press, Florencia, 2009, pp. 36-48.

26 Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, op. cit., p. 225.

Otro punto de convergencia entre los dos intelectuales lo representa sin duda Heller. Tras el viaje a Alemania, Treves, como Heller, se acercó progresivamente a las críticas hacia el formalismo de Kelsen. La ciencia del derecho, en su opinión, tenía que mantenerse en contacto con las necesidades de la vida y de la historia, y no permanecer anclada en simples formas conceptuales. Igualmente, Ayala consideraba que el derecho debía integrarse en el vasto campo de los fenómenos culturales[27].

Treves, además, apreciaba el relativismo de Ortega, para quien, sobre la base de una perspectiva marcadamente liberal, la interpretación de la realidad está siempre condicionada desde el punto de vista de quien la observa y, en consecuencia, por su propia naturaleza es múltiple y no puede constreñirse en estructuras dogmáticas.

Garosci, junto con otros representantes de GL, partió en 1936 como voluntario para luchar en el bando republicano en la Guerra Civil española. Los relatos del compañero de estudios reforzaron la admiración de Treves por la cultura española como ilustre ejemplo de resistencia antifascista. Ambos amigos se volvieron a encontrar en París en 1937, momento en el que Garosci le habló largo y tendido de la participación de los intelectuales españoles en la guerra y, poco antes de que el amigo emigrase, le recordó con una fuerte dosis de romanticismo que "mientras tanto tú entrarás en contacto con aquella vida colonial en la que habrá un rayo de la vida española, esa maravillosa nación en la que todavía acto y pensamiento están compenetrados en formas poéticas como en la Italia del Cinquecento"[28].

Entre tanto, la situación en Turín se precipitaba. Tras la Guerra de Etiopía, en 1935, que representó un punto de inflexión en los posicionamientos antifascistas, el núcleo local de GL, en contacto con Rosselli en París, intensificó la denuncia del régimen de Mussolini. La reacción fascista

27 La idea del derecho entendido como experiencia cultural la desarrolla Treves en uno de sus ensayos: Renato Treves, *Diritto e cultura*, Tipografia dell'Arethusa, Asti, 1947.

28 Renato Treves, "Una voce sulla diaspora intellettuale in Argentina", en Maria Sechi (ed.), *Fascismo ed esilio II. La patria lontana: testimonianze dal vero e dall'immaginario*, Giardini Stampatori, Pisa, 1990, pp. 57-58.

no se hizo esperar y fueron arrestadas unas doscientas personas, entre las que se encontraba el propio Renato Treves, bajo sospecha de actividades relacionadas con la propaganda antifascista. Treves, sin embargo, fue rápidamente liberado, lo mismo que su amigo Bobbio.

La promulgación de las leyes raciales en 1938 hizo el resto. A pesar de que la pequeña minoría judía siempre había vivido en Italia bajo la bandera de la integración y el régimen fascista no había manifestado signos de intolerancia antisemita hasta ese momento, a partir de 1937, bajo influencia alemana, la prensa nacional lanzó una auténtica campaña de difamación contra los judíos y, tras el *Manifiesto de la Raza* suscrito por varios científicos italianos, en otoño de 1938 se prohibió a los judíos la enseñanza en la universidad y en cualquier otro tipo de centro educativo público[29]. De 1250 docentes universitarios fueron expulsados 98 profesores judíos, una cifra significativa teniendo en cuenta que la población judía representaba apenas el uno por ciento de la sociedad italiana[30]. Treves decidió marcharse de Italia dada la imposibilidad de proseguir su carrera académica: casi titular, en 1938 su habilitación para la docencia quedó anulada y fue excluido de la lista de ganadores de un concurso para una cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Urbino.

Las motivaciones para la elección de Argentina como destino nos permiten, una vez más, aproximar las figuras de los dos intelectuales. Treves decidió emigrar a Argentina por la "fascinación por la cultura española republicana que imaginaba todavía viva en aquellos lejanos países que se mostraban dispuestos a acoger a los prófugos de la guerra civil"[31]; además, en 1938 fue nombrado miembro del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social de Buenos Aires. Ayala, por su parte, de forma análoga eligió Argentina porque, en el verano de 1936, a punto de estallar la guerra espa-

29 Cfr. Renzo De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Mondadori, Milán, 1977.

30 Lore Terracini, "Una inmigración muy particular: 1938, los universitarios italianos en la Argentina", *Anuario del IEHS*, IV, 1989, p. 337. Annalisa Capristo, *L'espulsione degli ebrei dalle academie italiane*, Silvio Zamorani, Turín, 2002.

31 Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, op. cit., p. 64.

ñola, había viajado por el país sudamericano, donde visitó diversas instituciones culturales en Buenos Aires y La Plata y conoció a intelectuales, como Jorge Luis Borges[32]. Antes de la Guerra Civil, por otra parte, la Institución Cultural Española, fundada en la capital argentina en 1914, por mediación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, patrocinó el viaje de ilustres intelectuales españoles, como el propio Ortega[33], en nombre de una renovada idea progresista de hispanidad y de las relaciones entre América y España[34].

Ante un futuro cuando menos incierto, ambos optaron por un país que, en su opinión, podía ofrecerles posibilidades a la hora de desarrollar un camino profesional y continuar con la vida intelectual. De forma similar, ambos llegaron a Argentina con un valioso bagaje de filosofía del derecho, desde un enfoque marcadamente social. Además, la decidida voluntad de defensa del liberalismo se conjugaba con la denuncia a nivel internacional del fascismo y con el complejo debate intelectual sobre las posibles reformas del primero.

Treves dejaba tras de sí no solo una Italia que se acercaba peligrosamente a la Alemania de Hitler, sino también la experiencia intelectual directa de los núcleos antifascistas académicos de Turín. Ayala, en cambio, profundamente desilusionado por el fracaso de las perspectivas sociales de la Segunda República, huía traumatizado de una España humeante, llena de muertos

---

32 El periódico *La Nación* informaba el 19 de mayo de 1936 de la llegada de Ayala a Buenos Aires y del contenido de las conferencias que iba a impartir: sobre la crisis del parlamentarismo, la Constitución republicana española y la sociología de la cultura; Cfr. Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral*, Fundación Francisco Ayala, Universidad de Granada, Granada, 2011, pp. 26-28.

33 Marta Campomar, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.

34 Sobre la idea progresista de hispanidad, véase: María A. Escudero, *Hispanist Democratic Thought versus Hispanist Thought of the Franco Era: A Comparative Analysis*, en María Pérez de Mendiola (ed.), *Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties*, State University of New York Press, Nueva York, 1996, pp. 160-186.

y escombros, donde la dictadura franquista empezaba a gobernar guiada por la represión y la violencia. Otrosí, se trataba de dos hombres dedicados a la especulación teórica en un momento en el que la realidad obligaba al intelectual a la acción y en el que la cultura se estaba convirtiendo en un arma decisiva en la lucha global entre fascismo y antifascismo.

En el contexto de esta polarización ideológica, ¿cómo debían actuar en cuanto hombres de cultura? ¿Cómo podían a través de sus plumas revitalizar las instituciones liberales justamente cuando las críticas en sentido contrario eran extremadamente fuertes desde todas las perspectivas? ¿Solo era posible combatir la retórica fascista desde la épica antifascista? ¿Y qué antifascismo e idea de libertad podía representar el arma más valiosa a la hora de eliminar el virus del fascismo? A fin de cuentas, ¿qué era el fascismo?

Estas eran algunas de las preguntas que los dos exiliados se hicieron al llegar a Argentina y por medio de las cuales se encontraron interactuando en un nuevo contexto de redes intelectuales muy distinto del que existía en la Europa de los años treinta.

Por último, es más que una mera coincidencia el espíritu común con que ambos afrontaron la experiencia del exilio. Treves hablaba de "deseo de revancha" y de que la idea de emigrar para él no era una cosa completamente nueva[35]. Como le sucedía a Ayala, la propia formación lo impulsaba a aborrecer las fronteras entre naciones, concibiendo el mundo como fuente de solidaridad internacional. El español, sin embargo, afrontó la nueva etapa con una óptica pragmática: "sin querer engañarme con falsas esperanzas, me dispuse a rehacer mi vida al otro lado del océano"[36].

Redes de solidaridad intelectual en Argentina (1930-1945)

POCO antes del segundo conflicto mundial, Argentina representaba uno de los destinos preferidos de los refugiados europeos, a pesar de que sus polí-

35 Renato Treves, *Sociologia e socialismo*. *Ricordi e incontri*, op. cit., p. 64.

36 Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 232.

ticas migratorias eran más restrictivas que las de otros países como, por ejemplo, México. Poseía un poderoso atractivo tanto para los exiliados españoles republicanos como para los expatriados italianos por la amplia comunidad inmigrante ya residente, la riqueza de los vínculos culturales y comerciales con Europa y, en fin, el uso de una lengua común o, en el caso de los italianos, no demasiado diferente.

En el imaginario colectivo de la época, Argentina despuntaba entre los países de América Latina que podían ofrecer mayores posibilidades de crecimiento económico y, dado que se creía que los efectos de la crisis de 1929 se habían superado con celeridad, parecía garantizar el sueño de una rápida inserción laboral. Buenos Aires, en particular, seducía a los exiliados intelectuales, pues la consideraban la ciudad sudamericana más culta y europea, el mejor destino, por tanto, para continuar los estudios o actividades políticas, siendo consistentes las conexiones con los respectivos partidos europeos[37].

A pesar de que Argentina, especialmente Buenos Aires, sufrió una transformación muy importante en el periodo de entreguerras, es evidente que el desarrollo académico conllevó la necesidad de dotar con expertos técnicos a las nuevas instituciones culturales del país, ofreciendo así posibilidades de inserción profesional, sobre todo para los profesores exiliados europeos que, en este sentido, contribuirían a enriquecer la realidad local. Como el historiador Américo Castro dijo al pedagogo republicano Lorenzo Luzuriaga en 1939: "Lástima que haya puestos y no personas. […] Toda persona con una técnica, encuentra puesto, en un sitio u otro"[38]. Sin embargo, conseguir un empleo en la Universidad de Buenos Aires era un objetivo prácticamente imposible.

Entre los intelectuales argentinos el liberalismo disfrutaba de un amplio consenso, si bien es cierto que durante los años treinta se produjo una rá-

37 Dora Schwarzstein, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 92.

38 Carta de Américo Castro enviada desde Estados Unidos a Lorenzo Luzuriaga el 6 de diciembre de 1939. Cit. en Bárbara Ortuño Martínez, *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*, Universidad de Alicante, Alicante, 2010, p. 73.

pida propagación de corrientes antidemocráticas y la emergencia de un incisivo movimiento nacionalista local. El credo liberal todavía funcionaba para una parte de la intelectualidad como una especie de identidad vaga y flexible, en condiciones de abarcar almas políticas distintas, desde socialistas hasta incluso algunos comunistas[39].

Como se analizará a continuación, los acontecimientos de la Guerra Civil española acentuaron definitivamente la polarización del campo cultural argentino entre intelectuales liberales y de izquierda y aquellos que se percibían próximos al ideario de la reacción antiliberal. Los primeros manifestaron su solidaridad con la República española mientras que los segundos apoyaron ideológicamente al bando nacionalista, secundaron así el rechazo a las instituciones parlamentarias y el sufragio popular, postularon una producción cultural de cuño católico y tradicional, y defendieron la formación de un Estado corporativo capaz de fortalecer el espíritu nacional contra la que consideraban negativa influencia ideológica del "imperialismo" extranjero.

Las escisiones culturales europeas nutrieron el mundo intelectual argentino y empezaron a alterar un ambiente local que justo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial llevaba casi diez años siendo administrado por gobiernos conservadores (la llamada *década infame*) para los cuales el fraude electoral era un instrumento a la orden del día, mientras la agitación social se acrecentaba. Dicho lo cual, ni los gobiernos del general Agustín Justo (1932-1938), ni los encabezados por Roberto M. Ortiz (1938-1942), sustituido por Ramón Castillo (1942-1943), fueron realmente seducidos por el fascismo europeo[40]. Más bien, como la cantidad de simpatizantes del

39 Flavia Fiorucci, "El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual", en Marcela García Sebastiani (ed.) *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Iberoamericana Vervuert, Madrid, 2006, pp. 162-164.

40 Cfr. David Rock, *Argentina, 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 276-330. Sobre el tema véase: Fernando Devoto, *Nacionalismo, Fascismo y Tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

fascismo italiano o español crecía de forma progresiva, así el movimiento político nacionalista argentino iba desarrollándose y penetrando en la sociedad de forma compleja. Ese movimiento, que ha sido interpretado también como una especial forma de fascismo en América Latina[41], en los primeros años cuarenta ya se había convertido en un movimiento de masas, que a través de su aparato ideológico católico abarcaba a todas las clases sociales, no solo las más altas.

Por lo tanto, el contexto cultural en el que Ayala y Treves elaboraron *Una doble experiencia política* fue altamente dicotómico. Los dos desterrados, como veremos en las próximas páginas en detalle, encontraron sus redes de apoyo en el campo de la alta cultura liberal; sin embargo, no se puede dejar de considerar que en Argentina también había una parte consistente del campo intelectual que, a través de literatos, como por ejemplo Leopoldo Lugones, Juan Emiliano Carulla, Cesar Pico o Gustavo Franceschi, contribuyeron a edificar el mito del general Uriburu, a desvalorizar cualquier forma de individualismo y, al contrario, a crear un frente compacto contra un supuesto "enemigo interior"; este frente debía comprender a la Iglesia, el Ejército y la Nación, interpretada como una entidad orgánica e indivisible y celebrada a través de una amplia red de medios de comunicación, periódicos, radios, libros económicos y panfletos[42]. Entre estos espacios, por ejemplo, los Cursos de Cultura Católica y la Acción Católica tuvieron un papel relevante en la formación de unos cuadros intelectuales argentinos hostiles al modernismo y al laicismo.

A partir de estos presupuestos, es fácil deducir que el exilio provocado por las dictaduras europeas fue esencialmente selectivo en Argentina, en el sentido de que los exiliados llegaron en pequeñas cantidades y con una no-

41 Véase al respecto: Federico Finchelstein, *Transatlantic fascism ideology, violence and the sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*, Duke University Press, Durham, 2010.

42 Sobre el mito de Uriburu y las dinámicas culturales de los grupos nacionalistas, véase también: Federico Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.

table predominancia, aunque no exclusiva, de sectores privilegiados, esto es, una élite de profesionales, científicos y artistas. De hecho, las posibilidades de obtener el permiso de residencia eran más bien escasas, a causa de unas leyes migratorias que desde 1933 eran cada vez más restrictivas[43]. Argentina alcanzó su propio pico en cuanto a rigidez y dureza de la legislación migratoria en 1938, cuando, en la Conferencia de Évian, convocada por Franklin Delano Roosevelt para dar respuesta a la cuestión de la llegada masiva de refugiados a los puertos americanos, el país evidenció su temor ante el pensamiento político de los republicanos españoles que huían de la guerra y de los judíos que escapaban de la Mitteleuropa; Argentina apostó, de hecho, por la puesta en marcha de una política de homogeneización social inspirada en el antiguo modelo del "crisol de razas"[44].

Republicanos españoles y judíos eran para las autoridades gubernamentales los "indeseables"[45], dos categorías de exiliados que podían provocar efectos considerados perniciosos en los frágiles equilibrios políticos argentinos. Ayala explica que "al entonces presidente Ortiz, cuya familia se preciaba de tener origen vasco, se le movió por fin el alma a dictar un decreto que, con carácter excepcional, permitía la admisión de los vascos; pero los demás españoles, a quienes tal privilegio no se nos otorgaba, tuvimos que arreglárnoslas cada cual como mejor pudo"[46].

---

43 Leonardo Senkman, "La política migratoria argentina durante la década del treinta", en *Jornadas de inmigración*, EUDEBA, Buenos Aires, 1985. María Luján Leiva, "La inmigración en la Argentina de posguerra", en *Todo es historia*, n. 296, 1992, pp. 8-23.

44 Sobre la Conferencia de Évian (6-15 julio 1938): María Oliveira-Cézar, "La Argentina frente a la posibilidad de salvar a judíos durante la Segunda Guerra Mundial", *América*, n. 44, 2014, pp. 113-128.

45 Esta es la expresión usada por Ada Korn: "Contributi scientifici degli italiani in Argentina", en Francis Korn (ed.), *Euroamericani*, vol. 2, *La popolazione di origine italiana in Argentina, Sezione prima*, Fondazione Giovanni Agnelli, Turín, 1987.

46 Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, op. cit., p. 246.

Sin embargo, el riesgo merecía la pena. El propio Ayala recuerda que las oportunidades económicas en Argentina eran superiores a las que había en España incluso antes de la guerra, y lo cierto es que fueron muchos los que en España no trabajaban y, sin embargo, no tuvieron allí demasiadas dificultades para encontrar una ocupación. Los refugiados italianos, por su parte, se quedaron pasmados al contemplar las abundantes porciones de carne en unas comidas a las que la mayoría de la sociedad europea de la época no tenía acceso[47].

Así pues, para entrar en Argentina resultaba fundamental recibir la llamada de cualquier familiar, amigo o institución local de prestigio. Treves, como se ha señalado, poco antes de embarcarse se había convertido en miembro del Instituto de Filosofía Jurídica y Social. Además, ya en Uruguay, Carlos Salvagno Campos, ilustre profesor de derecho penal, a través de la presentación del profesor italiano Eugenio Florian, lo introdujo en el ambiente académico de Montevideo. La comunidad científica local lo acogió con extrema cordialidad, especialmente Eduardo J. Couture, destacado abogado de la Facultad de Derecho de Montevideo, con quien estableció una amistad "laboriosa".

Por otra parte, el propio Couture se sentía próximo al jurista Piero Calamandrei, liberal antifascista y posteriormente uno de los promotores en Italia del Partido de Acción en 1942[48]. El abogado uruguayo mostraba una gran afinidad por la escuela procesalista italiana, por su concepción humanista y su austeridad. Creando una especial red de solidaridad intelectual, Calamandrei dirigía a Couture aquellos colegas italianos obligados al exilio y forzados por los acontecimientos políticos europeos a la búsqueda de una

47 Eleonora Maria Smolensky, Vera Vigevani Jarach, *Tante voci, una storia. Italiani ebrei in Argentina (1938-1948)*, Il Mulino, Bolonia, 1998, p. 58.

48 El Partido de Acción fue un partido italiano fundado en 1942 con el mismo nombre del partido creado por Giuseppe Mazzini en 1853. Hasta 1947 reunió personalidades de orientación radical, republicana, socialista, liberal y socialdemocrática. Véase el texto de Niceto Alcalá Zamora y Castillo, "Calamandrei y Couture", *Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México*, n. 24, 1956, pp. 80-113.

nueva ubicación profesional[49]. Como demuestra la correspondencia de su archivo personal, Treves mantuvo durante largo tiempo una óptima relación epistolar con el profesor Couture. En los cuatro meses que permaneció en Uruguay, además, escribió en la revista que este dirigía un artículo sobre el neohegelianismo italiano y sobre el neokantismo alemán, granjeándose las simpatías científicas locales[50].

Pero Treves no se detuvo en Uruguay, sino que, a finales de 1938, tras haber participado en un congreso del Instituto de Filosofía Jurídica y Social en Buenos Aires, gracias al intelectual reformista argentino Carlos Cossio, fundador del mismo Instituto, halló ocupación en la Universidad de Tucumán. El propio Treves escribía así a su amigo Bobbio durante el congreso bonaerense a principios de 1939:

> Estos días he vivido y trabajado intensamente. Me he acercado a las personas más diversas y he penetrado en los ambientes más dispares. En el campo cultural he sido muy bien acogido. [...] Aquí en Buenos Aires el tono de la cultura filosófica es naturalmente más alto que en Uruguay, por muchos aspectos, más alto que el nuestro. [...] Tu nombre es bien conocido. [...] El Instituto del que hemos tenido el honor de ser nombrados miembros funciona mejor que el de Del Vecchio. Sobre los problemas de los principios generales del derecho se discutió durante dos noches hasta las tres de la mañana, ¡y los presentes eran unos cincuenta! [...] Ya me siento completamente separado de la vida pasada y de los denominados intereses académicos[51].

---

49 Mario G. Losano, *Renato Treves, sociologo tra il vecchio e il nuovo mondo. Con il regesto di un archivio ignoto e la bibliografia di Renato Treves*, Unicopli, Milán, 1998, pp. 44-45.

50 Renato Treves, "Neo-hegelismo italiano y neo-kantismo alemán en el pensamiento jurídico contemporáneo", *Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración*, n. 4, abril de 1939, pp. 97-100.

51 Carta de Renato Treves a Norberto Bobbio, Buenos Aires 3-1-1939, transcrita en: Carlo Nitsch, *Treves esule in Argentina. Sociologia, filosofia sociale, storia*, Accademia delle Scienze di Torino, Turín, 2014, pp. 113-114.

La buena predisposición y el entusiasmo le permitieron integrarse con cierta facilidad: en el campo cultural liberal argentino había entonces un gran interés por conocer las evoluciones del pensamiento europeo, como demuestra la referencia al hecho de que ya fuese conocido en ultramar el trabajo del jovencísimo Bobbio.

Ayala, por su parte, logró entrar en Argentina gracias a su mujer, chilena, y a la Institución Cultural Española, destacando en su caso la ayuda recibida por parte de Raúl Sánchez Díaz, reputado médico y desde 1932 secretario de esta Institución, a pesar de que este apoyase inicialmente la causa nacionalista.

Frente a las restricciones oficiales, una parte de la sociedad civil argentina mostró una inclinación favorable a la llegada de exiliados españoles y europeos. Además, en el mundo académico, la precedente acción del hispanismo cultural y, más concretamente, la de la corriente pedagógica institucionista a través de organismos como la propia Institución Cultural Española habían predispuesto a las élites reformistas y a los profesionales liberales argentinos a la creación de un espacio transnacional de integración y de fructífera colaboración intelectual[52].

Ayala prefirió rehacer su vida allí donde ya se había escuchado con atención el pensamiento de Manuel Azaña, Luis Araquistáin o Julián Besteiro, y donde otros intelectuales de la talla de Amado Alonso, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y, de forma particular, el propio Ortega, se habían integrado con éxito o simplemente habían establecido intensos lazos con el mundo académico bonaerense durante los años de la Segunda República o incluso antes.

Por ejemplo, el penalista socialista Luis Jiménez de Asúa, con quien Ayala colaboró estrechamente en los años previos y que sería compañero de exilio bonaerense, había realizado visitas a Argentina desde 1923, creando importantes vínculos intelectuales que, a través de la intervención del doctor José Peco, le permitieron ulteriormente convertirse en director del Instituto de Derecho Penal en La Plata. Jiménez de Asúa también conocería a Treves

52 Bárbara Ortuño Martínez, *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*, op. cit., p. 50.

con ocasión de una conferencia que el español impartió en Tucumán acerca de "Las teorías de Norberto Bobbio sobre la analogía en la lógica del Derecho y en el Derecho Penal"[53].

Ahora bien, las condiciones de los exiliados judíos italianos en Argentina fueron diferentes a las de los exiliados españoles. En primer lugar, no eran refugiados políticos *tout court*. Señala Treves la necesidad de "separar en el ámbito de la diáspora intelectual misma la componente judía de la componente política, teniendo presentes las diferencias entre las dos componentes que, dependiendo del caso, han podido o no han podido coincidir"[54]. En el caso de los intelectuales judíos, la emigración no se debió a razones políticas, sino a cuestiones de nacimiento y principalmente a la voluntad de continuar el propio trabajo, prohibido en Italia a partir de las leyes raciales, integrándose en un ambiente más libre.

En términos cuantitativos, además, su número fue extremadamente exiguo: aproximadamente seis mil judíos emigraron de Italia, en su mayoría hacia América del Norte. Según Devoto, aunque las cifras son objeto de controversia, unos dos mil judíos italianos se trasladaron a Norteamérica y apenas un millar lo hicieron a Argentina[55].

Entre estos se encontraban algunos que habían llegado a colaborar con el Partido Fascista (Gino Arias, Mario Levi Deveali) y, en general, no compartían los rasgos socioculturales de los italianos que habían llegado a Argentina durante las grandes olas migratorias de principios de siglo. Al mismo tiempo, tanto lingüística como culturalmente se encontraban lejos de la comunidad hebrea argentina. Por un lado, en la diáspora política italiana de primera hora no aparecían excesivamente alejados del fascismo;

---

53 Beatriz Figallo, "De Jiménez de Asúa a Perón. Sus exilios como componentes de la política exterior hispano-argentina", *Temas de Historia Argentina y Americana*, XV, 2009, p. 94.

54 Renato Treves, "Una voce sulla diaspora intellettuale in Argentina", en Maria Sechi (ed.), *Fascismo ed esilio II*, op. cit., p. 53.

55 Fernando Devoto, *Historia de los italianos en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 2006, p. 367.

por el otro, ya en Argentina no podían unirse a la retórica fascista, por motivos más que evidentes. En consecuencia, lo que les quedaba era reforzar los lazos recíprocos, abriéndose simultáneamente a la sociedad argentina y a sus ambientes más laicos, como también, por lo demás, intercambiar puntos de vista y compararse con la perspectiva cultural de los españoles republicanos.

Como se ha señalado, la emigración judía italiana fue mayoritariamente elitista, en la medida en que estaba compuesta sobre todo por propietarios y directores de empresas públicas y privadas, empresarios, profesionales y profesores universitarios. A causa de la promulgación de las leyes raciales italianas, entre 1938 y 1939 desembarcaron en Argentina diez catedráticos (Gino Arias, Marcello Finzi, Amedeo Herlitzka, Leone Lattes, Beppo Levi, Rodolfo Mondolfo, Mario Pugliese, Alessandro Terracini, Benvenuto Terracini, Camillo Viterbo), cinco con habilitación académica (Renato Treves, Mario Deveali, Antigono Donati, Dino Jarach, Tito Ravà, Renato Segre), además de Giovanni Turin, que era profesor de instituto, y otros más jóvenes, apenas licenciados, como el físico Andrea Levialdi y la médica Eugenia Lustig. En esta lista, sin embargo, no se incluyen intelectuales italianos antifascistas que llegaron a Argentina algunos años antes, como el sociólogo Gino Germani o Aldo Mieli, que había vivido previamente exiliado en París[56].

Esta comunidad estableció desde el primer momento lazos recíprocos muy fuertes, encontrando alojamiento en viviendas próximas y creando nuevas familias, como fue el caso del propio Treves, que se casó con Fiammetta Lattes, hija de Leone Lattes, médico forense y judío exiliado con su familia en Buenos Aires. No obstante, su inserción laboral se explica en última instancia gracias a la ayuda de aquellos intelectuales argentinos y españoles defensores de los ideales democráticos, que crearon una auténtica red de solidaridad y acogida transnacional.

56 Ada Korn, "Contributi scientifici degli italiani in Argentina", op. cit., p. 337. Sobre la emigración judía en Argentina tras 1938, véase también: Bruno Groppo, "L'émigration juive italienne vers l'Argentine après les lois raciales de 1938", *Matériaux pour l'Histoire de notre temps*, n. 65-66, 2002, pp. 36-40.

Si, como se ha visto, Treves recibió el apoyo del filósofo del derecho Carlos Cossio, el matemático español Julio Rey Pastor ayudó a Beppo Levi y Alejandro Terracini, mientras que el filólogo español Amado Alonso y el médico argentino Juan M. Tato hicieron lo propio con Benvenuto Terracini y Renato Segre respectivamente. El caso del filósofo Rodolfo Mondolfo fue diferente: el visado para entrar en Argentina lo obtuvo gracias a Alfredo Palacios, diputado socialista en el Congreso del país latinoamericano. La mayoría de estos intelectuales encontró acogida en las universidades menos consolidadas del interior de Argentina, que, por eso mismo, ofrecían más puestos libres.

En particular, la Universidad de Tucumán, fundada en 1914, puso en marcha entre 1936 y 1938 los primeros departamentos relacionados con el área de las humanidades (Filosofía y Derecho), convirtiéndose en uno de los centros de acogida de la diáspora intelectual europea entre las dos guerras, especialmente en el campo de las ciencias sociales.

Como recuerda Treves, profesor de sociología en dicha universidad, ciertamente "no era Oxford" y, sin embargo, al absorber no solo intelectuales judíos sino también exiliados españoles, ingleses, franceses y alemanes, vivió entre 1930 y 1940 una verdadera década de oro de fructífera y experimental "globalización" cultural[57].

No deja de resultar bastante sorprendente que Tucumán, una modesta ciudad situada a miles de kilómetros al norte de Buenos Aires, rodeada de campos y bosques, llegase a convertirse, en el periodo de entreguerras, en un corredor de ideas entre intelectuales de nacionalidades diferentes. Los sectores reformistas que gobernaron entre 1936 y 1940 la universidad facilitaron con decisión estos contactos transnacionales. Seguramente se entienda mejor la posición de la universidad al recordar que el rector, Julio Prebisch, había participado activamente en la Reforma Universitaria argen-

57 Liliana Vanella, *El exilio europeo en la Universidad Nacional de Tucumán en las décadas de 1930 y 1940*, Universidad de Córdoba, Argentina, 2008. En general sobre la historia de las universidades argentinas, véase: Pablo Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

tina de 1918[58]. Estas fluidas relaciones humanas no son ajenas a la amistad que Treves y Ayala establecieron en esta etapa de su vida.

Si los orígenes ideológicos de la Universidad de Tucumán hay que buscarlos en la fe positivista y democrática de las influyentes familias conservadoras del norte de Argentina, que deseaban el desarrollo económico de la región, no es menos cierto que, entre 1929 y 1940, los sectores reformistas que asumieron el control administrativo de la universidad intentaron satisfacer los deseos intelectuales de las clases medias argentinas en vía de crecimiento. La reforma de la década precedente había recogido por primera vez en el ámbito universitario argentino y, en general, latinoamericano, las demandas de los estudiantes, como, por ejemplo, una mayor presencia en las decisiones académicas, así como una docencia menos dogmática, más libre y accesible, la creación de nuevas cátedras y una mayor voluntad de favorecer la instrucción de las clases más bajas y los inmigrantes.

La apertura mostrada por la Universidad de Tucumán hacia los miembros de la diáspora europea entre 1938 y 1940, por tanto, debe interpretarse como la consecuencia de la circulación de tales ideas de cuño progresista en una parte del mundo intelectual argentino. Primero llegaron trece docentes de otras partes de Argentina: Risieri y Silvio Frondizi, Eugenio Pucciarelli, Anibal Sánchez Reulet o Enrique Anderson Imbert, entre otros. Todos eran muy jóvenes, de entre 25 y 35 años, y presentaban un común denominador: eran alumnos de intelectuales reformistas, como el socialista Alejandro Korn, el prestigioso filósofo kantiano Francisco Romero o el dominicano americanista Pedro Henríquez Ureña, por lo demás figuras todas ellas, como es sabido, muy presentes en la trayectoria de Francisco Ayala.

Con toda probabilidad, estos jóvenes profesores fungieron de puente para el ingreso de la diáspora europea. A su vez, el filósofo Alberto Rougés, uno de los fundadores de la Universidad de Tucumán, maestro de Carlos

58 Julio Prebisch fue rector de la Universidad de Tucumán durante dos mandatos (1927-1933 y 1937-1940). Durante la Reforma Universitaria de Córdoba (1918) estaba al frente del Centro de Estudiantes de Medicina. Daniel Campi, María C. Bravo, "Juan B. Terán, Julio Prebisch y los primeros 25 años de la U.N.T.", en Daniel Campi, María C. Bravo (eds.), *50 años de la Facultad de Ciencias Económicas (1947-1997)*, F.C.E., U.N.T., Tucumán, 1998, pp. 25-27.

Cossio y próximo a Alejandro Korn y Francisco Romero, se convirtió en la referencia para acceder a los ambientes intelectuales de Buenos Aires. Así que no extraña que, en marzo de 1939, unos pocos meses antes de ser contratado en Tucumán, Treves enviase algunas de sus publicaciones previas de filosofía del derecho a Rougés[59].

Por medio de estas complejas redes de solidaridad cultural, que unieron intelectual y políticamente la provincia argentina reformista con la capital, el viejo y el nuevo mundo, entre 1938 y la segunda mitad de los años cuarenta llegaron a Tucumán otros catorce exiliados europeos, sin contar a Treves, para alimentar el campo de las ideas.

De estos catorce exiliados, cuatro eran españoles: Manuel García Morente, Lorenzo Luzuriaga, la maestra republicana María Luisa Navarro y el filólogo Clemente Hernando Balmori. Como Ayala, los cuatro habían viajado a Alemania gracias a la Junta de Ampliación de Estudios para ensanchar su formación tras el título universitario y, a continuación, habían participado en la renovación cultural de la época republicana a través de los círculos filosóficos de Ortega y Gasset.

Manuel García Morente había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, por lo que pudo aportar su propio bagaje organizativo en un departamento que se había creado recientemente. Luzuriaga, con quien Ayala colaboró en múltiples ocasiones, había sido docente de la Institución Libre de Enseñanza, es decir, contaba con experiencia en el ámbito de una pedagogía progresista cuyo objetivo último era modernizar la conservadora sociedad española mediante la difusión de la cultura a todos los niveles sociales.

No es posible comprender el desarrollo intelectual de Treves en su época argentina sin tener en cuenta la profunda influencia, auténtica fascinación personal, que esta trama de ideas reformistas tuvo en él. A la diáspora española hay que añadir las sugerencias de los otros exiliados judíos italianos

59 Rougés contestó a Treves con elogiosos comentarios. Véase la carta de Alberto Rougés a Treves en: María Eugenia Valentié (ed.), *Alberto Rougés, Correspondencias 1905-1945*, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, Tucumán, 1999, p. 383.

que, como piezas de un puzle, aportaron todavía mayor complejidad a la red argentina: el matemático turinés Alessandro Terracini[60] y su hermano Benvenuto Terracini, precursor de la sociolingüística. Poco después llegaron también Giovanni Turin, antifascista forzado a innumerables traslados en Italia, y el filósofo Rodolfo Mondolfo, uno de los firmantes del manifiesto antifascista de Benedetto Croce y referencia intelectual en la interpretación de Treves sobre el socialismo científico. En otras palabras, Treves, gracias a su contacto con Mondolfo, pudo avanzar en la asimilación de una filosofía de la praxis, que, cambiando la perspectiva del marxismo ortodoxo, ponía en lugar central al hombre y su conciencia. No había que cambiar la estructura económica para revolucionar la conciencia de los hombres, sino que había que empezar por hacer evolucionar a los mismos individuos desde su interior[61].

La casa de Alessandro Terracini en Tucumán se convirtió pronto en un punto de encuentro de la pequeña comunidad intelectual italiana[62]: los exiliados judíos recrearon entre ellos una trama social que los rescató de la soledad geográfica y afectiva del norte de Argentina. Esta soledad, además, era periódicamente rota con las visitas de ilustres y admirados intelectuales españoles y argentinos procedentes de Buenos Aires. Por ejemplo, en 1940 llegaron Rafael Alberti, María Teresa León y Victoria Ocampo. En 1942, el propio Ayala ofreció una conferencia en Tucumán[63].

---

60 Véase: Alessandro Terracini, *Ricordi di un matematico. Un sessantennio di vita universitaria*, Cremonese, Roma, 1968.

61 Véase: Elisabetta Amalfitano, *Dalla parte dell'essere umano. Il socialismo di Rodolfo Mondolfo*, L'Asino d'oro edizioni, Roma, 2012.

62 Cfr. Renato Treves, *Alessandro Terracini nel centenario della nascita (1889-1989)*, Silvio Zamorani Editore, Turín, 1990.

63 María Lastenia Valdez, "La visión americana de un español en Tucumán: Clemente Hernando Balmori y la inmigración cultural española de 1939", en *Actas del II Congreso de Hispanistas* (Mendoza, 18-20 de mayo de 1989), Universidad Nacional de Cuyo, Oficina de la Embajada de España en Argentina, Consulado General de España en Mendoza, 1989, p. 231.

Las nuevas costumbres, menos restrictivas que las imperantes entre la burguesía italiana, se tradujeron en estilos de vida más informales, para los cuales la libre circulación de ideas y teorías representó una de las instancias más estimulantes en los primeros años de exilio. La participación política, en cambio, fue limitada, al menos en un principio, en términos de afiliación y más bien vaga en términos estrictamente ideológicos[64].

Además, Treves recuerda cómo en sus relaciones en el exilio con Rodolfo Mondolfo o los hermanos Terracini:

> La cuestión judía como tal no diría que estuviese particularmente presente. [...] Me sentí idealmente inscrito en una corriente de pensamiento relativista e historicista en el plano filosófico, socialista y liberal en el plano político, una corriente a la que muchos judíos aportaron contribuciones importantes. Pero no creo que una corriente semejante pueda ser calificada de judía, aun cuando el judaísmo haya podido incidir sensiblemente sobre ella[65].

Por lo que concierne a la componente española del exilio, a partir del verano de 1936 y alcanzando su pico en 1939, llegaron a Argentina cerca de dos mil quinientos exiliados, una cuarta parte de los cuales procedían del sector servicios –también este dato es objeto de disputa[66]–, en un contexto, como se ha señalado, de absoluta ausencia de ayuda por parte de las autoridades oficiales. Para el gobierno argentino representaban un verdadero peligro social. Todavía más que la diáspora judía, los republicanos españoles eran indistintamente vistos como agitadores revolucionarios y amenazantes "rojos". Tales prejuicios eran reforzados por la prensa argentina más reaccionaria, que buscaba apelar al sentimiento antiespañol compartido por los

---

64 Eleonora Maria Smolensky, Vera Vigevani Jarach, *Tante voci, una storia. Italiani ebrei in Argentina (1938-1948)*, op. cit., p. 230.

65 Stefano Jesorum, *Essere ebrei in Italia*, Longanesi, Milán, 1987.

66 Algunos autores hablan de diez mil republicanos españoles en Argentina. Sobre el exilio español en Argentina, véase: Silvia Hernán Asdrúbal, *Significado de la presencia española en la Argentina en el siglo XX*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1998. Fernando Devoto, Pilar González Bernaldo (eds.), *Émigration politique. Une perspective comparative. Italiens et espagnoles en Argentine et en France, XIXe e XXe siècles*, L'Harmattan, París, 2001.

distintos nacionalismos latinoamericanos en auge. No obstante, periódicos de amplia tirada como *Crítica* contribuyeron a erradicar el sentimiento antiespañol y, sobre todo, una parte importante de la intelectualidad argentina apoyó con decisión los valores republicanos. Por ejemplo, figuras argentinas de prestigio, como Eduardo Mallea, Adolfo Bioy Casares, Silvina y Victoria Ocampo o María Rosa Oliver, formaron parte de la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles.

Por otra parte, más de sesenta intelectuales arribaron en el vapor *Massilia* a Argentina en otoño de 1939[67] y el exilio español en Buenos Aires contó con personalidades de gran prestigio, como Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Pérez de Ayala, Manuel de Falla, Rafael Alberti o Rosa Chacel.

Gracias a las redes sociales de la migración española anterior y, en el caso de los intelectuales, a las relaciones científicas alentadas por la política educativa republicana, se creó un benévolo espacio de acogida de los exiliados españoles[68] en los círculos de los periódicos, las revistas y, en general, en los lugares de encuentro y sociabilidad de la intelectualidad argentina liberal.

Por lo que respecta al mundo académico, antes de encontrar espacio en las instituciones universitarias[69] –fue principalmente la Universidad de

67 Dora Schwarzstein, "La llegada de los republicanos españoles a la Argentina", *Reder (Red de Estudios y Difusión del Exilio Republicano)*, 2000. *On line*: http://clio.redis.es/exilio/argentina/exilio_argentina.html

68 Emilia de Zuleta, *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Ediciones Atril, Buenos Aires, 1999. Sobre el tema, véase también: Josefina Cuesta Bustillo, "Exilio de científicos españoles en Argentina (1939-2000): aproximación", en Julián Chaves Palacios (coord.), *Política científica y exilio en la España de Franco*, Universidad de Extremadura, Diputación de Badajoz, Badajoz, 2002, pp. 13-38.

69 María Aránzazu Díaz Regañón Labajo, "De España a Argentina: los profesores universitarios exiliados por la guerra civil (1936-1939). Una aproximación a través de las fuentes del AGGC", en Carlos Navajas Zubeldia (ed.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual, Logroño 17-19 de octubre de 2002*, Gobierno de La Rioja. Instituto de Estudios Riojanos, La Rioja, 2004, pp. 649-662. Blas Matamoro, "La emigración cultural española en Argentina durante la posguerra de 1939", *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, n. 384, 1982, pp. 576-590.

Cuyo, de reciente creación, la que absorbió el grueso de científicos republicanos–, el mundo de la cultura y de la ciencia española que llegó a Argentina conjugó la actividad universitaria con la colaboración periodística, conferencias y traducciones.

Después de la jornada laboral, los españoles se juntaban para debatir en los locales de la Avenida de Mayo –los republicanos en el bar Iberia o en el Tortoni– socializándose entre sí, reflexionando acerca de la situación política española, litigando ferozmente sobre una Europa en llamas y, a veces, desarrollando colectivamente nuevos proyectos culturales que no siempre finalizaban en un éxito inmediato. Como en el caso de la diáspora judía, solían vivir en los mismos barrios, en casas vecinas. Las irreconciliables fracturas políticas provocadas por la derrota de la Guerra Civil los dividían en varias corrientes de izquierda y una fuerte identidad antifranquista era el común denominador de todos ellos. Por ejemplo, el ya citado Luis Jiménez de Asúa, socialista, y Rafael Alberti, comunista, vivieron algún tiempo en el mismo barrio. Sin embargo, no establecieron una relación de amistad y se limitaban a saludarse brevemente cuando se encontraban en la calle[70].

El caso de Ayala fue bastante diferente. En primer lugar, pese a que el estado de ánimo no fuese de los mejores en los primeros meses del exilio, se relacionó con grupos sociales de diversas tendencias políticas, tanto españoles como argentinos, incluyendo al propio Alberti, cuya filiación comunista ya se ha recordado. En ciertos momentos, estos núcleos de sociabilidad se superpusieron a aquellos que Treves recuerda con lujo de detalles en sus memorias y, en todo caso, puede decirse que los dos intelectuales acabaron por compartir en Sudamérica el mismo horizonte ideológico.

Los dos se habían visto obligados a abandonar sus bibliotecas y sus libros a merced de los acontecimientos europeos. Treves malamente lograba comunicarse con su padre o con algunos amigos italianos, como Bobbio, para que le enviasen libros o llegar a saber qué estaba pasando en la universidad italiana; Ayala nunca pudo recuperar sus volúmenes. Esta sociabilidad intelectual sobre la que insistimos una y otra vez, por tanto, se convirtió en

70 Bárbara Ortuño Martínez, *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*, tesis doctoral, Universidad de Alicante, Alicante, 2010, p. 126.

algo indispensable. Indispensable no ya a la hora de conseguir un trabajo remunerado, sino también, y quizá principalmente, para mantenerse al día en el debate intelectual argentino y europeo.

Junto con el Instituto de Filosofía Jurídica y Social de la Universidad de Buenos Aires, del que Treves fue miembro y Ayala vocal, el salón de Victoria Ocampo y la revista *Sur* constituyeron para ambos un punto de referencia tanto en el desarrollo de un fértil debate cosmopolita como a la hora de testar el pulso de la cultura local.

La revista *Sur*, fundada en 1931 y bajo los auspicios de Ortega y del intelectual norteamericano Waldo Frank[71] (de hecho, desde un punto de vista estrictamente ideológico se ceñía a posiciones liberales), pretendía transmitir una imagen política neutral y contraria a cualquier forma de irracionalismo, oponiéndose tanto a los intelectuales fascistas como al intelectual fanático de izquierda. Obviamente cada autor presentaba en las páginas de la revista su propia visión personal. Sin embargo, todos compartían una identidad basada en la modernización del saber y las formas estéticas de la cultura argentina, así como en una existencia social ordenada, sin violencia y con total libertad espiritual.

Profundamente influida por la española *Revista de Occidente*, Victoria Ocampo concebía *Sur* como un trampolín por medio del cual la cultura argentina podía y debía tender a la universalización del arte occidental sin establecer límites de ningún tipo, al tiempo que fijaba un americanismo exclusivamente espiritualista. La política, con todo, era una cuestión solo aparentemente marginal en el seno del grupo y una de las directrices que aparecen reflejadas en las páginas de la revista durante estos años fue la ausencia absoluta de cualquier expresión de nacionalismo o de toda forma de populismo. Ocampo había aprendido de Ortega que "era importante forjar nexos con intelectuales de otros países porque la autarquía solo podía causar oscurantismo"[72].

---

71 El estudio más completo sobre la revista es: John King, *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

72 Cit. en Jaime Perales, "John King, *Sur: estudio de la revista argentina", Estudios, filosofía-historia-letras*, verano 1992. En línea: http://biblioteca.itam.mx

Por consiguiente, la revista *Sur*, a través de la cual Ayala afianzó lazos con algunos de sus colaboradores más ilustres, entre los que podemos citar a Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges o Guillermo de Torre, se planteó como una especie de "tercera vía", según la cual el deber ético del intelectual no consistía en escoger entre capitalismo o revolución, sino en salvaguardar los valores de la democracia y del humanismo ante el peligro de que la sociedad se dejase seducir por los cantos de sirena de la dictadura y el autoritarismo, revistiesen estos la forma que revistiesen.

A tal fin, con su peculiar elitismo, *Sur* se presentaba como una revista liberal y abierta al mundo; tradujo y publicó en Argentina a algunos de los escritores americanos y europeos más innovadores del momento, desde William Faulkner a André Gide, pasando por André Malraux o Alberto Moravia, pero también dio a conocer a autores noveles de toda Latinoamérica, como Alfonso Reyes, Octavio Paz y Gabriela Mistral. Al mismo tiempo, el salón de Victoria Ocampo estaba siempre dispuesto a acoger a aquellos que huían de las dictaduras europeas, sin importar cuál fuese su pasado. Ayala recuerda, por ejemplo, haber visto en la villa Ocampo de San Isidro a Margherita Sarfatti, judía y culta ex amante de Mussolini[73].

Con este espíritu, ya en 1939 la revista publicó "Diálogo de los muertos" de Ayala. El nombre de Treves en las páginas de *Sur*, en cambio, no apareció hasta bastante más tarde, y publicó dos artículos solo ya en 1946 y 1948. El primero versaba sobre el tema preferido del mundo del derecho en el mundo de la cultura, el segundo sobre la figura de referencia del sociólogo Karl Mannheim[74]. En cualquier caso, Treves compartió contactos y relaciones con este ambiente a través, por ejemplo, de Lorenzo Luzuriaga, colega suyo en Tucumán.

El italiano aplaudía principalmente de *Sur* el espíritu de defensa de la libertad intelectual. En este sentido, el descubrimiento de Argentina para

---

73 Francisco Ayala, "La otra mujer del Duce", *El País*, 20 de septiembre, 1993.

74 Se trata de: Renato Treves, "El derecho en el mundo de la cultura", *Sur*, XV, n. 140, 1946, pp. 61-79. Renato Treves, "En recuerdo de Karl Mannheim", *Sur*, XVI, n. 74, 1948, pp. 103-112.

los emigrantes judíos durante los primeros años de exilio "fue [...] un encuentro feliz entre aperturas, fermentos, fervores locales y energías europeas disponibles"[75]. Esta lectura se ajusta particularmente al caso de Treves y Ayala, ambos con una edad que apenas superaba la treintena y que ambicionaban hacer carrera en la universidad.

La confluencia de propuestas culturales en la diáspora europea en Argentina, sin embargo, encontró una verdadera válvula de escape en aquello que representa la segunda área de intersección de nuestros dos autores: la naciente industria editorial que, desde el final de los años treinta, entró en una fase de acelerada expansión.

Las editoriales argentinas se convirtieron en puntos de encuentro y focos de debate. Por ellas pasaban no solo escritores e intelectuales, sino también estudiantes y docentes de todas las tendencias. Como consecuencia de las guerras española y mundial –recientemente finalizada aquella, apenas comenzada esta–, Buenos Aires inició la década de los cuarenta convertido en el mayor centro editor en español, tanto en lo que se refiere a la producción de textos originales como en el ámbito de la traducción de las principales obras europeas[76]. Los datos hablan por sí solos: entre 1936 y 1940 se editaron en Argentina 34.290.000 ejemplares de publicaciones; en el quinquenio siguiente, 123.700.000. Por tanto, la industria editorial fue un sector importante a la hora de sostener económicamente a los miembros de la diáspora cultural europea[77]. En el caso específico de Treves y Ayala, sus caminos acabaron convergiendo en la editorial Losada.

También aquí es posible distinguir un denominador común de inspiración ideológica. Detrás de esta editorial, creada en 1938, despunta la figura de Gonzalo Losada, empresario español que, para evitar las injerencias

75 Ada Korn, "Contributi scientifici degli italiani in Argentina", op. cit., p. 360.

76 Fernando Larraz Elorriaga, "Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina (1938-1954)", en Andrea Pagni, *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2011, p. 129.

77 Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 169.

inevitables de una política editorial próxima al bando nacionalista, decidió separarse de Espasa Calpe Argentina. Losada fue acompañado por artistas e intelectuales de la talla de Guillermo de Torre, Attilio Rossi, pintor italiano antifascista, Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso. Recordemos que todos estos nombres se contaron entre los principales contactos de Ayala en su proceso de inserción en el mundo cultural argentino.

Pronto se unieron más exiliados españoles al nuevo proyecto editorial, como Lorenzo Luzuriaga y Luis Jiménez de Asúa. Es evidente que la editorial Losada fungió de auténtica "editorial del exilio". Seguramente su principal característica fue una marcada vocación de integración transatlántica, inseparable del deseo de divulgar entre la creciente clase media argentina una cultura liberal por medio de la publicación de obras de Federico García Lorca, André Gide, André Malraux y autores españoles, en su mayoría exiliados, tan relevantes como Rafael Alberti, María Zambrano o Antonio Machado. Losada publicó asimismo libros de Mondolfo, Terracini y otros inmigrantes italianos presentes en Argentina, además de obras clásicas de la cultura italiana en las elegantes ediciones preparadas por Rossi.

Precisamente en 1941 apareció en Losada *Sociología y filosofía social*, el primer libro de Treves publicado en Argentina. El vínculo de Ayala con la editorial fue todavía más estrecho, si bien no estuvo exento de ciertas turbulencias. Ayala asumió, primero, el rol de traductor y divulgador de numerosos pensadores alemanes. A continuación se convirtió en colaborador de la serie Pensamiento Vivo y, finalmente, ya como director de la colección de Sociología, preparó la edición de ocho libros[78]. Ayala se encargó además de una serie limitada de clásicos políticos para Americalee, editorial propiedad de los Landolfi, dos hermanos anarquistas italianos, en la que nuevamente coincidió con Treves. En efecto, el profesor turinés publicó precisamente en Americalee la primera traducción argentina de los escritos de Carlo Rosselli.

Fue la sociología o, por decirlo con mayor exactitud, la evolución paralela en el país sudamericano de una renovada tradición jurídica claramente

78 Manuel Gómez Ros, "Francisco Ayala, editor", en Luis García Montero, Milena Rodríguez Gutiérrez (eds.), *De este mundo y los otros. Estudios sobre Francisco Ayala*, Visor Libros, Madrid, 2011, pp. 249-261.

volcada hacia una vertiente sociológica, atenta a los convulsos acontecimientos políticos de la época, lo que culminó, aun desde la distancia, la afinidad de intereses previa que Ayala y Treves habían mostrado hasta ese momento. Como ya hemos visto, ambos manifestaron desde sus años de formación una marcada sensibilidad por las transformaciones sociales que se estaban produciendo contradictoriamente en las naciones occidentales, incluidas las menos desarrolladas, como podían ser España e Italia. Esta sensibilidad originaria maduró plenamente durante el exilio argentino gracias a las redes de solidaridad intelectual en las que se integraron y también en virtud de un cierto pragmatismo de oportunidades laborales.

A pesar de que su especialidad era la filosofía del derecho, Treves se convirtió en 1939 en profesor de Sociología en Tucumán, la misma posición que ocupó Ayala a partir de 1941, cuando fue contratado por dos años en otra universidad de la periferia argentina, la Universidad del Litoral de Santa Fe. Además, los dos coincidieron en el recién refundado Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1940), presidido por el abogado e historiador liberal Ricardo Levene[79], donde empezó a colaborar asimismo el joven antifascista Gino Germani, por entonces todavía estudiante e investigador *ad honorem*.

Fundamento de la nueva institución era la voluntad de promover en Argentina una sociología empírica o, más en general, un proceso de renovación de la disciplina sociológica que, fundamentado en el rigor de los datos y la fuerza de la razón, acabase por superar la sociología neotomista, idealista e intuitiva que predominaba todavía en las cátedras de la época. El proyecto de Levene aspiraba a transformar el Instituto en el germen del futuro Instituto Internacional de Sociología de América, asociándolo con los miembros de diversas cátedras del interior de Argentina y otros países americanos. Uno de esos asociados fue, de hecho, José Medina Echavarría, exiliado en México y figura esencial en la renovación de la sociología en América Latina y en la publicación del ensayo objeto del presente estudio.

79 Hernán González Bollo, *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina*, Dunken, Buenos Aires, 1999.

Para Germani, al igual que para Treves y Ayala, la sociología debía constituir la "ciencia de la crisis", una disciplina en condiciones de ofrecer respuestas racionales a las transformaciones estructurales que, desde mediados de los años treinta, afectaban a la sociedad argentina, haciendo especial hincapié en las contradicciones de dicho proceso de modernización. Esta concepción de la sociología se remitía a la nueva vocación reformista de las élites intelectuales y ambicionaba demostrar la utilidad de la disciplina en cuanto instrumento privilegiado de análisis y factor irrenunciable para el desarrollo de toda política de planificación económica y educativa[80], política entonces en el centro de un vasto debate entre las dos orillas del Atlántico[81].

En 1941, Germani puso en marcha la primera pesquisa empírica sobre las clases medias argentinas cuya movilidad social estaba modificando indirectamente también la estructura política del país. Así pues, uno de sus puntos de referencia a la hora de renovar la sociología no eran sino los estudios de campo que se estaban realizando ya en Estados Unidos o Inglaterra. Germani se sentía particularmente atraído, entre otros, no solo por los primeros trabajos funcionalistas de Talcott Parsons, sino por la escala psicológica para medir la distancia social de Bogardus, el positivismo sociológico de George Lundberg y, más en general, por los trabajos de la Escuela de Chicago.

En la Argentina de la época habían alcanzado gran difusión los sociólogos alemanes, sobre todo a través de algunos intelectuales españoles, que ejercieron de principal vector de entrada en América Latina de estas corrientes contemporáneas[82]. Germani, en una línea similar a la que, como

---

80 Véase, por ejemplo: Diego Pereyra, "Sociología y planificación en el primer peronismo. El caso de El Instituto de Sociografía y Planeación de Tucumán", en *Apuntes de investigación del Cecyp*, n. 21, 2012, pp. 109-130.

81 Sobre las transferencias de ideas entre América y Europa con respecto a las políticas sociales durante la primera mitad del siglo XX, véase: Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, op. cit.

82 Diego Pereyra, *International Networks and the Institutionalisation of Sociology in Argentina (1940-1963)*, Tesis, School of Social Sciences and Cultural Studies, University of Sussex at Brighton, 2005.

veremos, defendía Treves, consideraba que tales corrientes antipositivistas habían tenido una influencia negativa al propagar tradiciones de pensamiento irracional, con desastrosos efectos en el sistema de valores vigente en la vida cotidiana. A su vez, Ayala aprovechó su lección inaugural en la universidad para subrayar la capacidad de resolución de conflictos del pensamiento sociológico, su función pacificadora, en un momento caracterizado por acontecimientos turbulentos y la polarización cultural:

> Debe constituir un estímulo e inducirle a trabajar en dirección al conocimiento de las leyes sociales con vistas al que siempre ha sido considerado como el problema fundamental de la Sociología: la consecución de una nueva *concordia*. […] Y persuadirles a poner algo de voluntad bien dirigida, es decir, de sentido de su responsabilidad social, en el fondo de sus funciones intelectuales[83].

En la misma línea, Treves, refiriéndose al Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas de la Universidad de Tucumán, subrayaba que las nuevas investigaciones sociológicas tenían que "poner en contacto el estudiantado tucumano con la realidad social de la región"[84].

Resulta innegable que esta concepción de la sociología estuvo íntimamente conectada a una voluntad política reformista en pro de la modernización social. Por eso mismo recibió el apoyo de los socialistas argentinos, especialmente de aquellos vinculados a la universidad, que defendían la idea de aplicar la sociología como instrumento de planificación social[85]. En este sentido, Ayala recuerda en sus memorias que el senador del Partido

83 Francisco Ayala, "Sentido actual de la sociología. Resumen de la clase inaugural del doctor Francisco Ayala", en Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral*, op. cit., p. 149.

84 Renato Treves, "Carta a Adolfo Piossek", 13 de diciembre de 1940, cit. en Diego Pereyra, "Sociología y planificación en el primer peronismo. El caso de El Instituto de Sociografía y Planeación de Tucumán", op. cit., p. 117.

85 Osvaldo Graciano, "Intelectuales, ciencia y política en la Argentina neoconservadora. La experiencia de los universitarios socialistas", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 14, n. 2, 2003, pp. 51-70.

Socialista Argentino, Alfredo Palacios, se interesó por su trabajo y que estableció con Mario Bravo, otro diputado socialista, una amistad "sostenida y afectuosa". También fue el mismo Mario Bravo quien presentó a Nicola Cilla y otros antifascistas italianos y argentinos al propio Treves.

Alfredo Palacios se hizo portavoz, durante su etapa de rector en la Universidad de La Plata (1941-1943), de estos intelectuales socialistas que deseaban una renovación del mundo científico argentino con el objetivo de generar un núcleo de principios éticos dinámicos que pudiesen servir de guía a la sociedad en un momento de crisis global. La universidad tenía que interactuar con la política local a fin de estimular la industrialización capitalista del país y obtener así el fruto de una democracia armoniosa capaz de dar cabida a todos los grupos sociales sobre la base de un modelo intervencionista, tal y como podía ser considerado el seudocorporativismo del New Deal rooseveltiano[86].

Como analizaremos a continuación, de hecho, Estados Unidos no permaneció ajeno, durante la Segunda Guerra Mundial, a la divulgación de esta nueva concepción de la sociología, incentivando con diversas estrategias culturales y diplomáticas, como las desarrolladas por las fundaciones Rockefeller y Ford, bolsas de estudio y programas de intercambio académico para la difusión de la sociología científica y, en general, las ciencias sociales en América Latina. En Tucumán, por ejemplo, se organizaron conferencias sobre diferentes tipos de planificación económica estatal, tanto estadounidense como soviética, y los intelectuales socialistas, con los cuales también colaboraron de forma activa Francisco Romero, Pedro Henríquez Hureña y Guillermo Korn, asumieron como objetivo común el desarrollo de la industrialización y la modernización económica, aunque atemperada por una perspectiva humanista.

La sociología, según la interpretación de Treves, Ayala o Germani, podía contribuir así a la formación de un intelectual-ciudadano, capaz de regenerar la conciencia nacional, levantada ahora a partir de principios demo-

86 Sobre los diferentes tipos de corporativismo: Philippe Schmitter, "Corporativismo", en *Enciclopedia delle scienze sociali*, vol. II, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma, 1992, p. 457.

crático-liberales y socialistas. Pese a que veían en Estados Unidos un buen modelo de desarrollo y gestión académicos, no esquivaron la crítica continuada hacia el imperialismo estadounidense. En cambio, los tres mantuvieron un fuerte sentimiento de ecumenismo latinoamericano.

Sin embargo, el verdadero referente de todos estos renovadores de la sociología en América Latina fue el húngaro Karl Mannheim, de cuya obra tanto Ayala como Treves se convirtieron en grandes divulgadores durante el exilio. En particular, su idea de la existencia de una auténtica misión de la ciencia social y de una sociología centrada en la planificación e interpretada, entonces, como instrumento facilitador del desarrollo económico, recibió el respaldo de una generación que intentó presentarse como la *intelligentsia* de un mundo moderno y reconciliado[87].

Treves y Ayala compartieron esta voluntad de reforma y *aggiornamento* científico de la sociología y el deseo de transformar la "universidad en órgano pensante colectivo", en un momento en el que el campo cultural argentino, más fracturado que nunca, se mostraba poblado de complejos movimientos internos y contaminaciones ideológicas. La diáspora europea, de hecho, llegó a Argentina en una etapa de gran efervescencia política dentro del ámbito de la cultura. No solo se expandían los medios de comunicación, sino que también se multiplicaban las vanguardias, surgían nuevas formas de periodismo y el debate intelectual argentino, tanto por la derecha como por la izquierda, se revestía de un internacionalismo desconocido hasta entonces.

La Revolución rusa, la Guerra Civil española y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial, en la que Argentina apostó desde el primer momento por mantener su estatus de neutralidad, fueron acontecimientos que se dejaron sentir entre las élites intelectuales del país, las cuales empezaron a vivir en un estado de guerra ideológica permanente, lo que propició que los sucesos locales se observasen a la luz de los dramáticos hechos europeos. El anhelo de parte de la intelectualidad latinoamericana por comprender lo que estaba

87 Alejandro Blanco, "Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual (1940-1965)", en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, op. cit., pp. 614-615.

ocurriendo en la otra orilla del océano estimuló la producción de la diáspora cultural. Este ambiente, profundamente polarizado en dos bloques político-culturales opuestos, el católico-nacionalista y el liberal-cosmopolita, fue el que encontraron Treves y Ayala.

Esta guerra por la hegemonía intelectual, en la que nuestros dos autores veladamente participaron, representa el marco dentro del cual es necesario interpretar todos sus ensayos escritos durante estos años. Los grupos intelectuales liberales se enfrentaban a la reacción antirreformista y a los riesgos del tradicionalismo y el autoritarismo, fenómenos vistos como una amenaza no solo en Europa, sino también en Argentina. La política entendida como servicio público y deber cívico se convirtió en la mayor preocupación y en el fundamento de nuevas redes y formas de sociabilidad cultural[88].

Así, por ejemplo, hay que mencionar el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), en el que también Treves y Ayala se integraron, un centro privado de irradiación de la cultura liberal fundado en 1930, en Buenos Aires, por Alejandro Korn, Narciso Laclau, Aníbal Ponce, Roberto Giusti, Carlos Ibarguren y Luis Reissing. "Ni universidad profesional, ni tribuna de vulgarización"[89], el CLES pretendía crear un espacio de cultura superior, una universidad libre de las injerencias oficiales, protegida de cualquier reacción contrarreformista y capaz de estimular un debate en la sociedad argentina.

Esta institución –formada, sobre todo, por profesores universitarios, además de empresarios, magnates, políticos e intelectuales– oscilaba de forma un tanto paradójica entre el empeño por mantener la cultura alejada de las luchas políticas y la aspiración de poder emplear esa misma cultura como arma o instrumento político antifascista. En otras palabras, experimentó una contradicción similar a la que animó al conjunto de la intelectualidad argentina a principios de los años cuarenta.

---

88 Carlos Altamirano, "Introducción al volumen II. Elites culturales en el siglo XX latinoamericano", en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Katz Editores, Madrid, 2010, p. 21.

89 Acto de fundación del CLES, cit. en: Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, op. cit., p. 143.

Ayala fue uno de los organizadores de la cátedra Juan Bautista Alberdi de Ciencias Jurídicas y Políticas del CLES, fundada en 1941, cuyo objetivo era "proporcionar los principios que guíen la organización nacional, estudiando las reformas necesarias en los regímenes jurídico, político y social de la Argentina"[90]. También Treves entre 1939 y 1943 pronunció al menos tres conferencias en el CLES sobre el tema, para él tan querido, como veremos más adelante, de la relación entre la ciencia jurídica y la crisis de la democracia[91].

Entre 1940 y 1945 el CLES vivió su edad de oro y, así como durante sus primeros años los asistentes a los cursos nunca superaron el millar, en 1941 fueron más de siete mil quinientos. Además, la apertura de nuevas sedes periféricas –entre ellas la de Tucumán, por ejemplo– y la transmisión radiofónica de las conferencias generaron un proselitismo liberal sin precedentes, contribuyendo a la propagación de una cultura reformista desde Buenos Aires a las provincias.

La ambición era transformar el CLES en el cuartel general de un "ejército de la cultura" capaz de preparar el país ante los desafíos del día después de la Segunda Guerra Mundial. Precisamente muchos de aquellos que Ayala define como sus amigos en el exilio argentino asumieron la dirección de las diferentes cátedras del CLES. Recuérdense los nombres de José Luis Romero, asociado a la cátedra de Historia dedicada al liberal Bartolomé Mitre; de Jorge Romero Brest, que organizó la de Investigación y Orientación Artística; o de Juan Mantovani, pedagogo. Todos eran intelectuales que acabarían convirtiéndose en protagonistas de la universidad posperonista.

---

90 Cit. en Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, op. cit., p. 160.

91 Según Pasolini, Treves dictó en el CLES una conferencia en 1939 ("La crisis de la democracia y la transformación de las ciencias legales"), otra en 1942 ("Los objetivos del Estado en las doctrinas políticas contemporáneas") y una tercera en 1943 ("Los problemas filosóficos de la ley en el pensamiento contemporáneo"). Véase: Ricardo Pasolini, "The anti-fascist climate and the Italian intellectual exile in interwar Argentina", *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 15, 2010, p. 709.

El CLES fue principalmente un lugar de encuentro, debate y reflexión transversal entre intelectuales y hombres de acción o políticos, en el que se reflexionaba sobre el rápido proceso de crecimiento de Argentina, la complejidad del proceso de transición a una democracia de masas, el nacimiento del Estado totalitario y el nacionalismo. Nadie era excluido en virtud de su origen o nacionalidad –de hecho, el 5% de sus miembros eran exiliados–, siempre y cuando se respetase una idea liberal y democrática de cultura. La revista *Cursos y Conferencias*, editada por el CLES, por ejemplo, nos permite reconstruir la contribución de Ayala, cuyos temas, en perfecta armonía con los fines de esta institución parauniversitaria, muy pronto ocuparían una posición central en el conjunto de su obra, desde la cuestión de la propaganda y la formación de la opinión pública hasta la responsabilidad de los intelectuales en una época de crisis y el método para renovar la sociología[92].

Así pues, en los años previos a la redacción de *Una doble experiencia política: España e Italia*, Treves y Ayala, alejados geográficamente, sí compartieron un horizonte espiritual de sociabilidad intelectual. Ambos fueron recibidos con interés por el polo liberal-cosmopolita de la intelectualidad local, alarmada por la propagación de corrientes nacionalistas en Argentina y deseosa de escuchar la opinión de aquellos que habían vivido de cerca la rápida emergencia de sociedades dictatoriales.

Sin embargo, de lo que no es posible hablar es de un horizonte político compartido por los dos autores, en el sentido de una concreta militancia dentro de un partido. Más bien, se trató de la cohabitación, con el telón de fondo de acontecimientos mundiales y locales que se sucedían vertiginosamente, en un heterogéneo espacio de sensibilidad ética cercano a la acción reformista no solo del Partido Socialista Argentino, sino transversalmente también de la Unión Cívica Radical o del Partido Demócrata Progresista.

Ayala y Treves, en fin, apropiándose de la concepción pedagógica de cultura que se había difundido en América en los años de la reforma univer-

92 En el volumen 18 de *Cursos y Conferencias*, año 1940, se menciona la conferencia de Ayala "La opinión pública"; y en el volumen 24, de 1944, aparece "Francisco Ayala, *Razón del mundo*: ¿Cuál es la responsabilidad de los intelectuales en la crisis? ¿Qué misión les incumbe en el porvenir inmediato?".

sitaria, coadyuvaron al proceso de desarrollo del mundo editorial argentino, dando a conocer textos de autores europeos y americanos poco difundidos (como Georges Gurvitch, Hans Freyer, Ferdinand Tönnies, Carlo Rosselli, Gioele Solari o Adolfo Ravà) y desplegando un proyecto de sociología que, a través de la articulación entre campo cultural y poder, buscaba ofrecer respuestas a los problemas sociales y económicos del país. En cierto sentido, los dos fueron intelectuales "traductores"[93], dos figuras que "transportaron" culturas de un lugar a otro, trasplantando ideas y tradiciones intelectuales en nuevos marcos culturales con el objetivo último de frenar la expansión de aquello que ya se había definido como "fascismo internacional".

Según esta perspectiva, en la primera mitad de los años cuarenta el principal problema, también para el mundo cultural de Argentina, no podía ser más que el de la comprensión de la naturaleza del fascismo y de los diversos factores, materiales y sociales, que explicaban su vertiginoso ascenso, socavando la libertad de los ciudadanos. ¿Cómo sería posible recuperar dicha libertad tras el violento choque entre modelos sociales opuestos que había degenerado en la Segunda Guerra Mundial?

El antifascismo: ¿enfoque cultural transnacional o movimiento local?

La vieja cuestión de una libertad siempre amenazada, a partir de la evolución del movimiento nacionalista argentino, se convirtió en objeto de un interés casi obsesivo por parte de la intelectualidad; una porción de esta, aunque no la hubiese sufrido en carne propia, se adhirió a la causa antifascista: la idea de una "República general de la inteligencia", o, utilizando la expresión francesa, una "République des esprits", tal y como la había formulado en 1925 el Institut International de Coopération Intellectuelle en París, coloreó de un nuevo sentimiento internacionalista también la realidad cultural argentina.

Tomó cuerpo la exigencia de defender el derecho del mundo intelectual a combatir contra las políticas culturales represivas de los Estados fascistas

93 Roberto J. C. Young, *Introduzione al postcolonialismo*, Meltemi, Roma, 2005, pp. 165-167.

y se abrazaron las razones de parte de las asociaciones antifascistas que, en el ínterin, habían surgido en Argentina, además de intentar promover el modelo de "intelectual republicano" que consistía, en esencia, en el ejercicio de un humanismo racional contrario a cualquier tipo de irracionalismo[94]. Consiguientemente, el ensayo *Una doble experiencia política: España e Italia* debe ser leído en el marco de semejante clima cultural de solidaridad e interés estratégico local por la retórica antifascista europea[95]. De hecho, el discurso antifascista en Argentina, que no había representado más que una especie de prédica periférica y ligada casi exclusivamente a la comunidad inmigrante italiana en la década precedente[96], se convirtió, ya en la segunda mitad de los años treinta, en una cuestión de política nacional[97].

El incremento del peso específico de la causa antifascista en relación con las cuestiones internas del país tuvo que ver con factores múltiples. Como se ha señalado, la Guerra Civil española reforzó la dimensión épica y romántica de la lucha contra el fascismo. La creación de frentes populares en Argentina servía para articular ideológicamente pactos entre fuerzas políticas democráticas, pero heterogéneas, más que como oclusión del fascismo como régimen político, amenaza aparentemente lejana. El antifascismo era, por tanto, interpretado como instrumento conceptual con el que atacar a los regímenes nacionales ilegítimos, cimentando un bloque progresista ante la situación de parálisis del conservadurismo argentino y el avance del movimiento nacionalista.

---

94 Ricardo Pasolini, "The anti-fascist climate and the Italian intellectual exile in interwar Argentina", *Journal of Modern Italian Studies*, op. cit., pp. 693-714.

95 Sobre la compleja naturaleza del antifascismo en el mundo atlántico, véase: Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945*, Alianza, Madrid, 2017.

96 Sobre el antifascismo italiano en Argentina, véase: Pietro Rinaldi Fanesi, "El anti-fascismo italiano en Argentina (1922-1945)", *Estudios migratorios latinoamericanos*, vol. 4, n. 12, 1989, pp. 319-352.

97 Andrés Bisso, "El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo", *Asian Journal of Latin American Studies*, n. 3, 2000, pp. 91-116.

Pese a la heterogeneidad de las culturas políticas presentes en el discurso antifascista argentino, donde convergían gobernantes a favor de Inglaterra, intelectuales profranceses, católicos practicantes, comunistas y anarquistas, resulta indudable que la corriente dominante a principios de los años cuarenta era la liberal-socialista, la cual condenaba no solo el fascismo entendido en todas sus múltiples definiciones, sino también el totalitarismo comunista, circunstancia que explica las continuas tensiones generadas con una facción comunista responsable, en buena medida, del desarrollo de la propia retórica antifascista durante la década anterior[98].

Ayala y Treves aterrizaron en Argentina precisamente cuando políticos e intelectuales antifascistas locales, en vísperas de la guerra mundial, estaban contribuyendo a la construcción teórica de un "fascismo criollo", intentando establecer asociaciones culturales, similares a las europeas y capaces de combatir las infiltraciones nazis y fascistas –fuesen reales o supuestas– en América Latina. En un momento en el que la realidad parecía fragmentarse en antagonismos irreconciliables, también en Argentina los intelectuales devinieron productores de nuevos conceptos y categorías con las que hacer frente al fascismo, además de promover alianzas de diversa matriz ideológica, como la AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), fundada por el filósofo marxista Aníbal Ponce en 1935 y que combinaba tradición liberal, comunismo y exaltación de la URSS[99], la FOARE (Federación de Organizaciones de Ayuda a la República Española), los PEN Clubs o las filiales del Comité Mundial de Ayuda a las Víctimas del Fascismo, que en París estaba integrado por Romain Rolland y Henry Barbusse.

---

98 Andrés Bisso, "The Argentine Antifascist Movement and the Building of a Tempting Domestic Appeal, 1922- 1946", en Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet, Cristina Clímaco (eds.), *Rethinking Antifascism. History, Memory and Politics 1922 to the present*, Berghann, Nueva York-Oxford, 2016, p. 134.

99 Ricardo Pasolini, "Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible entre Buenos Aires y Tandil", *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, n. 26, 2004, pp. 81-116.

Ante semejante panorama, la entrada en 1941 de Estados Unidos en la guerra añadió ulteriores complicaciones intelectuales. La mayoría de los países de América Latina rompió sus relaciones con las potencias del Eje. No así Argentina, que, al contrario, perseveró en su neutralidad. Los antifascistas argentinos interpretaron esta neutralidad como un ulterior apoyo indirecto a los nazi-fascistas. Al discurso antifascista local se sumaron más voces y, al mismo tiempo, este fue objeto de las ambiguas presiones de una diplomacia cultural estadounidense deseosa de que Argentina entrase en la guerra del lado de los aliados.

Los intelectuales no permanecieron indiferentes a las redes de solidaridad política que se estaban generando. La invasión alemana de Francia, la operación Barbarroja en la Unión Soviética y, en general, los lejanos acontecimientos bélicos que se producían en Europa no dejaron de reestructurar el campo cultural argentino, determinando la emergencia progresiva de un "intelectual colectivo" que tenía que defender con la fuerza de la inteligencia los valores de la civilización y la cultura frente al avance de la "barbarie fascista", y cuya obligación moral se cifraba en definir con rigor y contundencia las nociones mismas de fascismo y libertad.

En particular, importantes representantes de la revista *Sur* (Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Oliverio Girondo), del CLES (Jorge Romero Brest y Francisco Romero) o de la revista *Nosotros*, como Roberto Giusti, militaron en Acción Argentina, principal expresión institucional del antifascismo liberal-socialista, creada en 1940[100]. Esta organización pretendía conducir la política nacional argentina al apoyo de las potencias aliadas, promoviendo un discurso antifascista que reivindicaba la historia patria liberal, de modo similar a lo que hacía una parte del antifascismo italiano con la época del Risorgimento, contra toda forma de revisionismo nacio-

100 Cfr. Jorge Nállim, "Del antifascismo al antiperonismo: *Argentina Libre*, *Antinazi* y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual", en Marcela García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, op. cit., p. 83. Sobre Acción Argentina, véase: Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

nalista; condenaba el fraude y la corrupción de los gobiernos conservadores y, simultáneamente, defendía los derechos de lo que tenía que convertirse en una auténtica "sociedad civil", a partir de la contribución de socialistas y progresistas democráticos.

Los relatos de los exiliados italianos huidos del régimen de Mussolini, o la experiencia vivida en la guerra por los republicanos españoles, eran testimonios utilizados para demostrar que la amenaza fascista estaba presente en cualquier latitud y que, a la hora de combatirla, era necesario revitalizar un liberalismo con matices sociales.

Si recordamos la formación académica de Treves y de Ayala, no nos debe extrañar que ambos compartiesen la susodicha lectura argentina del antifascismo, presentado ahora casi como una especie de "fase superior del liberalismo"[101]. No quisieron tener en cuenta, sin embargo, las numerosas contradicciones internas de Acción Argentina, lacerada por las continuas tensiones con los representantes comunistas, a los que en más de una ocasión se les rechazó para después volver a contar con ellos, y por la incapacidad de aquella cohorte de notables que conformaron el grueso de la organización de llegar a sintonizar realmente con los turbulentos cambios que, desde la base misma, se estaban produciendo en la sociedad argentina.

Ayala, no militando, ni de *iure* ni de *facto*, en ninguna organización antifascista, escribió seis artículos en *Argentina Libre* entre 1940 y 1943. Como es sabido, Ayala escribió también en el periódico *La Nación*, que, aunque cercano al espectro del nacionalismo argentino, presentó de forma equidistante en su suplemento literario la opinión sobre el fascismo de muchos autores de izquierdas y derechas[102].

Sin embargo, *Argentina Libre* era una revista que pretendía de forma explícita acceder al espectro del antifascismo cultural en el contexto de la plu-

---

101 Andrés Bisso, "La recepción de la tradición liberal por parte del antifascismo argentino", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 12, n. 2, 2001, pp. 85-113.

102 Irma Emiliozzi (ed.), *Francisco Ayala en* La Nación *de Buenos Aires*, Pre-Textos, Valencia, 2012.

ralidad ideológica liberal-socialista argentina durante los años de la guerra. En concreto, fue a partir de las reuniones de la publicación como nació la propia organización Acción Argentina.

Con esta vehemencia se expresaba el editorial de apertura de la revista en marzo de 1940:

> Duros son los tiempos actuales […]. El estado de derecho y de libertad sufre toda clase de dudas y negaciones. […] Todos los hechos de nuestro pueblo responden a una misma idea coherente: la libertad […] los soldados de Francia y de Inglaterra luchan en defensa de una civilización que representa también nuestro patrimonio espiritual[103].

En otras palabras, *Argentina Libre* se fundaba sobre una posición bien definida: reivindicar la concepción de libertad aportada por el liberalismo argentino decimonónico para defender, al mismo tiempo, la visión liberal de la democracia inglesa y francesa. En este sentido, la ocupación de Francia por las tropas alemanas mereció continuos pronunciamientos negativos por parte de la revista, en tanto en cuanto el país galo era identificado con la mejor tradición de ilustración cultural y política democrática. La Unión Soviética, en cambio, fue criticada en repetidas ocasiones por su pacto con Alemania, pecado del que, en cualquier caso, se le absolvió tras la invasión nazi y su consecuente ingreso en la guerra al lado de los aliados. Asimismo, cuando Estados Unidos entró en la guerra, la revista, a través del diputado radical Juan Ignacio Cooke, no dudó en señalar que "el imperialismo de Wall Street ya no existe. Roosevelt lo ha liquidado"[104], iniciando una evidente línea editorial panamericana y proestadounidense.

Esto no significa que la revista no persiguiese un cierto pluralismo ideológico, dando cabida a diputados socialistas, como Alfredo Palacios y Mario Bravo, conservadores liberales, radicales y demócrata-progresistas, y fomen-

103 Cit. en: Andrés Bisso, "*Argentina Libre* y *Antinazi*: dos revistas en torno de una perspectiva político-cultural sobre el antifascismo argentino 1940-1946", *Temas de Nuestra América. Revista de estudios latinoamericanos*, vol. 25, n. 47, 2009, p. 64.

104 *Ibidem*, p. 75.

tando el debate, por ejemplo, entre quienes interpretaban el fascismo como algo peligrosamente cercano al comunismo en su praxis política y quienes, en cambio, lo asociaban a las democracias occidentales por su común origen en la economía capitalista, o entre aquellos que defendían a Inglaterra a capa y espada y aquellos que, por el contrario, no se olvidaban de los males del imperialismo británico.

Argentina Libre representó asimismo un espacio de expresión para el arte ya no solo latinoamericano, sino mundial. En la sección dedicada a la cultura y al pensamiento escribieron algunos amigos de Ayala, como José Luis Romero, Jorge Romero Brest y Eduardo Mallea, además de otros españoles, como Rafael Alberti, Rafael Dieste o Ramón Gómez de la Serna, políticos como Julio Álvarez del Vayo, Salvador Allende y el profesor socialista Gaetano Salvemini, maestro de Carlo Rosselli, generando y dando cobertura a una amplia red de contactos transatlánticos, demostración de que la cultura era ya una cuestión espiritual de índole claramente internacional.

En *Argentina Libre*, Ayala continuó desempeñando su función de atento divulgador de novedades editoriales, aconsejando en la sección "Libros e Ideas", por ejemplo, libros editados por la editorial Séneca, que José Bergamín y Emilio Prados habían fundado en México en 1939 con el objetivo de mantener viva la identidad cultural republicana española. Concretamente, Ayala hizo la reseña, en 1940, del tercer volumen de *Disparadero español*, del propio Bergamín, quien había sido presidente de la Junta de Cultura Española, órgano que, junto con la editorial Séneca, se esforzaba por mantener viva y activa la emigración intelectual republicana. Ese mismo año reseñaba *Piedras blancas*, de Pablo Landsberg, intelectual que había llegado a España huyendo del nazismo y que murió –metáfora de los horrores de la época– de inanición en un campo de prisioneros en Francia (224).

Sin embargo, Ayala no utilizó las páginas de *Argentina Libre* exclusivamente para publicitar los proyectos editoriales del exilio español, sino también, y sobre todo, para divulgar la nueva metodología sociológica en cuanto instrumento activo para comprender y posiblemente resolver la crisis en curso. Con tal propósito dio a conocer en 1941 al público argentino el ensayo *Panorama de la sociología contemporánea*, obra de su amigo José

Medina Echavarría (227). Un año más tarde hizo lo mismo con *Historia de la cultura como sociología de la cultura*, traducción de Luis Recaséns Siches de la obra del sociólogo alemán Alfred Weber (233), y con *Ideología y utopía* de Mannheim (230), ambos libros publicados en México por el Fondo de Cultura Económica.

Con este nuevo enfoque científico, la sociología se convertía también para Ayala en una herramienta indirecta del discurso antifascista, puesto que permitía al intelectual –figura que, en su opinión, tenía que situarse de forma evidente más allá de las clases sociales– restaurar una conciencia común y, por tanto, llevar a cabo el intento de edificar una nueva y necesaria reconciliación espiritual en el mundo. Esta conciencia renovada tenía que promocionar la traducción de ensayos ilustrados que, en cuanto "reencarnación en un idioma distinto" (230), estimulaba la aparición de reacciones y debates en ambientes nuevos, también en un contexto, como el argentino, que Ayala calificaba de "densidad […] relativamente escasa".

Si Ayala colaboró con *Argentina Libre*, Treves, por su parte, estableció relaciones con el exilio italiano militante a finales de 1940, fecha en la que se fundó en Buenos Aires la asociación Italia Libre con el apoyo económico de Torcuato Di Tella, un rico industrial emigrado de Italia a la edad de trece años. Fundador de uno de los principales conglomerados industriales de Buenos Aires[105], Di Tella era un convencido antifascista desde el primer momento. De hecho, formó parte del principal grupo de mecenas que financiaron el CLES, que desde los años cuarenta se dedicó cada vez más a la organización de actividades culturales claramente opuestas a la ideología fascista y, posteriormente, al peronismo.

En la segunda mitad de los años veinte, Di Tella inició una relación epistolar con Filippo Turati, dirigente del ala reformista del Partido Socialista Italiano[106], relación concomitante con su contribución económica a la Concentrazione Antifascista, un comité creado en París en 1927 por exi-

105 Cfr. Torcuato S. Di Tella, *Torcuato Di Tella. Industria y Política*, Norma, Buenos Aires, 1993.

106 Bruno Tobia (ed.), "Il carteggio tra Filippo Turati e Torcuato di Tella (1928-1931)", *Storia contemporanea*, n. 4, 1992, pp. 627-680.

liados italianos del PRI (Partito Repubblicano Italiano), el Partito Socialista (PSI) y el Partido Socialista de los Trabajadores Italianos (PSLI) de Turati y Claudio Treves. Di Tella no solo apoyó económicamente a la Concentrazione Antifascista, también ayudó a Arturo Labriola, socialista, en principio de orientación sindicalista soreliana y después más moderado, además de financiar en 1938 a Giustizia e Libertà, movimiento del que, como hemos visto, Treves fue simpatizante, a *La Giovine Italia*, semanario fundado por Randolfo Pacciardi, y a la revista *Il Nuovo Avanti*. En Buenos Aires, Di Tella había frecuentado los círculos antifascistas que se movían en torno a la hija de Giovanni Giolitti, ex presidente del Consejo de Ministros de Italia. A las cenas ofrecidas por Enrichetta Giolitti asistían también Giuseppe Nitti, hijo del diputado radical Saverio Nitti, Sigfrido Ciccotti, hijo del parlamentario socialista Ettore Ciccotti, y Nicola Cilla, socialista que había sido expulsado del Partido Comunista. Di Tella pertenecía al ala economicista de la socialdemocracia, por así decirlo, en tanto en cuanto defendía la necesidad del apoyo estatal a la industria junto con el paralelo incremento de la protección social para los trabajadores. Creía, por tanto, en el progreso de la sociedad a través de las soluciones que la misma industrialización capitalista ofrecía.

A raíz de los debates de la colonia antifascista italiana en Buenos Aires, en 1940 empezó a pensar en la constitución de una entidad que pudiese unir a todos aquellos que eran contrarios a la dictadura y combatir así la influencia de la fascista Consociazione Italiana y del periódico *Mattino d'Italia*, principal órgano difusor del régimen de Mussolini en Buenos Aires[107].

En un primer momento, Treves solo mantuvo contactos secundarios con las organizaciones italianas antifascistas en Argentina. Sin embargo, después de conocer a Gino Germani, en 1941, durante una conferencia en el Instituto de Sociología de Buenos Aires, su relación, hasta ese momento básicamente intelectual y deudora de una análoga manera de interpretar la disciplina sociológica, se hizo política por encima de cualquier otra consi-

107 Sobre los proyectos fascistas de Mussolini en Argentina, véase: David Aliano, *Mussolini's National Project in Argentina*, Fairleigh Dickinson University Press, Madison, 2012.

deración. Tras la dura experiencia del confinamiento en Italia, Germani se mostró muy activo, contribuyendo a esclarecer la etiología del fascismo en Italia con artículos publicados en los principales diarios antifascistas de Buenos Aires, como *La Nuova Patria* y *L'Italia del Popolo*, y en seguida debatiendo sobre el problema de la unidad antifascista, el futuro político de Italia a la caída del régimen y el colaboracionismo con los exfascistas[108].

Los dos se adhirieron, por tanto, al comité (después asociación) Italia Libre en 1941, que, aunque no llegó a tener tantos militantes como las organizaciones comunistas, tuvo un papel central por el prestigio y el peso socioeconómico de sus promotores. Además de contar con la financiación de Di Tella, esta asociación tuvo como promotores en Argentina a los citados Nicola Cilla, Sigfrido Ciccotti y Alberto Pecorini, periodista que anteriormente había dirigido *Il Cittadino* en Nueva York. Entre sus simpatizantes figuraban asimismo Gioacchino Dolci, uno de los creadores de Giustizia e Libertà, y el escritor Mario Mariani. La aparición de la publicación homónima, *Italia Libre*, acentuó la división de las distintas corrientes que configuraban el antifascismo italiano no comunista en Argentina. Era utópico, por ejemplo, postular una unión del nuevo periódico con *L'Italia del Popolo*, la otra histórica publicación antifascista e italiana, pero que, por el contrario, mantuvo su predisposición favorable hacia la Unión Soviética y los comunistas[109].

En semejante clima de tensión provocado por la guerra y la incapacidad de crear un sujeto único que aglutinase las diversas identidades políticas antifascistas, Treves empezó a escribir, a partir de septiembre de 1941, en las páginas de *Italia Libre*. Ya en mayo del año precedente un grupo de afiliados italianos del Centro Matteotti habían expuesto en los muros de Buenos Aires los primeros manifiestos del Comité Italia Libre, recordando a los ciudadanos argentinos:

---

108 Daniela Rawicz, "Gino Germani: socialismo liberal y sociología científica", *Andamios*, n. 19, 2012, p. 240.

109 Cfr. Federica Bertagna, *La stampa italiana in Argentina*, Donzelli, Roma, 2009, pp. 54-69.

> La guerra fue posible porque su mayor responsable, Hitler, después de haberse asegurado la complicidad de Mussolini, recibió al final el aliciente decisivo de Stalin. El pueblo italiano nunca aprobó el eje Roma-Berlín, pacto monstruoso que lo ata a su enemigo tradicional; muy al contrario, siempre fue animado por sentimientos de profunda amistad hacia el pueblo francés e inglés, con los cuales ha venido estrechando cada vez más sus vínculos fraternales, desde el periodo histórico de su "Risorgimento" como nación libre e independiente[110].

De modo que, al igual que *Argentina Libre*, el grupo antifascista de *Italia Libre* se presentaba como un dispositivo intelectual con múltiples referencias a la historia ochocentista del Risorgimento italiano para combatir la propaganda neutralista del Gobierno de Castillo, aun cuando en un principio lo hiciese desde una perspectiva "independiente", esto es, aceptando entre sus filas, al menos nominalmente, a los afiliados de distintos partidos políticos. Lo cierto es que, sin embargo, *Italia Libre* se convirtió muy pronto en un microcosmos polémico del movimiento democrático argentino de los años cuarenta en su expresión intelectual antifascista y proaliada.

Nicola Cilla, el primer director del semanario, contaba con el apoyo de las embajadas inglesa y francesa, que seguían atentamente la evolución del Partido Socialista argentino como posible sucesor en el poder de los gobiernos conservadores. Los primeros que se adhirieron al semanario fueron, de hecho, socialistas y republicanos de diversas corrientes y con grados de radicalismo distintos. Desde finales de 1941, además, *Italia Libre* recibió el apoyo del American Labour Council de Luigi Antonini, sindicalista italoamericano que defendió con absoluta determinación la causa americana en el conflicto mundial así como el polémico ingreso de exfascistas en las nuevas organizaciones antifascistas. Las tensiones en el seno de la revista se hicieron manifiestas cuando, tras la ocupación alemana de la Unión Soviética en 1941, algunos representantes comunistas expresaron su deseo de entrar en ella.

---

110 Cit. en Maria de Luján Leiva, "Il movimiento antifascista italiano in Argentina (1922-1945), en Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani fuori dall'Italia*, Franco Angeli, Milano, 1983, pp. 573-574.

La dirección ejecutiva de *Italia Libre* presentó una línea rígidamente anticomunista y de progresivo acercamiento, si no subordinación, a la Mazzini Society, asociación antifascista demócrata-republicana cuya creación en 1939 respondía a la tradición *risorgimentale* de algunos inmigrantes italoamericanos en Nueva York, entre los cuales cabe citar, en su primera fase, al fundador Gaetano Salvemini, maestro de Carlo Rosselli, al futuro presidente Max Ascoli, a un grupo de republicanos de Giustizia e Libertà (Lionello Venturi, Carlo Tresca, anarquista y líder del movimiento sindicalista italoamericano asesinado en 1943 probablemente por mafiosos vinculados al fascismo) y, en general, antifascistas italianos como Aldo Garosci, amigo de Treves, Alberto Cianca y Alberto Tarchiani, quienes, tras la ocupación de Francia, habían emigrado a Estados Unidos.

La historia de la Mazzini Society, como veremos en detalle, es ciertamente compleja y fértil en tensiones. En cualquier caso, el objetivo principal de la asociación era constituirse como grupo de presión para obtener el apoyo de Estados Unidos en la creación de algo similar a un gobierno italiano antifascista en el exilio presidido por Carlo Sforza, exministro de Exteriores del país transalpino entre 1920 y 1921. Además, Randolfo Pacciardi, que ya había liderado el batallón Garibaldi en la Guerra Civil española, se convertiría en comandante de una legión italiana en apoyo de los aliados.

Serafino Romualdi, periodista y sindicalista socialdemócrata, viajó en julio de 1941 a Buenos Aires para presentar la Mazzini Society a las asociaciones antifascistas argentinas. En agosto de 1942 se organizó un gran congreso en Montevideo, en el que se impuso la línea anticomunista[111]. Esto tuvo varias consecuencias: aquellos miembros de Italia Libre y de la Mazzini Society que creían en la unión antifascista con los comunistas se alejaron definitivamente de la asociación, juzgándola una pieza más de la poco escrupulosa política estadounidense en Italia y América Latina.

Aunque las alianzas provisionales y los acercamientos estratégicos contribuyeron a enturbiar las aguas del antifascismo liberal-socialista, Treves permaneció fiel a la línea de *Italia Libre*. Es posible entender esta fidelidad

111 Germán Claus Friedmann, "Alemanes antinazis e italianos antifascistas en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial", *Revista Escuela de Historia*, n. 5, enero-diciembre 2006.

recordando, en primer lugar, su juvenil aproximación al movimiento de Giustizia e Libertà, en Turín, en el que, como ya hemos señalado más arriba, militaron algunos de sus amigos más íntimos que, desatadas las hostilidades, tuvieron que emigrar a Nueva York. Su escasa afinidad ideológica con los comunistas filosoviéticos de la época era otra razón de peso a la hora de explicar el comportamiento de Treves.

A decir verdad, el jurista italiano señaló repetidas veces sentirse más cercano a posiciones anarquistas y libertarias. En este punto parece indudable que los acontecimientos de la Guerra Civil española, con el enfrentamiento entre anarquistas y comunistas, influyeron bastante en su juicio. Recuérdese que, al llegar a Montevideo, Treves entró inmediatamente en contacto con Luce Fabbri, hija de Luigi Fabbri, a la sazón uno de los principales exiliados del anarquismo italiano[112]. Las críticas de Fabbri a la Unión Soviética se remontaban a los tiempos de la Revolución rusa, puesto que el anarquista italiano rechazaba la idea de la dictadura del proletariado. Treves, por lo demás, mantuvo durante toda su vida una estrecha relación con Diego Abad de Santillán, conocido representante del movimiento anarcosindicalista español.

En *Italia Libre*, con un lenguaje más militante que Ayala, Treves se ocupó de la relación entre política y producción intelectual en Italia con el objetivo de desenmascarar el uso tramposo e inmoral de la cultura por parte de la propaganda fascista. Mientras que Ayala reseñaba libros que podían educar a la sociedad en el marco de una nueva racionalidad democrática, en diversas ocasiones Treves describió las estrategias ocultas de una cultura subordinada a un régimen antidemocrático. En este sentido, el profesor turinés, como estaba ocurriendo en algunos círculos progresistas argentinos, tomó parte en el debate sobre la relación entre *ethos* científico y democracia: la principal preocupación de estos intelectuales antifascistas era, de hecho, reafirmar la idea de que la ciencia y la democracia encarnaban similares valores antiautoritarios[113].

---

112 Luce Fabbri, *Luigi Fabbri. Storia di un uomo libero*, Biblioteca Franco Serantini, Pisa, 1996.

113 Sobre el debate con respecto a la relación entre ciencia, política y democracia en los primeros años cuarenta del siglo pasado, véase: Alejandro Blanco, *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Buenos Aires, 2006, pp. 17-21.

Como sucede en el ensayo objeto del presente estudio, la sistematización del pensamiento filosófico y jurídico italiano coetáneo representó, en estos años de guerra, una constante en las publicaciones de Treves. Por ejemplo, en 1941 escribió, usando el seudónimo de T. Santorevere –más adelante publicará firmando directamente con su nombre–, tres largos artículos sobre la servidumbre de la ciencia jurídica italiana con el régimen fascista y la grotesca búsqueda por parte del fascismo de una filosofía propia en detrimento de cualquier mínimo de calidad intelectual. Estos artículos son imprescindibles para la comprensión de *Una doble experiencia política*, ya que introducen la mayor parte de los motivos que se incluirán en este ensayo (238).

Compartiendo la lectura de Gino Germani, Treves considera que el fascismo había contribuido en diversas formas a agudizar la desintegración social italiana. En su opinión, el peor efecto de la acción del régimen fascista en las universidades italianas no era tanto que hubiera incorporado a personalidades serviles y deshonestas, como el ensayo del amigo íntimo de Mussolini Sergio Panunzio *Linee di una teoria dell'Impero* ponía en evidencia[114], sino que había sido capaz de corromper a juristas de poco valor, pero también a grandes personalidades de la ciencia jurídica italiana (239). Treves prefirió no dar nombres, ni indicar con el dedo inquisidor de quién estaba hablando; simplemente añadió algunas veladas referencias: estos juristas, con argumentos dignos de acróbatas, fueron responsables de desorientar y confundir a la sociedad, pues habían llegado al extremo de argumentar que el Estado fascista tenía los atributos de un Estado de derecho. Por el contrario, para Treves, uno de los deberes morales esenciales de un científico, como enseñará a los jóvenes españoles antifranquistas, será siempre demostrar racionalmente la eventual ausencia del Estado de derecho[115].

Por consiguiente, Treves quiso advertir a los argentinos y también a los italianos emigrados de que el ensayo de Riccardo Miceli, *La filosofía italiana*

114 T. Santorevere, "Linee di una teoria dell'impero. Un saggio di scienza giuridica fascista", *Italia Libre*, 13 de septiembre de 1941.

115 T. Santorevere, "L'asservimento della Scienza Giuridica Italiana", *Italia Libre*, 11 de octubre de 1941.

actual, traducido y publicado por Losada en 1940, no era una obra honesta, dado que denigraba la teoría de la libertad de Croce a causa de la manifiesta oposición al régimen del filósofo y, asimismo, calificaba peyorativamente a Piero Martinetti de "teósofo" porque no había querido subscribir el juramento de fidelidad de los profesores universitarios al fascismo, siendo posteriormente arrestado en casa de su maestro Solari. El pensamiento fascista, argumentaba finalmente Treves, era de naturaleza voluble, mudable según los intereses imperantes en cada circunstancia política concreta, tal y como lo demostraba el hecho de que, tras un primer entusiasmo con el idealismo de Giovanni Gentile, durante un tiempo convertido en el filósofo oficial del fascismo, el régimen hubiese girado hacia un pensamiento racista, místico y de inspiración heideggeriana, claramente deudor de su condición de aliado de Alemania[116].

Con estos artículos, Treves compartió, por un lado, la posición antifascista de la academia anglosajona para la que las actividades científicas tenían que ser expresión directa de una cultura política democrática; por el otro, interactuó con la especial retórica antifascista argentina. Ambas dimensiones pueden ser rastreadas en *Una doble experiencia política*. De hecho, durante estos años, el joven sociólogo Robert Merton describió la guerra mundial como un conflicto revolucionario entre culturas[117], y otros científicos sociales, tales como John Dewey, Morris Cohen, Walter Lippmann y Horace Kallen, tomaron parte en esta controversia que equiparaba la mentalidad científica a la cultura democrática; obviamente, tanto Ayala como Treves conocían bien este debate.

Si la ciencia social debía convertirse en expresión de duda y búsqueda constante de pruebas verificadas, igualmente la cultura democrática no podía basarse en afirmaciones dogmáticas e inmutables. Los académicos, por lo tanto, tenían el deber cívico de transmitir este espíritu crítico dentro de su campo de investigación. Consideremos, por ejemplo, lo que el amigo

116 T. Santorevere, "Filosofía italiana y pseudo filosofía fascista", *Italia Libre*, 27 de diciembre de 1941.

117 Robert Merton, *Teoría y estructuras sociales,* Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

de Ayala, José Medina Echavarría, escribió en 1943: "la ciencia es también en sí misma ejemplo de auténtica comunidad en la medida en que es tarea colectiva y cooperativa. Es foro abierto en donde todos pueden dejar oír su palabra por modesta que sea, y en donde lo decisivo no es la gran personalidad, sino la confirmación y la prueba"[118].

Si, como hemos visto, Ayala se preocupó de difundir obras que se basaban en la búsqueda de la racionalidad y la honestidad científica, entre 1942 y 1943 Treves dio a conocer en las páginas de *Italia Libre* la existencia de un antifascismo intelectual "prudente", que, poco a poco, aunque sin acciones extraordinarias, estaba erosionando desde el interior la hegemonía cultural fascista en Italia (251):

> Los italianos en el extranjero que hoy discuten con energía e interés los problemas de la reconstrucción después de la guerra deberían centrarse más en el antifascismo en Italia. Y no solo en los antifascistas más heroicos que luchan en el movimiento clandestino y sufren en las cárceles y lugares de confinamiento, sino también en los que, limitándose a actuar en el reducido campo de la cultura, a pesar de su excesiva prudencia, sus graves compromisos y humillaciones, han contribuido a mantener vivo el culto a los valores morales y a los principios ideales.

Treves ponía sobre la mesa los buenos ejemplos de este silencioso antifascismo, empezando por el ya citado maestro Francesco Ruffini[119] y por, obviamente, Benedetto Croce, que a través de la *Critica* había continuado defendiendo los valores de la cultura[120]. Además, Treves señalaba el hecho

118 José Medina Echavarría, "En busca de la ciencia del hombre", en José Medina Echavarría, *Responsabilidad de la inteligencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp. 46-47. La primera edición de este ensayo es de 1943.

119 T. Santorevere, "Figure dell'antifascismo. Francesco Ruffini", *Italia Libre*, 14 de marzo de 1942.

120 Renato Treves, "Benedetto Croce e il Fascismo I. La polemica con Gentile", *Italia Libre*, 28 de agosto de 1943. Renato Treves, "Benedetto Croce e il Fascismo II. Dalla conciliazione al dominio tedesco", *Italia Libre*, 4 de septiembre de 1943.

de que, tras el armisticio en Italia, en el campo intelectual la ruptura con la tradición fascista había sido total desde el primer momento. Esto había pasado, como explicará en *Una doble experiencia política*, porque muchos jóvenes habían decidido abandonar su formación fascista: "El pos-fascismo en el campo de la cultura, el pensamiento y la moralidad, no puede no estar vinculado a la tradición espiritual italiana que se llevó a cabo a pesar del fascismo y contra el fascismo. El pensamiento político italiano no tuvo las «raíces cortadas», y bajo la opresión ha sido capaz de progresar igualmente"[121].

El mismo Croce –conviene recordar– convenció a intelectuales y profesores para que hiciesen el juramento de fidelidad al fascismo con el objetivo de mantener viva la voz de la disidencia en las aulas y dentro del país: muchos miembros de Giustizia e Libertà (GL), como el mismo Treves, fueron muy sensibles a la cuestión de una resistencia silenciosa en la cultura italiana[122]. En segundo lugar, en sus artículos en *Italia Libre* Treves retomó buena parte de la retórica antifascista local: por una parte, combinando la tradición italiana del Risorgimento con la época de la Independencia argentina; y, por otro, apoyándose en la dimensión social-liberal de la lucha contra la dictadura. Con respecto al primer punto, en conformidad con el discurso antifascista liberal argentino, subrayaba: "Se debe, sin embargo, reconocer que los historiadores argentinos en estos últimos años están realizando una útil labor para descubrir y valorar exactamente la importancia de las vinculaciones culturales y políticas que unen las dos naciones surgidas en la misma época y con el mismo espíritu" (244). De acuerdo con este razonamiento, del que también Mondolfo fue defensor[123], los intelectuales italianos y argentinos antifascistas debían profundizar los lazos culturales entre los proscritos del Risorgimento e intelectuales argentinos como Alberdi, Mitre o Echavarría.

---

121 "Sull'avvenire della cultura italiana. Conversazione radiale di Renato Treves", *Italia Libre*, 6 de noviembre de 1943.

122 Cfr. Gabriele Turi, *Lo Stato educatore. Politica e intellettuali nell'Italia fascista*, Laterza, Roma-Bari, 2002, p. 253.

123 Renato Treves recuerda el prefacio de Rodolfo Mondolfo, *La filosofía política de Italia en el siglo XIX*, Imán, Buenos Aires, 1942.

Treves, por ejemplo, consideraba positiva la decisión de la Academia Nacional de Historia Argentina de reproducir en el año 1941 la revista *El iniciador*. Esta revista, fundada en 1838 por Andrés Lamas y Miguel Cané, había introducido las nuevas corrientes democráticas y liberales europeas en Río de la Plata a través del inmigrante italiano Juan Bautista Cúneo, que contribuyó al conocimiento de Giuseppe Mazzini, Silvio Pellico o Alessandro Manzoni, y a difundir el espíritu de una nueva Europa.

En otras palabras –y este es el aspecto político más interesante–, al igual que los antifascistas argentinos del CLES o de Acción Argentina, Treves, poco después de la Conferencia de Montevideo de 1942, que había reunido en Uruguay a los antifascistas italoamericanos "libres" bajo los auspicios de la Mazzini Society, estratégicamente comparaba las dos realidades: "Después de un siglo, los italianos libres se encuentran unidos con los hermanos argentinos y uruguayos en la lucha por los mismos ideales" (247).

Ese uso del pasado por parte de Treves –Ayala fue mucho más reacio a asociar la historia con el activismo político– nos permite analizar las contribuciones del profesor turinés en *Italia Libre* como un ejemplo más de la internacionalización de la cultura antifascista en curso. Como Treves, incluso el diputado socialista argentino Mario Bravo, por ejemplo, mezclaba el ideal socialista revolucionario con la tradición liberal argentina del siglo XIX; explicaba, de hecho, que el socialismo debía ahora acabar la "segunda revolución de mayo"[124].

Las colaboraciones de Ayala y Treves en la prensa antifascista argentina nos ayudan a entender la forma en que cada uno deseaba formar parte de una resistencia intelectual global que buscara un nuevo consenso basado en la dignidad humana. Ambos creían en la posibilidad del cambio social a través de la educación y la lectura. Incluso el mismo Ayala, muy consciente de la diferente posición internacional de España e Italia con respecto a una posible evolución antifascista, estaba convencido de que la tarea del intelectual sería a partir de entonces superar los límites de los enfoques moralistas que habían guiado a la ciencia, para restaurar sólidas normas éticas.

124 Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, op. cit., p. 59.

Es dentro de este marco sociocultural tan singular en el que se debe interpretar *Una doble experiencia política*: el intelectual debía ahora enfrentarse con la realidad de la guerra y, por lo tanto, con la feroz intrusión de la dimensión pública en la esfera privada. Este ensayo buscaba ofrecer una posible respuesta a esa violenta interferencia.

Nueva York, Buenos Aires y Ciudad de México, los orígenes de la colaboración entre Ayala y Treves

El desarrollo de una comunidad intelectual de naturaleza internacional o, dicho de otro modo, la idea de un sistema cultural creativo capaz de rebasar las fronteras nacionales, recibió un renovado vigor en vísperas de la Segunda Guerra Mundial como respuesta al nacionalismo generalizado y a la dramática agudización de la mentalidad militarista[125]. Tres fueron, básicamente, las actitudes que asumieron los intelectuales que no eran fascistas durante la conflagración: algunos trataron de no verse afectados por los acontecimientos bélicos, aislándose física y metafóricamente en una esfera cultural revestida de connotaciones ascéticas; otros se adhirieron a la resistencia, abrazando literalmente las armas y plasmando así su deseo de compromiso cívico; un tercer grupo, en fin, ante la imposibilidad de actuar de modo directo, pero considerando inaceptable una actitud meramente pasiva, asumió una posición de "neutralidad activa"[126].

Aunque Treves y Ayala mantuvieron una actitud afín a este tercer grupo, lo cierto es que las diferencias entre ambos fueron notables. Posicionándose contra la presunta pasividad de los intelectuales, Treves no dudó en utilizar su pluma para ayudar, cuando menos por escrito, a quienes se batían en el frente. Además de publicar asiduamente en *Italia Libre*, en 1943-1944 co-

125 Cfr. Gisèle Sapiro, "L'internationalisation des champs intellectuels dans l'entre-deux-guerres: facteurs professionnels et politiques", en Gisèle Sapiro, *L'espace intellectuel en Europe*, La Découverte, París, 2009, pp. 111-146.

126 Fabio Guidali, *Uomini di cultura e Associazioni intellettuali nel dopoguerra tra Francia, Italia e Germania Occidentale (1945-1956)*, tesis, Freie Universität Berlin, Università degli Studi di Milano, Berlín, 2013, p. 64.

laboró con *Quaderni Italiani*, una revista que se convirtió en el pretexto originario para la ulterior publicación de *Una doble experiencia política: España e Italia* y en cuyo especial espíritu antifascista debemos interpretar el ensayo a cuatro manos.

En septiembre de 1943, cuando las revistas político-literarias constituían pilares en la organización social de una cultura que definitivamente había bajado a la trinchera, Treves informaba en las páginas de *Italia Libre* del nacimiento de *Quaderni*[127]. Aunque se publicaron en Nueva York, en un primer momento la redacción de la revista se ubicó en la vivienda del jovencísimo Bruno Zevi, en Boston. Por otro lado, entre 1939 y 1946 los verdaderos centros de la cultura europea dejaron de estar, por causas obvias, en París, Londres o Berlín para trasladarse a Nueva York, Buenos Aires o Ciudad de México[128].

Zevi fue el director de los únicos cuatro números de *Quaderni*, que, publicados entre 1942 y 1944, se presentaron como herederos de los *Quaderni di Giustizia e Libertà*, la publicación que dirigían en el exilio parisino los hermanos Rosselli antes de su brutal asesinato a manos de un grupo subversivo de la derecha francesa por encargo del fascismo italiano en 1937. Zevi rememora así el nacimiento de la revista: "La historia [...] comienza en París el 2 y el 4 de febrero de 1940. [...] Cianca y Lussu me informaron que habían decidido la reanudación de los *Quaderni di GL*, que, en la situación de emergencia causada por la guerra, representan el mejor instrumento de infiltración en Italia"[129].

Por su parte, Treves explicaba de esta forma el objetivo último de los *Quaderni*:

---

127 Renato Treves, "I primi due numeri dei *Quaderni Italiani*", *Italia Libre*, Buenos Aires, 10 de abril, 1943. Publicado de nuevo en: Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, op. cit., pp. 76-84.

128 Sebastian Faber: "L'esilio degli intellettuali spagnoli e tedeschi in Messico: due esperienze a confronto", *Memoria e ricerca*, n. 31, 2009, p. 63.

129 Bruno Zevi, "Giustizia e Libertà in USA 1940-1943", en AA.VV., *Il Partito d'Azione dalle origini all'inizio della Resistenza Armata*, F.I.A.P., Roma, 1985, p. 253.

> Es bueno saludar esta publicación no solo como una nueva, encomiable, contribución que la juventud intelectual italiana aporta a la literatura antifascista, sino también como algo más. Como la prueba indudable del hecho de que el movimiento de Giustizia e Libertà continúa actuando y trabajando, más allá del Atlántico [...] Esta autonomía de pensamiento y acción que los colaboradores de los *Quaderni* reivindican frente a las distintas corrientes políticas italianas es debida esencialmente a la exigencia de positividad y concreción que siempre inspiró Giustizia e Libertà. Extremadamente dotados de sensibilidad histórica y de espíritu liberal, los colaboradores de los *Quaderni* no afirman sino, con los Rosselli, que "antifascismo es sinónimo de anticapitalismo" y que socialismo y libertad no son dos principios yuxtapuestos, sino los dos aspectos inseparables de una única ideología.

Treves, lo hemos señalado más arriba, ya antes del exilio había simpatizado con el núcleo turinés de GL. En buena medida lo hizo a través de sus amigos Andreis y Garosci, que fueron, junto con Carlo Levi, los promotores locales de esta organización clandestina, fundada por Carlo Rosselli en París en 1929, con el objetivo de crear una síntesis compleja entre democracia pluralista y socialismo de inspiración laborista. Pensando ya en el día después de la derrota del fascismo, defendía la necesidad de que la nueva república italiana se dotase de una Constitución de cuño social capaz de impulsar la socialización de algunos sectores clave de la economía sin cuestionar la pequeña y mediana propiedad. En Turín, GL, siguiendo los pasos de Piero Gobetti, mostraba una sensibilidad especial por la problemática del movimiento obrero. El núcleo milanés, en cambio, mantuvo posiciones de matriz estrictamente liberal[130].

En cualquier caso, el rasgo característico de GL era su marcada oposición al viejo estilo político antifascista. Habían quedado atrás los tiempos en los que aún podía pensarse en recuperar para Italia el sistema político liberal anterior al advenimiento del fascismo. De lo que se trataba ahora era de edificar nuevas instituciones democráticas.

---

130 Cfr. Marta Bonsanti (ed.), *Archivi di Giustizia e Libertà*, Istituto Storico della Resistenza in Toscana, Florencia, 2013, p. 1.

La Guerra Civil española representó un momento importante para GL. No solo porque en ella participasen numerosos miembros de GL, incluido el propio Carlo Rosselli, sino porque fue interpretada, en un momento de extrema radicalización, como la ocasión ideal para despertar energías insurreccionales contra el fascismo. En España, evidentemente, pero también en Italia. No resulta extraño, por tanto, que el frente republicano español adquiriera un halo mítico a ojos de los escritores italianos, entre ellos Treves, extrapolando incluso los resultados de aquella experiencia a los análisis políticos sobre la lucha antifascista italiana.

La ocupación alemana de Francia obligó a numerosos miembros de GL a emigrar. Así, Gaetano Salvemini, que residía en América desde 1930, fundó, tal y como se ha dicho, junto con Alberto Tarchiani, la Mazzini Society desde claras premisas liberal-democráticas. El objetivo era crear una entidad capaz de influir en la opinión pública estadounidense sobre la cuestión antifascista italiana y, simultáneamente, sustraer a la vasta comunidad italoamericana de Estados Unidos de la propaganda fascista. Sin embargo, debemos subrayar que Salvemini, ya antes de la muerte de Carlo Rosselli, había empezado a distanciarse de la progresiva radicalización del pensamiento de este último en lo tocante a la cuestión proletaria.

Por su parte, Bruno Zevi, de familia judía y nacido en 1918, había conspirado contra el fascismo ya en sus tiempos de estudiante en el Liceo Tasso, en Roma, integrándose después en una de las ramas liberalsocialistas de GL. En la Guerra Civil española se había unido a la columna italiana, donde, al igual que otros muchos antifascistas, acabó desarrollando un decidido anticomunismo, sobre todo tras los turbios sucesos relacionados con el asesinato del anarquista Camillo Berneri en Barcelona durante las jornadas de mayo de 1937.

También Zevi se vio forzado a emigrar de Italia después de la aprobación de las leyes raciales. Tras un año en Londres, se instaló en Nueva York para continuar los estudios de arquitectura y seguir con la lucha antifascista al lado de otros compañeros liberalsocialistas, como Lionello Venturi, Aldo Garosci y el propio Gaetano Salvemini, su profesor, quien les abrió las puertas de la Mazzini Society.

La esposa de Zevi, la periodista Tullia Calabi, a propósito de *Quaderni* recuerda:

> La redacción estaba en nuestra casa. Estábamos en Boston por entonces. Y el impresor era un viejo anarquista, Aldino Feliciani, que imprimió nuestra revista con las rotativas que se le habían conferido para imprimir todo el material de defensa de Sacco y Vanzetti [...]. Imprimíamos los *Quaderni de Giustizia e Libertà* en dos ediciones, una en papel extrafino y portada blanca, para enviar clandestinamente a Italia, y la otra con portada gris y letras rojas [...]. En la redacción estaban Garosci, Tarchiani, Cianca, Enzo Tagliacozzo, que todavía era el asistente de Salvemini, mi marido y yo, que ejercía un poco como secretaria de redacción [...][131].

De modo que, durante la guerra, los *Quaderni Italiani* se utilizaron explícitamente como medio de propaganda antifascista del socialismo democrático y reformista. Asimismo sirvieron para reabrir el debate acerca del socialismo liberal interrumpido con la muerte de Rosselli. El propio Zevi explicó que la copia extrafina en papel de arroz era destinada a su distribución clandestina en Italia a través del *Intelligence Service* americano. Por lo demás, los *Quaderni* evidenciaban que al antifascismo italiano, más allá de los fieles seguidores de Carlo Rosselli, se habían incorporado jovencísimos elementos que aportaban al debate nuevas y originales contribuciones a partir de su propia experiencia personal e intelectual en el interior de un régimen fascista.

Imbuido del lirismo típico de la resistencia intelectual, Treves utilizó las páginas de *Italia Libre* para anunciar que, en la nueva revista, se hallaba "la voz ardiente y segura de la nueva generación que, nacida desde 1918 en adelante, no ha conocido más que el fascismo, pero que nunca ha creído en el fascismo y que, precisamente por esto, siempre pensó que solo en sí misma podía y debía hallar la fuerza para renovarse moral y espiritualmente"[132].

---

131 Testimonio de Tullia Zevi, 15 de noviembre de 1999: Tullia Calabi Zevi, "La mia autobiografia politica", *Quaderni del Circolo Rosselli*, n. 1, 2000, pp. 83-89.

132 Renato Treves, "I primi due numeri dei *Quaderni Italiani*", en Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, op. cit., p. 76.

En opinión de Treves, esta generación de jóvenes antifascistas había comprendido que la acción política e intelectual les incumbía a ellos y no a los respectivos maestros liberales. La oposición formal y pasiva de estos ya no bastaba. Había que pasar a la "acción revolucionaria" para que Italia pudiese cambiar definitivamente. Una postura compartida por Treves, quien, durante estos años del exilio, manifestó con tonos explícitos –en algunos casos incluso provocadores– su propia condena *tout court* al fascismo, tonos ciertamente alejados del estilo más indirecto elegido por Ayala.

Para Treves, en el proceso de radicalización ideológica provocado por la Segunda Guerra Mundial, el antifascismo era ahora "sinónimo de anticapitalismo". Esto no significaba, sin embargo, que Treves y *Quaderni Italiani* se abriesen al comunismo. Por el contrario, esta nueva generación antifascista de Nueva York condenaba con mayor énfasis si cabe el comunismo, rechazando la idea de que "el fin justifica los medios", que atribuían a dicha organización política. Aunque, como ya hemos visto, reprobaban especialmente la "técnica de compromisos y alianzas que, en estos últimos años, alejó de la Tercera Internacional muchos elementos que le eran próximos"[133].

Así pues, la revista manifestó en varias ocasiones un firme anticomunismo ideológico. De nuevo el testimonio de Tullia Calabi resulta particularmente útil a la hora de comprender la profunda desconfianza existente entre antifascistas social-liberales y comunistas:

> Los comunistas se mantenían alejados y no está claro que hubiesen sido bien recibidos. Como en España, como en el exilio de París y como en Estados Unidos, los comunistas sufrían mal cualquier competencia política; querían conquistar el monopolio político sin renunciar a los golpes, como demuestran las trágicas luchas entre comunistas y anarco-sindicalistas en España y la muerte de Berneri[134].

Al anticomunismo como rasgo transversal hay que sumar como base teórica de la revista el pensamiento de Gobetti y Rosselli de los años veinte,

133 *Ibidem*, p. 80.

134 Tullia Calabi Zevi, "La mia autobiografia politica", op. cit.

según el cual socialismo y libertad no representaban dos nociones yuxtapuestas, sino más bien dos dimensiones inseparables. Rosselli entendía el socialismo como el principal instrumento para obtener una libertad efectiva que, además, no podía de ninguna manera convertirse en libertad de los "privilegiados".

En otros términos, era necesaria una renovación radical del socialismo en sentido liberal, eliminando la doctrina marxista e introduciendo una filosofía que potenciase las libertades individuales. Si en los años treinta los *Quaderni di Giustizia e Libertà* habían sido una palestra de discusión abierta en torno a la categoría de socialismo liberal, los *Quaderni Italiani* recuperaron la idea de "revolución" de Gobetti y, sobre todo, el fuerte espíritu voluntarista promovido por GL y su convicción de que las condiciones materiales podían cambiar a través de la lucha y la fidelidad a los propios ideales. De manera que la "revolución" propugnada no era ciertamente la que ambicionaban los comunistas, sino más bien una revolución "social" que pudiese forjar un sistema político muy diferente al ajado escenario de la Italia prefascista. El socialismo liberal propugnado por Rosselli se inspiraba en el "liberalismo revolucionario" de Gobetti, basado a su vez en una fuerte y fructífera alianza entre proletariado y clase media.

Si los *Quaderni di Giustizia e Libertà* albergaron innovadoras discusiones sobre los posibles orígenes del fascismo, el totalitarismo y el legado del Risorgimento, los *Quaderni Italiani* de Nueva York, en cambio, se inauguraron simbólicamente con un documento liberalsocialista del grupo Capitini-Calogero, esto es, con un texto que recogía las sugerencias políticas del área toscana de los normalistas que, durante los primeros momentos de la guerra mundial, quisieron continuar el proyecto de Gobetti renovando el liberalismo italiano, no tanto el socialismo, a través de lo que podríamos llamar una particular herejía liberal[135]. Los *Quaderni Italiani*, por consiguiente, desarrollaron dicho deseo de renovación radical del liberalismo en vez de centrarse en la reforma del socialismo. En todo caso, esta reforma, insistimos, representó una de las claves de bóveda a nivel teórico dentro de

135 Marco Gervasoni, "Per una nuova cultura politica: il socialismo liberale tra le due guerre" en Marco Gervasoni (ed.), *Giustizia e libertà e il socialismo liberale*, M&B, Milán, 1999, p. 36.

una revista heterogénea y plural como fue, para bien o para mal, el propio grupo político de GL.

De hecho, en el segundo *Quaderno* apareció, además de un capítulo de la vida de Carlo Rosselli escrito por Aldo Garosci, un perfil sobre las tendencias subversivas en el partido comunista firmado desde México por Leo Valiani, quien por entonces intentaba formular nuevas vías para un comunismo revolucionario, heterodoxo y crítico con la Rusia de Stalin. El tercer número de *Quaderni* se dedicó en exclusiva a los acontecimientos de la Guerra Civil española e incluyó dos folletos de propaganda: uno, *Italy against Fascism*, sobre las principales etapas de la lucha antifascista en Italia; el otro, *Movimento di GL*, era un manifiesto de propuestas del grupo norteamericano de GL. El cuarto y último fue redactado por la propia Tullia Calabi[136], después de que su marido, Bruno, junto con los compañeros Cianca, Garosci y Tarchiani, se embarcase en junio de 1943 en el transatlántico inglés *Queen Mary* para combatir en Europa en las últimas y decisivas fases del conflicto: "[...] Nuestra petición de participar en la lucha de liberación en Italia se remontaba a la época de Pearl Harbor, y fue aceptada solo después de agotadoras negociaciones [...] En cuanto exponentes de GL habíamos rechazado ya la idea de un gobierno italiano en el exilio [...] Nuestro objetivo, como para Carlo Rosselli, era la lucha dentro del país y queríamos comprometernos"[137].

Esta circunstancia nos obliga a analizar la situación bélica de aquel momento. Ese mismo mes de junio de 1943 fue elegido por las tropas anglo-americanas para iniciar la operación "sacacorchos", denominación que recibieron una serie de acciones militares previas al desembarco en Sicilia,

136 Además de la reseña de Treves, el último número de *Quaderni* incluía ensayos de Leo Valiani, "Per un nuovo socialismo", y de Aldo Garosci, "Verso una società liberal-socialista", y un documento de GL desde Italia.

137 Bruno Zevi, "Giustizia e Libertà in USA 1940-1943", op. cit. Zevi además recuerda: "Nuestro regreso fue en uno de los momentos más críticos de la guerra en un barco sobrecargado de 15.000 soldados, rascacielos de tanques, una bailarina destinada a entretener a las tropas estadounidenses en África, y cuatro italianos con ropa de paisano, porque habíamos rechazado el uniforme militar".

un desembarco planeado con el fin de liberar el continente del dominio alemán, abriendo una cuña desde el sur de Europa. Bruno Zevi, ya en tierras inglesas, pudo poner en marcha la radio clandestina Giustizia e Libertà.

En este punto parece necesario poner el foco sobre un par de cuestiones relacionadas. La primera tiene que ver con el súbito y creciente interés estadounidense por el exilio antifascista italiano y, en particular, por la corriente liberal-socialista de GL[138], tanto más llamativo –dicho interés– si recordamos la menor atención concedida inicialmente. Ahora, sin embargo, se diría que los funcionarios americanos consideraban que cualquier mínimo elemento procedente de aquel heterogéneo mundo podía beneficiar y fortalecer el despliegue militar de los Estados Unidos en Europa. En segundo lugar, el hecho de que la redacción al completo de los *Quaderni* pusiese rumbo a Europa demuestra el convencimiento de buena parte de los antifascistas italianos de que la derrota de las fuerzas del Eje era inminente. Había llegado, por tanto, el momento crucial de intervenir directamente en la liberación del país. No se trataba tanto de exaltar la epopeya antifascista personal sino, a nivel teórico, empezar a reflexionar sobre cuál debería ser para Italia la mejor transición política a la democracia. La destitución y posterior arresto de Mussolini el 25 de julio no vinieron sino a confirmar, en apariencia, esta convicción de los antifascistas. Italia se había convertido en un polo geopolítico de importancia estratégica para los aliados, mientras que, en paralelo, se asistía a un prematuro alborear –todavía estábamos en 1943– de las luchas hegemónicas de la posguerra.

Ayala y Treves observaban desde su rincón argentino estos acontecimientos históricos, justo después de que en 1943 un golpe militar hubiera puesto fin al gobierno de Castillo. En 1988, casi medio siglo después, el propio Ayala situó la génesis del ensayo escrito a cuatro manos con su colega turinés precisamente en el artículo que Treves redactó en *Quaderni* entre 1943 y 1944 (309):

138 Por el contrario, desde sus orígenes y hasta la Guerra de Etiopía, la Administración americana mostró interés por la Italia fascista. Véase el todavía válido: Gian Giacomo Migone, *Gli Stati Uniti e il fascismo. Alle origini dell'egemonia americana in Italia*, Feltrinelli, Milán, 1980.

> fue ocasionado de parte suya por la invitación que le habían hecho desde Estados Unidos algunos exiliados italianos para que comentara en un artículo las orientaciones culturales y políticas de los republicanos españoles. Supongo que entre esos exiliados figuraría, quizá en lugar destacado, un personaje de gran relieve, Max Ascoli, con quien más adelante tendría yo en Norteamérica una buena colaboración.

El artículo en cuestión lo publicó Treves bajo el acostumbrado seudónimo de T. Santorevere en el número 4 de los *Quaderni* con el título "Un aspetto della Scienza Politica Spagnola". Traducido por Ayala, el artículo se encuentra en *Una doble experiencia política: España e Italia*, como "Una doble experiencia cultural" en las páginas 13-21.

Ayala supone que fueron algunos exiliados italianos en Nueva York quienes solicitaron a Treves dicho artículo, concretamente el propio Ascoli. Pero el testimonio de Treves no especifica quién le hizo dicha propuesta, sino que se limita a señalar esa "invitación que me hicieron algunos amigos italianos en Estados Unidos"[139]. Es muy posible –aunque no está comprobado– que la "invitación" procediese de Max Ascoli. ¿Por qué?

Max Ascoli, aproximadamente diez años mayor que nuestros dos exiliados, era uno de los inmigrantes masones con mayor influencia en los ambientes antifascistas de Nueva York y, como se ha visto, entre finales de 1940 y el inicio de 1943 se convirtió en el presidente de la Mazzini Society. Como Treves y Ayala, también Ascoli se había formado en el seno de los fluidos parámetros de la filosofía del derecho bajo la dirección del positivista Alessandro Levi, primo de los hermanos Rosselli, acercándose así, como Treves, al grupo de GL. Había escrito en las principales revistas culturales italianas de la década de los veinte, debatiendo sobre la categoría de revolución liberal, socialismo y libertad a la luz de las ideas de Croce y la crisis en curso[140].

---

139 Renato Treves, "Antifascismo italiano e spagnolo nell'esilio argentino", en Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, op. cit., p. 86.

140 Renato Camurri, "L'esilio degli intellettuali italiani negli Stati Uniti", en *Memoria e Ricerca*, n. 31, 2009, p. 54. Sobre el pensamiento liberal de Max Ascoli, véase: Alessandra Taiuti, *Un antifascista dimenticato: Max Ascoli tra socialismo e liberalismo*, Polistampa, Florencia, 2007.

Los puntos en común con el pasado intelectual de Treves eran múltiples[141]. También Ascoli procedía de una familia judía y se opuso al fascismo desde el principio, si bien su decisión de abandonar Italia y emigrar a Estado Unidos se produjo mucho antes de la promulgación de las leyes raciales. La ocasión se le presentó en la primavera de 1932, primero gracias a una beca de la Fundación Rockefeller a través de la mediación de Luigi Einaudi –otro maestro en común con Treves– y, a continuación, de la mano de Alvin Johnson, quien lo introdujo en la New School for Social Research de Nueva York, pronto conocida como "Universidad del exilio", pues acogió un importante número de intelectuales huidos de la Europa fascista[142].

Ascoli representaba un modelo de intelectual expatriado que agradaba a los funcionarios del Departamento de Estado americano. No solo aportaba un rico capital teórico liberal, sino que además poseía una personalidad que se había integrado fácilmente en el mundo académico estadounidense, haciendo propios los valores vigentes y tomando distancia con cualquier aspecto político radical. Es evidente que también Ascoli, una vez en América, vivió un proceso de metamorfosis cultural –similar al de Treves, Ayala y otros eruditos exiliados, sobre todo alemanes– que lo condujo desde su condición de intelectual humanista *tout court* a una posición de científico social pragmático.

Tan es así que, en un tiempo récord, Ascoli se convirtió en Professor of Jurisprudence and Political Science de la New School for Social Research y, ya en 1939, en *Dean*, trabajando en estrecho contacto con Emil Lederer, Jacob Marshak, Theodor Geiger, Franz Neumann, Hans Speir y toda una serie de politólogos y sociólogos que intentaban esclarecer las transformaciones experimentadas por la sociedad europea, especialmente las sufridas

141 Para tener una visión completa y conocer la bibliografía, véase: Renato Camurri (ed.), *Max Ascoli. Antifascista, intellettuale, giornalista*, Franco Angeli, Milán, 2012.

142 Peter M. Rutkoff, William B. Scott, *New School. A History of the New School for Social Research*, Collier-Macmillian, Nueva York, 1986. Claus Dieter Krohn, *Intellectuals in exile: refugees scholars and the New School for Social Research*, University of Massachusetts, Amherst, 1993.

por las clases medias, así como dilucidar las fuentes y definir los rasgos de la categoría de totalitarismo. Un autor particularmente representativo de este recorrido intelectual es el ya citado politólogo Lederer, que fue obligado a exiliarse en cuanto asistente legal de la República de Weimar; en la revista de la New School for Social Research publicó varios ensayos que fundieron antifascismo socialista y antitotalitarismo, elevándose a representante del especial clima cultural de Estados Unidos, según el cual el totalitarismo era una directa novedad de la modernidad, basada en las masas sociales amorfas; no era por lo tanto el resultado del conservadurismo político o exclusivamente de algunas dinámicas económicas[143].

Esta posición académica nos permite comprender el interés que Ascoli podía manifestar de entrada en el trabajo sociológico de Treves y Ayala a partir de los parámetros de este paradigma cultural. Por otra parte, también Ascoli puede ser visto como un intelectual "traductor" que ejercía como vector de transmisión de tradiciones culturales separadas geográfica y culturalmente. Así pues, lo que aproximaba a los tres intelectuales, aun cuando se mantuviesen en todo momento claramente perfiladas sus diferencias ideológicas, era una voluntad de presentarse como modernos y dinámicos "filósofos de la libertad".

Este interés recíproco se manifestó, por ejemplo, en la difusión que en 1943 Treves hizo del pensamiento de Ascoli en Argentina, a su vez estudioso de la amada figura de Benedetto Croce desde los años de redacción de su tesis[144]. Como es sabido, Croce constituyó para una generación entera de intelectuales europeos democráticos un sólido baluarte filosófico en los años más oscuros del fascismo. En palabras de Ascoli: "la peregrinación hasta la

---

143 Un análisis del antifascismo intelectual exiliado en Nueva York en: Mariuccia Salvati, "Antifascismo e totalitarismo nelle scienze sociali fra le due guerre; ovvero, l'utopia rimossa di una società più giusta", en Alberto de Bernardi, Paolo Ferrari (ed.), *Antifascismo e identità europea*, Carocci, Roma, 2004, pp. 154-176.

144 La traducción española del volumen escrito en 1928 por Max Ascoli fue publicada por Losada en 1947 y promovida y presentada al público latinoamericano por el propio Treves. Max Ascoli, *La interpretación de las leyes: ensayo de filosofía del derecho*, Losada, Buenos Aires, 1947.

vieja mansión de don Benedetto [...] era una especie de necesidad espiritual"[145].

Por consiguiente, si los contactos entre Ascoli y Treves fueron intensos durante la Segunda Guerra Mundial, es necesario añadir que Ascoli, gracias también a su segundo matrimonio con Marion Rosenwald, hija del presidente del potente grupo industrial Sears, fortaleció progresivamente sus vínculos con los ambientes políticos de Nueva York y de Washington. Se remonta a esta época su amistad con Adolf A. Berle, representante del *Brain Trust* de la Administración Roosevelt. En paralelo, se hizo más estrecha su colaboración con el todavía joven Nelson Rockefeller. Su contacto ulterior con la primera dama Eleonore Roosevelt, amiga de su esposa, le permitió, por un lado, ayudar a las viudas Rosselli a entrar en Estados Unidos y a otros muchos exiliados europeos judíos y antifascistas a encontrar un sitio en las instituciones culturales americanas; por el otro, su penetración en los ambientes gubernamentales le brindó la oportunidad de hacer oír su voz en el diseño de posibles estrategias para reforzar el apoyo de los italoamericanos a la guerra. Ascoli estaba convencido de que la solución al fascismo europeo dependía directamente de la política exterior que la república norteamericana tenía que llevar a cabo respecto de las naciones del viejo continente[146].

Por este motivo apoyó, en un principio, el proyecto de la Mazzini Society de Salvemini, con el objetivo de difundir los valores democráticos y antifascistas en las masas de emigrados italoamericanos. En cambio, cuando dentro de la Sociedad se abrieron paso las tesis del ex ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el liberal Carlo Sforza, quien buscaba el apoyo de Estados Unidos para la constitución de un Gobierno italiano en el exilio, Ascoli no vio con buenos ojos la maniobra. Al igual que los otros miembros de GL, estaba convencido de que Italia necesitaba un orden nuevo, con figuras distintas a las ya superadas de la era prefascista, *giolittiana*. Por otra

145 Cit. en Carlo Nitsch del prólogo de Max Ascoli de *L'interpretazione delle leggi:* Carlo Nitsch, *Treves esule in Argentina. Sociologia, filosofia sociale, storia*, op. cit., p. 16.

146 Véase: Davide Grippa, *Un antifascista tra Italia e Stati Uniti. Democrazia e identità nazionale nel pensiero di Max Ascoli (1898-1947)*, Franco Angeli, Milán, 2009, pp. 126-147.

parte, defendió la extensión del radio de acción de la Mazzini Society hasta América Latina a través, por ejemplo, del ya citado congreso celebrado en Montevideo. Según la concepción realista de la actividad política de Ascoli no tenía ningún sentido obstaculizar semejantes proyectos, si bien pronto fue consciente de la escasa capacidad de influencia que tenían los antifascistas de la Mazzini Society, lo que acabó alejándolo progresivamente de la sociedad desde finales de 1942, distanciándose así también de intelectuales como Salvemini.

El Gobierno americano, mientras tanto, temía que en las naciones sudamericanas pudiesen producirse, en el contexto bélico mundial, peligrosos golpes de Estado por parte de fuerzas próximas a las tesis de las potencias del Eje. Por esta razón, Nelson Rockefeller invitó a Ascoli a formar parte, entre 1940 y 1941, del Office of Inter-American Affairs (OIAA), una agencia dedicada no solo a estudiar y coordinar políticas específicas capaces de sostener las frágiles economías latinoamericanas, sino también pensada para asegurar la influencia estadounidense en toda la región e impedir en la medida de lo posible la penetración de los intereses representados por Alemania y sus aliados sobre todo en la esfera comercial y cultural[147]. En cierto sentido, en un contexto diferente, bélico, se trataba de una especie de prolongación de la "política del buen vecino" anunciada por Roosevelt en 1933. Estados Unidos aspiraba a una solidaridad especial entre los dos hemisferios del continente americano mediante una política que mezclaba estratégicamente intereses económicos e idealismo democrático.

Tras concedérsele un periodo sabático en relación con sus obligaciones como decano de la New School for Social Research, Ascoli fue nombrado Associate Director of Cultural Relations y, ya en 1943, Associate Director of Cultural Relations del OIAA[148]. En definitiva, se ocupó durante la guerra de las relaciones culturales entre Norteamérica y Sudamérica, supervisando

147 Gisela Cramer, Ursula Prutsch (eds.), *¡Américas unidas! Nelson A. Rockefeller's Office of Inter American Affairs (1940-1946)*, Iberoamericana, Vervuert, Madrid, Orlando, 2012.

148 Sandro Gerbi, "Nelson A. Rockefeller e Max Ascoli: l'Office of Inter-American Affairs, la propaganda americana in America Latina e il caso del Perù", en Renato Camurri (ed.), *Max Ascoli. Antifascista, intellettuale, giornalista*, op. cit., p. 199.

el Bureau of Latin American Research, una agencia con sede en Washington y en cuya dirección el propio Ascoli situó a Bruno Foà, un economista napolitano de orígenes judíos que había recibido una beca de la Fundación Rockefeller. Esta agencia dio soporte a los trabajos del sindicalista Serafino Romualdi en la organización del gran congreso de los italianos antifascistas en Montevideo de 1942 y, por otra parte, tanto Romualdi como Ascoli se hicieron grandes amigos del empresario Di Tella, quien, como ya se ha indicado más arriba, financiaba buena parte de las actividades del antifascismo intelectual social-liberal en Argentina.

El objetivo de la OIAA era realizar una labor de zapa para mermar la influencia cultural de la Alemania nazi y de sus satélites en América Latina, al mismo tiempo que se intentaban establecer vínculos más fuertes de cooperación interamericana. La cultura podía ser un excelente aliado para dicho propósito y así, junto con la financiación de programas universitarios y publicaciones académicas, no se escatimó en toda clase de material audiovisual, sonoro y bibliográfico –películas, panfletos, revistas, mensajes de radio– a la hora de difundir de forma oculta la visión de un especial sentimiento común americano[149].

Ascoli pedía a sus colegas de la diáspora italiana en Sudamérica informes periódicos sobre la realidad social del país en el que vivían. En 1943, por ejemplo, con motivo de un inminente viaje, le escribía de esta manera al economista Antonello Gerbi, exiliado en Perú a causa de las leyes raciales:

> Vengo a Perú como "travelling scholar" [...]. Mi interés principal en vuestro país es encontrar las personas clave del mundo cultural. Por eso he mencionado las instituciones académicas. [...] La expresión 'mundo cultural' a la que me referí arriba, debe ser interpretada en el sentido más amplio, donde se incluyan periodistas y otras categorías de personas que me sugiráis[150].

149 Gisela Cramer, Ursula Prutsch, "Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs (1940-1946) and Record Group 229", *The Hispanic Historical American Review*, n. 86, 2006, pp. 785-806.

150 Sandro Gerbi, "Nelson A. Rockefeller e Max Ascoli: l'Office of Inter-American Affairs, la propaganda americana in America Latina e il caso del Perù", op. cit., p. 206.

Aunque para finales de 1943 Ascoli ya había abandonado la OIAA, lo cierto es que el artículo solicitado a Treves para *Quaderni* sobre corrientes políticas y culturales de los republicanos españoles exiliados en Argentina era perfectamente compatible con este espíritu de misión diplomática que buscaba unir el Norte y el Sur de América con el telón de fondo de la guerra mundial.

En cualquier caso, está claro que, fuese cual fuese la motivación originaria, la iniciativa siguió después su propio curso dentro de ese sentimiento antifascista que acercó a Treves no solo a Ayala, sino también al propio Ascoli. Como se ha dicho, Treves, a instancias de algunos amigos, decidió escribir una recensión en *Quaderni Italiani* del libro de Ayala *El problema del liberalismo*, publicado en México dos años antes por el Fondo de Cultura Económica.

Una obra que, en opinión de Treves, ejemplificaba a la perfección la diferente orientación cultural de los republicanos españoles en el exilio, los cuales, a partir de una solidaridad común de necesidades y esfuerzos con los antifascistas italianos, habían mostrado desde la Guerra Civil un profundo escepticismo hacia las corrientes tanto políticas como filosóficas de matriz liberal. Recordaba Treves que, a diferencia de los antifascistas italianos, quienes, gracias al magisterio de filósofos como, por ejemplo, Benedetto Croce, habían distinguido siempre entre los principios ético-políticos del liberalismo y los valores socioeconómicos de la burguesía, en España la crítica de la filosofía alemana a los principios liberales y democráticos había sido ampliamente considerada, hasta el extremo de que el propio Ayala en algunas de sus reflexiones identificaba en líneas generales el espíritu del liberalismo con el espíritu de la burguesía capitalista.

Según la lectura de Treves, por tanto, Ayala interpretaba el liberalismo, en cuanto ideología o movimiento político, como el producto característico de la burguesía moderna: se trataba, en fin, de la concreta manifestación de los intereses del "hombre económico". Sin embargo, la burguesía se encontraba en crisis a causa de la emergencia de las nuevas masas proletarias. Estas –así parafraseaba Treves el pensamiento de Ayala–, organizadas en grupos y facciones, habían obligado a los intelectuales a posicionarse en la vida política, distrayéndolos negativamente de su verdadera tarea.

En el próximo apartado habrá tiempo de detenerse en el análisis y comparación detallados de los contenidos teóricos y las posiciones de los dos

autores en el ensayo. En realidad, lo que ahora urge es reconstruir el importante proceso de circulación de ideas ligado a este escrito.

La reseña tuvo un efecto no menor en Ayala. Al pensador granadino, más que preocuparle la crítica al escepticismo que una mayoría de la cultura republicana mostraba hacia el liberalismo, lo espoleaba intelectualmente la idea de comparar la experiencia respecto a la ciencia política de la época y la cultura antifascista de dos generaciones formadas en países diversos. Así que lo que hizo Ayala fue responder con un segundo texto a las observaciones de Treves. De esta manera, también el italiano se sintió inducido a comparar los respectivos puntos de vista de dos intelectuales que, como él mismo recordaba, "estaban orientados políticamente en modo análogo"[151]. El objetivo último de ambos era "examinar y valorar juntos las condiciones que podían ligar el destino de todos los pueblos latinos, asignándoles [...] una específica misión cultural en el mundo del futuro"[152].

En otras palabras, ya no cabía comprender el problema de la libertad y de la crisis del liberalismo en términos nacionales; antes bien, había que insertar dicha problemática en una perspectiva más allá de las fronteras nacionales. Así lo defendieron dos intelectuales, como eran Ayala y Treves, que se habían encontrado generacionalmente a través de una robusta apertura internacional. Por lo demás, la manifestación de las vanguardias de los años veinte y treinta, de la que el mismo Ayala participó[153], se había caracterizado por una marcada naturaleza cosmopolita. Asimismo la experiencia antifascista constituyó una ulterior oportunidad de encuentro político e intelectual en el plano internacional.

El ensayo que surgió del intercambio entre Ayala y Treves apareció en la colección Jornadas del Colegio de México. La red cultural que sostenía a los dos autores se hacía cada vez más densa: el ensayo, redactado en Argentina por dos intelectuales europeos exiliados, recibió su estímulo original de los

151 Renato Treves, "Antifascismo italiano e spagnolo nell'esilio argentino", op. cit., p. 86.

152 *Ibidem*, p. 88.

153 Manuel Ángel Vázquez Medel, *Francisco Ayala y las vanguardias*, Alfar, Sevilla, 1998.

ambientes antifascistas de Nueva York y se publicó finalmente en una editorial mexicana: una auténtica urdimbre de sinergias intelectuales y políticas internacionales capaz de simbolizar la "comunión de intereses y estímulos espirituales de los pueblos latinos" en la fase definitiva del conflicto mundial.

El 5 de abril de 1944, tras haber leído la reseña aparecida en *Quaderni Italiani*, Ayala escribió una carta a Treves (261):

> [...] he leído con mucho gusto su artículo. Me ha interesado mucho, porque plantea una serie de problemas vivos y auténticos, e invita con ello a la discusión. [...] Puedo decirle que es una de las poquísimas cosas estimulantes que he leído desde hace mucho tiempo. Le diré también que disiento de muchas de sus apreciaciones, pero es un disentimiento de signo positivo, que invita a discutir [...] En fin, he sentido la necesidad de que procedamos a compulsar nuestros puntos de vista, nosotros los que hemos de correr análogo destino en el futuro inmediato, para que nos conozcamos a fondo y podamos compenetrarnos.

En la carta, Ayala llama a Treves "querido amigo". Podemos suponer, por consiguiente, que ya se conocían de otras ocasiones a través de redes intelectuales comunes e intereses académicos análogos frente a la nueva ciencia sociológica. Para el granadino se hacía entonces necesario confrontar detenidamente sus posiciones, dado que italianos y españoles debían encarar en el futuro inmediato un destino común, o al menos así lo percibía Ayala: un análisis comparativo del problema del liberalismo y del antifascismo en ambos países sería, por tanto, extremadamente beneficioso. Como no era posible por razones obvias publicar la obra en España, Ayala aconsejaba hacerlo en México, "donde hay medios y ambiente para que este tipo de cuestiones encuentren el correspondiente eco" (262). Ni siquiera Argentina era, en su opinión, una buena opción, puesto que, a diferencia de México, "el ambiente actual se presta poco".

Ayala no se equivocaba. Tras el golpe que acabó en 1943 con el Gobierno de Castillo, los militares se hicieron con las riendas del poder en Argentina. Los nuevos dirigentes fueron imponiendo poco a poco medidas nacionalistas en favor de un catolicismo intransigente, interviniendo en contra de profesores e intelectuales progresistas. El golpe supuso, de hecho, un enfrentamiento directo entre los organismos oficiales y parte de la uni-

versidad a la que se intentó atar en corto con intromisiones políticas y destituciones. El propio Ayala cesó en su puesto en la Universidad del Litoral en verano de 1943. Apenas unos días después, el filósofo Jordán Bruno Genta, uno de los principales ideólogos de los grupos nacionalistas y profascistas que se habían hecho con el poder, asestó un duro golpe a los sectores reformistas de dicha universidad[154].

El nacionalismo integrista apuntaba directamente al sistema educativo argentino. En estas condiciones, México, corazón del comunismo europeo en el exilio, además de centro de las organizaciones antiestalinistas, aparecía como el lugar más adecuado para la publicación de la obra de Treves y Ayala. De hecho, si el antifascismo en Argentina representó una cuestión conectada exclusivamente a la sociedad civil, por el contrario, en México el discurso antifascista se convirtió en una parte integral de la estrategia política gubernativa: bajo la presidencia de Manuel Ávila Camacho, del antifascismo revolucionario se pasó a una retórica más moderada, en defensa de la democracia. En México, por último, el antifascismo disfrutó de una reputación muy buena en los medios de comunicación[155].

La solución a la edición del texto llegó desde México de un amigo muy querido por Ayala, el sociólogo José Medina Echavarría, quien compartía con el intelectual granadino y con Treves más de un aspecto de su biografía y perfil intelectuales. No solo era íntimo de Ayala desde finales de la década de los veinte y, a su vez, colaborador de Adolfo Posada, sino que también había culminado su formación en Alemania, donde se interesó por la sociología "comprensiva" alemana y el historicismo e introdujo dicha corriente reformista en España[156].

---

154 Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral*, op. cit., pp. 104-105.

155 Véanse las propuestas de trabajo de: Andrea Acle-Kreysing, "Exiliados europeos y cultura antifascista en Ciudad de México y Buenos Aires (1936-1945). Algunas hipótesis de trabajo", *Os exilios ibéricos en clave comparada*, Consello da Cultura Galega, 14-15 de noviembre de 2014.

156 Juan Jesús Morales, "Un corredor de ideas entre México y Argentina. El intercambio científico e intelectual entre los sociólogos del exilio español", *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, n. 53, 2014, pp. 30-32.

Así como Ayala había traducido a Carl Schmitt, Medina Echavarría participó en la divulgación del pensamiento de Gustav Radbruch y Robert Michels. Igualmente su compromiso con la Segunda República lo forzó al exilio: llegó a Ciudad de México en 1939 gracias a la red de acogida que el Gobierno mexicano había creado para los intelectuales españoles. Hasta 1943 fue el titular de la primera cátedra de Sociología de la Universidad Autónoma de México, e introdujo en la sociología latinoamericana las nuevas técnicas de investigación no solo alemanas, sino también estadounidenses. Al igual que Treves y Ayala, estuvo adscrito al Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

En definitiva, la figura de Echavarría es metafóricamente comparable a un enlace cultural, un puente para la circulación de nuevas corrientes progresistas, renovadas tradiciones interdisciplinares de pensamiento capaces de contaminar las líneas conservadoras de la ciencia latinoamericana. La traducción de autores extranjeros en el marco de una actividad editorial intensa, la reseña recíproca de las obras tanto propias como de aquellos que mantenían una concepción de la sociología afín, se convirtieron en el instrumento privilegiado de este proceso complejo de circulación internacional de ideas.

Entre las numerosas actividades enlazadas al mundo editorial y de la traducción, Echavarría llegó a la conclusión de que la cultura hispánica y latina, más en general, tenía que adquirir una nueva relevancia en la reconstrucción ética y moral que sería necesario afrontar una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial. Bajo esta premisa, Echavarría invitó oficialmente a Ayala en mayo de 1944 a participar en la nueva aventura editorial de *Jornadas*, la revista del Centro de Estudios Sociales. Esta última institución había sido creada el año anterior por el mismo Echavarría con la colaboración de Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica y secretario del Colegio de México, prestigiosa institución cultural de los republicanos españoles en Ciudad de México, donde tenía su sede el Centro[157].

157 Sobre la historia del Centro de Estudios Sociales del Colegio de México, véase: Clara E. Lida, José A. Matesanz (eds.), *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, El Colegio de México, México, 1990. Sobre los orígenes del Colegio de México: Luis González, "La pasión del nido", *Historia Mexicana*, 100, 4, 1976, pp. 530-594. Aurelia Valero Pie (ed.), *Los empeños*

Jornadas publicó las actas científicas de los seminarios del Centro, enfocados en la guerra y los problemas de América Latina hasta el número vigésimo primero, a partir del cual la revista quiso, en cambio, estimular en términos transnacionales un debate sobre las cuestiones más acuciantes del presente, haciendo gala de un hispanismo integrador y propiciando un original contacto entre exiliados españoles y de otras naciones de Europa.

Así se dirigía Medina Echavarría, en un tono estrictamente oficial, a su amigo (263):

> *Jornadas* aspira a contar entre sus colaboradores [...] a los hombres más representativos del pensamiento social en todo el Continente Americano; pretende además con esto fomentar un mejor conocimiento recíproco. Hoy nos dirigimos a usted para pedirle muy encarecidamente nos honre con su colaboración.

Pocos meses después, cuando ya se había acordado que el "Ensayo sobre la libertad" de Ayala se publicase en *Jornadas*, Medina Echavarría se volvía a dirigir a Ayala (264):

> No me tengo por satisfecho con la publicación de tu ensayo inmediatamente, pues aspiraba, y te lo iba a decir, a que me hicieras una *Jornada* de temas españoles; algo que completara o siguiera la línea de tus magníficos ensayos de *Cuadernos Americanos*, con los que me sentí plenamente de acuerdo. [...] Hemos pedido colaboración a bastante gente del Continente.

En la práctica, la intención de Medina Echavarría era retomar las ideas que Ayala había expresado en los dos artículos publicados en la revista cultural *Cuadernos Americanos*: "La coyuntura hispánica", fechado en 1943[158], y "Discurso sobre la restauración", de 1944. Siguiendo las huellas del pen-

---

de una casa: actores y redes en los inicios del Colegio de México, Colegio de México, México, 2015.

158 Este artículo formará parte con posterioridad de: Francisco Ayala, *Razón del mundo: un examen de conciencia intelectual*, Losada, Buenos Aires, 1944.

samiento americanista de Alfonso Reyes, Waldo Frank o Henríquez Ureña, Ayala creía, no sin la especial dosis de utopía de la época, que la mejor manera de ayudar al proceso de reconstrucción de una sociedad desarticulada era recurriendo a los principios ecuménicos y universales, que se podían hallar en lo que define como cultura hispánica. En este sentido, la regeneración espiritual tras el terrible conflicto mundial tenía que proceder de la cultura común de una América hispánica que no había participado en la catástrofe bélica, sino que permanecía como ejemplo concreto de una cultura exenta de los particularismos y egoísmos occidentales[159].

Así pues, Medina Echavarría aconsejaba a Ayala que profundizase en estas ideas, empezando con un análisis riguroso del presente. Al mismo tiempo, la redacción de *Jornadas* ya le había pedido a Treves un texto sobre cuestiones italianas (265). Como explicaba la nota introductoria de la revista, las razones de *Jornadas* residían en la consideración de que:

> Nada es más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas [...] y la investigación científica [...] solo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. [...] no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda.

Dentro de este espíritu tolerante y comprometido con la actualidad internacional, Ayala, recordando la recensión de Treves en *Quaderni*, escribió a Medina Echavarría (266):

> Treves me ha comunicado el texto de un trabajo que, tomando pie en mis libros, desarrolla el tema de la distinta experiencia vivida por nuestra generación en España, y por la generación gemela en Italia. [...] Conversando acerca del tema, se nos ocurrió desarrollarlo en forma po-

159 Giulia Quaggio, "Exilio y transnacionalidad: otras ideas de lo 'hispánico' en el destierro republicano de Francisco Ayala", en Mari Carmen Serra Puche, Carlos Sola Ayape, José Francisco Mejia Flores (coords.), *Política y sociedad en el exilio republicano*, Cátedra del Exilio-UNAM, México, 2015, pp. 161-174.

> lémica –aunque en el fondo coinciden nuestros puntos de vista– y proyectarlo hacia el problema de la futura organización del mundo y del papel que deben jugar ahí nuestros países. Ahora se le ocurre a Treves que quizás sea adecuado para publicar en las *Jornadas*. Yo también lo creo.

La respuesta de Medina Echavarría fue rápida y lacónica: "Espléndido. Envía ese manuscrito en cuanto esté para publicarlo enseguida" (267). A principios de septiembre de 1944 el manuscrito aún no había llegado por vía aérea a México (269). En realidad, Treves y Ayala todavía estaban trabajando intensamente en el mismo. Así, el 2 de septiembre Ayala informa a Treves del material con el que contaba: la nota introductoria, la traducción que había realizado del artículo de los *Quaderni* y su propia respuesta. Esperaba todavía las 25 páginas que debía escribir Treves acerca de la situación específica italiana. El título del libro todavía no estaba claro: "cuando todo esté listo nos pondremos de acuerdo sobre los títulos de cada capítulo y sobre el título del volumen, que ya tenemos conversado, pero que se me olvidó" (268).

Inmediatamente Treves respondía mostrando su satisfacción con la contribución de Ayala: "su conclusión me ha parecido magnífica. Le agradezco muchísimo por haber también dado una perspectiva más amplia a las observaciones que yo había limitado al campo reducido de la generación italiana". La carta continuaba tratando cuestiones relativas a la semántica y a la traducción, haciendo honor a la característica meticulosidad de Treves, que, además, volvía a poner sobre la mesa la idea compartida de realizar una versión italiana del texto que podría ser enviada a los redactores de *Quaderni* para su publicación en Estados Unidos, en Italia o incluso en Argentina a través de la asociación Italia Libre, si bien admitía que "no sé si esta solución sea conveniente" (273).

El 18 de septiembre de 1944, tras haber añadido todas las correcciones sugeridas, Ayala escribía: "El original salió, pues, para México por avión y certificado. Esperemos que la censura no se crea en el caso de leerlo y juzgarlo antes de que llegue a su destino" (275). El manuscrito había sido enviado a Medina Echavarría el 15 de septiembre de 1944. En esa misma carta, Ayala recordaba a su amigo que había estimulado a Guillermo de Torre, Francisco Romero y Luis Jiménez de Asúa a colaborar en *Jornadas* (274).

Durante el otoño de 1944 la situación era abrumadora. Los alemanes bombardeaban París y Londres por primera vez, las tropas aliadas habían desembarcado en Normandía hacía unos meses, Italia era objeto de represalias por parte del ejército alemán que se retiraba en medio de una auténtica guerra civil, en octubre los ingleses ponían pie en Grecia y el Ejército Rojo penetraba por varios países de Europa oriental.

Si Argentina era todavía neutral, México, lugar de destino del manuscrito, presentaba un escenario igualmente conflictivo: las alianzas políticas se suscribían tan rápido como se quebraban, la izquierda estaba fracturada, intrigas y asesinatos estaban a la orden del día. Cualquier movimiento de los exiliados era vigilado por un pequeño ejército de agentes de los servicios secretos alemanes, soviéticos y estadounidenses, que no tenían recato en leer las comunicaciones postales, escuchar las llamadas telefónicas y espiar. Ayala temía, por tanto, que algo así pudiera suceder con el manuscrito, aun cuando consideraba la posibilidad de publicarlo en Argentina por medio de Italia Libre, dado que "no hay nada que roce intereses políticos locales" (276).

Un mes después de haber remitido el manuscrito a México, Treves le envió la traducción italiana para que le diese su aprobación. El italiano le explicaba que se había puesto en contacto con Tullia Calabi, quien le había dicho: "estoy segura de que una versión del trabajo que usted ha hecho con Ayala interesaría muchísimo y que podría imprimirse enseguida allí, ya que las publicaciones a disposición de los amigos son varias. Le aconsejaría entonces de enviarme una copia, que yo me apresuraré a difundirlo" (279).

Y aclaraba Treves en su carta: "Creo que esta es la solución mejor dado que se trata de un tema vinculado a Giustizia e Libertà" (279). Esta mención demuestra, por un lado, que Ayala conocía el movimiento antifascista italiano y aceptaba, por lo tanto, su orientación; por otro lado, Treves, tras recordar que también se había dirigido a Medina Echavarría para una leve modificación del capítulo III (279), instaba al granadino a ponerse en contacto en Buenos Aires con su suegro, el médico forense Leone Lattes, para que hiciese circular el manuscrito en los ambientes italianos de la ciudad. Dos días más tarde, Ayala respondía con las correspondientes correcciones a la traducción italiana y afirmaba: "Me alegraré mucho de que se haga la edición en Italia misma" (281). Sin embargo, un mes después del envío no

había recibido aún la confirmación de la llegada del manuscrito a México: "es desesperante la lentitud de las comunicaciones, entorpecida todavía por la censura [...] Ellos son, además de la dificultad de comunicaciones, unos buenos pelotudos, que dan mucha prisa para encargar las cosas, pero no se apresuran a acusar recibo cuando llegan a su poder" (281).

La espera se prolongaría dos semanas más. La anhelada respuesta llegó finalmente el 3 de noviembre de 1944: el manuscrito estaba en Ciudad de México en manos de Medina (282), que ya lo había mandado a imprimir, probablemente sin grandes trabajos de edición. El Colegio de México giraba asimismo una retribución de 50 dólares, a dividir entre los dos autores. La situación económica de la institución no era de las mejores, dado que, como había explicado Medina Echavarría en una carta previa, no había recibido las ayudas estadounidenses previstas (264). Esta fue también la causa que impidió a Ayala trasladarse a México, como hubiera querido, ya que "mis antiguos deseos se multiplican por nuevas circunstancias (…); pero la principal de todas, aunque parezca la más arbitraria, es que estoy harto hasta más no poder del clima del Río de la Plata, que me deprime y disminuye mi capacidad de trabajo" (283).

En el intercambio epistolar sucesivo entre Treves y Ayala se habló del reparto de la retribución, que estaría gestionada por Losada, y del número de copias que iban a solicitar para distribuir entre amigos y conocidos. Desgraciadamente no pudieron verse a corto plazo, como ambos deseaban. Además, Ayala le preguntaba a Treves si le podía dejar el libro de Sorokin (284): este sociólogo estadounidense de origen ruso, autor de *Social and Cultural Dynamics*, había sido diputado del partido Social-Revolucionario, encarcelado varias veces por los comunistas y, al final, expulsado de Rusia.

A principios de 1945, el número vigésimo quinto de las *Jornadas*, con el ensayo de Treves y Ayala, llegaba por fin a Argentina. De dicha llegada da testimonio la larga reseña del escritor y político Dardo Cúneo en las páginas del diario socialista *La Vanguardia* (293). Como líder de las corrientes renovadoras del partido socialista argentino, Cúneo leyó con interés, como veremos, las ideas de Treves acerca de un nuevo modo de entender el liberalismo en clave socialista. Igualmente el 9 de junio de 1945, en el *Correo de Asturias*, aparecía una breve comunicación sobre el ensayo, sintetizado

como el intento polémico de llegar a conclusiones positivas "en torno a la vitalidad de la ideología liberal"[160].

Además de las reseñas publicadas, amigos y colegas escribieron a Treves para agradecer el envío de la obra. Estas cartas demuestran la extensión de la recepción y circulación de las ideas contenidas en el libro. Por ejemplo, respondieron a Treves con cartas afectuosas el socialista José (Giuseppe) Parpagnoli, fundador del círculo Giacomo Matteotti de Buenos Aires, o Renata Donghi Halperín, quien afirmaba: "Le felicito por lo que a Ud. le toca en la obra con Ayala, tendría interés en reproducir en *Ínsula* una pequeña parte [...]"[161]. Por su parte, Luis Jiménez de Asúa, a finales de julio de 1945, le escribió a Treves en los siguientes términos (289):

> [...] En este momento recojo en el Centro Republicano el número 25 de *Jornadas* en el que viene un trabajo de Ud. que a juzgar por el título ha de ser enormemente sugestivo. Esta noche me pongo a leerlo con la seguridad de hallar en sus páginas enseñanza y deleite.

Si los intercambios y el debate alrededor del ensayo de Ayala y Treves demuestran que en la Argentina de 1945 –una fecha crucial para los equilibrios políticos del país– la cuestión del liberalismo estaba más candente que nunca, de la traducción italiana, en cambio, no se hizo eco ninguna publicación. El 18 de enero de 1945 Tullia Calabi se dirigía a Treves con estas palabras: "[...] le escribo para anunciarle que mi marido me ha informado recientemente de la llegada de su manuscrito. Yo le he escrito pidiéndole que lo más pronto posible me diese una respuesta acerca de la posibilidad de publicarlo en italiano. Y Bruno me ha respondido que pensaba que sería muy útil publicar el libro y que iba a intentar decidir lo más rápido posible junto con los amigos. Espero, pues, relativamente pronto una respuesta definitiva al respecto".

---

160 *Correo de Asturias*, 9 de junio de 1945.

161 Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 3 – Periodo Argentino, "Spagna e Italia", Carta de Renata Donghi Halperín a Renato Treves, Buenos Aires, 20 de junio de 1945.

No tenemos constancia de la llegada de una respuesta, ni de la publicación en Italia de este ensayo. Las razones son obvias: en la Italia de la posguerra cayeron en el olvido la mayoría de las publicaciones ligadas a Giustizia e Libertà y al Partido de Acción, al que se habían adherido numerosos miembros tanto de este movimiento antifascista como del liberal-socialismo, empezando por el propio Bruno Zevi. Ya en las primeras elecciones democráticas de 1948, en el país se inauguró la lucha ideológica y la batalla por la hegemonía cultural entre la democracia cristiana y el comunismo. La galaxia de complejas culturas políticas vinculadas a GL y todo el conjunto de propuestas liberal-democráticas fueron marginadas, aun cuando dichas propuestas permaneciesen latentes en el código genético de la izquierda italiana.

Tendrían que pasar casi cuatro décadas, como veremos, para que, a finales de los años setenta y, sobre todo, ya en los ochenta, las propuestas en favor de la que pronto se definió de forma ambigua como una tercera vía compareciesen en el seno de los movimientos progresistas de centroizquierda a través de autores como Bobbio, quien, en un contexto completamente distinto al que imperaba en el periodo de entreguerras, volvió a recordar los preceptos de un movimiento simultáneamente liberal y socialista.

Solo entonces Treves y Ayala retomaron de nuevo su diálogo después de una larga interrupción.

Hacia una nueva libertad: parafraseando una doble experiencia cultural

El ensayo que Treves y Ayala escribieron al alimón representa un vivo producto de la época. No solo, como las páginas precedentes explican, debe ser interpretado dentro del circuito global de la resistencia de los intelectuales antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial, sino que es necesario leerlo a la luz de las densas redes vinculadas a la perspectiva política de los dos intelectuales, redes que se fueron hilvanando durante los primeros años del exilio.

Los núcleos liberales argentinos del CLES o de la revista *Sur*, así como los académicos socialistas, que defendían una nueva idea de sociología cien-

tífica reformista, acogieron a los dos exiliados desde selectos intereses culturales y políticos; a su vez, Ayala y Treves transfirieron su distintiva visión del liberalismo y el socialismo democrático, contaminando y siendo contaminados, recorriendo simultáneamente el trayecto intelectual de otros científicos exiliados en Estados Unidos que estaban conectados, fuesen o no fuesen conscientes de ello, a los ambientes gubernamentales y, por tanto, a las lógicas bélicas de la época.

En otros términos, *Una doble experiencia política* ilustra el éxito último de un conocimiento en tránsito[162] según el cual las especiales circunstancias de producción del ensayo y la conflictiva circulación de opiniones que he intentado reconstruir resultan fundamentales a la hora de ayudar al lector a penetrar directamente en el corazón de las ideas expuestas.

Max Ascoli sostenía que el verdadero desafío para los intelectuales contrarios al fascismo era ir "más allá" del antifascismo tradicional, algo que requería una reflexión crítica que no podía desarrollarse ni en Italia ni en Europa[163]. En su opinión, América era el lugar perfecto para elaborar desde fuera una visión provechosa. El exilio, en fin, representaba un observatorio privilegiado desde un punto de vista emotivo. Treves y Ayala se sumaron a la reflexión de Ascoli, partiendo de la asunción de que para derrotar al fascismo resultaba fundamental desarrollar una idea todavía más fuerte, capaz de socavarlo desde la raíz misma. Para llegar a una idea semejante, los intelectuales deberían, con todos los medios a su alcance, profundizar en la noción de libertad, buscando así la vía adecuada hacia la regeneración del liberalismo en crisis o, al menos, coadyuvando en el establecimiento de una definición para un concepto tan ambiguo.

En el primer capítulo de *Una doble experiencia política*, Treves de forma análoga recordaba que "hasta que no se haya delineado una idea nueva capaz de resolver los problemas planteados por el fascismo, no habrá victoria definitiva" (165).

---

162 Cfr. James A. Secord, "Knowledge in Transit", *Isis*, n. 95, 2004, pp. 654-672.

163 Renato Camurri (ed.), *Max Ascoli. Antifascista, intellettuale, giornalista*, op. cit., p. 15.

Como se ha dicho hasta aquí, ni Ayala ni Treves fueron seducidos por las corrientes de pensamiento populistas que fascinaron a muchos intelectuales de la época. Tampoco por las soluciones de carácter autoritario imperantes en el periodo de entreguerras. Sin embargo, no es menos cierto que ambos se formaron en un contexto de emergencia que había determinado que la pregunta obsesiva en el mundo de la cultura girase en torno a las modalidades de la crisis del liberalismo y al significado de la recurrente y tantas veces criticada noción de libertad. Según los dos, la respuesta a estas cuestiones podía acabar proporcionando una solución a los desórdenes políticos y sobre todo morales de los años treinta.

Lo cierto es que, en la última fase de la guerra, el mundo de la cultura ya no parecía tan interesado en la anterior crítica acuciante al orden burgués como en ofrecer una alternativa al desafío que representaban el nazismo y el fascismo y la consecuente reducción de las libertades en el mundo. Este objetivo obligó a un importante número de intelectuales situados en la izquierda del espectro ideológico a girarse lentamente hacia el patrimonio doctrinario liberal[164], un giro que en muchas ocasiones chocó o se enredó con los intereses de los movimientos antifascistas locales y las diferentes soluciones políticas que, en cada caso, se formulaban.

Además, el presente estudio debe ser interpretado en el marco de la anterior radicalización política que experimentó la esfera intelectual en los años veinte y treinta de la pasada centuria. Ya no había vía de escape: Walter Benjamin, por ejemplo, señalaba en el mismo periodo que la politización de la cultura comunista no representaba sino la contrapartida de la voluntad fascista de estetizar la misma política[165]. Los intelectuales, o eran nihilistas románticos, apocalípticos insurrectos contra la modernidad, o a menudo consideraban que las soluciones liberales no estaban a la altura de la mag-

164 James D. Wilkinson, *The Intellectual Resistance in Europe*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981, p. 21.

165 La idea de Benjamin sobre una "estetización de la vida política" aparece por primera vez en 1936 en el ensayo *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* ("La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica").

nitud de los problemas y, por lo tanto, en la mayoría de los casos entraban automáticamente en el ámbito magnético del comunismo[166].

Sin embargo, Treves y Ayala, como hemos venido insistiendo, simpatizaron con un antifascismo cultural minoritario que analizó con extrema precocidad y originalidad la misma categoría de totalitarismo, rechazando tanto el fascismo como el estalinismo para recuperar, a contracorriente, una idea de liberalismo entendido como actitud moral tolerante y temple espiritual reconciliado.

Así Treves, en el primer capítulo del ensayo, que no es otro que la reseña publicada en *Quaderni Italiani*, empezó su análisis por la consideración de que todos los que eran contrarios al fascismo en Italia se sentían automáticamente cercanos espiritual y materialmente a los republicanos españoles, tanto como para considerar la Guerra Civil "la guerra revolucionaria del antifascismo italiano". El mismo Treves no dejaba espacio para la ambigüedad a la hora de posicionarse en la relación entre intelectuales y antifascismo. No solo porque el artículo fuese publicado en un medio de comunicación claramente antifascista, sino también porque el profesor mostraba desde las primeras líneas del texto su solidaridad con los "revolucionarios italianos", en definitiva, con todos aquellos que estaban luchando para derrotar el orden fascista.

En los estertores de la contienda mundial, Treves creía que los antifascistas italianos y españoles –sintomáticamente Ayala no emplea apenas el término "antifascista" para el caso español[167]– se encontraban en una análoga posición ideológica de independencia y espera ante la dirección que habrían de tomar los acontecimientos mundiales tras la ambigua conducta

166 Cfr. Enzo Traverso, "Les intellectuels et l'antifascisme. Pour une historisation critique", *Lignes*, n. 34, 1998, p. 122.

167 Sobre la cuestión del difícil uso de la categoría política de antifascismo en la historiografía española, véanse las reflexiones de Hugo García Fernández, "¿La república de las pequeñas diferencias? Cultura(s) de izquierda y antifascismo(s) en España, 1931-1939", en Manuel Pérez Ledesma, Ismael Saz Campos (coord.), *Del franquismo a la democracia, 1939-2013*, Marcial Pons, Madrid, 2014, pp. 207-237.

de las democracias occidentales durante la propia guerra. No obstante, aun cuando compartiesen dicha actitud de *espera* con los desterrados italianos, la disposición emotiva de los españoles había asumido caracteres propios y diversos. *El problema del liberalismo*, el ensayo de Ayala publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1941, tres años después de haber comenzado su periplo fuera de España, en opinión de Treves, no representaría sino una concluyente prueba de esa actitud espiritual[168].

Aplicando la noción sociológica de generación y con el recurso heurístico de su habitual análisis del campo cultural relacionado con la política, Treves creía que los intelectuales españoles republicanos, empezando por Ayala mismo, habían asimilado las doctrinas europeas de pensamiento político, en particular la alemana, de una manera distinta a como lo había hecho la coetánea generación italiana. Esta distinta introyección sería debida, en primer lugar, a las diversas condiciones políticas en que los españoles se habían educado, esto es, el difícil pero constante desarrollo durante los primeros años del siglo XX de las instituciones liberales y democráticas; en segundo lugar, estaba condicionada por la ausencia en España de un ambiente intelectual sólido y autónomo.

En consecuencia, según la interpretación de Treves, a la hora de encontrar su propio camino intelectual, el mundo de la cultura española se había nutrido ampliamente de un bagaje foráneo, con clara predominancia, siguiendo las indicaciones de Ortega y Gasset, de autores alemanes. Spengler, Spann o Scheler, entre otros, fueron traducidos en España y con ellos germinaron también entre los intelectuales españoles una desconfianza profunda y la crítica directa a las instituciones liberales y al sustrato cultural occidental. Por ejemplo, Ayala, como muchos otros republicanos españoles, juzgaba que la Guerra Civil y la relativa política de no intervención de las democracias europeas habían mostrado meridiana y definitivamente los límites de las instituciones liberales en Europa. El libro mencionado de Ayala se enmarcaría, al decir de Treves, por lo tanto, en ese contexto de radical

168 Una lectura interesante de este ensayo en: Pedro Cerezo Galán, "Francisco Ayala o el *ethos* de la libertad", en Pedro Cerezo Galán (ed.), *Francisco Ayala. Ensayos políticos. Libertad y Liberalismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, pp. 11-49.

desilusión liberal desplegada indirectamente por la filosofía idealista alemana en el ámbito español que, como explicaba de forma similar Gino Germani, había favorecido la reacción antipositivista y una lectura espiritualista de la realidad[169].

En cambio, la propia posición de Treves, coincidente con lo declarado por Klaus Mann en el célebre congreso sobre la cultura antifascista de 1935 en París[170], situaba la falta de los intelectuales europeos en que, llegado el momento crucial, fueron incapaces de distinguir entre lo que había todavía de bueno y lo que había de irremediablemente prescindible en los valores de la clase media liberal, cayendo en el peligroso equívoco de una desacreditación generalizada de la libertad[171].

Una doble experiencia política es un buen documento, por consiguiente, para historiar y comprender los numerosos matices en la relación a tres bandas entre antifascismo, liberalismo y mundo intelectual europeo durante la Segunda Guerra Mundial. De hecho, Ayala se había confrontado, como todos los intelectuales de la época, con las corrientes filosóficas alemanas, por ejemplo traduciendo a Carl Schmitt[172], había colaborado con Ortega y, según el razonamiento de Treves, evidenciaba con su propia obra la intensa crítica de la intelectualidad española a las instituciones liberales, ya que la tesis básica de su estudio sobre el liberalismo veía a este como epifenómeno del modo de pensar de la clase burguesa y de su concepción utilitarista y economicista de la vida moderna. En consecuencia, para Ayala, la

169 Gino Germani, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, IIS-UNAM, México, 1962, p. 5.

170 El I y el II Congresos Internacionales de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrados en 1935 y 1937 respectivamente, fueron una muestra del deseo de unidad entre intelectuales de varias nacionalidades en la lucha contra el fascismo. Véase: Teresa Cañadas García, "Participación alemana en los congresos internacionales para la defensa de la cultura de 1935 y 1937", *Cuadernos de filología alemana*, III, 2010, pp. 43-55.

171 James D. Wilkinson, *The Intellectual Resistance in Europe*, op. cit., p. 21.

172 Jorge Eugenio Dotti, *Carl Schmitt en Argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2000, pp. 219-234.

descarnada crisis que afectaba a la burguesía en particular a causa del desarrollo del proletariado de masas y las grandes corporaciones transnacionales, implicaba que asimismo la ideología y las instituciones liberales manifestasen, como la burguesía misma, los síntomas de una profunda dificultad. Treves veía en esta forma de definir el liberalismo el paradigma de la actitud pesimista preponderante en la intelectualidad española, comparándola con la visión de algunos jóvenes intelectuales italianos, que, al contrario, se habían formado bajo un régimen dictatorial.

En primer lugar –explicaba el intelectual turinés– los italianos habían demostrado una mayor resistencia a las corrientes filosóficas alemanas, discerniendo los principios ético-políticos del liberalismo de los principios económicos de la burguesía y evitando así confundir la doctrina liberal con el liberalismo económico. La clave de esta resistencia intelectual –subrayaba Treves– residía en las enseñanzas de verdaderos maestros de su generación, como Benedetto Croce o Guido De Ruggiero. Por otro lado, el agotamiento de la capacidad de atracción del fascismo italiano donde primero se manifestó fue precisamente en la esfera cultural[173]. En este punto, debemos recordar que ya en 1943 Treves había publicado en Buenos Aires un pequeño ensayo titulado *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*[174], en la editorial Imán, donde anticipaba algunas de las ideas expuestas en *Una doble experiencia política* y en las revistas antifascistas.

Treves se refería a Croce no solo como un maestro moral para todos aquellos que aborrecían el fascismo, sino como la figura que había demostrado a Europa entera la importancia de creer en la libertad como supremo valor ético en sí mismo y no tanto por su utilidad política o ideológica. Una figura, por tanto, que había puesto el acento sobre el hecho de que en nin-

173 Sobre la relación entre intelectuales y fascismo italiano, véanse: Gabriele Turi, *Lo stato educatore: politica e intellettuali nell'Italia fascista*, op. cit. Angelo d'Orsi, *Intellettuali nel Novecento Italiano*, Einaudi, Turín, 2001. Raffaele Liucci, *Spettatori di un naufragio. Gli intellettuali italiani nella Seconda Guerra Mondiale*, Einaudi, Turín, 2011.

174 Renato Treves, *Benedetto Croce. Filósofo de la libertad*, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1943.

gún caso se debía reducir el liberalismo a las instituciones económico-políticas de la burguesía. Para algunos intelectuales, además, como hemos visto, la resistencia al fascismo principió justo gracias al impulso emotivo de las enseñanzas filosóficas de Croce.

Para comprender el valor pragmático que Treves otorgó al pensamiento liberal de Croce en América Latina, no hay nada más instructivo que el siguiente pasaje extraído de la carta que escribió desde Tucumán al propio Croce en 1945 (287):

> Aprovecho [...] para hacerle llegar [...] una copia de una obrita mía en la que he intentado exponer las líneas generales de su pensamiento político. He creído necesario dar a conocer al público latinoamericano el punto de vista sobre nuestro liberalismo y reaccionar a las tendencias aquí dominantes que unen capitalismo y burguesía con liberalismo para proclamar, con la muerte de los primeros, también la del segundo. El deseo de insistir en la diferencia entre liberalismo y capitalismo me ha llevado a dedicar un último capítulo al socialismo liberal. Sé que usted personalmente no comparte el programa; no obstante, creo que este puede deducirse en gran parte de las premisas que se encuentran en su enseñanza. [...] Tras el golpe de Estado fascista del año pasado aquí en Argentina, me parecía urgente publicar mi obrita. Creía necesario hacer saber, sin dilación, en este país que generosamente me ha acogido, cuál ha sido la larga y dolorosa experiencia italiana.

En síntesis, para Treves representaba un verdadero deber moral divulgar en 1943 entre argentinos y republicanos españoles la filosofía de la libertad de aquellos intelectuales italianos que, con sus enseñanzas, al contrario que las corrientes procedentes de Alemania, habían insuflado nuevas esperanzas y sobre todo ideas de libertad a los jóvenes italianos crecidos bajo el régimen fascista, permitiéndoles contemplar el futuro con un renovado optimismo.

Por mucho que Croce hubiese atacado las tesis de un socialismo liberal defendidas por Treves, este no dejaba de detectar en la fe absoluta que el filósofo profesaba por la noción de libertad un principio unificador de socialismo y liberalismo. A su vez, a partir de los años veinte, tras su viaje a Inglaterra, el filósofo napolitano Guido De Ruggiero comenzó una auténtica batalla en las revistas de la época con el propósito manifiesto de avanzar

en la renovación cultural del liberalismo italiano. Este, pensaba De Ruggiero, debía superar definitivamente su núcleo doctrinal originario fundado sobre el individualismo. Autor de una *Storia del liberalismo europeo*, el mismo año en que se publicaba el ensayo de Treves y Ayala, De Ruggiero se convertía en ministro de Instrucción Pública. El nombramiento se produjo en junio, en el primer gobierno Bonomi, y el nuevo ministro se distinguió por defender un liberalismo transido de justicia social y alejado de cualquier forma de individualismo[175]. Un optimismo intelectual semejante era lo que faltaba, en opinión de Treves, en la coetánea generación española que, sin embargo, podía ahora beneficiarse del contacto con el pensamiento de estos maestros italianos, los cuales habían conseguido que la idea de libertad individual no fuese completamente suprimida en Europa.

El método de análisis comparativo entre las culturas políticas de los dos países mediterráneos, además, era capaz de estimular el desarrollo de nuevas e iluminadoras perspectivas sobre el significado de la libertad y del liberalismo, idóneas para rebasar el estrecho ámbito de los expertos y llegar a la ciudadanía. Con este ensayo, por lo tanto, Treves asumió una vez más la idea crociana según la cual, antes de cualquier reforma de la sociedad, sería necesario que la idea de libertad arraigase entre los ciudadanos: el aprendizaje cultural tenía siempre que preceder al político, puesto que toda reforma sin conciencia del valor intrínseco de la libertad podía potencialmente convertirse en opresiva.

Escrito en un lenguaje accesible que demostraba su voluntad divulgativa y su función pedagógica, el ensayo parte de la idea de que la positiva relatividad de perspectivas y la confrontación entre diferentes puntos de vista, tal y como enseñaba Ortega, permitiría un mayor avance en el conocimiento. El contacto con las redes de solidaridad intelectual antifascista en Argentina, de hecho, había movido a nuestros dos protagonistas a tomar una vía más divulgativa, caracterizada por la adquisición del conocimiento a través del análisis sociológico de la experiencia y enfrentada a todo for-

175 Caterina Genna, *Guido De Ruggiero e "La Nuova Europa". Tra idealismo e storicismo*, Franco Angeli, Milán, 2010, pp. 20-28.

malismo o teoría cuyas tesis hubiesen sido refutadas contundentemente por los propios acontecimientos mundiales[176].

El punto de partida era, por expresarlo con la conocida conceptualización de Renzo De Felice, la divergente realidad y consecuencias culturales entre unos jóvenes italianos que experimentaron su maduración intelectual dentro de un fascismo ya establecido como "régimen", y la situación española en la que las corrientes fascistas eran un "movimiento"[177]. Apoyándose una vez más en el maestro común, Mannheim, tanto Ayala como Treves estaban convencidos de que solo a través de la sociología del conocimiento y mediante una reflexión sobre las condiciones sociales que influyen en el desarrollo de las diversas formas del saber, sería posible llegar a nuevas ideas capaces de impedir el contagio del pensamiento fascista. Finalmente, las generaciones, entendidas como grupos sociales de individuos que, viviendo contemporáneamente, presentan la misma forma de asimilación de la cultura, eran esenciales a la hora de definir esta relación entre creencias e ideología.

Treves y Ayala pertenecían a la misma generación en términos cronológicos, pero habían vivido en contextos políticos desiguales. Por tanto, habían asimilado los mismos conocimientos de forma distinta. Ahora bien, mientras que Treves consideraba que, en el caso español, había sido axial la influencia del pensamiento centrado en la crisis de las instituciones liberales de los sociólogos y filósofos alemanes, para Ayala se trataba de una explicación interesante, pero del todo insuficiente.

De hecho, en su intercambio epistolar, Ayala insiste en la necesidad de que el turinés leyese detenidamente su *Ensayo sobre la libertad*, posteriormente publicado en *Jornadas*[178]. Era importante porque precisamente en este texto subrayaba, tal como podría haberlo hecho el mismo Croce, el

176 Sobre la centralidad de la experiencia en la idea de liberalismo de Ayala en estos años, cfr.: Javier Krauel, "Francisco Ayala's postwar liberalism: ideology and experience", *ALEC*, n. 41, 2016, pp. 219-242.

177 Cfr. Renzo de Felice, *Intervista sul fascismo*, Laterza, Roma, 2001 (III ed.), pp. 27-39.

178 Fue publicado en el número 20 de *Jornadas* en 1944.

valor intrínseco y supremo de la libertad, separando así el principio inviolable de la libertad de las instituciones políticas y la economía capitalista en su contingencia histórica. Si había establecido una relación directa entre el pensamiento del *homus economicus* burgués y el desarrollo histórico de la ideología liberal, esto no significaba que no supiese diferenciar dimensión económica y dimensión ideológica, ni que dicha teoría fuese deudora del pesimismo de los pensadores alemanes críticos respecto a las instituciones de las democracias liberales.

La postura de Ayala, en cambio, se centraba en el hecho de que la ausencia de un auténtico compromiso ante los nuevos desafíos políticos, provocados por las transformaciones sociales del siglo XX, había colocado al liberalismo como corriente de pensamiento en una posición marginal y escasamente operativa. El *homus economicus* –Ayala utiliza explícitamente el término de las teorías clásicas de la economía política[179]– se centraba en cuestiones productivas que nada tenían que ver con el bien común. Al igual que Max Weber, también Ayala recuperaba las propuestas de una sociología de la acción determinada por la pura racionalidad, aplicando además la idea expresada por Mannheim en *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, según la cual la lógica de la utilidad y el mero interés eran incapaces de generar un orden social verdaderamente razonable[180].

Así pues, los intelectuales españoles que, aunque partiendo de presupuestos liberales, se mostraban críticos con el liberalismo, como él mismo, no podían ser considerados mero asimiladores de las doctrinas de la filosofía del derecho alemana, o, en todo caso, dicha influencia era más bien libresca. Lo fundamental, en este caso, era, en realidad, que los republicanos españoles habían sido testigos y habían experimentado en primera persona la dolorosa ineficacia de las instituciones liberales.

---

179 *Homo oeconomicus*, según las teorías clásicas de economía, es un hombre exclusivamente centrado en la racionalidad y en el interés individual. Véase: Sergio Caruso, *Homo oeconomicus. Paradigma, critiche, revisioni*, Firenze University Press, Florencia, 2012.

180 Ayala había realizado en 1936 la traducción: Karl Mannheim, *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1936.

Se debe recalcar, en este punto, la importancia que la experiencia tenía para Ayala y para todos los intelectuales de la resistencia antifascista europea, valorada como una forma privilegiada de conocimiento. De hecho, en todo el ensayo la palabra "experiencia" aparece en muchas ocasiones en títulos, subtítulos y cuerpo del texto. Ayala resumía así el valor del punto de vista de su colega: "El escrito [...] reviste un vivo interés por haber aclarado que la aversión de los intelectuales españoles hacia las instituciones liberales no sería debida tan solo a una influencia de carácter cultural, sino a razones más profundas, a tendencias psicológicas características y acontecimientos concretos de la vida política española de estos últimos años" (187).

Ayala señala entre estos acontecimientos, por ejemplo, cómo durante los años treinta la mayor parte de los medios periodísticos pasaron a ser propiedad de grandes grupos económicos contrarios a la República. Según su análisis, los mecanismos institucionales liberales que los propios republicanos habían puesto en funcionamiento actuaron en su contra. Una circunstancia a la que habría que añadir, según Ayala, la inexperiencia de los políticos españoles, empezando por el mismo primer presidente de la República española, Niceto Alcalá-Zamora; hombres que tuvieron que hacer frente a mutaciones y conmociones sociales hasta entonces desconocidas, desde el auge del proletariado, como sujeto político organizado, hasta las exigencias de los partidos socialistas, con la eclosión de una sociedad de masas como telón de fondo.

Así se expresaba al respecto Ayala: "Solo que, en nosotros, esa crítica, lejos de implicar escepticismo respecto de los valores de libertad, quería afirmarlos con pasión y convicción profundas, incluso frente a un dispositivo institucional que, ideado en otras circunstancias sociales para salvaguardarlos, se había mostrado, no ya inepto, sino hasta instrumento de su burla" (183).

Ayala contradice el argumento trevesiano relativo al supuesto escepticismo español sobre la libertad *tout court*, advirtiendo que la diferencia entre los casos español e italiano no pasaba por ahí, sino que más bien habría que remontarla a la guerra hispano-estadounidense de 1898 y, sobre todo, a lo que la derrota española significó: la pérdida de sus últimas posesiones coloniales. Ayala rescata, por lo tanto, otra vez un argumento historicista: con

el denominado "desastre del 98", España quedó neutralizada y –explica Ayala– en una posición irrelevante en el concierto de las potencias internacionales. Aislada políticamente del mundo, España se convirtió, sin embargo, en un elemento fundamental para una Alemania cuya eclosión a finales del XIX como gran potencia había cambiado los equilibrios continentales, que hasta entonces habían gravitado en torno a la rivalidad entre el Imperio británico y Francia.

La pasividad y ceguera republicana en relación con la necesidad de implementar una adecuada diplomacia exterior, en un país acostumbrado a vivir pensando solo en términos de política interna, hizo el resto. Las que Ayala considera "potencias asesinas" ayudaron a los militares golpistas y el golpe de Estado degeneró en una larga y sangrienta contienda que representó el prólogo de la Segunda Guerra Mundial. En cierto sentido, el intelectual granadino participa en la idea de un golpe de Estado internacional, es decir, favorecido de forma indirecta por todas las potencias europeas[181].

Ayala compartía además la idea de Treves de que la decisión de no intervenir por parte de Francia e Inglaterra acrecentó la desilusión de los intelectuales liberales españoles. No obstante, tras haber delineado los hitos principales de la experiencia española, Ayala no percibía en absoluto ese negro pesimismo sobre el futuro de la libertad humana que parecía desprenderse del análisis de Treves. Los españoles eran plenamente conscientes y estaban más que orgullosos del esfuerzo realizado para defender la causa de la libertad en su país. También sabían que, finalizada la contienda mundial, tendrían que volver a encontrar exclusivamente en sí mismos la fuerza para alcanzar dicha meta, dejando de lado los resentimientos y haciendo examen de conciencia en relación con las propias responsabilidades y errores cometidos.

En este sentido, Ayala consideraba que España e Italia se encontraban, cuando ya la derrota del Eje se daba por descontada, en una situación similar.

181 Ayala recupera la idea de un golpe de Estado internacional del libro del ministro republicano Augusto Barcia, *Un Golpe de Estado Internacional* (1944). La misma teoría ha sido en la actualidad recuperada por David Jorge, *Inseguridad colectiva*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2016.

Eran dos países "mártires" que, si bien desde caminos contrapuestos, debían reconstruir los principios de la convivencia civil. Para Ayala esto únicamente podía suceder en términos pragmáticos a condición de que el pensamiento de todos aquellos que se oponían al fascismo fuese capaz de dejar atrás la "ceguera mortal que sigue contando con situaciones y posibilidades ya desaparecidas" (175). Así pues, Ayala invocaba, al igual que estaban haciendo otros intelectuales de la resistencia europea, un nuevo espíritu solidario que aunase cuestión moral y acción política a fin de conseguir la libertad perdida. Ahora bien, ¿cómo sería posible ir más allá de semejante ceguera intelectual que caracterizaba igualmente a los republicanos españoles?

Para Ayala, como para Treves, los principios para la reconstrucción de una convivencia respetuosa a nivel mundial e interno de cada país solo podían encontrarse en el vasto y sin embargo ambiguo espectro doctrinario del liberalismo. Era necesario restaurar en lo más profundo de la sociedad el *ethos* del liberalismo, pero resultaba indispensable adaptarlo adecuadamente a una realidad social que había cambiado.

El granadino seguía creyendo en la fuerza ideológica del liberalismo, aunque abogaba por su actualización mediante una serie de necesarias correcciones. Pues la "libertad" para Ayala no deja de ser un concepto abstracto si no se encarna en un orden social determinado. En consecuencia, el liberalismo no podía ignorar las exigencias y expectativas introducidas por la revolución social consumada en las primeras décadas del siglo. En definitiva, dentro de las innumerables interpretaciones posibles del liberalismo, se podría decir que Ayala defendía una lectura de matriz socialdemócrata, modelada en gran medida por la interiorización del socialismo humanista de Fernando de los Ríos.

De hecho, aun cuando procediesen de áreas geográficas distintas, los dos intelectuales del presente estudio coincidieron en proponer una similar renovación del liberalismo, renovación considerada urgente a causa de los cambios y acontecimientos sociales que marcaron los primeros años del siglo XX. Ambos basaron sus principios políticos en una sólida fe en el concepto de libertad en su vertiente ética y humanista: el hombre es hombre en tanto en cuanto es libre. Definir el sistema socioeconómico y político para materializar dicha libertad era otra cuestión. De todas formas,

ambos consideraban que el liberalismo podía proporcionar los instrumentos idóneos.

En esta obra conjunta, Ayala no llega a proponer soluciones políticas inmediatas, algo por lo demás característico en él. Aquí está la gran diferencia con Treves, quien, por el contrario, durante el exilio reforzó su vocación y convicción de que el intelectual debía asumir una función civil en épocas difíciles. Los intelectuales españoles, según el razonamiento de Treves, habían contribuido a polarizar el debate político en España y destruir el sistema liberal, criticándolo con ferocidad. Los jóvenes italianos, crecidos bajo la dictadura fascista, en cambio, podían servir de ejemplo para estos mismos intelectuales. Precisamente la solución para el Treves de 1944 residía en estos jóvenes que "estaban a punto de ingresar en el liceo cuando el fascismo conquistó el poder. [...] Estos jóvenes [...] han formado su conciencia espontáneamente a causa de las condiciones espirituales que el fascismo creaba sin darse cuenta" (189).

Paradójicamente, el propio fascismo habría determinado las condiciones culturales que permitieron, a aquellos jóvenes dotados de espíritu crítico y capacidad de análisis, alejarse sistemáticamente. Los intelectuales y la enseñanza superior, sobre todo la universidad, habían jugado a favor de dicho proceso de distanciamiento: como la mayor parte de la resistencia cultural, Treves veía en el fascismo un régimen rudo e inculto. Al mismo tiempo, es fácil detectar en estas reflexiones la influencia de los análisis, todavía en estado embrionario, de su amigo Gino Germani, quien, en todo caso, ya por entonces empezaba a enfatizar de forma original el papel desempeñado por la juventud en los regímenes autoritarios[182].

De modo que había sido la misma cultura, según la tesis de Treves, a través de libros, bibliotecas y revistas que el régimen de Mussolini no llegó

182 Ricardo Pasolini, "The antifascist climate and the Italian intellectual exile in interwar Argentina", op. cit., p. 697. Cfr. Ana Alejandra Germani, *Gino Germani: Del Antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004. Véase, por ejemplo: Gino Germani, "I giovani, il Fascismo e la Nuova Italia", *Italia Libre*, 15 de septiembre de 1945. Posteriormente: Gino Germani, "La socializzazione politica dei giovani nei regimi fascisti: Italia e Spagna", en *Quaderni di Sociologia*, n. 18, 1969, pp. 11-58.

a censurar completamente, la que habría posibilitado el desarrollo de un nuevo antifascismo en el seno del propio fascismo. Esta era la gran diferencia con la experiencia española. Dicho proceso había determinado la interesante novedad de la aparición de los jóvenes colaboradores antifascistas de *Quaderni Italiani*. Con este ensayo a cuatro manos, al igual que había hecho con su obra en solitario sobre Croce, Treves buscaba difundir, una vez más, sus ideas antifascistas no solo en América Latina, sino también entre los republicanos españoles, ideas capaces de reducir el espacio de la propaganda comunista y fascista, a la vez que estimulaban un espíritu de resistencia.

El desafío fascista obligaba a poner sobre la mesa elecciones y aclaraciones doctrinales de forma ineludible. También hacía necesario competir en el mismo terreno de los adversarios. Por esto, en su debate con Ayala, Treves decidió exponer "las grandes posibilidades de penetración y de éxito del socialismo liberal entre los obreros" (190). De esta manera, el italiano delimitaba claramente el área y los objetivos de su investigación: el socialismo liberal como posible idea alternativa al fascismo y como principio de reconciliación moral interclasista para la posguerra[183]. La fusión de socialismo y liberalismo, en su opinión, lejos de constituir un invento monstruoso e insensato, podía resultar especialmente atractiva para las clases sociales más desfavorecidas, clases que, como había explicado Gaetano Salvemini en 1934 con respecto a la relación entre desempleo y fascismo[184], habían ya dejado de creer en las promesas de mejora económica formuladas por el fascismo.

Renato Treves emplea exactamente el mismo término que el utilizado por Carlo Rosselli en el ensayo homónimo escrito durante su destierro en Lipari en 1929. No habla de liberalismo social, ni de liberalsocialismo, sino de "socialismo liberal". Por consiguiente, la propuesta de Treves se inscribe

183 Paolo Bagnoli, "Renato Treves: libertà e socialismo liberale", en Paolo Bagnoli, *Italia eretica: un paese civile tra politica e cultura*, European Press Academic Publishing, Florencia, 2003, pp. 87-92.

184 Gaetano Salvemini, "Italian Unemployment Statistics", *Social Research*, n. 3, 1934, pp. 343-357.

en el seno del vasto debate europeo sobre la posible unión ideológica de dos conceptos a primera vista antitéticos, debate que en Italia se había producido ya en los años veinte a través de revistas de la órbita liberal, como *La Rivoluzione Liberale*, *Il Caffè*, *Lotta Politica* o *Nuova Libertà*, pero también en el ámbito socialista de *Critica Sociale*, dramáticamente fracturado entre reformistas y maximalistas[185]. Por otra parte, la impaciencia de los intelectuales europeos ante la inflexibilidad ideológica de los sistemas heredados del pasado les llevó, en algunos casos, a intentar fusionar elementos conservadores con doctrinas radicales, propiciando así originales combinaciones[186].

Treves propone en este ensayo la superación de una interpretación meramente individualista del liberalismo. Quiere convertirlo en una nueva vía seductora también para el proletariado y los sectores populares, clases que habían sido atraídas por los cantos de sirena del fascismo y que, después de tres años de guerra, se encontraban apesadumbradas y desorientadas. En este punto, la inspiración teórica de Treves podría hallarse en el análisis expuesto por Gaetano Salvemini en la revista radical argentina *Hechos e ideas* sobre la ya citada falacia económica del sistema fascista y su supuesto apoyo a las aspiraciones de los trabajadores[187].

El socialismo liberal, una especie de original "tercera vía", en condiciones de conjugar la semántica de la revolución socialista con los derechos individuales, en un momento en que la búsqueda de una nueva dirección aparecía como la más urgente de las cuestiones, podía dar respuesta a la común exigencia de libertad, prolongando esta misma libertad al conjunto de la sociedad y no solo, como en el pasado, a la burguesía. Además, ofrecía un modelo ético alternativo al orden fascista. Sin embargo, para que el modelo

185 Sobre el debate italiano en relación al liberalismo y socialismo que había que reformar, véase: Franco Fantoni, *L'ircocervo possibile. Liberalismo e socialismo da 'Critica Sociale' ai 'Quaderni di Giustizia e Libertà'*, Franco Angeli, Milán, 2004, pp. 21-107.

186 James D. Wilkinson, *The Intellectual Resistance in Europe*, op. cit., p. 17.

187 Cfr. Gaetano Salvemini, "El capital y el trabajo en la Italia fascista", *Hechos e ideas: Revista Radical*, n. 28, 1935, p. 219.

de socialismo fuese atractivo, era necesario divulgarlo –este era el objetivo de Treves– educando a los lectores en una visión humanista de la realidad.

Se trataba de una "revolución" en nombre de la libertad, una revolución, sin embargo, ajena por completo al planteamiento conceptual marxista del comunismo y que aspiraba a la libertad *tout court*, tal y como la entendía Croce. El socialismo era para Treves, al igual que había sido para Rosselli, liberalismo en acción: "El socialismo como movimiento de emancipación concreta del proletariado es un liberalismo en acción; es libertad que se realiza por las clases humildes" (192).

Además, Treves se remitía a la generalizada interpretación del fascismo como dictadura burguesa: las clases medias y altas habían traicionado los principios liberales de los que se habían hecho portadoras en las décadas precedentes al apoyar al fascismo por motivos principalmente de interés económico. Por lo tanto, quien estaba en contra del fascismo –este era el razonamiento de Treves– no podía más que oponerse directa y conscientemente a la burguesía capitalista que lo había apoyado.

Esto no significaba que hubiese que prescindir de todo el corpus liberal como si estuviera gangrenado en su totalidad. Cierto, existía y era imposible negarlo, un liberalismo "conservador" que, en su mayor parte, había apoyado al fascismo y que, siguiendo con la metáfora, era necesario "amputar". Sin embargo, en las generaciones crecidas y educadas bajo el régimen fascista italiano ya se había manifestado un "nuevo liberalismo": esta era la novedad que Treves quería evidenciar para el público americano. Aunque pudiese parecer utópico e ingenuo, lo cierto es que Treves ponía grandes esperanzas en esta nueva generación que, desde un punto de vista teórico, dependía paradójicamente de las reflexiones de los viejos maestros liberales más conservadores, como Einaudi y Ruffini, además del tantas veces citado Croce.

Lo que distinguía a la nueva generación de los liberales del viejo sistema prefascista residía en el modo de entender la acción política: el nuevo liberalismo tenía ahora que comprender a republicanos, socialistas y anarquistas, pues, al considerar a la clase trabajadora como la única clase revolucionaria, veía en ella la única capaz de renovar positivamente el *statu quo* en sentido democrático. A la hora de justificar su razonamiento, que, como hemos

visto en páginas precedentes, se remontaba a un largo debate desde Gobetti a Rosselli, Treves recogía también del pensamiento de Mario Missiroli la idea de una "función liberal"[188], que debía ser diferenciada de la realidad concreta de un partido liberal. Para Missiroli, la función liberal, más allá de su materialización en un partido concreto, era "aquella inquietud que suscita problemas nuevos o los descubre, los denuncia y anticipa también las soluciones extremas"[189].

Treves pensaba que esta función de renovación tenía que realizarse –aplicando la terminología marxista– en el "proletariado", como había comprendido ya la nueva generación antifascista. Si este era el fin último del socialismo liberal, resultaba asimismo necesario que los antifascistas italianos y los republicanos españoles reforzasen su relación, recuperando los numerosos puntos de convergencia que había entre ellos, incluidos los ideológicos. Explicaba Treves: "Para fortalecer los lazos y dar mayor eficacia a los esfuerzos no será del todo inútil exponer a los republicanos españoles cuál es en esta hora el punto de vista de los italianos de quienes hablo" (193).

Una vez más, la intención de Treves era popularizar la cultura política del movimiento antifascista Giustizia e Libertà, más allá de los límites impuestos por las fronteras nacionales. En su opinión, solo este movimiento podía responder con éxito a los desafíos del presente. Las partes (primera y tercera) escritas por Treves de *Una doble experiencia política* tienen que ser leídas, así pues, a la luz del enredado y tal vez contradictorio laboratorio de ideas que fue GL.

En opinión de Treves, los jóvenes de GL podían afrontar exitosamente las pruebas que los antifascistas de la vieja generación, representados por los partidos italianos clásicos –socialistas, comunistas, democráticos y republicanos–, no habían sido capaces de afrontar. Por este motivo, dichos jóvenes representaban un buen ejemplo para dar a conocer en América un auténtico *transfer* cultural. Por otro lado, como hemos dicho, un rasgo distintivo de la resistencia intelectual europea al fascismo fue el deseo de generar una fuerte solidaridad internacional a través de una regeneración

188 *Ibidem*.

189 Mario Missiroli, *Polemica liberale*, Zanichelli, Bolonia, 1919, p. 175.

moral respecto de la cual el movimiento de GL podía ejercer de vector. Además, dado que se presentaba como un "movimiento revolucionario" y no como un partido en cuanto tal, con el ejemplo de GL sería más fácil convencer a Ayala y a otros intelectuales españoles escépticos de la idea de fusionar cultura y política. De hecho, en una de sus primeras publicaciones de 1929, GL había declarado: "Procedentes de diversas corrientes políticas, guardamos ahora los carnés de partido y creamos una unidad de orden. [...] Republicanos, socialistas y demócratas, nos batimos por la libertad, por la república, por la justicia social"[190].

La idea de Treves, por lo tanto, era que GL revigorizase el antifranquismo mediante el propio ejemplo, contagiando a los republicanos españoles su fe en la acción y en el liberalismo, interpretado no tanto como una ideología, sino como una "disposición del espíritu". De este modo, la tercera parte de *Una doble experiencia política* ofrece una detallada historia de la experiencia de GL.

El momento de cambio de dirección para este movimiento antifascista, según la interpretación de Treves, se produjo con la guerra de Etiopía en 1935 y la decisión de los jóvenes de GL de no compartir la política de sanciones a Italia impuestas por la Sociedad de Naciones. Fue entonces cuando se visualizó plenamente el diferente punto de vista del antifascismo de GL. Siguiendo las enseñanzas de otro maestro citado repetidamente en las páginas del ensayo, Gaetano Salvemini, estos jóvenes antifascistas ya no se fiaban de las democracias europeas. De hecho, GL rechazó establecer acuerdos con los otros movimientos antifascistas por haber secundado la imposición de sanciones de la Sociedad de Naciones a la Italia fascista.

La posición de GL quedó entonces clara: profundamente crítica con los viejos partidos, pensaba que una resistencia pasiva no sería suficiente para derrotar al fascismo. Había que actuar en modo "revolucionario", subvirtiendo el orden establecido y estimulando el nacimiento de nuevas instituciones democráticas. Y, sobre todo, había que propiciar a través de la cultura la eclosión de un humanismo capaz de oponerse al fascismo en todos sus aspectos morales y sociales.

190 Carlo Rosselli, *Scritti dall'esilio. Giustizia e Libertà e la Concentrazione antifascista*, vol. I, Einaudi, Turín, 1988, p. 11.

Para Treves, como para GL, el fascismo era la consecuencia directa de la "putrefacción" de las corrientes políticas prefascistas. A lo largo de la obra, Treves combina de forma original las clásicas y duraderas lecturas antifascistas sobre los orígenes del fenómeno. Si, por un lado, recupera la idea crociana del fascismo como resultado directo de la crisis moral italiana y, en consecuencia, como producto de un proceso degenerativo de destrucción de la razón tras la Primera Guerra Mundial, al mismo tiempo se vale de la interpretación marxista del fascismo como reacción directa a la expansión de la lucha de clases, sin por ello renunciar a la visión liberal-radical que veía en la dictadura fascista la manifestación explícita de las patologías históricas y sociales de la Italia liberal[191].

A partir de esta síntesis de lecturas, sería posible encarar la regeneración de dicha Italia liberal. En este caso –solo en este–, el análisis de Treves, a diferencia del de Ayala, prescinde de los análisis contemporáneos sobre el fascismo producidos en el ámbito de las ciencias sociales estadounidenses, que eran bien conocidos por Treves gracias a su amistad con Gino Germani. El turinés se inclina así por un ensayo de carácter divulgativo, coherente con las interpretaciones coetáneas del antifascismo italiano, probablemente en un intento por evitar las críticas de algunos ambientes con los que mantenía un estrecho contacto. No en vano, maduraba en Treves por entonces la convicción de volver a trabajar en Italia finalizada la guerra.

Treves –y por aquí pasa una de las mayores, si no la mayor, diferencia con Ayala– internalizó la referencia casi mítica a la juventud, tan en boga en aquellos años, y que se traducía en un llamamiento a luchar contra la Italia "vieja" para dar paso a una Italia "joven", adjetivo reiteradamente utilizado por el turinés a lo largo de la obra. Su lenguaje, como el de GL, era deudor, además, de cierto radicalismo antiburocrático, profundamente idealista, característico de los años treinta: "Lo importante es recordar que con la guerra de Etiopía los antifascistas más jóvenes, separándose de los partidos tradicionales, tuvieron el mérito de afirmar un principio de autonomía [...]. Estos jóvenes se habían dado cuenta de que para luchar eficazmente contra

191 Sobre las diversas lecturas del fascismo dentro de los ambientes antifascistas italianos, véase: Alberto De Bernardi, *Una dittatura moderna. Il fascismo come problema storico*, Mondadori, Milán, 2001, pp. 6-27.

el fascismo [...] era preciso hacer hincapié sobre todo en razones ideales y fuerzas revolucionarias"[192] (196).

Lo que Treves pretendía poner en evidencia era la modernidad de GL, que, según esta perspectiva, había representado una auténtica vanguardia ideológica del antifascismo, dada su temprana desconfianza en las políticas de las "viejas" democracias occidentales. La Guerra Civil en España, por otra parte, había mostrado la inanidad de aquellas, reforzando el "espíritu de iniciativa y la confianza en la acción autónoma y directa" (197).

Como se ve, el lenguaje de Treves en 1944 estaba completamente impregnado de voluntarismo. La bondad del concepto de revolución de GL es, de hecho, sacada a colación más de una vez. La palabra de moda en el mundo intelectual de la década de los veinte era así utilizada como sinónimo de modificación social en clave democrática. Es cierto que la intención de Treves era presentar al público hispano la experiencia de GL desde una óptica de rigor y neutralidad científica. Sin embargo, las numerosas citas de Rosselli, a menudo sin referencias bibliográficas, se funden y confunden con su propio pensamiento, generando la perspectiva de que, para derrotar al enemigo fascista, fuese necesario utilizar sus armas, encontrar un auténtico discurso capaz de seducir y remover las conciencias[193].

Como en sus artículos en *Italia Libre*, la "revolución" del antifascismo de GL es comparada en repetidas ocasiones con la del Risorgimento italiano, según un esquema debatido en diversas ocasiones por el propio grupo. El objetivo estaba claro: acentuar la función democrática y revolucionaria de la tradición resurgimentista mazziniana, insertándola, eso sí, en un contexto radicalmente distinto y, sobre todo, internacional. Treves consideraba que, a partir de semejante contexto cultural, sería posible recuperar

192 Sobre el "espíritu" de los años treinta en Europa: Jean Touchard, *L'esprit des années Trente*, en *Tendances politiques dans la vie français depuis 1789*, Hachette, París, 1966.

193 Marco Bresciani, "Guerra civile europea o era delle tirannie? L'osservatorio/laboratorio di Giustizia e Libertà (1929-1944)", en Simone Neri Serneri (ed.), *1914-1945. L'Italia nella guerra europea dei trent'anni*, Viella, Roma, 2016, pp. 115-130.

valiosas y estratégicas ideas para todas las áreas geográficas que habían sido afectadas por el problema fascista.

Solo tras la ocupación nazi de Francia, en su opinión, las democracias occidentales se enfrentaron con fuerza al fascismo a través de la estoica resistencia de Inglaterra, la eficaz intervención estadounidense o la ruptura del pacto Molotov-Ribbentrop. En ese contexto, "los antifascistas colaboraron en el esfuerzo de los aliados con todos los medios a su alcance: se ofrecieron voluntarios [...], afirmando que solo el triunfo de los aliados podía determinar la libertad y la independencia de la patria" (201).

Sin embargo, esta ayuda de los antifascistas a los aliados para derrotar al fascismo no significaba necesariamente un apoyo ideológico o moral a los mismos. En este punto de la argumentación, como en la mayor parte de los escritos de intelectuales ligados a GL del periodo 1943-1945, Treves se centra en la cuestión de los equilibrios de la inminente posguerra.

Aunque todavía tendría que pasar un último año de guerra especialmente duro, Treves ya percibía que aquel era el momento clave en la resolución del conflicto entre autoritarismo y democracia. De hecho, los *giellisti* tenían ahora dos preocupaciones principales. Por un lado, sentían la necesidad de dar nuevos bríos al impulso revolucionario, urgencia que rezuma cada una de las páginas de Treves en este ensayo. Pero, además, temían una eventual restauración del fascismo en el escenario posbélico, una posibilidad no tan descabellada teniendo en cuenta algunas actitudes norteamericanas.

La lectura de Treves en esta parte es incluso más original que las reflexiones previas dedicadas a los orígenes del fascismo. Se trata de un análisis ahora directamente deudor de las ciencias sociales estadounidenses, circunstancia que abona la lectura del ensayo como crisol de saberes y tradiciones intelectuales distintas. El fascismo no es solo concebido por Treves como un mal moral típicamente italiano o fruto del conservadurismo burgués, sino como un fenómeno transversal, bien articulado, "moderno", que se podría fácilmente extender a otras realidades o resurgir de sus propias cenizas.

Treves comparte, y así lo manifiesta expresamente, el punto de vista de *Quaderni Italiani*, en la línea de los pioneros análisis sociológicos argentinos que, a su vez, se hallaban en la órbita de los estudios desarrollados en la

universidad estadounidense: "Estos jóvenes [...] dicen que han conocido a fondo el fascismo y creen que los jefes de las potencias democráticas [...] interpretan ahora con demasiada superficialidad el fascismo [...]. Separándose del antifascismo oficial de las grandes potencias, llegan a declarar [...]: «el fascismo es, en malo, más moderno y actual de lo que es, en bueno, el tradicional Estado democrático»" (203).

Estos jóvenes antifascistas podían ofrecer su experiencia, forjada dentro de la ambigua modernidad de la Italia fascista. Una experiencia que los ponía en guardia ante cualquier paz impuesta desde arriba. Como para Ayala y, en general, para toda la resistencia intelectual, otra vez, la noción de experiencia es fundamental en la reflexión del profesor turinés como medio privilegiado de conocimiento y juicio.

Treves va más allá de Croce y también de la lectura del fascismo de Gobetti y Rosselli para entrar de lleno en la cuestión que dominaba los debates por entonces en *Italia Libre* y la Mazzini Society acerca de la relación entre el antifascismo italiano y Estados Unidos, que, en su opinión, constituía la auténtica clave que determinaría el futuro no solo de Italia, sino de Europa. También era la cuestión que, como se recordó antes, más apremiaba a los exiliados *giellisti* en Nueva York.

Tras la ocupación alemana de Francia, Estados Unidos se convirtió en uno de los principales centros antifascistas del exilio. Sin embargo, los movimientos *à la De Gaulle* del diplomático Carlo Sforza para demostrar la unidad de los opositores italianos al fascismo en América se habían revelado ineficaces. Por otra parte, la postura de la administración Roosevelt había sido, en el mejor de los casos, vacilante en su relación con los antifascistas italianos. Una vez comprobado que la comunidad italoamericana apoyaba la causa estadounidense en la guerra y se había alejado del fascismo, Roosevelt adoptó en 1942-1943 una actitud de espera. Tras el desembarco angloamericano en Sicilia era evidente que los equilibrios antifascistas en Europa estaban cambiando y que la auténtica influencia venía de la resistencia en el interior de cada país[194]. Treves incorpora otra vez a sus tesis al-

194 Antonio Varsori, "Gli Stati Uniti paese di rifugio e l'emigrazione politica tra le due guerre", en *L'émigration politique en Europe aux XIX et XX siècles. Actes du colloque de Rome (3-5 mars 1988)*. École Française de Rome, 1991, p. 185.

gunos aspectos de la posición de Salvemini, quien se había ido distanciando cada vez más de la Mazzini Society y de Ascoli. Salvemini, de hecho, temía que las complicadas relaciones con Estados Unidos pudiesen hacer perder de vista los auténticos intereses del antifascismo y de Italia. Por eso era necesario seguir estimulando con escritos y ensayos la opinión estadounidense *liberal* e impedir que la administración Roosevelt eligiese opciones conservadoras o filomonárquicas en Italia, tal como sucedió en España y en otros países europeos.

Treves igualmente criticaba el "extremo pragmatismo" de los aliados y "la cordialidad con la España de Franco", o "la frialdad que los Estados Unidos han mostrado por mucho tiempo hacia De Gaulle; las tendencias tradicionalistas y conservadoras que se han evidenciado [...], que se evidencian [...] con la simpatía hacia el principio monárquico en Italia, y acaso también en España; [...], la gran facilidad para transigir en el campo de las ideas que, [...] pudo despertar el temor a la formación de un fascismo sin Mussolini" (201).

De estas reflexiones se extraen varios datos. En primer lugar, para los intelectuales exiliados resultaba claro, incluso antes de que finalizase la guerra, el futuro altamente polarizado del mundo. En segundo lugar, parecía ya evidente en 1944 que el régimen franquista se mantendría en España, a pesar de la derrota alemana, en la medida en que los propios aliados podrían preferir sistemas autoritarios para mantener el orden en distintos territorios de Europa[195].

Probablemente dichas constataciones sean la causa del diferente espíritu con el que Treves y Ayala afrontaron estas cuestiones y la pasión militante con la que Treves intentó conjurar la lógica de una solución conservadora o dictatorial también para Italia. Tal era el temor más grande de los antifascistas de GL, junto con el de no poder incidir en los equilibrios de la posguerra frente a otras fuerzas políticas, como podían ser los comunistas. Por tanto, la "misión" –continúa el lenguaje de tonos épicos de Treves– de los

195 Sobre la posibilidad de un fascismo en Italia sin Mussolini, véase: Giuseppe Parlato, *Fascisti senza Mussolini. Le origini del neofascismo in Italia 1943-1948*, Il Mulino, Bolonia, 2006.

italianos era la de desenmascarar, a partir de su experiencia directa, la asechanza fascista allí donde se escondiese. Una amenaza semejante podía emerger dentro del propio equilibrio de la posguerra en caso de que las democracias aliadas no hubiesen adoptado plenamente los valores necesarios para derrotar al fascismo. Esto fue lo que sucedió precisamente en España (o en Portugal), donde la cuestión del reducto fascista de Franco se puso en segundo plano ante la urgencia anticomunista.

Indirecta pero manifiesta, la crítica de Treves suena clarividente en 1944: "Me parece que las grandes democracias, [...] no serán [...] las más capacitadas para combatir una nueva forma de fascismo [...]. Hasta puede ocurrir que lo favorezcan, con la esperanza de hallar en la alta burguesía y en los elementos conservadores [...] garantías de orden y de sumisión, mayores de las que ofrecerían los antifascistas auténticos" (205).

Aquí entra en escena uno de los temas más tratados por el propio Ayala y común al pensamiento de ambos autores: el problema del nacionalismo. Como es sabido, GL se contó entre los movimientos antifascistas que más valoraron la relación con otras realidades europeas y con el debate cultural internacional. Lo cierto es que, en su momento, el antifascismo europeo sintió la apremiante necesidad de reformular la idea de nación como espacio comunitario[196].

Si la idea de estado-nación había saltado por los aires con las bombas de la guerra y los conflictos civiles europeos, era ahora deber común de la intelectualidad ofrecer una idea de nación antagonista a la fascista. Una idea de nación que, además, tenía que responder a las urgencias de la época, en esencia, la necesidad de definir un nuevo orden internacional sobre el que fundar la paz. El antifascismo se convertía así en un campo teórico donde configurar otra noción de unidad nacional que estuviese en condiciones de imponerse en Europa más allá de las diferencias locales. Se entiende, por tanto, que la última parte del ensayo esté dedicada íntegramente a la búsqueda de una respuesta para dichas cuestiones, ofreciendo el punto de vista de ambos autores.

196 Alberto De Bernardi, "Introduzione. L'antifascismo: una questione storica aperta", en Alberto de Bernardi, Paolo Ferrari (ed.), *Antifascismo e identità europea*, Carocci, Roma, 2004, p. XIX.

Treves evoca, una vez más, las reflexiones al respecto del Risorgimento italiano, no obstante el duro debate sobre el tema que se había producido en el seno de GL[197]. Concretamente declara: "[...] los italianos, [...] tendrán que volver a inspirarse en las puras fuentes del Risorgimento, y sobre todo en Mazzini, cuya doctrina debe dirigir un segundo Risorgimento nacional" (206).

En otras palabras, Treves, aun siendo consciente de que bastantes *giellisti* consideraban que el sentimiento de pertenencia nacional chocaba con su sensibilidad internacionalista y libertaria, se alineaba con todos aquellos antifascistas, como Croce, Rosselli y Salvatorelli, que no deseaban dejar en manos del fascismo el monopolio del sentimiento nacional. En su opinión, la revolución antifascista representaba la continuación de los valores positivos del Risorgimento en la medida en que proponía conjugar los principios de libertad y nacionalidad. Treves detectaba además en el Risorgimento una continuidad con la Ilustración. Había que hacer un buen uso del ejemplo de hombres como Mazzini para modelar el espíritu que podía animar también a los antifascistas. Al igual que Nello Rosselli, Treves juzgaba importante evidenciar la participación del pueblo italiano en el Risorgimento, así como la presencia en su desarrollo de una cuestión social.

Por consiguiente, Treves intentaba actualizar el pensamiento de Mazzini para el público del otro lado del océano. Si el nacionalismo en cuanto sustrato ideológico originario del fascismo tenía que ser arrinconado, la idea de nacionalidad, en cambio, debía ser recuperada con el fin de dar vida a una Europa federal, tal y como había sido descrita por Carlo Cattaneo y como Ayala mismo había imaginado ya en los años treinta[198]. Después, según la proyectada perspectiva de estrecha cooperación internacional, cada

197 Sobre el debate respecto al Risorgimento en el antifascismo: Claudio Pavone, "Le idee della Resistenza. Antifascisti e fascisti di fronte alla tradizione del Risorgimento", en Claudio Pavone, *Alle origini della Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Bollati Borighieri, Turín, 1995, pp. 30-46.

198 Véase: Francisco Ayala, "Sobre el punto de vista español ante la propuesta de una Unión federal europea", *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*, julio 1931, tomo 159, n. 1, pp. 53-68.

nacionalidad tendría una misión específica dentro de este equilibrio: la de los italianos, en concreto, sería educar al resto del mundo mostrando cómo extirpar el virus del fascismo, que podía propagarse en cualquier lugar. Aquí es evidente la referencia a Argentina, donde, tras el golpe de 1943, las corrientes nacionalistas se extendían como una mancha de aceite. Los pueblos latinos –italianos, republicanos españoles y franceses– podían contribuir a una misión de tanta importancia en la posguerra. De hecho, los *giellisti* estaban convencidos de que los pueblos eran portadores de identidades históricas a las que era necesario remontarse en los momentos de dificultad.

En todo caso, había que superar los límites negativos del patriotismo nacional y desarrollar una concepción nueva y fuerte de patria a fin de que "la libertad y la justicia social [...] se afirmen en el mundo" (211). Los antifascistas por la libertad *tout-court*, como Treves y Ayala, tenían que estimular el debate en tal dirección. La idea de nación podía ser recuperada, en fin, solamente entendida como "misión" superior, exenta de egoísmos, dentro de organismos más amplios.

Ayala no podía más que compartir varios de los aspectos del análisis trevesiano. En esta última parte del ensayo declara abiertamente –si bien lo hace, de forma sintomática, a través de una nota, casi con cierto pudor– su afinidad con los jóvenes antifascistas de GL: "Me interesa destacar [...] la referencia que el propio Treves hace a la posición del grupo más joven de antifascistas italianos [...] postulaban la necesidad de 'concretar con mayor claridad una concepción radicalmente nueva, una ideología más fuerte, más dinámica y más moderna que la de las viejas democracias'. Pues bien: esta postura coincide en absoluto con mi enfoque del problema 'libertad y liberalismo'" (212).

En definitiva, Ayala, aun cuando siempre se mostrase reacio a manifestar su fe política, ya que, como analizaba en el mismo periodo en *Razón del mundo* (1944), la política no podía sino perjudicar la creatividad del intelectual, no es menos cierto que, en términos generales, compartía la perspectiva de un liberalismo modernizado y no era partidario de la idea gaullista de restaurar el viejo orden prefascista tras la liberación de París en 1944.

Existen, por tanto, varios aspectos interconectados entre sí que permiten aproximar la perspectiva del socialismo liberal al hermético pensamiento político de Ayala. Primeramente, la dimensión especulativa ínsita en aquella, así como su deseo de comprender las transformaciones sociales en curso adaptando a ellas las doctrinas políticas. En segundo lugar, la formación krausista y sus amistades institucionistas lo habían ya encaminado, como se ha dicho, hacia una visión, por así decir, sociológica de la idea de libertad. El liberalismo de Ayala se acercaba, además, a la idea de Croce y Ortega de la libertad como forma integral de vida. En otras palabras, teniendo en cuenta el método de análisis historicista, la doctrina liberal tenía que participar de las expectativas generadas por la democracia de masas. Otrosí, la búsqueda ética de la libertad debía seguir siendo el objetivo primero de cualquier sistema político. La crisis del liberalismo europeo para Ayala, de hecho, no había sido meramente política, sino que se trataba de algo más profundo, de carácter psicológico y espiritual, como ya en 1941 el psicólogo social Erich Fromm había explicado, introduciendo la clarificadora idea del "miedo a la libertad", característico de las sociedades modernas[199].

Por otra parte, este ensayo permite insertar con total legitimidad a Treves y Ayala en el interior de una corriente de pensamiento presente desde finales del Ochocientos en Europa que buscaba combinar dialécticamente la "reforma" con la "revolución" de manera ciertamente anticonformista[200]. Además, GL mantenía vínculos directos con los socialistas españoles por medio de la revista *Leviatán*, en concreto, a través de los artículos de Aurelio Natoli[201].

Por todas estas razones, Ayala converge plenamente con la perspectiva, por así decir, herética del socialismo liberal de GL, sobre todo con la idea

199 Erich Fromm, *Escape from Freedom*, Farrar & Rinehart, Nueva York, 1941.

200 Ariane Landuyt, "Carlo Rosselli e la cultura europea di 'terza via'", en Antonio Bechelloni, *Carlo e Nello Rosselli e l'antifascismo europeo*, Franco Angeli, Milán, 2001, pp. 127-140.

201 Alejandro Cattaruzza, "Las huellas de un diálogo: demócratas radicales y socialistas en España y Argentina durante el periodo de entreguerras", *Estudios sociales*, n. 7, 1994, pp. 29-48.

original de que el fascismo debía ser entendido como un fenómeno dramáticamente moderno y no exclusivamente como el fruto de una decadente burguesía conservadora. En este punto, la referencia que hace Ayala a la obra a Harold J. Laski resulta reveladora de su innovador pensamiento (216): como para este intelectual orgánico del laborismo inglés y defensor de la República, también para él había que pensar en una reconstrucción mundial en un sentido socialista, aunque a través de las vías legales de la democracia parlamentaria. Esa era la única forma para resolver la pluralidad connatural a la existencia humana, según las líneas del liberalismo socializante de S. W. Beveridge[202].

Es verdad que ni siquiera en este ensayo Ayala se decanta por ninguna opción política pero, en un momento de crisis extrema y esterilidad política del republicanismo[203], invita a los lectores –caso único en el seno del exilio español– a mirar en otra dirección, a pensar en términos globales y, sobre todo, imbuidos de un espíritu diferente. De nuevo la respuesta a la crisis –como en su interpretación sobre la impotencia diplomática de la Segunda República– podía llegar tan solo por medio de una mirada dirigida al resto del mundo. Ni Treves es italocéntrico ni mucho menos Ayala pone a España en el centro de sus análisis: la experiencia del exilio, las redes de sociabilidad creadas por los dos intelectuales o la solidaridad creativa recibida en estos años, fueron elementos que alentaron en ambos autores el interés por una nueva Europa y una nueva América, entendidas en términos cosmopolitas y fundadas sobre instituciones regeneradas.

Su punto de vista es, en consecuencia, tanto nacional como inevitablemente internacional. Con toda probabilidad esta perspectiva es todavía más incisiva en Ayala que en Treves, en quien la referencia continua a Italia desvela el deseo evidente de retornar, un deseo que, tal y como se ha dicho en páginas precedentes, se acercaba a su punto justo de sazón, espoleado ade-

---

202 José Luis Monereo Pérez, *La democracia en crisis: Harold J. Laski*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004, p. 11.

203 Sobre la esterilidad política del republicanismo español en el exilio, véase: Ángel Duarte, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, pp. 159-181.

más por la rápida transformación de la situación política de Argentina hacia el peronismo.

Ayala, con su acostumbrado desengaño, incluso antes de que se celebrase la Conferencia de Potsdam era consciente de que: "Las decisiones políticas no van a emanar ya, como hasta aquí, de las voluntades soberanas de los Estados [...] sino que el peso del poder y la facultad de emitir decisión inapelable ha pasado a un número escasísimo de grandes entidades" (213).

Así pues, el granadino veía el mundo de la posguerra desde una óptica muy distinta a la dominante entre la mayoría de los republicanos exiliados y era capaz de pronosticar ya en 1944 no solo los futuros equilibrios de poder de la Guerra Fría, sino también –esto era aún más original para su época– un nuevo tipo de hegemonía que iba más allá de la amenaza fascista y que podía representar el fin de la civilización occidental, siendo deudora de las paranoias catastrofistas del momento: "Aun destruida Alemania, sigue en pie la amenaza totalitaria, y vinculada ahora a los vencedores" (216).

Casi sin hacer ruido, Ayala utiliza el adjetivo "totalitario". Aplica, por tanto, un término de gran poder evocador que había sido introducido en la Italia fascista durante los años veinte por los mismos antifascistas y convertido en una bandera por los estadounidenses en el periodo de una Guerra Fría a punto de inaugurarse[204]. Pero Ayala emplea esta noción polisémica de modo herético, una vez más. La amenaza "totalitaria", en su opinión, podía venir de cualquiera de los "vencedores", de la Unión Soviética, por supuesto, pero también de Estados Unidos.

El totalitarismo es así interpretado de manera amplia como una especie de talante espiritual intrínsecamente destructivo que tanto podía sustraerle al pueblo la capacidad de decidir como imponer vertical y rígidamente un nuevo orden después de la guerra. Ayala se refiere poco después al "dinamismo totalitario" (217), un concepto bastante popular en aquellos días que el granadino entendía como la expresión última del imperialismo colonial. Por tanto, un adjetivo que fue aplicado originariamente al fascismo, en Ayala se amplía hasta convertirse en sinónimo de algo mucho más com-

204 Sobre la historia del término totalitarismo: Abbott Gleason, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, Oxford University Press, Oxford, 1995.

plejo, una voluntad transversal de transformación agresiva, usurpadora, amalgamada con la ausencia de respeto por la libertad y que, sobre todo, traspasaba el terreno ideológico, ya que más bien tenía que ver con la conciencia y la psique de los pueblos europeos. Estirando el argumento hasta el final, Ayala coloca las raíces de esta amenaza totalitaria en la "peculiar dirección adoptada a partir del Renacimiento y la Reforma por los pueblos no latinos del Occidente" y en el "dinamismo desenfrenado cuyo acicate cultural más visible ha sido la moral protestante del éxito como testimonio de la gracia divina" (216). También Gobetti, uno de los maestros espirituales de Treves, partía de una lectura semejante para llegar a una conclusión opuesta a la de Ayala, que no contradictoria, al considerar que la debilidad histórica de la sociedad civil italiana se debía al hecho de no haberse producido la Reforma protestante.

Si mediante semejante análisis histórico de la razón instrumental y la moral "de la utilidad" se llegaban a desentrañar las causas lejanas de la modernidad y, en definitiva, la degeneración fascista, en paralelo, Ayala juzgaba que los pueblos latinos –a España e Italia añade también la América hispana, a diferencia de Treves– podían mitigar con su tradicional sensibilidad los efectos negativos de lo que Max Weber había definido como la ética del capitalismo. Otrosí, en este punto el granadino recogía la idea de Josep Schumpeter de un capitalismo caracterizado por su dinamismo extremo[205].

Según el razonamiento de Ayala, la exclusión de esta moral del éxito que experimentaron los pueblos latinos en virtud de su mentalidad católica y sobre todo la ausencia de dominio material, daba ahora la posibilidad de salvar el mundo de su eventual autodestrucción, aportando a Europa nuevos matices espirituales: "Hay la temible posibilidad también de que, organizada la paz por medio de un poder desnudo de espíritu, decaiga en una mera existencia mecánica [...] son quizás los pueblos latinos –en su significativa carencia de poder– los que pueden aportar al mundo las formas culturales, correspondientes a una ajustada concepción de la vida [...], porque son ellos los que conservan mejor el sentido de las formas espirituales y de

205 Precisamente en 1944 Jesús Prados Arrarte, amigo de Ayala, había traducido *Teoría del desenvolvimiento económico* de Schumpeter para el Fondo de Cultura Económica.

los valores no sometidos al criterio de la utilidad, el provecho y la eficacia" (218). La "Latinidad", así la llama (aunque sin definirla) Ayala, podía ayudar a dirigir los acontecimientos mundiales por la senda de un cierto ecumenismo universalista y humanista.

Para tal fin, Ayala propone finalmente como solución a la restauración mundial la constitución de una "Unión Latina" (215), concebida como ulterior desarrollo de la tradición del hispanismo progresista. Por medio de un espíritu colaborativo y solidario, dicha unión permitiría mantener vivos y activos los principios de los pueblos latinos, salvaguardándolos del trance de absorción cultural de las fuerzas vencedoras del nuevo orden. La dimensión cultural de la sociedad sigue siendo preponderante en un Ayala que volvía al mismo concepto en la revista argentina *Ínsula* en un debate de 1945: "¿Que si considero deseable la unión latina? No ya deseable, sino condición de nuestra ulterior existencia como factores de cultura. Faltando alguna organización como esa, que incorpore nuestro peculiar sentido de la vida en una estructura provista de aptitud histórica, no nos restaría sino servir de campo de la actuación de los pueblos que, activados por un poder político incontestable, están sintiendo la tentación de elevarlo a criterio y medida de toda cultura"[206].

La modernidad, con su llamamiento al lucro y al crecimiento técnico a todo coste, era la causa última del fascismo para el intelectual granadino. En Ayala, como en Treves, la lectura marxista de un fascismo burgués se implica y complica con otra más articulada, sociológica, que interpreta el fascismo como consecuencia directa de las innumerables caras sociales de la vida moderna. En ambos, sin embargo, el internacionalismo crece progresivamente dentro de una interpretación semejante hasta comprender que solo un diálogo global permitiría hacer frente a las dificultades morales del presente. Recuerda Ayala en este ensayo: "Ahora [...] no puede ser ya enfocado ni resuelto el problema de la libertad política en términos nacionales, sino dentro de una conexión mucho más amplia" (214).

Una doble experiencia política representa, por tanto, el ejemplo palpable de la necesidad que existía en aquella época de establecer un diálogo entre

206 Cit. en Luis García Montero, "Francisco Ayala en *Ínsula*", *Ínsula*, n. 718, 2006.

culturas políticas distintas, pero en cuya base se encontraba una idea común y transversal de dignidad humana. Al mismo tiempo, el ensayo viene a mostrar y demostrar que el antifascismo consistió básicamente en una "cultura del exilio"[207] para la cual la reflexión en torno a la noción de libertad se impuso siempre como un imperativo cívico y, todo hay que decirlo, de gran carga emotiva.

La obra es el fruto de estímulos procedentes de múltiples instancias y direcciones. Desde un liberalismo argentino que, temeroso de un posible fascismo criollo, creó a su vez una retórica local antifascista, hasta la radicalidad intelectual de la experiencia bélica, pasando por el esfuerzo de traducción de culturas europeas en nuevos territorios que asimilaron a su vez de forma original tales tradiciones y abrieron los ojos a los propios traductores respecto a la incorporación de nuevos matices a la hora de definir el socialismo y el liberalismo a nivel internacional y desde su identidad nacional.

Se trata, en fin, de un producto cultural híbrido, con un intrincado origen geográfico (Argentina, Europa, Estados Unidos) al que hay que sumar el proceso de contaminación intelectual que tanto Ayala como Treves estaban viviendo en América Latina, un proceso que les permitió a ambos, todavía de manera poco consciente, promover con muchos años de anticipación la reflexión científica europea sobre el fascismo, el liberalismo y también sobre un modo especial –hoy se diría transnacional– de interpretar la lucha contra las dictaduras.

Hoy en Italia, mañana en España[208]

En *Una doble experiencia política*, como en el interior de una fragua, se funde y confunde un denso bagaje cultural. Por supuesto, en este texto,

207 Sobre la idea del antifascismo como una "cultura del exilio": Enzo Traverso, "Intellectuals and Anti-fascism: for a critical Historization", *New Politics*, n. 9, 2004, p. 6.

208 Renato Treves, recordando al amigo anarquista Diego A. de Santillán, invierte el célebre lema antifascista de Rosselli durante la Guerra Civil española "Hoy en España, mañana en Italia".

Ayala y Treves no abordan directamente algunas cuestiones espinosas, como el antisemitismo, su idea sobre la relación entre antifascismo y comunismo, o cuál fuese la respuesta concreta del socialismo liberal en el ámbito económico y, por tanto, el paradigma material que había que favorecer para evitar nuevas crisis políticas.

Con una dosis de optimismo, finalmente prefirieron elaborar un texto capaz de testificar, mucho más allá de las necesidades de la resistencia intelectual, la contribución cultural de los pueblos latinos a la reconciliación mundial, y siguieron insistiendo en la necesidad de un pacto mutuo entre antifascistas italianos y republicanos españoles durante y después de la guerra. El deseo de trascender las fronteras nacionales de este ensayo, sin embargo, no solo fue capaz de ir más allá de los límites geográficos, sino que atravesó también el plano temporal, interactuando con nuevas experiencias y equilibrios políticos, consiguiendo así educar a una nueva generación de intelectuales.

Una doble experiencia política, a pesar de que la traducción, como hemos visto, estuviese lista, nunca fue publicado en Italia o en Estados Unidos. Para este último caso, de hecho, una carta de Max Ascoli a Treves en diciembre de 1944 es muy indicativa. En concreto, Ascoli sopesó negativamente la posibilidad de una traducción al inglés del ensayo del profesor turinés sobre Croce: "Después de haber hablado con algunos otros editores, confirmo lo que ya había escrito sobre su «Croce». Tampoco el impulso de los acontecimientos políticos consigue poner hoy de moda la filosofía de Croce en América. [...] Es una pena, porque no hablo de un libro como el suyo, sino de su libro tal y como es, sería muy necesario aquí"[209].

Sin embargo, unos meses antes, el economista romano Giorgio Tagliacozzo, exiliado en Nueva York, colaborador del programa *The Voice of America* y luego también profesor en la New School for Social Research, recordaba a Treves cómo el Bureau of Latin American Research había mostrado especial interés por un volumen del liberal Luigi Einaudi, escrito con Giovanni de Maria y Bresciani Turroni; este texto profundizaba en las posibilidades de reconstrucción de la economía italiana de la posguerra y cri-

209 Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 3 – Corrispondenza relativa al libro di Treves *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*, Carta de Max Ascoli a Renato Treves, 16 de diciembre de 1944 (traducción de la cita, G.Q.).

ticaba el corporativismo fascista, mientras, por el contrario, apoyaba un sistema económico de completas libertades[210].

El mismo Tagliacozzo, siguiendo ese interés americano, realizó en 1945 una reseña en la radio del volumen de Treves sobre Croce, poniendo sintomáticamente énfasis en una interpretación economicista de lo que definía como "socialismo liberal" italiano: "[...] Me complace especialmente presentaros este estudio sobre el liberal-socialismo italiano solo unas semanas después de hablar de los dos escritos del economista Abba Lerner [...]. Añadía que para tener una mejor idea del pensamiento de Abba Lerner y de los llamados liberales estadounidenses, mis oyentes pueden relacionarse con las ideas del liberal-socialismo italiano [...]. Como se puede ver, dos hemisferios –Europa y América–, pero un solo pensamiento"[211].

Por lo tanto, el socialismo liberal de Treves se asociaba a la meditación neokeynesiana de Abba Lerner, mientras que el liberalismo exclusivamente espiritual de Croce no interesaba a unos Estados Unidos que estaban a punto de ganar la Segunda Guerra Mundial; igualmente la perspectiva de GL no consiguió después de la guerra un resultado feliz en Italia. En otras palabras, en los Estados Unidos liberales de la primera Guerra Fría –donde más tarde trabajaría asimismo Ayala– lo que interesaba especialmente eran reflexiones pragmáticas y economicistas, como, por ejemplo, la de Abba Lerner, capaz de combinar varias facetas, el elogio del libre mercado con la distribución eficiente de los ingresos y la búsqueda de lo que podría llamarse un socialismo de mercado.

En 1945, la publicación del volumen de Ayala y Treves parecía todavía posible en Italia: sin embargo, el Partito d'Azione, que recuperó parte de la tradición política de GL, tuvo corta duración. En 1947 se disolvió a causa de las ideas divergentes sobre el tipo de organización y el programa para el nuevo partido, además de los escasísimos resultados electorales. Durante

210 Se trata del libro: *Ricostruzione dell'economia nel dopoguerra*, CEDAM, Padua, 1942.

211 Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 3 - Corrispondenza relativa al libro di Treves *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*, Carta de Paolo Ravà a Gino Fubini (USA Office of War Information, New York) con reseña de Giorgio Tagliacozzo, 11 de abril de 1945.

mucho tiempo, por consiguiente, las referencias al antifascismo de Rosselli en la prensa comunista italiana fueron muy escasas.

Estaba claro que, con el pasar del tiempo, la Guerra Fría, con sus recaídas italianas, habría hecho imposible cualquier formación política moderada y reformista que no estuviese subordinada a la Democracia Cristiana o al Partido Comunista. El debate de Treves y Ayala sobre el socialismo liberal y sobre una idea moral de la libertad y el liberalismo, por tanto, no pareció interesar en el debate político después de la guerra, incluso dentro de las mismas fuerzas de izquierda.

Tuvo todavía que pasar mucho tiempo para que las propuestas del socialismo liberal volviesen con renovada energía a reaparecer en la vida política europea: como veremos, fue más de treinta años después, justo cuando España encaraba una difícil transición a la democracia tras la muerte de Franco. También las relaciones entre Ayala y Treves habían quedado interrumpidas durante largo tiempo para reanudarse significativamente en ese momento. De hecho, los dos intelectuales continuaron manteniendo una relación epistolar hasta mediados de los años cincuenta, a pesar de las diferentes trayectorias personales que siguió cada uno de ellos.

Treves concluyó su exilio en 1947, incorporándose –no sin esfuerzos– a la Universidad italiana posfascista, donde acabó convirtiéndose en el pionero de la sociología del derecho. Ayala, ya que el régimen de Franco mantuvo su poder después de la victoria de los aliados como estratégico centinela anticomunista del bloque occidental, se vio obligado a continuar su largo exilio. Entonces decidió abandonar Argentina, donde, en su opinión, el control peronista sobre las universidades hacía el ambiente intelectual irrespirable. Primero se fue a trabajar a la Universidad de Puerto Rico y, más tarde, pasó por varias instituciones académicas de Estados Unidos.

Los dos mantuvieron su colaboración durante los primeros años después de la guerra. Treves participó tres veces en la revista *Realidad*, dirigida por Ayala junto con Lorenzo Luzuriaga y Francisco Romero en los últimos años de exilio en Argentina (1947-1949)[212]. En cierto modo esta revista repre-

212 Sobre la revista *Realidad*: Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez Gutiérrez, *Diez ensayos sobre* Realidad. Revista de ideas, Universidad de Granada, Fundación Francisco Ayala, Granada, 2013.

sentó una continuación ideal de los principios espirituales a los que aspiraban las últimas páginas de *Una doble experiencia política*. La revista se proponía como un laboratorio de ideas para superar la crisis moral de la Segunda Guerra Mundial, el fascismo y el nazismo, y al mismo tiempo reflexionar críticamente sobre el nuevo orden bipolar que proclamaba la superioridad de la cultura occidental.

Treves tomó parte en este proyecto cosmopolita aportando píldoras de la cultura italiana posfascista, llamadas "Notas sobre la cultura italiana". La colaboración comenzó en 1946-1947 con el primer número de la revista, donde escribió una larga reseña del primer Congreso Internacional de Filosofía en Roma después del conflicto mundial. Una vez más, Treves hizo un esfuerzo para que América Latina conociera las corrientes del pensamiento europeo y su relación con el mundo político: el objetivo era fortalecer una idea liberada de cultura y arte. De hecho, si en este primer ensayo subrayó cómo después de la tragedia de la guerra "la filosofía ha abandonado el juego de los problemas abstractos y ha tomado una responsabilidad y logrado un compromiso frente a la vida"[213], en la segunda colaboración con *Realidad*, Treves dio a conocer al público argentino el caso Sartre en Italia.

En otras palabras, en un momento en que, en Argentina, la censura católica estaba actuando de forma indiscriminada, presentar la defensa de Bobbio de la editorial Einaudi, que había publicado en Italia *Le mure*, provocando las quejas del ciudadano Antonio Carones por ultraje a la moral pública, representaba un sutil expediente para afirmar más allá del Atlántico que la cultura y el arte debían permanecer en libertad, sin restricciones que obstaculizasen el libre desarrollo del pensamiento humano[214].

Sin embargo, es la tercera colaboración de Treves en *Realidad* la más original. En este caso, el análisis de la historia del movimiento de la izquierda

213 Renato Treves, "Notas sobre la cultura italiana. El Congreso Internacional de Filosofía de Roma", *Realidad. Revista de ideas*, n. 1, 1947, p. 502.

214 Renato Treves, "El caso Sartre en Italia", *Realidad. Revista de ideas*, n. 2, 1947, pp. 414- 417.

cristiana en Italia se convierte en la excusa para recordar al mundo que Italia era un laboratorio político de vanguardia, a pesar de que la posguerra había dado lugar a la desaparición de muchos partidos pequeños, como el mismo Partito d'Azione, muy activo desde el punto de vista intelectual. La descripción de un movimiento católico que separaba la religión de la política para adoptar unos principios marxistas, aunque interpretados de forma original y no estrictamente materialista, permitía a Treves transmitir también en América Latina una nueva idea de catolicismo. Esa nueva idea quería ir más allá de las relaciones ambiguas de este último con el peronismo y su estrecha relación con el Estado y, al mismo tiempo, hacía posible demostrar que una revisión marxista era entonces igualmente rentable dentro del comunismo[215].

En 1953 los dos autores volvieron a escribirse, una vez más en busca de colaboraciones mutuas, que pronto se convirtieron en un puente de apertura cultural entre el viejo y nuevo mundo. A principios de ese año, Ayala le escribió a Treves: "Por Frondizi he tenido noticias respecto de usted [...] hemos comenzado a publicar en esta Universidad una revista, bajo el título de *La Torre* y con el propósito de emular las viejas glorias de *Realidad*. ¿Podría usted hacernos también para *La Torre* alguna crónica de la vida cultural italiana? Sería muy bien recibida"[216].

La revista *La Torre*, como antes *Realidad*, fue el producto directo del trabajo de Ayala en la Universidad de Puerto Rico (1950-1958); aquí, en calidad de editor de la Editorial de la Universidad, a partir de 1952, contribuyó a instituir esta publicación que, una vez más, quería ser: "instrumento de acción espiritual capaz de decir algo significativo a todas las gentes que en el amplio mundo se interesan por los problemas vivos de nuestro tiempo. [...] *La Torre* procurará integrarse en la vida activa y palpi-

215 Renato Treves, "El movimiento de la izquierda cristiana en Italia", *Realidad. Revista de ideas*, n. 6, 1949, pp. 95-103.

216 Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 2, Corrispondenza Accademico-scientifica (1952-1954), Carta de Francisco Ayala a Renato Treves, 27 de febrero de 1953.

tante de la cultura, ajena a beaterías de cualquier especie. [...] Así, queremos movernos y actuar, y seguir siendo quienes somos, en un mundo abierto"[217].

Bobbio, como Ayala explicaba, envió de inmediato un artículo para el número 3 sobre el mismo tema querido de la libertad en el arte. Por el contrario, Ayala se negó a una colaboración sobre la realidad de la España franquista, explicando: "[...] Me refiero ahora al pedido de una colaboración sobre España, que ustedes me hacen. [...] Pero lo cierto es que desconozco a fondo esa situación interna, las indicaciones y noticias son demasiado contradictorias, los presagios muy inseguros"[218]. El granadino aconsejaba a los dos colegas italianos que se pusiesen en contacto con el liberal Salvador de Madariaga, exiliado en Inglaterra. Por tanto, en 1953 y 1954 las comunicaciones entre los dos autores eran bastante frecuentes[219], en el intento por divulgar en el mundo una idea de cultura liberal e internacional, más allá de la lógica bipolar de la Guerra Fría, aunque, como era evidente, integrada en el bloque occidental.

Durante la dictadura franquista, además, Treves mantuvo una estrecha relación con el antifranquismo del interior de España, recuperando los dictámenes de GL sobre la importancia de una colaboración antifascista en el país ibérico. En este sentido, el testimonio del jurista Elías Díaz García nos ayuda a entender cómo la doctrina del socialismo liberal se mantuvo viva, aunque silenciada, dentro de la España nacionalcatólica, gracias también a la labor de Treves y al interés de una nueva generación de estudiosos espa-

217 Cit. en Carmen Vásquez, "La Torre de Puerto Rico: síntesis del pensamiento de una época", *América: Cahiers du CRICCAL. Le discours culturel dans les revues latino-américaines, 1940-1970*, n. 9-10, 1992, pp. 75-76.

218 Carta de Francisco Ayala a Renato Treves, Nueva York, 31 de agosto de 1953. Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 2, Corrispondenza Accademico-scientifica (1952-1954).

219 En una carta a Niceto Alcalá Zamora de 1954, Treves explicaba: "Con Ayala nos carteamos a menudo". Cit. en Archivo APICE, Archivo Renato Treves, Serie 2, Corrispondenza Accademico-scientifica (1952-1954), Carta de Renato Treves a Niceto Alcalá Zamora, Milán, 14 de abril de 1954.

ñoles que, como los jóvenes italianos durante el fascismo, maduraron en el interior de una dictadura[220].

En particular, durante el curso 1959-1960 Elías Díaz conoció a Treves, justo cuando estaba completando su doctorado y residía en el Colegio de España en Bolonia: "[...] el nombre [de Treves] era conocido porque había escrito sobre Ortega y Gasset. [...] Entonces allí [en Italia] leí a autores italianos, muchísimos, allí conocí más a fondo la obra de Treves unida a la de un íntimo amigo suyo, también filósofo del derecho –que ha sido una persona que para nosotros fue un gran maestro–, Norberto Bobbio. A través de Treves y Bobbio fui tomando más conciencia de la situación española"[221].

Elías Díaz conoció a Treves en persona, sin embargo, solo en 1966, cuando por primera vez el intelectual turinés fue invitado a pronunciar una serie de conferencias en una sección del Centro de Estudios e Investigación de Madrid, un instituto universitario independiente de los esquemas académicos del franquismo[222]. No solo a los jóvenes académicos españoles, educados en un ambiente intelectual irrespirable y dominado por el neotomismo, les interesaba, como a nuestros autores durante su exilio argentino, la perspectiva de unir el enfoque sociológico a los estudios de derecho, sino que además la presencia de un profesor italiano, vector de una tradición política antifascista más allá del comunismo, era extremadamente importante para legitimar la creciente oposición académica antifranquista.

A finales de los años sesenta, Treves, como el propio Ayala, anticipó, por tanto, la Transición[223]: había creado un puente intelectual con la gene-

220 Véase: Elías Díaz, *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Alianza, Madrid, 1994, pp. 111-125.

221 Entrevista de Giulia Quaggio a Elías Díaz García, Madrid, 6 de abril de 2016.

222 En el interior del CEISA se aglutina un grupo de filósofos del derecho guiados por Tierno Galván, grupo que a partir de 1972 publica la revista *Sistema*. Cfr. Fernando Álvarez Uría, Julia Varela, *La galaxia sociológica: Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*, Endymion, Madrid, 2000.

223 Giulia Quaggio, "Ayala di ritorno", *Spagna contemporanea*, 2012, n. 41, pp. 51-77.

ración más joven dentro de España, así como, por afinidad de estudios, con el profesor socialista de derecho político, Enrique Tierno Galván. Elías Díaz fue, de hecho, parte del grupo de los jóvenes universitarios seguidores del profesor socialista que, curiosamente, se reunían en un apartamento situado en la calle Marqués de Cubas, en Madrid, justo en el mismo edificio en el que Ayala residía en sus estancias en España. Ayala regresaba a esta casa madrileña con cierta frecuencia; Elías Díaz recuerda a este propósito:

> Los grupos socialistas de Tierno Galván eran muy activos en los años 60, nos reuníamos con frecuencia en este piso. Un piso poco más arriba vivía Francisco Ayala. Nosotros sabíamos que Ayala vivía allí, pero no queríamos tampoco complicarle la vida, Ayala había venido, había sufrido el exilio y la guerra [...]. Sin embargo, un día, se ve que Tierno había hablado con él personalmente, y Ayala le autorizó, subimos al piso y es cuando conocí personalmente a Ayala. [...] Estaba también Raúl Morodo. [...]. Fuimos a verle este pequeño grupo para hablar de política… y entonces vimos que Ayala, aunque con simpatía total, no quería participar directamente en las operaciones políticas de dos pisos más abajo. Tenía miedo de ser expulsado otra vez de España[224].

Treves, por su parte, se comprometió directamente, una vez más, en la vida política de un país bajo la dictadura, España en este caso. En el invierno de 1969, el estado de excepción proclamado en enero por el régimen franquista provocó numerosas detenciones y luego destierros. Entre ellos, los de varios profesores de derecho socialistas, como el mismo Elías Díaz, o Gregorio Peces Barba, Javier Muguerza, Raúl Morodo y Luis García San Miguel fueron obligados a pasar algunos meses en unas aldeas remotas de Andalucía, en una especie de exilio interior. Treves cogió bolígrafo y papel y escribió al ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, para preguntar si estos profesores podían asistir a un congreso de sociología del derecho en Bruselas, es decir, fuera de España. Como era de esperar, nunca tuvo respuesta por parte del Gobierno.

Sin embargo, como Elías Díaz explica, Treves, uno de sus principales maestros, tuvo una repercusión que fue mucho más allá de la intervención material y de naturaleza estrictamente intelectual:

224 Entrevista de Giulia Quaggio a Elías Díaz García, Madrid, 6 de abril de 2016.

> Yo había publicado un libro, que Treves conocía muy bien, en 1966 que se llamaba *Estado de derecho y sociedad democrática* [Editorial Cuadernos para el Diálogo]. Fraga lo secuestró y se hizo famoso: sigue reeditándose. [...] Entonces yo decía aquí lo que había aprendido de Bobbio, de Treves, de mi estancia en Alemania también: para que haya un Estado de derecho tiene que haber unos requisitos: protección de los derechos fundamentales, leyes hechas desde la soberanía popular, que haya partidos políticos. Para definir el Estado de derecho tiene que haber esto. No decía que el Régimen de Franco no lo reuniera, pero… [225]

Los numerosos ensayos de Treves de los años de la resistencia antifascista sobre cómo la jurisprudencia podía actuar contra las dictaduras, cómo la filosofía del derecho tenía el deber cívico de luchar contra principios injustos y al mismo tiempo ayudar a establecer nuevos valores para la sociedad, fue echando raíces en una nueva generación de españoles que habían sido adoctrinados en el iusnaturalismo, es decir, en la idea de que había un derecho natural e inmutable. Esa herencia cultural se manifiesta también en las memorias del jurista Gregorio Peces Barba, uno de los jóvenes profesores socialistas activos en la lucha intelectual de los últimos años de la dictadura franquista: "Su relación con España y con los universitarios españoles ha sido muy estrecha. [...] Desde los años sesenta mantuve con él una creciente amistad, junto con su esposa Fiamma. Le visité varias veces en su casa en Milán y vino a Madrid [...]"[226].

Peces Barba, además, describe en detalle los contactos de Treves en España, que incluyen, entre otros, al filósofo José Vidal Beneyto, quien participó en lo que los franquistas llamaron de forma despectiva el "Contubernio de Múnich", y a Francisco Laporta, ayudante de Joaquín Ruiz Jiménez. Las enseñanzas de Treves a estos jóvenes abogados, como se evidencia en el caso de Peces Barba, fueron mucho más allá del ámbito meramente académico, ya que este fue uno de los siete intelectuales miembros de la comisión para la redacción de la Constitución española de 1978. En

225 *Ibidem*.

226 Gregorio Peces-Barba, "Filosofía política y libertad. Un homenaje a Renato Treves", *Derechos y Libertades*, n. 19, 2008, p. 89.

particular, de acuerdo con el enfático testimonio del mismo Peces Barba, la lección de Treves sobre socialismo y libertad inspiró indirectamente el artículo 1.1 de la Constitución: "España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su Ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político" y el artículo 9.2: "Corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integran sean reales y efectivas".

Sobre todo, el profesor turinés tuvo un papel activo en la mediación entre Bobbio, como hemos visto viejo amigo de estudios, y algunos jóvenes juristas españoles, como los mismos Peces-Barba y Elías Díaz, cuyos alumnos, a su vez, tradujeron y popularizaron las obras de los dos intelectuales en España[227]. Si bien durante el régimen de Franco se mantuvo siempre escéptico ante la idea de viajar a España, Bobbio fue reconocido en más de una ocasión como uno de los principales teóricos inspiradores de la Constitución de 1978. Tanto es así que llegó a decir, con cierta dosis de exageración, que "mi forma de pensar tal vez ha tenido más importancia en España que en Italia"[228]; sin embargo, hasta principios de los años setenta Bobbio no había mostrado ningún interés por el país de Ayala.

Con toda probabilidad, Ayala y Treves no se comunicaron en los últimos años de la dictadura de Franco: solo lo hicieron en la segunda mitad de los años ochenta del siglo pasado. Las razones por las cuales recuperaron su relación en dicho momento son diversas y nos llevan a las reflexiones de Pierre Bourdieu o Gisèle Sapiro sobre cómo las ideas y teorías no se difunden mecánicamente por simple contagio espiritual, sino que siempre están media-

227 Sobre la presencia de Bobbio en España, véase: Javier de Lucas, "La influencia de Bobbio en España", en Ángel Llamas, *La figura y el pensamiento de Norberto Bobbio*, Universidad Carlos III, BOE, Madrid, 1994.

228 Cit. en: Elías Díaz, "La filosofia giuridico-politica di Norberto Bobbio in e per la Spagna democratica", en Luigi Bonanate y Nerio Nesi, *Democrazia e diritti nell'opera di Bobbio. Italia e Spagna a confronto*, Franco Angeli, Milán, 2009, p. 17.

das por recursos materiales, tales como actores sociales, objetivos políticos y la voluntad concreta de romper hegemonías culturales establecidas[229].

En primer lugar, a finales de 1987, en la Universidad de Nápoles se llevó a cabo el congreso "Cultura y Política en la España de 1936", en el que Treves, después de cuarenta y tres años, volvió a mencionar el debate con Ayala que originó *Una doble experiencia política*. De acuerdo con el intelectual turinés, había llegado el momento oportuno para dar a conocer a la Europa mediterránea, que crecía rápidamente en la segunda mitad de los años ochenta, aquella experiencia cultural antifascista y su reflexión especial sobre la democracia y el liberalismo. Treves envió a Ayala una copia de su ponencia en Nápoles y, a su vez, como ya hemos dicho, el granadino, escritor muy premiado en la España posfranquista, recordó con afecto este debate a través de la tribuna de *El País*: "[...] Treves termina su escrito actual mostrando cómo la contraposición de actitudes entre los hombres de nuestra generación en Italia y en España, que señaló él entonces, se ha borrado y ya no existe para las nuevas" (310).

Si España e Italia eran ahora dos países democráticos con actitudes y opiniones similares, donde la amenaza fascista parecía lejana, no fue casualidad el momento político y social en el que los dos intelectuales decidieron reabrir la controvertida cuestión de la relación entre democracia y liberalismo. En Italia, de hecho, después de años de desinterés, si no real estigmatización tanto del socialismo liberal en su conjunto como de la experiencia de GL y las reflexiones de Rosselli o de sus maestros, como Salvemini y Mondolfo, el interés hacia esta doctrina creció de manera exponencial a partir de la segunda mitad de los años setenta; en el último tercio del siglo XXI, de hecho, la cultura política del socialismo liberal volvía al centro de la tradición socialista no solo italiana, sino más bien europea, gracias también a la influencia de la Alemania de Willy Brandt y Helmut Schmidt. En particular, en Italia se legitimó en un primer momento el le-

229 Pierre Bourdieu, "Les conditions sociales de la circulation internationale des idées", *Actes de la recherche en science sociales*, 145, 5, 2002, pp. 3-8. Gisèle Sapiro, "How Do Literary Works Cross Borders (or Not)? A Sociological Approach to World Literature", *Journal of World Literature*, n. 1, 2016, pp. 81-96.

gado antifascista del socialismo liberal a través de una serie de conferencias sobre GL o las primeras reediciones de las obras de los años treinta de Rosselli.

Además, este interés se puede explicar en virtud del peso de la línea eurocomunista que Enrico Berlinguer, secretario del PCI, estuvo apoyando desde el comienzo de los años setenta: esta visión política introducía nuevas cuestiones que matizaban estratégicamente el rigor comunista con respecto a otros movimientos antifascistas, como GL, alejando en parte el comunismo italiano de la órbita soviética y, por consiguiente, de la antigua estigmatización del socialismo liberal. Por otro lado, Bettino Craxi, secretario del PSI entre 1976 y 1993, quería proporcionar a su partido una nueva perspectiva histórica y cultural y, en su intento de demostrar la incompatibilidad entre retórica comunista y pluralismo ideológico, recuperó las referencias a Gaetano Salvemini y Carlo Rosselli en varias ocasiones[230].

Por último, durante los años ochenta, la crisis del bloque comunista y el entusiasmo por la Perestroika hicieron el resto: la influencia del socialismo liberal alcanzó su punto culminante en una sociedad mediterránea dividida entre la experiencia de la opresión de los Estados de la órbita soviética y las desigualdades en el crecimiento de las realidades capitalistas avanzadas.

Es sintomático que en 1989, después del cambio de la Bolognina, que llevó a la disolución del Partido Comunista Italiano, se distribuyera un ensayo de Perry Anderson, director de la *New Left Review*, sobre el socialismo liberal; igualmente Achille Occhetto, último secretario del PCI y primero del PDS (Partido Democrático de la Izquierda), siempre mostró gran afinidad con el pensamiento de Bobbio.

En España, la Transición negociada recuperó estratégicamente mucho de esta tradición reformista, que, como hemos visto, ya estaba presente en algunas corrientes del socialismo español republicano como, sin ir más lejos, en el pensamiento de Fernando de los Ríos y Julián Besteiro. Elías Díaz explica que "las palabras de Treves sobre el socialismo liberal me parecían muy

230 Fabrice d'Ameida, "Il socialismo italiano e il riferimento a Carlo e Nello Rosselli", en Antonio Bechelloni, *Carlo e Nello Rosselli e l'antifascismo europeo*, op. cit., pp. 351-359.

bien porque me recordaban a los mejores socialistas españoles. Indalecio Prieto afirmaba: soy socialista a fuer de liberal"[231].

Prieto, de hecho, puso en directa conexión su pensamiento con un liberalismo que no se limitaba a la defensa y garantía de las libertades comerciales e industriales, sino a un liberalismo "moral", que tenía su origen en el socialismo, en cuanto herramienta ideológica, en su opinión, capaz de perfeccionar el propio liberalismo.

Además, tal y como había hecho el Partido Socialista Italiano, el PSOE renovado de los años setenta, en cuyo proyecto político muchos de estos jóvenes profesores de derecho y sociología tomaron activamente parte, eligió estratégicamente presentarse como legítimo heredero de esa cultura política moderada. Fijémonos tan solo en un artículo de Juan Marichal, historiador republicano exiliado, quien, poco antes de las elecciones de octubre de 1982, escribió en *El País* que "[...] la alianza de liberales y de socialistas revela, en sí misma, que el PSOE es actualmente, como otrora, el verdadero representante político del liberalismo nacido en Cádiz"[232].

Esto explica por qué, justo después de las primeras elecciones democráticas españolas en 1977, cuando el PSOE de Felipe González obtuvo 120 escaños, convirtiéndose en el principal partido de la oposición, las referencias a Bobbio y al socialismo liberal se multiplicaron. Estas alusiones intelectuales se convirtieron en herramientas para legitimar la renovación de un partido que, no especialmente equipado de avanzados ideólogos, deseaba alejarse de su pasado marxista y al mismo tiempo atraer a nuevos votantes entre las clases medias moderadas e intelectuales.

En 1977, por ejemplo, la revista *Sistema*, cercana al PSOE, publicó un debate entre Bobbio y Alfonso Guerra, vicesecretario del partido, sobre socialismo y eurocomunismo[233]. En febrero de 1978, el grupo parlamentario del PSOE invitó al mismo Bobbio al Palacio de las Cortes para ilustrar la

231 Entrevista de Giulia Quaggio a Elías Díaz García, Madrid, 6 de abril de 2016.

232 Juan Marichal, "Socialista a fuer de liberal", *El País*, 19 de octubre de 1982.

233 Alfonso Guerra, Norberto Bobbio, "Debate sobre socialismo y eurocomunismo", *Sistema*, n. 22, 1978, pp. 93-106.

relación entre socialismo y democracia[234]. Con la victoria electoral del PSOE en 1982, la cultura ligada al socialismo liberal alcanzó su apogeo en España, al igual que había sucedido en Italia. Juan Carlos I nombró a Bobbio Caballero de la Gran Cruz del Reino de España y varias universidades españolas lo nombraron Doctor Honoris Causa.

Del mismo modo, el reconocimiento de Treves en España, aunque no comparable a la fama de Bobbio, se puso de manifiesto en los años noventa: poco antes de su muerte se convirtió, en 1991, en el primer Doctor Honoris Causa de la Universidad Carlos III de Madrid. En el discurso inaugural explicó que la sociología del derecho, de la que, como hemos dicho, se había convertido en uno de los grandes maestros europeos, había adquirido en España una profundidad política que iba mucho más allá de la mera disciplina académica: "[...] hoy, en esta circunstancia solemne, por la cual me siento aún más vinculado a España, deseo ante todo recordar que este mismo sentido ideal ha caracterizado la mayoría de los movimientos científicos y culturales que han preparado el nacimiento y tratan de favorecer el desarrollo de la Sociología del Derecho en este país"[235].

En otras palabras, la dimensión reformista y democrática de la sociología del derecho había representado para Treves y Ayala, como habían aprendido en los años de exilio en Argentina, un vector importante para la formación de una cultura antifascista, que se conectaba directamente al krausismo, al socialismo neokantiano y al resto de movimientos intelectuales españoles que hicieron posible el advenimiento de la Segunda República.

Como es notorio, en la España posfranquista nunca se llegó a utilizar el término "antifascista" en la esfera pública, dada la naturaleza negociada de la Transición. Sin embargo, si Treves fue testigo de la amplia difusión de sus obras en este momento histórico, también Ayala obtuvo varios recono-

234 Bobbio, invitado por Gregorio Peces Barba, dictó el 25 de octubre de 1978 la ponencia *Socialismo y democracia* en el Palacio de las Cortes, seguida por otras dos en la Universidad Complutense y en la Autónoma.

235 Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa del Profesor Doctor D. Renato Treves, pronunciado en el acto de investidura celebrado el Día de la Universidad del curso 1990/91.

cimientos públicos durante los años de mayoría absoluta del PSOE. En 1983 fue, de hecho, galardonado con el Premio Nacional de Literatura, en 1988 con el Premio Nacional de las Letras Españolas y en 1992 con el más prestigioso de todos, el Premio Cervantes. También Ayala, como Bobbio, fue invitado a dar un discurso en las Cortes en diciembre de 1984, donde realizó un balance político de la misma Transición. En este discurso hay referencias escondidas a las antiguas ideas de *Una doble experiencia política*, que, a fin de cuentas, después de cuarenta años no eran tan diferentes. Una vez más, el granadino puso de relieve la "urgencia de reformar el edificio de las instituciones político-sociales para conseguir que el espacio abierto en ellas a la libertad del individuo sea todo lo amplio que [...] cada etapa histórica consienta"[236].

La libertad y la arquitectura de las mismas instituciones democráticas debían, por lo tanto, al igual que en los años de la gran crisis de la modernidad, continuar modificándose de acuerdo con las cambiantes circunstancias históricas. Ayala, sin embargo, fue más allá de las clasificaciones jurídicas de Treves y Bobbio, quienes, a partir de su militancia política, subrayaban la necesidad de diferenciar políticamente entre izquierda y derecha. A la vuelta del siglo, Ayala, con su innovador realismo desencantado, estaba convencido de que sería "patético" seguir creyendo en las diferencias ideológicas. Por el contrario, para el granadino había llegado el momento de que las instituciones públicas se adecuasen a este proceso progresivo de indiferenciación ideológica[237]. Cuarenta años más tarde de aquellas lejanas disquisiciones sobre una posible contaminación del liberalismo en clave social, el intelectual republicano ya no veía una separación real entre la izquierda y la derecha en el campo político. Probablemente ese pensamiento era el efecto directo de una transición cultural basada en el pacto y que había desdibujado las diferencias políticas de la España posfranquista.

236 Francisco Ayala, "Mi Yo Catedrático" (Texto de la conferencia leída en el Congreso de los Diputados el día 13 de diciembre de 1983), en Francisco Ayala, *La retórica del periodismo y otras retóricas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, pp. 65-84.

237 Francisco Ayala, "A diestro y siniestro", *Saber leer: revista crítica de libros*, n. 87, 1995, pp. 1-2.

A pesar de los evidentes usos políticos de la idea de Ayala y Treves sobre una posible renovación del liberalismo en perspectiva social en el umbral del siglo XXI, interesa recordar que *Una doble experiencia política* es un ensayo importante para la historia de la cultura durante la Segunda Guerra Mundial por distintas razones que –como conclusión– trataré de sistematizar en beneficio del lector.

El propio Ayala recordaba: "Creo que rescatar y examinar esos documentos no sería vana empresa para algún estudiante de Historia y Ciencia Política que deseara esclarecer académicamente ese rincón de aquel pasado momento, tan turbio por cuanto se refiere a lo español, y confrontar los puntos de vista ahí expuestos con lo ocurrido tras la guerra mundial y hasta el presente" (310).

Arrojar luz sobre ese pasado implica, por lo tanto, leer esta nueva edición de *Una doble experiencia política* como un documento histórico que esconde diferentes planos interpretativos, comunicantes entre sí. El punto de partida es la elaboración del texto basada en la diferente condición de exiliados de los dos autores, una condición que, como explica Edward Said, se encuentra en un "Estado de frontera, ni totalmente identificado con la nueva situación, ni completamente desenredado de la vieja"[238]. Esta condición es emocionalmente compleja, pero al mismo tiempo incorpora una gran creatividad y dosis de exitosa contaminación cultural.

Esto conduce al historiador a subrayar el hecho de que la historización de las distintas retóricas antifascistas implica hoy reconstruir el flujo de ideas entre exiliados, entre naciones y continentes, movimientos y pensamientos que contribuyeron a dar forma a una nueva espacialidad política antifascista[239]. Ayala y Treves ayudaron desde su perspectiva intelectual a edificar una cultura política opuesta al fascismo con influencias en ambos lados del

238 Edward Said, "Intellectual Exile: Expatriates and Marginals", *Grand Street*, n. 47, 1993, pp. 112-124.

239 Sobre el concepto de espacio político antifascista véase: David Featherstone, "Black Internationalism, Subalter Cosmopolitanism, and the Spatial Politics of Antifascism", *Annals of the Association of American Geographers*, 103, 6, 2013, pp. 1406-1420.

Atlántico, precisamente por ser conscientes de las variadas problemáticas políticas que existían en los países de acogida[240].

Por otra parte, lo que se manifiesta en *Una doble experiencia política* es una vez más la complejidad de las tendencias que encierra la categoría de antifascismo[241]. También para el mundo de la cultura, de hecho, aflora una idea de antifascismo que se define exclusivamente en oposición al fascismo. Pero, frente a los intelectuales europeos que durante la guerra fueron testigos de la resistencia contra la dominación nazi-fascista en las zonas ocupadas, Treves y Ayala exhiben en su obra una voluntad de interpretar el fenómeno fascista en términos nuevos, no solo como mal moral o fruto del conservadurismo capitalista burgués, sino también, en la línea de la sociología estadounidense, como "dictadura moderna", revolucionaria, que utilizaba la democracia para destruir la democracia misma.

La solución al fenómeno fascista, en particular, y al "totalitarismo", en términos más generales, según avanza Ayala, no podía llegar más que a partir de una idea más fuerte de aquel, capaz de oponerse punto por punto a las características de este último. El aspecto más interesante de esta obra conjunta radica en la original lectura que ambos exiliados ofrecen del fascismo a la altura de 1944, al entenderlo no como una ideología reaccionaria, sino como un instrumento mutable, en condiciones de crear un nuevo orden y una nueva civilización y que, por consiguiente, debía ser combatido con sus propios medios. Los dos autores insisten en más de una ocasión en señalar la capacidad de adaptación internacional del fascismo, razón por la cual Ayala acaba proponiendo una Unión Latina, que, recuperando la espiritualidad propia de los pueblos latinos, resolviese el problema de la deshumanización psicológica de Occidente.

Asimismo, el ensayo puede ser visto como el mensaje de esperanza de dos europeístas –según se diría hoy– que creían en la reconciliación entre

240 Cfr. Andrea Acle Kreysing, "Exiliados europeos y cultura antifascista en Ciudad de México y Buenos Aires (1936-1945). Algunas hipótesis de trabajo", en *Os exilios ibéricos en clave comparada*, Consello de Cultura Galega, 14-15, noviembre de 2014.

241 Jacques Droz, *Histoire de l'antifascisme en Europe 1923-1939*, La Découverte, París, 1985, p. 7.

liberalismo y socialismo. Esta reconciliación sería un elemento de unión clave para una Europa que quería mantener su independencia después de una conflagración que había llevado al continente a un estado ruinoso, moral y materialmente. La gran diferencia entre Ayala y Treves, como se ha señalado, pasa por la distinta actitud mostrada ante la cuestión de la relación entre política y cultura. Treves parecía aceptar de buen gusto la fusión de una y otra, mientras que Ayala, bastante más escéptico, fue siempre reticente a reconocer explícitamente el, por otra parte, evidente antifascismo que alimenta toda su obra.

Esta innovadora interpretación fue fruto del intenso tráfico de ideas y teorías que circuló entre las dos orillas atlánticas durante el periodo de entreguerras. Como recuerda Rodgers, el origen de tales ideas no se ubica en los marcos nacionales de los exilios particulares, ni en una hipotética Europa, ni en una igualmente imaginaria América, sino en el *mundo del medio*, en un mundo situado en el medio de todas estas realidades[242].

Haciendo un esfuerzo por visualizar este mundo del medio a punto de dejar atrás una guerra global, tejido a partir de visiones recíprocas y complejas contextualizaciones, el lector deberá ahora sumergirse en la lectura del ensayo.

242 Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, op. cit., p. 5.

UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA (1944)

Introducción

En el número 4 de los *Quaderni italiani*, revista de estudios políticos publicada en Nueva York (y transferida con posterioridad a Italia), apareció un artículo, debido a la pluma del profesor Renato Treves –que lo fuera de la Universidad italiana y hoy lo es de la argentina–, bajo el título "Un Aspetto della Scienza Politica Spagnola. A proposito di un libro di Francisco Ayala". Ese artículo, como ya su título indica, va más allá de la crítica al libro de un colega –Ayala fue también profesor universitario, primero en España y después en la Argentina–, para plantear un tema mucho más amplio y general: el de la fisonomía de la actual ciencia política española, modelada por una experiencia política que difiere sustancialmente de la vivida por la última generación italiana.

El autor del libro con cuya ocasión surgió este planteamiento, Francisco Ayala, se apresuró a recogerlo, desarrollando con fines explicativos, aunque bajo la forma de apretada síntesis interpretativa requerida por tan amplio material histórico, el contenido de la experiencia política de su propia generación, para ponerlo en función de sus actitudes ideológicas.

Consecutivas confrontaciones de sus respectivos puntos de vista fueron empujando a ambos escritores hacia un común enfoque del problema de la libertad política en las condiciones del presente. Estuvieron de acuerdo en estimar que estas condiciones ligan los destinos de todos los países latinos, confiriéndoles al mismo tiempo una específica misión cultural en el mundo futuro. Y considerando de buen augurio este acuerdo intelectual, resolvieron redactar en resúmenes complementarios sus concordantes apreciaciones, y publicarlas juntas en un pequeño volumen, que, aparte su interés intrínseco, simbolice en alguna manera la comunidad de preocupaciones y de tónica espiritual de la Latinidad.

Tal es el origen de este cuaderno que, redactado en la Argentina por un italiano y un español, aparece en las *Jornadas* de El Colegio de México[1].

1 La colección *Jornadas* fue un producto directo de los principios que inspiraron al sociólogo exiliado José Medina Echavarría en su innovadora dirección del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México (CES). Medina Echavarría fue encargado de dirigir este Centro desde 1943 hasta 1945, mientras entre 1939 y 1959 fue director de la sección de sociología de la prestigiosa editorial Fondo de Cultura Económica. Este texto escrito por el mismo Medina Echavarría representa el "manifiesto" del CES, es decir de la voluntad de Daniel Cosío Villegas de ofrecer una institución de utilidad pública y política y la de Medina Echavarría, que deseaba difundir en el país una formación humanista y racional. Dos fueron las actividades académicas centrales durante la dirección de Medina Echavarría: el seminario sobre la guerra (1943) y el seminario sobre América Latina (1944), con los que quiso dotar a las élites dirigentes americanas de nuevas perspectivas intelectuales para la reforma social y modernización del país. En particular, el seminario sobre América Latina, a través de un enfoque multidisciplinar y la voluntad de consolidar una interpretación científica de la sociología en todo el continente, estuvo en la base de una intensa red de contactos culturales transnacionales. Los diez primeros números de *Jornadas* fueron dedicados a las diez sesiones del seminario sobre la guerra y los otros diez a las contribuciones sobre América Latina. A partir del número 21 la publicación se dedicó a fomentar el debate intelectual entre científicos sociales, como este manifiesto demuestra. Las cuestiones del fascismo en Italia, del antifascismo y de las consecuencias de la guerra civil española, por lo tanto, eran interpretadas como temas "nuestros", es decir de interés para los pueblos americanos (véase, pp. 32-34 y 68-72 de la introducción). *Jornadas* es en la actualidad una colección de libros, sin embargo, en su origen Medina Echavarría la consideró principalmente como una revista que consentía la publicación de investigaciones de tamaño intermedio entre el artículo y el pequeño ensayo.

Una doble experiencia cultural

Renato Treves

Los revolucionarios italianos que han luchado siempre por la eliminación total del fascismo ya cuando las democracias que hoy lo combaten no le negaban apoyo y colaboración, se sienten cada vez más unidos por sentimientos y exigencias comunes a los republicanos españoles. Esta unión es debida evidentemente al recuerdo todavía vivo de la guerra de España, que fue asimismo la guerra del pueblo, la guerra revolucionaria del antifascismo italiano; pero es debida también a otras razones no menos importantes. Sobre todo a la posición de independencia y de expectativa que, frente a los fines de las potencias democráticas, deben asumir en el campo ideológico los antifascistas italianos que miran "más allá de la crisis de la guerra" hacia la Europa de mañana, y saben que "hasta que no se haya delineado una idea nueva capaz de resolver los problemas planteados por el fascismo, no habrá victoria definitiva". Posición de independencia y de expectativa que es plenamente compartida por los antifascistas españoles, no solo por razones ideológicas, sino también por motivos de política práctica, vale decir, por la imprecisa y ambigua actitud tenida hasta ahora por las grandes democracias respecto al gobierno fascista de Franco.

Esta comunidad de tendencias espirituales que coloca a los antifascistas italianos y españoles en la misma posición ideológica de expectativa y los une indisolublemente en el esfuerzo hacia objetivos comunes, no excluye, sin embargo, que surjan concepciones y actitudes profundamente diversas, debidas a la diferencia del carácter y de la formación cultural y política de los dos pueblos. Un interesante libro de Francisco Ayala[2] sobre el problema

2 [Nota de Renato Treves] Francisco Ayala, *El problema del liberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

del liberalismo, suministra el ejemplo de una de estas actitudes y concepciones inconfundibles de la cultura española contemporánea, que no se puede entender a fondo si no se piensa en la diversa experiencia política e intelectual a través de la cual se han formado después de la última guerra las más jóvenes generaciones de Italia y de España. Indicaré aquí brevemente los caracteres diferenciales de la experiencia de estas dos generaciones coetáneas y examinaré en sus líneas fundamentales la concepción de Ayala que, por contraste, servirá para poner de relieve los valores que animan el pensamiento político de los italianos, quienes, bajo el fascismo y a pesar del fascismo, han mantenido siempre alta la fe en la libertad.

La generación italiana más joven, formada después de la guerra del 1914 bajo un régimen despótico, antiliberal, que había conservado casi intacta la estructura económica de la sociedad capitalista, ha distinguido espontáneamente, por instinto y experiencia práctica, los principios ético-políticos del liberalismo respecto de los principios económico-sociales de la burguesía capitalista. Los jóvenes intelectuales italianos, aun cuando no han aspirado a una profunda revolución social, han luchado siempre por la defensa de la libertad que consideraban como un valor absoluto, independiente de las instituciones históricamente determinadas, según la enseñanza dada por Croce[3], por De Ruggiero[4] y por otros auténticos maestros de la cultura nacional.

La filosofía y la ciencia política extranjera, especialmente alemana, que, inmediatamente después de la guerra, habían comenzado a hablar de declinación de la civilización occidental, de decadencia de la sociedad burguesa y capitalista y de crisis de los principios liberales y democráticos,

---

3 El filósofo liberal Benedetto Croce (1866-1952) introdujo la distinción entre *liberalismo* (político) y *liberismo* (económico) en una polémica con Luigi Einaudi. Véase Benedetto Croce, Luigi Einaudi, *Carteggio 1902-1953*, a cura di Luigi Firpo, Einaudi, Turín, 1988.

4 Guido De Ruggiero (1888-1948), filósofo colaborador de Benedetto Croce, reivindicó los valores de la libertad en contra del fascismo, convirtiéndose en un personaje central de la resistencia intelectual. Además, en 1925 escribió una importante historia del liberalismo europeo.

hacían poca presa en nuestro país. Y esto ocurría, sin duda, por la resistencia espontánea que suele oponer todo centro de antigua y fuerte tradición cultural a la introducción de doctrinas extranjeras, y también, sobre todo, por la afinidad evidente que unía a estas doctrinas con las difundidas por la propaganda fascista. Los motivos usuales: de patria proletaria, de necesidad de reaccionar contra el espíritu burgués, contra el individualismo atomista y masónico y contra el liberalismo plutocrático[5], podían sin duda conmover a los intelectuales de muchos países que permanecían impresionados todavía por el bagaje de erudición con los que los profesores alemanes presentaban sus pobres conceptos, pero en modo alguno podían ganar a los italianos. Estos, en efecto, conocían ya, por experiencia directa, cuán burgueses, antiproletarios y plutocráticos eran los gobiernos y los partidos que difundían tales doctrinas con fines demagógicos, y, además, desde la época del Resurgimiento, habían aprendido a distinguir la doctrina de los derechos de la de los deberes, el liberalismo formal abstracto del histórico concreto.

La generación intelectual española formada después de la guerra en una atmosfera política y en un ambiente cultural profundamente diverso del italiano, estaba presta a reaccionar de un modo diverso a las corrientes espiritualistas y políticas que dominaban en Europa.

Las instituciones liberales y democráticas que habían ido difundiéndose y afirmándose de modo cada vez más amplio y profundo desde el fin de la guerra mundial hasta el comienzo de la guerra civil y que no habían interrumpido su marcha progresiva ni siquiera durante el paréntesis de Primo de Rivera, habían alcanzado a infundir en la mente de los intelectuales españoles una tal fe en los principios de la libertad y de la democracia que les

5 El término plutocrático se utiliza para indicar una sociedad en la que detentan el poder directa o indirectamente los grupos más ricos que pueden llegar, por lo tanto, con su influencia, a distorsionar los mecanismos democráticos mismos. Entre las dos guerras mundiales, el término, de origen griego, adquirió gran difusión por el fascismo italiano, que, alterando las críticas de los movimientos progresistas del final del siglo XIX y las reflexiones de Vilfredo Pareto, identificó la plutocracia con la democracia liberal y sobre todo con el modelo americano. También Ayala recupera este término en su parte del ensayo.

llevó a creer lícito hasta el hablar mal de ellos. Para usar una imagen de Ortega y Gasset, se trataba de la maledicencia del "niño mimado" que molesta a sus progenitores porque sabe que estos no pueden cesar de quererle. Y, en efecto, los intelectuales que hablaban mal de la libertad estaban convencidos de "que en el fondo no llegaría a faltarles en serio, porque subsiste necesariamente en la substancia misma de la vida europea, porque a la libertad hay que volver siempre, tan pronto como se abandonan las ficciones y las bromas y se busca la verdad".

Además de la radical diferencia del régimen político, contribuía a determinar una diversa orientación en las ideas de la nueva generación intelectual la dirección de la cultura, bastante diversa de la italiana.

En España, pese al notable esfuerzo cumplido en los últimos cincuenta años, no se había formado aún un ambiente intelectual sólido y autónomo capaz de oponer seria resistencia y de someter a severa crítica todas las direcciones del pensamiento extranjero que tratasen de penetrar en el país. El movimiento general de renovación espiritual en todos los campos de la cultura, que se había iniciado en el siglo anterior con el krausismo, continuaba substancialmente desenvolviéndose en el siguiente. El programa de aquel movimiento fue señalado por Joaquín Costa que, si por un lado afirmaba: "Hay que echar doble llave al sepulcro del Cid"[6], por el otro proclamaba: "Hay que europeizar a España", y con su obra contribuía a que penetraran y se difundieran las ideas y tendencias nuevas que dominaban en la Europa moderna. Y la generación siguiente a la de los krausistas, la generación formada en los primeros decenios de este siglo, fiel a aquel programa, ha continuado nutriéndose ampliamente de la cultura extranjera, especialmente francesa por lo que se refiere al arte y la literatura, especialmente alemana por lo que se refiere a la filosofía y la ciencia.

Ortega y Gasset, maestro de la más joven generación, con la fascinación de su estilo brillante, con la fuerza de sus escritos variados y atrayentes, ha contribuido poderosamente a orientar el pensamiento de su país hacia la cultura alemana. Formado antes de la guerra, en Alemania, en la escuela

6 Véase Joaquín Costa, *Crisis política de España (Doble llave al sepulcro del Cid)*, Biblioteca Costa, Madrid, 1914.

neo-kantiana de Marburgo, reaccionó bien pronto contra la dirección demasiado formal de esta escuela y ha demostrado en cambio gran interés por la tendencia de la filosofía de la vida, de la cultura, de los valores. Después de la guerra, por medio de la *Revista de Occidente*, dirigida por él, ha hecho conocer al público español las direcciones más recientes del pensamiento tudesco, no solo en el campo restringido y técnico de la filosofía, sino también en el más vasto de la política y de la sociología. Así, ha publicado la traducción de los escritos de Spengler, de Spann, de Scheler y de muchos otros[7]. Además, desde 1930, en una de sus obras más significativas, *La rebelión de las masas*, templando con su innato buen gusto las conclusiones extremas a que tendían aquellos autores, no ha recatado su profundo pesimismo sobre la situación presente y sobre el porvenir inmediato. El impresionante aumento numérico de la clase media y la correspondiente disminución de los valores intelectuales y morales de esta clase, según él, amenazan seriamente a las instituciones liberales y democráticas. La dictadura de la masa se le aparece como el mayor peligro que amenaza a la sociedad presente; peligro que habría el deber de combatir, aun cuando se supiera realizado también por fatalidad necesaria.

El movimiento de desconfianza y de crítica hacia las instituciones liberales y democráticas, que era muy favorecido por ese ambiente político y cultural tan diverso del nuestro, no ha sido frenado ni interrumpido por la experiencia de la guerra civil. En aquella prueba suprema, en la que el pueblo español, con indomable coraje y maravillosa firmeza, ha combatido para defender los principios de la libertad y de la democracia contra el nazifascismo, muchos han encontrado una dolorosa confirmación de las teorías antiliberales y antidemocráticas que hasta entonces habían estudiado con simple interés y curiosidad de intelectuales. El incalificable temor y el

7 Oswald Spengler (1880-1936) es conocido principalmente por su obra *La decadencia de Occidente* (1918) en la que explica cómo la cultura occidental se encontraría en su etapa final; Othmar Spann (1878-1950) fue un filósofo antiliberal que difundió las ideas románticas del siglo XIX e ideas autoritarias sobre la necesidad de un Estado corporativo; Max Scheler (1874-1924), a través de la filosofía fenomenológica, se centró en las emociones y distintos valores que guían las personalidades humanas.

mismo egoísmo que las naciones democráticas europeas han demostrado hacia el pueblo español con su política de no intervención, no podía dejar de aparecer a sus ojos sino como una clara demostración de los juicios severos que los teóricos del nazismo daban desde hacía años sobre las democracias capitalistas. Y así, en este periodo, se ha difundido en la joven generación española una sombra de negro pesimismo y de profunda desconfianza en el porvenir, que no se nota, en general, en el ánimo de los coetáneos italianos. Como los italianos, los españoles se sienten siempre indisolublemente ligados a los ideales de libertad y justicia social que han defendido en lucha desigual y desesperada; pero, después de la derrota, de frente al trágico desmentido de los hechos, a diferencia de los italianos, no pudieron encontrar con la misma facilidad en su patrimonio intelectual casi nada que pudiese restituirles la fe. Envenenados por una cultura contraria a su espíritu y a su tradición, por una literatura que ya no es tomada en serio en Italia, los intelectuales españoles, si bien están indisolublemente unidos a nosotros por los mismos principios, nos consideran, sin embargo, con un sentido de amarga ironía al vernos defender, con monótona obstinación, concepciones que para muchos de ellos están muertas y sepultadas.

Francisco Ayala, profesor antes de derecho político en la Universidad española y ahora en la argentina, en su libro sobre el problema del liberalismo demuestra y desarrolla en los menores detalles este aspecto característico e inconfundible del pensamiento político de muchos escritores de su generación. Colaborador de la *Revista de Occidente*, formado en Alemania, después de la guerra, en la escuela de Schmitt, Heller y otros que, si bien seguían tendencias políticas diversas, coincidían todos en la crítica del liberalismo y de la democracia, Ayala ha encontrado la confirmación dolorosa de aquella crítica en los acontecimientos políticos que ha vivido, primero en Praga como diplomático, agregado a la embajada española, después en España durante la última fase de la guerra civil, y por fin en Francia, donde permaneció varios meses antes de trasladarse a América.

Sobre las huellas de los escritores alemanes, Ayala inicia su libro afirmando el principio fundamental por el cual el liberalismo, como ideología y como movimiento político, es el producto característico del modo de obrar, sentir y pensar de la burguesía moderna; es el reflejo de la concepción

utilitaria de la vida con la que esta misma burguesía, de modo astuto y solapado, llega a adueñarse poco a poco del poder, sin dar la impresión de poseerlo en conjunto. La división de los poderes, los principios de igualdad y de libertad, y todo el sistema de derechos y garantías que caracterizan al Estado constitucional moderno, para él no son otra cosa que una manifestación de la mentalidad del hombre económico, de la mentalidad burguesa. El espíritu del liberalismo se identifica así con el espíritu de la burguesía.

Las consecuencias que se derivan de estas premisas son evidentes. Por la formación de grupos plutocráticos que dirigen y controlan toda la vida económica y por la constitución de una masa proletaria con conciencia específica de clase, el predominio de la burguesía en estos últimos años se encuentra en serio peligro y, puesto que la burguesía se identifica con el liberalismo, están también en serio peligro la ideología liberal y las instituciones jurídico-políticas sobre ella fundadas. El principio de la propiedad privada, sagrada e inviolable, por ejemplo, ha perdido todo valor, dado que "fuertes grupos económicos absorben poco a poco a la pequeña burguesía transformándola en proletariado, e impiden que se forme, en cambio, en el mismo sistema jurídico, un movimiento reactivo capaz de asegurar nuevamente la independencia económica al individuo sobre la base de la libertad". Los derechos de libertad de pensamiento, de discusión y de prensa, que eran el medio necesario para formar la opinión pública en regímenes constitucionales fundados sobre la sociedad burguesa diferenciada y culta, se muestran ineficaces en las actuales democracias de masas, uniformes y espiritualmente inferiores. Sobre estas actúan, en cambio, mucho más eficazmente, la técnica de la sugestión y de la repetición y los métodos propios de la propaganda comercial, los cuales, en vez de facilitar la libre formación de la opinión pública, imponen al público una opinión ya formada.

La completa desconfianza en la ideología liberal, cuyo destino considera indisolublemente ligado al de la clase burguesa próxima a sucumbir, impulsa luego a Ayala a concluir su interesante libro con un sombrío cuadro sobre la situación de los intelectuales a la hora del presente. También los intelectuales son para él un típico producto de la sociedad burguesa, en la que se hacen la ilusión de cumplir una función directiva, casi sacerdotal. Pero ahora esta sociedad burguesa se está desintegrando, y dando lugar a

las masas mediocres, organizadas en grupos y en facciones, y estas no dejan que los intelectuales se recluyan en la serenidad de su trabajo; les amenazan, les espían, les constriñen a tomar posiciones en la vida política, les obligan a servirlas y no dirigirlas. Y frente a una situación tan grave y difícil, el autor, sojuzgado por el más irremediable pesimismo, no sabe proponer sino las tres siguientes soluciones: "Renunciar al propio pasado y al propio ser, a todo, para sumirse en la caridad. Una actitud excelsa, sin duda; pero los caminos de los santos no son caminos accesibles a mucha gente". O si no, "obstinarse en repetir como un eco lamentable de sí mismo lo ya hecho y producido, y seguir sosteniendo, por cálculo o simulada consecuencia, lo que está seco en sus raíces. Y entonces, oírse denostar como farsante, y leer este denuesto en la mirada dura, ansiosa y sincera de las gentes". O bien, por último, adherirse a una de las facciones que, como tales, tienen "la intransigencia propia de los beligerantes, y que solo ven y quieren en el intelectual su prestigio acreditado, un nombre a exhibir y unas aptitudes técnicas a aprovechar en la propaganda de su causa". Esta última solución, hoy aceptada por muchos, quita evidentemente al intelectual toda independencia; "de un salto, desciende de la dignidad sacerdotal que venía detentando y pierde también la compostura y decoro de su oficio".

No creo que estas conclusiones tan desesperadamente pesimistas sean compartidas por todos los intelectuales españoles de la generación de Ayala. La particular experiencia política y cultural que hemos analizado brevemente y que constituye, sin duda, una de las causas principales de ese pesimismo, es, sin embargo, común a la mayoría y determina actualmente en el pensamiento político español aspectos característicos e inconfundibles. Es sintomático, por ejemplo, que, a pesar de ella, en el exilio, valerosos combatientes que defendieron los principios de la libertad y de la justicia social continúen estudiando y difundiendo el pensamiento político alemán con estudios críticos y traducciones publicados por casas editoriales sudamericanas.

La debilidad y la falsedad del pensamiento político alemán contemporáneo es bien notoria para nosotros que, por la experiencia directa de la dictadura fascista, no nos hemos dejado engañar por aquellos que, conscientemente y con más frecuencia inconscientemente, preparaban el

advenimiento del nazismo hablando de la crisis de la burguesía y de la declinación de la libertad. En los escritos de nuestros mejores maestros habíamos aprendido tiempo atrás a considerar la burguesía como un equívoco concepto histórico, y a no confundir los institutos económico-jurídicos del capitalismo con los valores ético-políticos del liberalismo. Y ahora, observando la profunda crisis espiritual que turba en forma más o menos grave a muchos españoles que durante casi quince años gozaron en su patria de una libertad que no era concedida en la nuestra, no podemos dejar de pensar con cierto optimismo en el porvenir moral y espiritual de nuestro país.

La experiencia política de una generación española

Francisco Ayala

Con ocasión de un libro mío sobre el problema del liberalismo, plantea Renato Treves un tema que juzgo interesante recoger y discutir, porque rebasa el círculo estrecho de las cuestiones científicas en que él, y yo mismo, y otros pocos, pudiéramos sentirnos incluidos, para tocar a problemas de general alcance, que a todos nos afectan Sin eso, me hubiera guardado bien de volver sobre su crítica, por mucho que pudiera rectificar en sus apreciaciones acerca de mis ideas y actitudes[8]. Se trata del tema de la experiencia diversa vivida por nuestras respectivas generaciones, italiana y española, y de la relación entre una y otra experiencia vivas y las correspondientes posiciones frente al orden político y a la orientación ideal del Estado. Rigurosamente coetáneos, profesores ambos de Derecho en nuestros respectivos países de origen, Treves y yo hemos constituido nuestra actitud frente al problema de la libertad política en circunstancias muy divergentes. Y esas circunstancias son lo que nos permite considerarnos, en alguna medida, y por encima del caso individual, como ejemplares de nuestra generación. Si interpreto bien sus palabras, la tesis de Treves puede resumirse

8 [Nota de Francisco Ayala] En general, tendría que protestar, aportando citas de mi libro, contra la imputación de no haber distinguido entre el principio de libertad y su concreción histórica en las instituciones liberales. Pero como no ha sido Treves el único crítico de quien he recibido reproches semejantes, debo achacarlo a falta de insistencia por parte mía en esa esencial distinción metódica. De cualquier modo, mi "Ensayo sobre la libertad" (aparecido en las *Jornadas* de El Colegio de México, con posterioridad) me exime de aclarar mi postura en ese punto. El "Ensayo" complementa los estudios que integran el volumen criticado por Treves; y la diferencia de enfoque de ambos libros se encuentra intencionalmente expresada en la diferencia de significado entre las palabras "liberalismo" y "libertad" que figuran en uno y otro título.

así: mientras la generación italiana formada dentro del régimen se ha mantenido inmune a la crítica de la libertad burguesa formulada por la ciencia alemana después de la guerra de 1914-1918 y ha conservado una fe ingenua en los viejos principios liberales, la generación española coetánea, sometida a muy otras condiciones históricas, ha sufrido una amarga decepción, difundiéndose en ella "una sombra de negro pesimismo y de profunda desconfianza en el porvenir", de la que Treves encuentra particular ejemplo en mis escritos.

Este planteamiento me parece tan incitante y tan cargado de posibilidades que no he vacilado en recogerlo. Creo que su discusión puede ser de enorme utilidad, no tanto por las conclusiones a que permita llegar como por los esclarecimientos que aporte, llevando a la opinión pública, de un modo abierto, decidido y libre de prejuicios y temores, toda una serie de cuestiones cuyos interrogantes atormentan la soledad de muchas conciencias. Todo puede hacerse con cuestiones tales, antes que ahogarlas: vale más el error, el extravío, y hasta el puro disparate, que la persistencia en una ceguera mortal que sigue contando con situaciones y posibilidades ya desaparecidas. Por eso me permito volver sobre puntos de vista emitidos con referencia a un libro mío, ya que, por encima de él, apuntan a condiciones objetivas en las que todos nos hallamos implicados y en las que –literalmente– nos va la vida.

He de comenzar confesando mi emoción ante el cuadro que Treves dibuja de las condiciones político-culturales en que se ha desenvuelto la generación a que pertenezco. Pese a estar trazado a grandes rasgos, que no pretenden la exactitud, sino que más bien persiguen una caracterización amplia, ese cuadro acredita una comprensión acutísima del sentido de nuestra vida recién vivida; pero una comprensión desde fuera, lo que viene a prestarle un relieve extraordinario, al mismo tiempo que nos obliga a nosotros, actores de esa vida, a volvernos reflexivamente sobre ella, contemplándola desde una perspectiva ajena. ¡Rara, conmovedora aventura! A mí me ha servido de estímulo, ante todo, para precisar más el detalle de nuestra experiencia política, perfilando alguno de los extremos a que Treves alude.

Sea, para comenzar, el de ese proceso de desarrollo de las instituciones liberales y democráticas en España desde el fin de la guerra mundial hasta la iniciación de la guerra civil, proceso apenas interrumpido por el paréntesis de la dictadura de Primo de Rivera. Tal visión contiene un fondo de verdad: durante ese tiempo el crecimiento y elevación del pueblo español se tradujo en una presión continuada, en una especie de *presencia activa*, que hacía irrelevantes hasta cierto punto los accidentes y anécdotas de la vida política, arrojando un resultado que, en suma, pudiera ser caracterizado como aumento de las efectivas libertad y democracia. Pero con esto no se ha descrito la realidad compleja de ese proceso, en cuyos avatares consiste precisamente la experiencia de nuestra generación.

Todo él debe insertarse en una circunstancia decisiva: el Estado español, tal y como lo hemos vivido nosotros (no es esta la oportunidad para estudiar los orígenes y las causas profundas, sino para constatar el hecho), el Estado español, dentro de cuya estructura hemos nacido, era una entidad política *neutralizada*. Después de la guerra con los Estados Unidos[9], España había pasado a ser una pieza de encaje en el equilibrio internacional europeo, y nada más. La célebre frase de Costa, que Treves cita, sobre el sepulcro del Cid, hacía programa de esta situación y debía valer como un llamado a la realidad. Sin duda que en el pensamiento de Costa abundan las ideas políticas anchas y vivaces; pero no deja de ser altamente significativa la gran popularidad de esa fórmula, mediante la que se invita a los españoles a concentrarse en el ámbito cercano del Estado español y, reducidos a sus nuevos límites (que siguen siendo los de hoy), recuperarse mediante una política de "colonización interior". Tan vigorosa fue esa tendencia, y tal arraigo halló como voluntad de convalecencia, que llegó a cuajar en un fenómeno político increíble, cuyo sentido se hace difícil de captar para quien no lo haya vivido, y que ha de haber producido estupefacción a los observadores forá-

9 Ayala aquí se refiere a la guerra hispano-estadounidense en la que en 1898 España se enfrentó a los Estados Unidos a raíz de la independencia de Cuba. Al final del conflicto España perdió Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. Las restantes posesiones españolas en Oceanía fueron vendidas a Alemania en 1899: España perdía así sus últimas colonias.

neos: me refiero a la fuerte corriente de opinión "abandonista", que propugnaba la retirada de Marruecos, renunciando el Estado español a su protectorado para concentrar todas las energías en la Península[10].

No se trataba de una de tantas extravagancias como, en todas partes, se abren camino alguna vez por la pluma de escritores y periodistas; era una actitud muy efectiva, tanto que –para decir verdad– ha constituido el único problema de política internacional convivido por los españoles durante nuestra generación. Junto a la corriente abandonista radical, que postulaba una retirada pura y simple, la misma tendencia se manifestaba en la postulación de un cambio de política en Marruecos, que extendiera a las poblaciones rifeñas una utópica equiparación con las poblaciones peninsulares, poniendo término a la política militar. Y de cualquier modo, es también comprobable que la repugnancia hacia esta política militar fue uno de los más poderosos motivos coadyuvantes de la intensa emigración del primer cuarto de siglo. Pues no se trataba –repito– de extravagancias inoperantes, sino de planteamientos serios, hasta el extremo de que la sola cuestión de política exterior que se le planteaba a un joven español de mi generación era la de tomar actitud frente al problema de Marruecos. Fuera de ella, ninguna otra cuestión de orden internacional era sentida por los españoles como algo vivo: la misma división en germanófilos y aliadófilos durante la Primera Guerra Mundial había tenido, pese a su encono, un mero carácter académico o, para ser más exactos, había sido el ocasional revestimiento de polaridades internas.

Y sin embargo, neutralizado como estaba el Estado español, ni siquiera en este mínimo asunto del protectorado marroquí podía jugar con libertad sus alternativas: también ahí estaba obligado a mantener el *status quo* in-

10 El desastre de 1898 provocó dos tendencias divergentes en España: una corriente antimilitarista y anticolonialista, sostenida por los partidos republicanos y obreros e impulsada por el regeneracionismo de Costa, y otra corriente que reclamaba el regreso del país al círculo de las potencias europeas. Hasta 1904 la penetración española en Marruecos había sido pacífica; a partir de 1909 la política de pactos fracasó y el país entró en la guerra de Melilla. Según los acuerdos franco-españoles de 1912, España tuvo hasta 1956 un protectorado en dos áreas de Marruecos.

ternacional creado por la Conferencia de Algeciras[11], de modo tal que, lejos de influir el movimiento político interno sobre esta única y mezquina perspectiva internacional, sería más bien su taponamiento el que repercutiría –como repercutió con el golpe de Estado de Primo de Rivera– en la política interna.

Así, pues, la experiencia política del español contemporáneo estaba reducida al campo de la organización de las relaciones intraestatales sobre la que se fundaba el equilibrio de dominación y el aparato de la administración pública. La monarquía, bajo el régimen constitucional, había venido funcionando a base de una oligarquía, incrustada en el mecanismo de las instituciones liberales, y cuyas raíces eran esa estructura espontánea de poder que se denominó "caciquismo", consistente en un sistema de caudillaje aldeano erigido con vistas al disfrute de las ventajas inherentes a los cargos públicos. Esta oligarquía estaba nutrida intelectualmente, cuando menos en sus estratos superiores, por las ideas políticas liberales predominantes en Inglaterra y Francia. Las clases intelectuales y profesionales, en la medida en que no participaban del poder y sus ventajas, clamaban por una aplicación más efectiva, y casi siempre radical, pero en todo caso auténtica, de esos mismos principios; y mientras las clases conservadoras mantenían, de un modo más o menos pasivo, su adhesión a las viejas ideas absolutistas o feudales, el proletariado, que se desarrollaba con el aumento de la industrialización del país, pasaba desde la ideología anarquista, en que había hallado expresión el temperamento de una masa obrera miserable, a la ideología marxista, que le prometía un ascenso coordinado y congruente con las perspectivas de una concepción del mundo propia de la clase social. Estas ideologías obreras –dicho sea de paso–, aun cuando comportaban una posición *internacionalista*, no conducían en la práctica a mayores experiencias de política internacional que las actitudes correspondientes a otros grupos sociales: en su lucha política efectiva, los obreros, por más que se sintieran solidarios con el proletariado mundial y federados a sus organiza-

11 La Conferencia de Algeciras tuvo lugar en 1906 con el objetivo de solucionar la primera crisis marroquí que enfrentó a Francia con Alemania. Después de la Conferencia, España junto a Francia adquiría la posibilidad de ejercer un protectorado en Marruecos.

ciones, actuaban movidos de manera exclusiva por factores internos, por los equilibrios y relaciones de poder dentro del Estado.

Estos factores fueron, pues, el motor único de la política española hasta el comienzo de la guerra civil. El crecimiento del liberalismo y la democracia, señalado por Treves, no es otro que el crecimiento interno del país, que ascendía con rapidez en cuanto a riqueza, capacidad técnica, población, cultura, tono de vida. Por efecto de ese crecimiento, vino a hacerse insuficiente el aparato de gobierno de la oligarquía monárquica: el cuerpo social español no se dejaba manejar ya con tan inepto mecanismo, que tropezaba y no podía dejar de tropezar con las resistencias de las regiones más industrializadas y de los grandes núcleos urbanos, por una parte, y del proletariado organizado en todo el país, por la otra. Es de advertir, sin embargo, que su hundimiento se produjo a impulso de ese solo problema de política exterior vivido por los españoles: el problema de Marruecos. En estas líneas solo cabe aludir el tema, cuyo estudio exigiría muy copiosas páginas. Bastará consignar aquí que, enredado el régimen en esa cuestión, creyó necesario el rey substituir la organización oligárquica, en cuyo orden entraba un cierto margen de libertad civil no obstante cualesquiera restricciones, por una dictadura militar provista de mayores recursos técnicos para reducir al cuerpo social desbordante dentro de la estructura monárquica. La dictadura de Primo de Rivera, pese a su contemporaneidad con el fascismo italiano y a los contactos que entabló con él, fue una dictadura de corte tradicional, atenida a los medios clásicos de presión, y estrictamente conservadora. Ciertos rasgos como los monopolios, la tasa de las rentas de alquileres urbanos o el tímido esbozo de organización corporativa del trabajo, no alcanzaron a modificar este carácter tradicional. Se quería, ante todo, mantener el orden político-social de la monarquía, por más que la transformación económico-social experimentada por el país en el primer cuarto de siglo demandara su reforma... Consciente de cuánto influyen en la historia las condiciones personales de sus actores, y hasta la suerte ciega, prescindo de toda referencia anecdótica en honor a la brevedad: es evidente, sea como quiera, que ese intento no podía salir adelante; y, por último, la monarquía cayó hecha trizas, como un tiesto que revienta por la fuerza del vegetal cuyas raíces se han desarrollado en su concavidad. Entonces fue proclamada la República.

Los violentos avatares de su efímera existencia acreditan que la República no fue, en sentido positivo, lo que se dice un régimen constituido, por mucho que se ordenara dentro de un instrumento legal-constitucional, sino más bien un proceso constituyente, difícil, laboriosísimo. La caída de la monarquía se produjo el 14 de abril de 1931; la Constitución republicana fue aprobada el 9 de diciembre del mismo año; pero ya el 8 de agosto del siguiente, 1932, se produjo la primera sublevación militar contra el régimen, que el gobierno pudo dominar[12]. Las elecciones generales de fines de 1933 llevaron al poder a los enemigos de la política republicana, agrupados en una coalición cuya tónica era dada por elementos de extrema derecha –absolutistas y feudalistas–, antes excluidos de los cuadros de la monarquía, y que ahora, desde el gobierno de la República, reprimieron atrozmente un intento de sublevación proletaria (revolución de octubre de 1934). Las elecciones generales de comienzos de 1936 llevaron a su vez al poder al frente popular, dando el triunfo legal a la posición que había sido derrotada en el conato revolucionario. Tres meses más tarde, volvía a producirse otra sublevación militar contra el gobierno legítimo... Pero aquí se introduce ya un nuevo elemento en la política española, que había de alterar la situación substancialmente.

Así, pues, esos cinco años que van desde la caída de la monarquía hasta el comienzo de la guerra civil son un periodo convulso, durante el cual se agitaron las fuerzas sociales cuyo desarrollo había roto el dique del viejo Estado buscando ciegamente un nuevo equilibrio político. Estas fuerzas sociales eran principalmente: un proletariado industrial de alta formación y con un elevado nivel de vida; un campesinado de formación tradicionalista y actitud conservadora en las regiones de pequeña propiedad rural, y un campesinado inculto y rebelde, oprimido por la miseria última, en las zonas de latifundio; una burguesía empresarial fuerte, en determinadas regiones; una clase de grandes propietarios rurales absentistas, con mentalidad semifeudal; una clase media rentista, comercial y pequeño-burguesa, de orientación conservadora y clerical en todo el país; y, en fin, los grupos institucionales: ejército, policía, burocracia e Iglesia. Las cambiantes cons-

12 En la madrugada del 10 de agosto de 1932 el general José Sanjurjo lideró con una parte del Ejército un fallido golpe contra la Segunda República.

telaciones de estos diversos elementos, oscilando sobre el pivote de la clase media, hasta llegar a la polarización en dos grandes bloques (polarización que ya había quedado precipitada a raíz de la revolución de octubre de 1934), explican bien las agitaciones de esos cinco años. La compulsación de fuerzas en busca de un nuevo equilibrio hubiera desembocado, probablemente, en una solución democrática, si la intervención extranjera no se hubiera introducido a favor del incidente de 1936, convirtiendo en guerra civil prolongada un conflicto que prácticamente estaba resuelto a favor del gobierno legal, y alterando a la postre su desenlace.

Sin duda, la previsible solución democrática hubiera comportado un serio reajuste de la organización constitucional, que, a base de la experiencia, diera eficacia y solidez a lo que, hasta entonces, se había mostrado inhábil instrumento de gobierno para la democracia española. La Constitución de 1931 había sido compuesta y sancionada por un conjunto de hombres preparados para tal labor en la oposición al régimen monárquico y, sobre todo, a la dictadura de Primo de Rivera. El movimiento opositor había sido conducido en primer término por los políticos de la oligarquía liberal que el rey desplazara mediante el golpe de Estado; a ellos se unieron luego algunos intelectuales de la generación siguiente, hombres de estudio llevados a la política práctica por urgencias de la situación. El proletariado, distribuido entonces entre los sindicatos anarquistas y los socialistas, llevaba con los primeros una política de acción directa negada a todo paso constructivo, y observaba con los segundos una actitud reticente y dudosa frente a la dictadura. De este modo, y siendo esta –como antes dije– una dictadura de corte tradicional, los motivos ideológicos que actuaron frente a ella y que después informaron la constitución republicana no fueron otros que la tradicional demanda de libertades civiles y de garantías contra las extralimitaciones del poder público, sumándose en seguida las reivindicaciones propias del socialismo reformista, que ya habían sido ensayadas –y que ya habían fracasado– en muchos países europeos.

Con eso, se fraguó un código político que privaba de recursos a las autoridades, y ello cuando justamente el gobierno iba a tener que manejar y controlar grandes fuerzas sociales desencadenadas. En cuanto a los hombres, carecían de toda experiencia política y de toda visión de conjunto. Aun

aquellos que, como el primer presidente de la República, Alcalá-Zamora, habían pertenecido a la oligarquía monárquica y gobernado con ella, eran políticamente inexpertos: podrían poseer buen conocimiento del juego administrativo, pero ¿qué tenía que ver el viejo artilugio con las nuevas relaciones de poder? Y los otros, intelectuales o líderes obreros, hechos en la oposición, no habían tenido oportunidad de adaptarse al gobierno y asumir la disposición adecuada, cuando ya se encontraban en presencia de fuerzas colosales a las que, substancialmente, desconocían. Lo típico de tal situación es que vale lo mismo para los sostenedores de la constitución republicana que para sus enemigos. Si a los jefes republicanos podía acusárseles de mentalidad utópica, de falta de realismo político, de ignorar al adversario, los jefes antirrepublicanos –que también ejercieron el poder durante un tiempo– incurrieron en iguales defectos, produciéndose con desenfrenada demagogia.

Veamos ahora cuál fue el desarrollo ideológico en función de la realidad política. Es posible que la crítica centroeuropea contra la democracia liberal hubiera tenido alguna influencia sobre ciertos núcleos intelectuales, llevándolos a simpatizar con las soluciones extremas, comunista o fascista, pero esta influencia no pasaba de ser libresca, teórica en el sentido peyorativo de la palabra, sin aplicación a los problemas políticos vivos. Al caer la monarquía prevalecían con eficacia política las actitudes liberales y, frente a ellas, las viejas actitudes absolutistas y feudalistas. Sin embargo, la formación marxista de una gran parte del proletariado, que por de pronto y en la práctica aceptaba la democracia liberal (me refiero a las masas del socialismo reformista, únicas considerables por entonces), prestaba una base firme para esa crítica, tan pronto como, en el terreno de los hechos, se evidenciara la ineficacia de las instituciones democrático-liberales. Y tal evidencia no tardó en presentarse a través de las crudas alternativas de aquellos años: de un solo golpe, la coalición reaccionaria que asumió el gobierno a fines de 1933 deshizo la labor social recién cumplida por el anterior gobierno republicano. Y de otro lado, los partidos democráticos, desalojados del poder, se vieron privados, por efecto de los mecanismos liberales que ellos mismos habían introducido, de todos los medios y recursos para la lucha política. Yo mismo

he sido testigo de un aspecto típico del fenómeno señalado: en plena vigencia de la Constitución republicana fueron cayendo en manos de los grupos plutocráticos enemigos de la República todas las empresas periodísticas del país, de tal manera que la inmensa opinión democrática no hallaba otra expresión ni otro alimento que el muy parco, insuficiente e inadecuado, suministrado por los pequeños órganos periodísticos de los partidos obreros. Pero tan irrisorio resultado de la libertad de prensa combinada con la libertad económica era solo un aspecto entre tantos. (Otra muestra: un discurso de Azaña, que acababa de salir del gobierno, carecía de difusión radial –y por lo tanto, de eficacia proporcionada–, porque la radio estaba en manos plutocráticas que, por motivos políticos, le impedían el acceso...)

Ante esta situación, y como fruto directo de la experiencia política viva, se precipitó en los espíritus de mi generación, o en algunos de ellos al menos, la crítica de las instituciones liberales, que ya se había hecho en Europa, y de la que teníamos un conocimiento intelectual. Solo que, en nosotros, esa crítica, lejos de implicar escepticismo respecto de los valores de la libertad, quería afirmarlos con pasión y convicción profundas, incluso frente a un dispositivo institucional que, ideado en otras circunstancias sociales para salvaguardarlos, se había mostrado, no ya inepto, sino hasta instrumento de su burla. En un lapso de meses había hecho España la experiencia que otros países europeos tardaron decenios en cumplir: había sufrido un desengaño fulminante, y se precipitaba en vías de una transformación social que hubiera arrojado nuevas fórmulas de libertad política de no ingerirse en el proceso un elemento extraño, y de todo punto inesperado para los españoles.

Estos, a pesar de todas las convulsiones, de todas las luchas internas, seguían viviendo políticamente hacia dentro, encerrados en los términos del Estado español, y ajenos por completo al mundo en torno. Pero, entre tanto, el equilibrio europeo dentro del cual España era una pieza de encaje, un comodín, un Estado neutralizado, comenzaba a romperse. La fórmula internacional cuyo último remiendo o reajuste había tenido efecto en 1918 estaba quebrada. Se preparaba una nueva compulsación mundial de potencias, y para esta compulsación España era un factor decisivo. El grupo de Estados agresores necesitaba, absolutamente, contar con España para la rea-

lización de sus planes: era una posición-clave, y trataron de asegurársela por cualquier medio. Para no aludir sino a gestiones de las que existe pública constancia, citaré un párrafo del interesante libro publicado por don Augusto Barcia bajo el título *Un golpe de Estado internacional (La política de no intervención)*[13]. El señor Barcia, que fue ministro de Estado de la República española en el departamento de Relaciones Exteriores hasta después de comenzada la guerra civil, escribe: "...la República española... no quiso prestarse –que se entere el mundo entero– a los amaños que el Duce le insinuaba reiteradamente a través de su embajador en Madrid, Pedrazzi"[14]. La ceguera de unos gobernantes a quienes se les escapaba el sentido de tales requerimientos –que pudieron y quizás debieron haber rechazado en ejercicio de otra política internacional, pero que desestimaron, pura y simplemente, para atenerse a una pasividad suicida–, era la ceguera del país entero, acostumbrado a vivir y a pensar en términos de política interna. Tan ciego estaba el Estado español frente a las circunstancias en perspectiva que, al borde de la catástrofe, aquel mismo gobierno que rechazaba las insinuaciones de las potencias totalitarias, se mantenía también desvinculado de la Unión Soviética; cuando comenzó la guerra civil, todavía no había reconocido la República española al gobierno ruso: era tal vez el único Estado europeo que no mantenía relaciones diplomáticas con ese régimen soviético, que Mussolini había sido el primero en reconocer...

Por supuesto, las potencias agresoras no estaban dispuestas a retroceder ante la mera negativa de un gobierno blando y desorientado. Necesitaban contar con España, y se pusieron en contacto con los grupos sociales rebeldes, para obtener de su inconsciencia y estúpida estrechez de miras lo que les negaba la ingenua honradez de las autoridades legítimas: transformaron

---

13 Augusto Barcia Trelles, destacado masón y afiliado a Izquierda Republicana, tras la victoria del Frente Popular en 1936 fue ministro de Estado en los gobiernos de Azaña, Casares Quiroga, Martínez Barrio y Giral. Se exilió a Buenos Aires y en 1944 escribió *Un golpe de Estado internacional*. Tuvo como profesor a Adolfo Posada y, como abogado defendió a Lluís Companys tras los hechos de octubre de 1934.

14 Orazio Pedrazzi fue embajador del gobierno de Mussolini en España entre 1935 y 1936.

una sublevación militar que estaba prácticamente derrotada desde el comienzo en una guerra civil de casi tres años, cuyo curso les sirvió para ensayar y probar las tácticas políticas y militares que en seguida pondrían en ejecución en Europa, una vez dominado el territorio español.

Sin duda, la conducta seguida para con la democracia española por parte de Francia e Inglaterra fue abominable –desde cierto punto de vista, aún más abominable que la de las potencias agresoras–; y para el pueblo español constituyó, como señala con acierto Renato Treves, el definitivo desengaño acerca de unas instituciones liberales que, allí donde prevalecían, se mostraban fosilizadas y como impermeables por completo a todo sentido vivo y humano de libertad. Pero, vista desde otro ángulo, esa conducta debe ser contemplada como una consecuencia de nuestra insensibilidad para los problemas internacionales, de ese inveterado vivir hacia dentro, de la prolongada neutralización del Estado español, que impidió al gobierno de la República la agilidad necesaria para hacerse cargo de la situación de conjunto y maniobrar en el momento oportuno, aprehendiendo la gran coyuntura histórica que se le abría a España en la hora en que su cuerpo social había quebrado el aparato ortopédico con ayuda del cual se reconstituyera de las pasadas adversidades. La conciencia de nuestras propias culpas puede ayudarnos a desechar el resentimiento que ha dejado en las almas españolas la tremenda injusticia padecida.

Pero, en todo caso, el balance de las terribles experiencias de los años pasados no es, en modo alguno, un escepticismo negro acerca del porvenir de la libertad humana. El sentimiento de la libertad es tan profundo en el pueblo español, se encuentra tan arraigado en sus entrañas, le es tan esencial y lo vive con tal independencia de cualquier sistema de instituciones, que es capaz de afirmarse en contra de aquellos ordenamientos jurídico-políticos que, dentro y fuera del país, se han mostrado ineficaces, falaces y vacíos, en busca de otros más efectivos. Y ahora, tras de la catástrofe, la disposición de ánimo de los españoles, tan enfermiza en muchos aspectos, es en uno especialmente sana: en el de saber que su pueblo ha rendido un esfuerzo colosal, a pecho descubierto, por la causa de la libertad, y ello en un estado de inocencia que lo condenaba al fracaso inmediato, pero que aumentaba su valor espiritual. De ahí una total carencia de prejuicios ideológicos, una

tranquilidad moral frente a los vencedores en esta guerra de potencias, y el desengaño de externas ayudas; de manera que está dominado por la convicción de que, siendo portador de valores purísimos de libertad, depende de sus solas potencias el sacarlos adelante, y no de la generosidad ajena.

Esta es, a lo que entiendo, la situación actual de los españoles, y a ella responde en mí la crítica del liberalismo. Frente a la experiencia española, contrasta la de los italianos, que, habiendo sido durante siglos objeto pasivo de intervenciones políticas exteriores, fueron introducidos por el fascismo –tras la experiencia del nacionalismo liberal que fraguara la unidad– en un arriesgado juego de política internacional activa, para el que sacrificó las libertades públicas sin que su temeridad haya obtenido otro resultado que la presente desdicha. Por caminos diferentes, y aun contrapuestos, unos y otros nos hallamos ahora coincidiendo en una situación análoga, y ante la tarea de edificar de nuevo la convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos. En esa tarea, puede servir de mucho la compulsación de opiniones, tras la comparación de experiencias.

La experiencia política de una generación italiana

Renato Treves

El escrito de Francisco Ayala sobre la experiencia española reviste un vivo interés por haber aclarado que la aversión de los intelectuales españoles hacia las instituciones liberales no sería debida tan solo a una influencia de carácter cultural, sino a razones más profundas, a tendencias psicológicas características y acontecimientos concretos de la vida política española de estos últimos años. He descubierto, además, con satisfacción, tanto en este escrito como en otras recientes publicaciones de Ayala, una confianza en el triunfo de la libertad que no encontré claramente expresada en el libro objeto de mi comentario.

Con acierto observa Ayala que, por caminos diferentes, y aun contrapuestos, italianos y españoles nos hallamos ahora coincidiendo en una situación análoga y ante la tarea de edificar de nuevo la convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos. Me es grato ver el profundo interés que mi colega español demuestra por las vinculaciones espirituales que unen a nuestros dos pueblos y aprovecho esta oportunidad para agregar ahora nuevas consideraciones acerca de este tema tan actual.

Ante todo, deseo aclarar un punto de mi artículo que podría no ser bien entendido. Cuando hablo de la "joven generación italiana" no me refiero a todos los que se han formado después de la guerra del 14, sino solamente a los que en una generación se sienten vinculados en espíritu a los principios y a las tendencias afirmadas por los *Quaderni italiani*, es decir, por la revista donde por primera vez apareció mi artículo.

Me refería así en primer lugar a los intelectuales que, independientemente de los partidos tradicionales de la época pre-fascista, han combatido a la dictadura mientras les fue posible por medio de libros y revistas, entre

las cuales pienso sobre todo en las publicadas por Piero Gobetti y el grupo Rivoluzione Liberale[15]. Más tarde, después del golpe de Estado de 1925, estos antifascistas tuvieron que continuar la lucha en forma clandestina o en el extranjero, y actuaron de manera especial en el movimiento Giustizia e Libertà, que continuaba desarrollando muchas ideas de Rivoluzione Liberale[16]. Este movimiento era también independiente de los viejos partidos, afirmaba la exigencia de un antifascismo nuevo de raíz, y se proclamaba socialista liberal, según la fórmula algo paradójica propuesta por uno de sus mayores inspiradores: Carlos Rosselli[17].

Alrededor de los *Quaderni italiani* se reúnen, juntos con los exponentes de estos grupos, elementos más jóvenes, que, prescindiendo de las vinculaciones personales que puedan haber tenido con las organizaciones clandestinas, se destacan por no haber sufrido la influencia de la propaganda fascista y por haber mantenido la fe en los principios de la libertad y de la

---

15 [Nota de Renato Treves] Piero Gobetti falleció en 1925 a consecuencia de golpes y heridas inferidos por los fascistas. Había publicado numerosos escritos políticos, históricos, literarios, que se encuentran reunidos en los ocho tomos de las *Opere di Piero Gobetti*. Durante algunos años consiguió reunir todo el movimiento de oposición al fascismo alrededor de su editorial y de las dos revistas dirigidas por él: *La Rivoluzione Liberale* e *Il Baretti*. Gobetti resumió su pensamiento político en un volumen: *La Rivoluzione Liberale*, Bolonia, 1924.

16 *Rivoluzione Liberale* fue una revista editada semanalmente por Piero Gobetti entre 1922 y 1925 en Turín que trataba de difundir un obrerismo liberal, es decir un liberalismo que incluyese también a las clases obreras.

17 [Nota de Renato Treves] Carlo Rosselli fue asesinado en Francia con su hermano Nello por los sicarios de Mussolini el 9 de junio de 1937. Sobre su pensamiento y acción, véanse sus libros *Socialismo liberal*, *Acción y Carácter*, trad. esp., Buenos Aires, 1944, y también los artículos fundamentales de Aldo Garosci (Magrini), "Rosselli e la guerra di Etiopia", "Rosselli in Spagna", en *Quaderni Italiani*, números 2 y 3. En las páginas que siguen aprovecho ampliamente estos artículos y otros muchos publicados en la misma revista. Mi propósito no es el de exponer aquí un punto de vista estrictamente personal, sino el de explicar en qué consisten las exigencias comunes a un importante sector de intelectuales italianos.

justicia social. Son estos coetáneos míos que estaban a punto de ingresar en el liceo cuando el fascismo conquistó el poder, y otros todavía más jóvenes, que, como algunos redactores de los *Quaderni*, declaran que "a los cinco años eran *balillas*[18], a los diez fascistas, a los dieciséis hubieran tenido que ser ultrafascistas y, sin embargo, a los dieciséis empezaron a dudar, para pasar a los diecisiete a la oposición y emprender así la lucha revolucionaria". Estos jóvenes, cuyo número es difícil calcular, constituyen, sin duda, un conjunto bastante grande, mayor de lo que a veces podría suponerse, porque han formado su conciencia espontáneamente a causa de las condiciones espirituales que el fascismo creaba sin darse cuenta. Por el carácter dogmático y demagógico de su propaganda, caracterizada por la repetición insistente de fórmulas vacías racionalmente inaceptables como "creer, obedecer, luchar", "el duce tiene siempre razón", la doctrina fascista no podía, en efecto, penetrar de modo profundo en aquellos que estaban dotados de capacidad reflexiva y crítica, y experimentaban hacia ella un instintivo y natural sentimiento de desprecio y de rebeldía. Tales sentimientos podían extenderse, desarrollarse y adquirir mayor conciencia de sí mismos por la gran facilidad que en Italia existía para acercarse a las fuentes directas de la cultura política, y más aún por el medio favorable que esos jóvenes podían encontrar en la enseñanza secundaria y superior. Es sabido que *La Critica*[19] de Croce salió siempre con regularidad y que, en Italia, no solo las obras políticas clásicas sino también las de conocidos antifascistas, se podían leer en las bibliotecas y hasta se encontraban en las librerías. Es también sabido que, pese a la imposición formal de adherirse al régimen, nunca faltaron profesores que en las escuelas secundarias y, sobre todo, en las universidades, no ocultaran su disconformidad con el fascismo y favorecieran con los medios a su alcance la formación libre y autónoma de la conciencia política de los jóvenes de espíritu más elevado, quienes, al trabajar por la cultura, trabajaban implícitamente contra el fascismo.

---

18 La *Opera Nazionale Balilla* (ONB) fue una organización juvenil instituida por el fascismo en 1926, que tenía el objetivo de "reorganizar mentalmente y físicamente la juventud italiana", además de penetrar en las instituciones escolares.

19 *La Critica* fue una de las principales revistas culturales europeas. Benedetto Croce la fundó en 1902 y tuvo una larga vida hasta 1944.

Como puede verse, el objeto de mis observaciones es bastante restringido. No se debe olvidar, sin embargo, que nuestro problema es el de las ideologías políticas creadas y elaboradas por élites y que por eso debemos prescindir de la consideración de las masas que sostienen y realizan tales ideologías con la fuerza de su número y el poderío de su acción. Creo que se puede afirmar, no obstante, que las ideologías a que me refiero pueden ser sostenidas con facilidad mayor por las masas trabajadoras que por muchos jóvenes de la clase media y alta que han sido fascistas por ambición y por falta de sentido crítico y que, desorientados y desilusionados, pasan hoy al campo opuesto. Las grandes posibilidades de penetración y de éxito del socialismo liberal entre los obreros, a mi modo de ver, se fundamentan sobre todo en el hecho de que esta ideología, al oponerse al fascismo, lo ha entendido en el mismo modo que lo entienden las clases trabajadoras, es decir, como una dictadura burguesa. Por razones de contraste, los socialistas liberales no solo defienden la libertad en contra del fascismo, sino que luchan en contra del capitalismo burgués que la ha traicionado, y las clases trabajadoras, por iguales razones, no solo luchan contra el capitalismo burgués sino que sienten y afirman cada vez más claramente las exigencias de libertad y democracia[20].

---

20 [Nota de Renato Treves] Es sabido que el antifascismo en las clases trabajadoras ha surgido ante todo por razones económicas, por ejemplo, por el hecho de que el fascismo, que hablaba mucho de mejorar las condiciones materiales de los obreros, en la práctica se preocupaba solamente de imponer gravámenes corporativos, asistenciales, etc., que incidían fuertemente en los salarios ya insuficientes. Sin embargo, a estas y otras razones de carácter puramente económico se unían consideraciones de orden político que despertaban una exigencia profunda, aunque confusa, de libertad y democracia. El fascismo, en efecto, a pesar de que declarase ayudar a los obreros en sus reivindicaciones, en la práctica los privaba de los derechos y autonomías que habían conquistado bajo los regímenes anteriores, como lo prueba el hecho de que no podían elegir de su propio seno sus representantes sindicales, sino que tenían que aceptar los nombrados desde arriba que eran personas extrañas al mundo del trabajo, prepotentes con los obreros e incapaces de escuchar sus voces y sus legítimas aspiraciones. Además, la exigencia de la libertad era sentida con mayor fuerza todas las veces que eran obligados a participar en manifestaciones de falso entusiasmo o que debían constatar que ya no tenían ningún medio legal para oponerse a la burocracia corporativa que estaba siempre de acuerdo con los representantes patronales.

Este carácter de dictadura burguesa propio del fascismo explica por qué los jóvenes a quienes me refiero tienen una fe obstinada en la libertad, que, observada desde fuera, puede aparecer a Francisco Ayala hasta *ingenua*, pero que, en su último espíritu, es profundamente moderna y revolucionaria. Para aclarar mejor este punto, que en mi artículo podía parecer dudoso, intentaré explicar cómo las nuevas generaciones italianas han desarrollado en el campo teórico principios históricos y filosóficos afirmados por hombres que pertenecieron a los partidos liberales y conservadores de la época prefascista; pero que, en el campo práctico de la acción, se encontraron en oposición con aquellos hombres y partidos, así como con las instituciones e intereses económicos que defendían.

Es sabido que, en un primer tiempo, las bandas fascistas fueron ayudadas por el dinero de los industriales, y pudieron desarrollar con impunidad sus actividades criminales por la tácita connivencia de los gobiernos liberales y democráticos. Más tarde, al consolidarse la dictadura, los puestos de mayor responsabilidad en el campo de la industria, del comercio, de la Administración pública y hasta de la política, fueron ocupados por las clases y los hombres que en su mayor parte habían apoyado a los gobiernos del régimen anterior y que hasta poco tiempo atrás se declaraban fieles defensores de la libertad y de la democracia.

Frente a esta situación, en que la burguesía alta y media había traicionado los principios liberales y democráticos para defender sus intereses, el liberalismo y la democracia antifascistas tuvieron que tomar, evidentemente, actitudes antiburguesas y anticapitalistas. Entre el liberalismo conservador, cuyas fuerzas se habían pasado en gran parte al fascismo, y el liberalismo nuevo, que surgía después y en contra del fascismo, no podía dejar de existir en el terreno de la práctica un profundo contraste. El primero, vinculado a los intereses y a la estructura capitalista, el segundo, contrario a esos intereses y a esa estructura. El primero, decididamente contrario a los republicanos, socialistas y anarquistas; el segundo, unido en espíritu a ellos, sobre todo en cuanto se refiere a las tendencias liberales y proletarias. Sobre el particular, Gobetti y Rosselli expresaron con claridad su pensamiento. Gobetti criticó a los viejos partidos liberales y democráticos por haberse limitado a una política de equilibrismo parlamentario y no haber entendido que el

movimiento de emancipación obrera constituye el verdadero movimiento liberal de la Edad Moderna y que "el liberalismo nuevo debe identificarse en Italia con la revolución obrera para procurar las primeras garantías y fuerzas de un desarrollo autónomo de las iniciativas". Rosselli opone al liberalismo burgués de los viejos partidos vinculados al liberalismo económico y a la propiedad privada un liberalismo nuevo, socialista y proletario. En su concepto, la función liberal que la burguesía ha desarrollado en el siglo pasado luchando contra los privilegios feudales y eclesiásticos, debe ser cumplida hoy por el proletario, que es la auténtica clase revolucionaria y renovadora. "El socialismo como movimiento de emancipación concreta del proletariado es un liberalismo en acción; es la libertad que se realiza por las clases humildes"[21].

El contraste profundo que separa al viejo del nuevo liberalismo en el campo de la acción política y económica no excluye las evidentes vinculaciones en el campo teórico de la cultura. Los adherentes a Rivoluzione Liberale y Giustizia e Libertà, así como muchos antifascistas más jóvenes, han sufrido en este campo una indudable influencia por parte de muchos maestros que pertenecían al viejo liberalismo y seguían fieles a su ideología. Por lo que se refiere a la filosofía y a la historia, por ejemplo, yo he intentado indicar en otra oportunidad cuáles han sido los principales puntos de contacto que vinculan el pensamiento de Croce a las jóvenes generaciones[22]. A este propósito, he recordado su concepción de un liberalismo que es la esencia misma de la filosofía moderna, y que, por lo tanto, es independiente de los principios económicos de la burguesía capitalista; y he recordado también su idea de una exigencia liberal implícita en el socialismo, su interpretación crítica del marxismo y, en fin, su aversión a las concepciones filosóficas y sociológicas de la Alemania contemporánea, que tanto éxito tuvieron entre los españoles de la *Revista de Occidente*. Al poner en evidencia estos y otros puntos de contacto en el campo de la historia y de la filosofía,

---

21 Renato Treves cita aquí en el primer caso el ensayo de Gobetti *La Rivoluzione Liberale* (1924) y en el segundo *Socialismo Liberale* de Carlo Rosselli (1930).

22 [Nota de Renato Treves] Véase mi ensayo *Benedetto Croce, filósofo de la Libertad*, Buenos Aires, Imán, 1944.

hacía notar, sin embargo, que existía un contraste evidente en el campo práctico de la acción, por cuanto Croce, vinculado a instituciones e intereses conservadores, no podía aceptar las conclusiones revolucionarias que las nuevas generaciones deducían de los principios teóricos enseñados por él. Y lo que dije a propósito de Croce puede decirse también de otros conocidos maestros del liberalismo italiano prefascista, como, por ejemplo, Einaudi para la Economía y Ruffini para el Derecho[23].

Después de haber aclarado así algunos aspectos de la experiencia política italiana que explican, en lo principal, las diferencias que la separan de la española, debo decir, no obstante, que esta diferencia ha ido desapareciendo en los últimos años. La guerra civil española, que ha sido también la guerra del antifascismo italiano; el régimen de Franco, que es, como el fascista, capitalista y burgués, y, en fin, la guerra actual, que ha puesto a italianos y españoles en una actitud de independencia y expectativa, son todos acontecimientos que han acercado en modo notable a los antifascistas de ambos países. En el momento actual se nota una comunidad de sentimientos y de aspiraciones que dirige hacia fines comunes a dos generaciones coetáneas de distinta formación cultural. Creo, pues, que para fortalecer los lazos y dar mayor eficacia a los esfuerzos no será del todo inútil exponer a los republicanos españoles cuál es en esta hora el punto de vista de los italianos de quienes hablo.

Para explicar con exactitud el significado y la importancia de este punto de vista, retrocederé en algunos años, hasta el periodo de la guerra de Etiopía, que marca el comienzo de una orientación nueva en la política fascista y, por consiguiente, en la lucha antifascista. De una parte, con esa guerra el fascismo desplaza su centro de actuación desde el campo interno al internacional, y pasa de la etapa de las ideologías corporativas y de las persecuciones contra los opositores, a la etapa de los sueños imperialistas, de la lucha contra la Sociedad de las Naciones y del acercamiento a Alemania.

---

23 Luigi Einaudi (1874-1961) fue un economista liberal, padre del editor Giulio. Menos conocido, Giuseppe Ruffini (1863-1934) fue uno de los profesores que no firmaron el manifiesto fascista y uno de los más importantes estudiosos italianos de la libertad religiosa y de la relación entre Estado e Iglesia.

De otra parte, el antifascismo vuelve a reflexionar sobre sus fines y métodos de lucha, y se divide en dos tendencias distintas: la de las nuevas y la de las viejas generaciones, la de los hombres que habían pertenecido y dirigido los partidos tradicionales anteriores al fascismo, y la de los que se habían formado después, en la lucha contra el fascismo.

Los antifascistas de la vieja generación, que habían creído en la eficacia de la resistencia pasiva opuesta por el Aventino[24], continuaron teniendo confianza en los métodos pasivos que en el plano internacional seguirían las grandes potencias democráticas de Europa. Por eso, los representantes de los partidos tradicionales italianos, socialistas, comunistas, demócratas, republicanos y hasta los independientes de la Liga de los Derechos del Hombre, se reunieron en julio de 1935 en Bruselas en el Congreso de los Italianos del Extranjero, y decidieron por gran mayoría enviar un telegrama a Eduardo Benes, presidente del Consejo de la SDN, reclamando una firme política de sanciones en contra del fascismo[25].

Frente a esta actitud de las viejas generaciones, se destacó el punto de vista de los jóvenes del movimiento Giustizia e Libertà. Estos se abstuvieron de participar en el Congreso, no solo porque consideraban que las sanciones establecidas por razones internacionales no podían ser reclamadas por revolucionarios italianos, sino sobre todo porque se sentían alejados por una profunda divergencia espiritual de sus compañeros de destierro y de lucha política.

---

24 Con el término "secesión del Aventino" se entiende el acto de protesta de unos diputados del Parlamento italiano, después de la desaparición y asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti en junio de 1924. La manifestación de disenso con el fascismo consistía en abstenerse de participar en la actividad parlamentaria, reuniéndose separadamente.

25 Edvard Benes fue presidente de la Asamblea de la Sociedad de las Naciones entre 1935 y 1936. Entre el 12 y el 13 de octubre de 1935, diez días después de la agresión italiana en Etiopía, se realizó el Congreso de los Italianos en el Extranjero en Bruselas en contra de la guerra. En el Congreso participaron todas las formaciones políticas italianas de la emigración, con la autoexclusión de GL.

La mayoría de los antifascistas tenía aún confianza en las potencias conservadoras y democráticas de Europa, y esperaba que pudieran transformarse en fuerzas eficaces en la lucha contra el fascismo. Esta confianza, esta esperanza no existía en cambio en el espíritu de los jóvenes que, desde mucho tiempo atrás, por la enseñanza de Salvemini[26], habían aprendido a desconfiar de las fuerzas conservadoras europeas, que muchas veces habían sido solidarias y cómplices del fascismo, y que tampoco en aquella oportunidad demostraban un firme propósito de combatirlo y aplastarlo. Según los adherentes al movimiento Giustizia e Libertà el fascismo no era otra cosa que el producto histórico de la democracia corrompida y decadente que había traicionado sus ideales. El fascismo, como decía Rosselli, sintetizaba "en un plano de putrefacción, todas las viejas corrientes políticas prefascistas"; era, pues, inútil combatirlo desde las posiciones anteriores y había que plantear la lucha sobre nuevas bases. Sin adherirse pasivamente al movimiento internacional de las sanciones, que consideraban ineficaces, sin participar en el coro de las protestas humanitarias que se alzaban en contra del acto de piratería fascista (protestas que a nadie conmovían), los jóvenes de Giustizia e Libertà afirmaron la exigencia de adoptar una actitud revolucionaria autónoma. La guerra de Etiopía, que era un desastre desde el punto de vista económico, había sido emprendida a su modo de ver por razones internas: para proporcionar un cierto ideal a los espíritus desilusionados e inquietos; para ofrecer a las mentes un interés y una ocupación en algo nuevo; para fortalecer el fascismo en el poder mediante una diversión grandiosa y una militarización en masa... Por eso, era preciso aprovechar la oportunidad para hacer por todos los medios que estallara en Italia misma la lucha revolucionaria.

---

26 Gaetano Salvemini (1873-1957), historiador, se adhirió al Partido Socialista Italiano, colaborando en su revista *La Critica Sociale*, escribiendo artículos sobre los problemas del sur de Italia y apoyando con fuerza el federalismo. Fundó también el periódico *L'Unità* y desde 1920 trató de elaborar el proyecto de un partido socialista nuevo, es decir con objetivos de justicia social, pero liberal en los métodos. En 1919 fue elegido diputado y tomó en seguida posiciones en contra de Mussolini. Convencido antifascista, tuvo una gran cercanía intelectual con los hermanos Rosselli. Fue obligado al exilio, primero en Francia y Reino Unido y finalmente en Estados Unidos, donde trabajó en el Departamento de Historia de la Universidad de Harvard.

No voy a recordar las desesperadas tentativas hechas con ese fin: las conferencias con los otros grupos antifascistas, las apelaciones a la Segunda y Tercera Internacional, y, en fin, las represiones de la policía fascista y las sentencias feroces del Tribunale Speciale[27] contra muchos jóvenes intelectuales, adherentes de Giustizia e Libertà. Lo importante es recordar que con la guerra de Etiopía los antifascistas más jóvenes, separándose de los partidos tradicionales, tuvieron el mérito de afirmar un principio de autonomía frente a la política de las potencias europeas. Estos jóvenes se habían dado cuenta de que para luchar eficazmente contra el fascismo no se podía contar tan solo con el juego de la política internacional, sino que era preciso hacer hincapié sobre todo en razones ideales y fuerzas revolucionarias. Para ellos, el fascismo apelaba a la guerra como último recurso para levantar los espíritus decaídos y desilusionados ante la amenaza de la ruina económica y social. Era, pues, el momento oportuno para oponerse a la dictadura con todas las fuerzas; era el momento de acercarse a esos mismos espíritus, y alentarlos y decidirlos a la lucha por el socialismo y la libertad.

Esta tendencia de autonomía y de iniciativa revolucionaria, que, durante la guerra de Etiopía, dominó tan solo sobre un pequeño núcleo de antifascistas italianos, se propagó, al estallar la guerra civil española, a la gran mayoría, que terminó por abandonar definitivamente las viejas posiciones y los métodos tradicionales.

El hecho de que el gobierno francés, contraviniendo sus obligaciones, no enviase a España el material de guerra que esta necesitaba, el absoluto desinterés que demostraba la Sociedad de las Naciones, el tácito consentimiento que el gobierno británico daba a las maniobras del nazi-fascismo y la ayuda que la política de no-intervención proporcionaba indirectamente a Franco, no dejaban lugar a dudas sobre las intenciones de las democracias europeas[28]. La esperanza de que estas llegaran todavía a convertirse en fuerzas

---

27 El Tribunal especial fue entre 1926 y 1943 el organismo del régimen fascista italiano que juzgaba los delitos en contra del Estado.

28 [Nota de Renato Treves] Augusto Barcia, *La política de no intervención*, Buenos Aires, [Patronato Hispano-Argentino de Cultura], 1942; y Gaetano Salvemini, *La derrota de Maquiavelo*, Buenos Aires, [Imán], 1943.

antifascistas eficaces había podido engañar a los italianos durante la guerra de Etiopía, pero no pudo seguirlo haciendo después, frente a los nuevos acontecimientos cuya significación era clara e inequívoca.

Desde su comienzo, la guerra civil española, si por un lado hacía desaparecer las últimas esperanzas de ayuda por parte de las potencias europeas, por el otro fortalecía en los italianos el espíritu de iniciativa y la confianza en la acción autónoma y directa. Por tradición secular, los movimientos revolucionarios españoles se caracterizan por transcender los límites nacionales y despertar el interés y aceptar la colaboración de los hombres libres de todos los países.

Así, también el movimiento que empezó a manifestarse en julio de 1936 tomó en seguida este carácter, presentándose como un factor decisivo para el triunfo de la libertad en el mundo. Se trataba, en efecto, de un pueblo que luchaba en contra de un ejército y de una casta, de una república que defendía los ideales del socialismo y del liberalismo en contra de una típica agresión fascista. Y por eso, no rechazaba la ayuda del antifascismo internacional, sino que la aceptaba con agrado y recibía con entusiasmo a los voluntarios de todos los países que acudían a España para participar en la contienda de manera espontánea.

Este carácter de la guerra española que, al afirmar ideas universales, borraba todas las distinciones y rivalidades entre naciones, no escapó a la observación de los italianos, que ya durante el conflicto etíope se habían opuesto a las actitudes colaboracionistas, afirmando la necesidad de insurgir y de luchar por razones ideales.

Rosselli y los hombres de Giustizia e Libertà resolvieron desde el principio participar en la lucha de modo directo. Su pensamiento era claro: la guerra española constituía el hecho nuevo que podía despertar de su letargo a los viejos partidos y a los hombres del frente popular; era el golpe decisivo que cortaba las incertidumbres, disipaba las ilusiones, aclaraba los contrastes y obligaba a tomar posiciones precisas en pro o en contra del fascismo. Del éxito de la lucha entre la España moderna y proletaria y la España feudal y burguesa pensaban ellos que podía depender, por muchos años, el éxito de la lucha social en Europa; y, en el conjunto del panorama internacional,

consideraban con especial interés el problema italiano. Al destacar, no ya el aspecto defensivo, sino el agresivo y combatiente de la guerra española, esperaban alejar para siempre al antifascismo italiano de las viejas posiciones, para procurarle una mayor unidad y un espíritu más activo y revolucionario. Con las palabras: *Oggi in Spagna, domani in Italia*[29], señalaban la exigencia de que los antifascistas italianos se enfrentaran por fin, cara a cara, con las milicias enviadas a escondidas por Mussolini, extendiendo con ello hacía Italia la revolución española. Para ellos el contacto y el choque directo entre los voluntarios italianos y las milicias fascistas tenía que alentar a los espíritus libres que permanecían en la patria, y empujarlos a la acción. Decían textualmente: "Así como en el Risorgimento, en la época más sombría, cuando casi nadie se atrevía a esperar, desde el extranjero llegó el ejemplo y la incitación, así hoy estamos convencidos de que este esfuerzo, modesto pero varonil, de los voluntarios italianos sustentará mañana una poderosa voluntad de rescate".

Este nuevo espíritu de acción independiente que, durante la guerra de Etiopía, dominaba tan solo en una minoría de antifascistas, se extendió con rapidez, como digo, al estallar el conflicto español, a la gran mayoría de los italianos libres. En un primer momento, al encontrar cierta resistencia en los partidos tradicionales, la participación fue organizada por el grupo de Rosselli en unión de otros antifascistas independientes y numerosos anarquistas. En conjunto, formaron la Columna italiana que, ya en agosto de 1936, se distinguió en Montepelado[30], en el frente aragonés, y que, incorporada después al Batallón Matteotti, siguió combatiendo en ese mismo frente hasta la batalla del Ebro, en la primavera de 1938. En un segundo momento, es decir, a fines de 1936, al ser aceptada la idea de la participación también por los partidos tradicionales, la contribución italiana a la

29 "Hoy en España, mañana en Italia" fue el lema de un célebre discurso pronunciado durante la Guerra Civil por Carlo Rosselli en la Radio de Barcelona en noviembre de 1936.

30 El 28 de agosto de 1936 en Montepelado, cerca de Huesca, la sección italiana de la Columna Ascaso, dirigida por Mario Angeloni, Carlo Rosselli, Camillo Berneri y Umberto Tommasini contrarrestaron un ataque franquista.

guerra fue más numerosa y eficaz. Y ello ocurrió especialmente por méritos de la Brigada Garibaldi que, bajo el mando de Randolfo Pacciardi[31] y el patronato de los partidos socialista, comunista y republicano, peleó en el frente de Madrid en numerosas batallas, y sobre todo en la de Guadalajara. No es mi propósito recordar aquí lo que los antifascistas italianos hicieron en España. Los españoles lo saben y lo reconocen con toda lealtad. Es necesario, en cambio, recordar que la experiencia de la guerra no ha creado tan solo fuertes vínculos de hermandad entre nuestros dos pueblos, sino que ha contribuido también a que los antifascistas italianos y los republicanos españoles se encontraran en una actitud espiritual muy parecida ante los acontecimientos que poco después vendrían a atormentar al mundo entero.

El 29 de marzo de 1939, después de casi tres años de resistencia heroica, sucumbía Madrid. Los hombres que habían luchado hasta lo último contra el nazi-fascismo, siguieron sufriendo todavía, encerrados en los campos de concentración de Francia, bajo un trato de evidente hostilidad, y allí se encontraban cuando Francia misma se vio arrastrada, por una fatalidad inexorable, a la guerra contra el mismo enemigo que agrediera a España. Los antifascistas de todo el mundo, y en especial los refugiados en Francia, no podían dejar de darse cuenta de la diferencia existente entre la recién concluida guerra civil española y la guerra mundial que estaba comenzando. En España se había peleado encarnizadamente por dos concepciones opuestas: eran los defensores de la libertad que luchaban en contra del despotismo, un pueblo en contra de un ejército y una casta, una masa proletaria en contra de la sociedad burguesa y feudal. En Francia casi no se peleaba. Se permanecía inactivo detrás de la línea Maginot aún incompleta, en espera del momento en que atacara Hitler para destruir en pocas semanas un ejército glorioso. Al enemigo mortal que realizaba terribles estragos en la Europa central no se oponía ninguna ideología, ninguna concepción que

31 Randolfo Pacciardi (1899-1991) fue un dirigente del Partido Republicano italiano; durante la Guerra Civil mandó la Brigada Italiana Garibaldi en la defensa de Madrid. Exiliado en los Estados Unidos en 1940, se adhirió a la Mazzini Society, hasta alejarse de la misma por no aceptar a los comunistas en una hipotética legión italiana de exiliados contra el fascismo (véase introducción p. 48).

levantara y agitara las conciencias. Un solo pensamiento y una sola esperanza dominaban las almas perturbadas: que los horrores de la guerra respetaran a Francia, que la guerra fuese para ella "una guerra sin muertos". Toda acción, toda idea que pudiera oponerse a este pensamiento o hacer desaparecer esta esperanza tenía que ser enérgicamente alejada y reprimida. Ahí, Francia, a pesar de estar en guerra con Hitler, no quiso adoptar una clara actitud antifascista que le hubiera asegurado la popularidad y el apoyo de todos los hombres libres. Se encerraba, en cambio, en rígidas posiciones conservadoras. Hacía lo posible por reducir el conflicto a Alemania, esperando que Mussolini permaneciera neutral y, acaso, incluso se separase de su poderoso aliado. Y aunque Mussolini no prometiera cosa tal, y sus diarios oficiales declarasen que la no-beligerancia era, en substancia, una casi-beligerancia, los dirigentes franceses, y con ellos también los ingleses, jamás pensaron en atacar a una Italia débil y desarmada, sino que, por el contrario, le enviaron materias primas y, para no provocar la susceptibilidad de su duce, hasta rechazaron la ayuda de los voluntarios antifascistas que deseaban pelear en contra de Alemania. Por eso, cuando a fines de mayo de 1940 el ejército italiano agredió a Francia, que estaba ya vencida, Mussolini, principal responsable de este acto, realizó –como dijo Salvemini– "un asesinato cobarde", pero no una traición, como fue interpretada por quien lo definió "puñalada por la espalda". La verdadera "puñalada por la espalda" hubiera sido, en cierto sentido la que los dirigentes franceses e ingleses esperaron durante muchos meses, ingenuamente, que Mussolini pudiese dar a su aliado Hitler[32].

Después de la caída de Francia, la heroica resistencia de Inglaterra, resuelta a pelear hasta el final, la ruptura del pacto germano-soviético que aclaraba muchas dudas y confusiones y, por último, la eficaz intervención norteamericana y el formidable esfuerzo de guerra, que no dejaba duda acerca de los fines, no ya defensivos y negativos, sino positivos y constructivos, de los aliados, volvieron a alentar a los antifascistas, libres ahora de la desconfianza y el escepticismo que habían tenido en los primeros meses de esta guerra. En efecto: hubieron de celebrar que, por fin, desapareciera el principio de no-intervención que había conducido a la caída de España y

32 [Nota de Renato Treves] Gaetano Salvemini, *La derrota de Maquiavelo*, p. 184.

a la capitulación de Múnich; y constataron, satisfechos, la progresiva adhesión de los pueblos a la guerra, la mayor claridad de los ideales y el decidido propósito de aplastar definitivamente a las potencias del eje. Por todas estas razones, los antifascistas colaboraron en el esfuerzo de los aliados con todos los medios a su alcance: se ofrecieron voluntarios, deseando combatir el nazi-fascismo bajo cualquier bandera y, cuando no pudieron hacerlo, intensificaron su actividad de propaganda y trabajaron para alentar a los compatriotas al sabotaje y a la resistencia, afirmando que solo el triunfo de los aliados podía determinar la libertad y la independencia de la patria.

Esta plena y perfecta coincidencia de esfuerzos en el orden práctico de la guerra no pudo, sin embargo, corresponder a una coincidencia, de igual plenitud y perfección en el orden de las ideologías y de las aspiraciones. Aquella concepción clara y positivamente antifascista que faltó a Francia en los primeros meses de la guerra no se desarrolló en forma segura y concreta ni siquiera en los años siguientes. Y lamento deber constatar que tampoco ahora, cuando la guerra está a punto de concluir, se ha manifestado todavía en tal forma.

Demasiadas son las pruebas que confirman este hecho, para que se pueda esperar una completa adhesión de los antifascistas a los aliados en el terreno del pensamiento y de las ideologías. Los antifascistas están obligados a tomar una actitud de crítica y de autonomía en este terreno, frente a los síntomas graves e indudables que se han revelado en los años de guerra: el extremo pragmatismo de los aliados, que hace suponer una falta de convicciones espirituales profundas y que se ha manifestado, por ejemplo, en la cordialidad de las relaciones con la España de Franco, o en la frialdad que los Estados Unidos han mostrado por mucho tiempo hacia De Gaulle; las tendencias tradicionalistas y conservadoras que se han evidenciado, por ejemplo, al reconocer a Otto de Augsburgo como jefe de una simbólica legión austriaca, y que se evidencian todavía hoy con la simpatía hacia el principio monárquico en Italia, y acaso también en España; la hostilidad y el temor respecto de cualquier acción resueltamente progresiva y antifascista que las Naciones Unidas han revelado al reprimir los movimientos democráticos entre los prisioneros italianos, a quienes se mantiene aún bajo el control de oficiales y sacerdotes fascistas, y sobre todo al oponerse a la for-

mación de una legión de italianos libres residentes en el extranjero[33], que deseaban luchar por la liberación de su país; y, por último, la gran facilidad para transigir en el campo de las ideas que, antes del golpe de Estado del 25 de julio pudo despertar el temor a la formación de un fascismo sin Mussolini y aliadófilo, dirigido por Grandi[34] o por otro posible "Darlan" italiano[35], tendencia que, después del armisticio, impulsó a los aliados a apoyar con energía al rey y a Badoglio[36] y a considerar con cierta desconfianza a los hombres que siempre habían sido sincera y profundamente antifascistas[37].

---

33 Durante el congreso antifascista de Montevideo (agosto de 1942), los italianos, conectados al movimiento Italia Libre, aprobaron la resolución de instituir un gobierno italiano en el exilio, liderado por el exministro Carlo Sforza y una legión, dirigida por Randolfo Pacciardi, que apoyase los esfuerzos de los aliados. Sin embargo, este proyecto no convenció nunca a los Estados Unidos (véase p. 48 y p. 65).

34 El conde Dino Grandi tuvo diversos cargos directivos antes en el movimiento y después en los gobiernos fascistas hasta llegar a ser ministro de Asuntos Exteriores. Cuando el mismo Mussolini ocupó este Ministerio, devino embajador en Londres, acercándose a los ambientes diplomáticos ingleses. Fue el autor de la moción que puso en minoría a Mussolini en el Gran Consejo del Fascismo, provocando la caída del régimen. En seguida fue condenado a muerte, en rebeldía tras haber escapado de Italia. En los años cincuenta colaboró asiduamente con la embajada americana en Roma.

35 François Darlan fue un colaborador del gobierno de Vichy, que, sin embargo, consintió a los aliados ocupar rápidamente Argelia, convirtiéndose en uno de los comandantes del ejército de Francia Libre en este territorio. Fue asesinado en 1942 por un joven militante monárquico de esta misma organización.

36 El general Pietro Badoglio, miembro del Partido Nacional Fascista, fue jefe del gobierno italiano después de la caída de Mussolini (25 de julio de 1943-8 de junio de 1944) y condujo el país al armisticio con los aliados del 8 de septiembre de 1943.

37 [Nota de Renato Treves] Una detallada documentación de estos hechos se encuentra en el libro de Gaetano Salvemini y Giorgio La Piana, *¿Qué hacer con Italia?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

Afortunadamente, todas estas tentativas de salvar algo de la vieja estructura tradicionalista, fascista y colaboracionista de Europa están fracasando; pero todos estos hechos son suficientes para explicar por qué los antifascistas, pese a que colaboran con los aliados poniendo todas sus fuerzas en la acción inmediata de la guerra, no pueden ni deben renunciar en el campo ideológico a su propia autonomía de pensamiento y a su propia libertad de juicio y crítica.

Algunos jóvenes que pertenecieron a las organizaciones clandestinas en Italia han manifestado en agosto de 1942, en el número 2 de los *Quaderni Italiani*, sus opiniones sobre la guerra actual, y conviene recordarlas aquí, ya que expresan exigencias que creo son todavía vivas y actuales[38]. Reconociendo que la guerra va dirigida contra el enemigo mismo al que desde hace más de veinte años combate el antifascismo italiano, estos jóvenes rechazan, ante todo, la tendencia neutralista y afirman la necesidad de colaborar con los aliados en la guerra contra el totalitarismo, cuyo triunfo significaría el mayor desastre de la historia humana. La colaboración en el esfuerzo de guerra "no debe significar, sin embargo, identificación política con los gobiernos democráticos o con el de la Unión Soviética, sino que debe afirmar el derecho del pueblo italiano a determinar su destino y a realizar su revolución"; derecho conquistado por la dedicación total de los italianos libres a la causa antifascista. Estos jóvenes, que han nacido después de la guerra del 14 y se han formado en las escuelas fascistas, dicen que han conocido a fondo el fascismo y creen que los jefes de las potencias democráticas, muchos de los cuales sintieron admiración por Mussolini hasta hace pocos años, interpretan ahora con demasiada superficialidad el fascismo, y son demasiado optimistas al creer en la posibilidad de reconstruir Europa tan solo mediante la intensificación industrial, la instrucción primaria y el progreso técnico. Ellos desconfían de los planes para administrar Europa desde arriba por la acción protectora de las grandes potencias, y declaran que una solución internacional para la planificación del mundo bien

38 El número 2 de *Quaderni Italiani* aparece con dos anexos, uno en inglés sobre las etapas principales de la lucha contra el fascismo en Italia y el segundo sobre los principios del movimiento de Giustizia e Libertà en Nueva York.

puede ser artificiosa y reaccionaria. Separándose del antifascismo oficial de las grandes potencias, llegan a declarar textualmente: "El fascismo es, en malo, más moderno y actual de lo que es, en bueno, el tradicional Estado democrático: el fascismo es el hijo degenerado y corrompido, pero con todo pertenece a una generación más joven que el padre burguesamente honesto". Y esta premisa los lleva a rechazar toda pretensión de volver al pasado, toda ilusión de poder lograr una paz duradera, sin recurrir antes a una profunda revolución social, y los impulsa a trabajar con empeño para concretar con mayor claridad una concepción radicalmente nueva, una ideología más fuerte, más dinámica y más moderna que la de las viejas democracias.

Más de dos años han pasado desde la publicación de ese artículo; han ocurrido grandes hechos de guerra; el completo triunfo de los aliados es inminente; la paz que entonces era incierta y lejana, es hoy segura y muy próxima. Sin embargo, como dije antes, no creo que todo eso haya contribuido a transformar mucho el estado de ánimo de los antifascistas italianos.

Cuando las grandes potencias vencedoras dicten las normas de la paz y empiecen el formidable trabajo de reorganizar política y económicamente el mundo, el pueblo italiano tendrá, por desgracia, que expiar las graves culpas de sus gobernantes. Es probable que a todos los italianos, sin distinción, se les reserve el lugar de los vencidos. Me parece que ello podría no ser justo desde cierto punto de vista, si se recuerdan, por ejemplo, las luchas encarnizadas que sostuvieron antes de 1926 y las persecuciones y destierros que hubieron de soportar después muchísimos antifascistas; si se considera que los italianos libres fueron los primeros en combatir la dictadura y en indicar a las democracias de Europa cuál era el peligro que las amenazaba; si se piensa, por último, en los increíbles sufrimientos que padecen ahora todos los italianos bajo la opresión nazi, y el heroísmo con que luchan al lado de los aliados en la guerrilla y el sabotaje. Aun cuando el nuevo gobierno antifascista sea obligado a aceptar condiciones de paz muy duras, y no se le reconozcan a los italianos sus sufrimientos, sus méritos y sus actos de heroísmo, ellos no olvidarán nunca que el extraordinario esfuerzo de las potencias victoriosas ha de restituirles su patria libre e independiente de la opresión alemana, y cooperarán con todas sus energías y los medios a su al-

cance en el trabajo de reconstrucción mundial dentro de los más diversos campos de actividad práctica.

Esta colaboración que el pueblo italiano prestará con entusiasmo a Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos, no implica, sin embargo, renuncia a la independencia de pensamiento y a la libertad de juicio que, como hemos visto, los antifascistas han mantenido ya durante la guerra. La colaboración, para los italianos como para todos los pueblos que poseen conciencia de su personalidad y de su valía, no debe resolverse nunca, en el campo político y espiritual, en un abandono de su propia autonomía y en una adhesión incondicional. Fieles a la enseñanza de Mazzini, saben los italianos libres que todo pueblo tiene una misión que cumplir para el progreso de la humanidad e, indudablemente, no quieren renunciar al papel que les corresponde en la tarea común, ya que esa renuncia significaría la muerte, la negación de sí propio.

Pero ¿en qué puede consistir esa misión de los italianos? ¿Cuál puede ser la labor particular que tendrán que cumplir en el futuro próximo?

Cuando se piensa que los antifascistas italianos, por haber sido los primeros en oponerse al fascismo y los que durante más tiempo han sufrido su opresión, son también los que mejor y más a fondo lo conocen, cabe afirmar acaso que su misión consiste ante todo en continuar la lucha hasta la eliminación completa de ese mal. Y no se crea que esta es una tarea demasiado fácil, porque, sin duda, el fascismo, aplastado como potencia militar e imperialista, intentará resurgir insidiosamente, junto con tendencias reaccionarias, despóticas y conservadoras. Me parece que las grandes democracias, que durante largos años han favorecido al fascismo y que, tal vez careciendo de una fe profunda, han hecho a veces transacciones con él, no serán –a menos que no cambien de raíz después de la guerra– las más capacitadas para combatir una nueva forma de fascismo que se oculta a veces bajo actitudes y apariencias democráticas. Hasta puede ocurrir que lo favorezcan, con la esperanza de hallar en la alta burguesía y en los elementos conservadores (probables apoyos de esta nueva forma de fascismo) garantías de orden y de sumisión, mayores de las que ofrecerían los antifascistas auténticos, que desean profundas reformas sociales y no pueden renunciar a su libertad de pensamiento y juicio. Corresponderá, pues, a estos

antifascistas la difícil tarea de descubrir las maniobras y aclarar las equivocaciones y las confusiones que intenten hacer las clases que, por salvar sus intereses, hace veinte años traicionaron los principios del liberalismo para apoyar a la dictadura. Y para cumplir con eficacia esa misión, los italianos tendrán que afirmar ideas revolucionarias que no se vinculen para nada con el pasado prefascista y que, surgiendo de una oposición radical al fascismo, lo nieguen y lo superen, tanto en lo económico como en lo político y moral.

Pudiera ocurrir que el fascismo sobreviviese, no solo con el apoyo de tendencias reaccionarias y conservadoras, sino también aprovechando los sentimientos egoístas y prepotentes del nacionalismo. Las relaciones del fascismo con el nacionalismo son bien conocidas, y está justificado el temor de que este último se fortalezca después de la guerra, si se considera que el nacionalismo fue siempre producto de las guerras, que empujan a la violencia y despiertan deseos de dominio en los vencedores y aspiraciones de revancha en los vencidos.

No podemos prever cuáles serán las condiciones de la paz. Esperamos que el espíritu de equilibrio, serenidad y justicia de los vencedores, implacable con los responsables de esta gran tragedia, evitará todo lo que pudiera encender en los pueblos que ya han sido afligidos por tantos sufrimientos un sentimiento de rencor y deseos de venganza. Sea como quiera, una importante tarea de los antifascistas italianos será la de impedir que a las posibles tendencias nacionalistas e imperialistas de los vencedores se opongan en el país concepciones igualmente imperialistas y nacionalistas. Es preciso situarse en un plano más alto, y afirmar en contra de estas tendencias y concepciones que la grandeza de una nación no radica en su territorio, sino en la idea que de él surge; no depende de su fuerza material sino del principio espiritual y moral que desarrolla y defiende. Para este fin, los italianos, renegando del vergonzoso paréntesis fascista y de algunas desviaciones nacionalistas de la Italia monárquica, tendrán que volver a inspirarse en las puras fuentes del Risorgimento, y sobre todo en Mazzini[39], cuya doctrina debe

39 Giuseppe Mazzini fue uno de los principales exponentes del proceso de unificación italiana en el siglo XIX (Risorgimento), además de convencido demócrata y republicano.

dirigir un segundo Risorgimento nacional. Desde un siglo atrás, este gran maestro enseña a distinguir "la santa palabra nacionalidad" del "mezquino, celoso, hostil nacionalismo", declarando que quienes los confunden incurren en un error tan grave como el de quien "confunde religión con superstición"[40]. El nacionalismo, para Mazzini, es el imperialismo que no conoce límites fuera de su propia fuerza, y que, aspirando a hegemonías usurpadoras, crea desconfianza y odio, niega todo principio de solidaridad humana y quita a los pueblos que lo practican toda capacidad de iniciativa y progreso. La nacionalidad, en cambio, tomada en su exacto sentido, es por su misma esencia armonía y solidaridad, y requiere para desarrollarse la colaboración espontanea de las otras nacionalidades, que con ella trabajan por la civilización y el progreso. "La nacionalidad –dice Mazzini– es una aptitud especial adquirida por la tradicional capacidad de un pueblo para cumplir mejor que otro un determinado oficio en el trabajo común". "La nacionalidad es la parte que Dios reserva a un pueblo en el trabajo de la humanidad. Es su misión, la tarea que debe cumplir en la tierra para que el pensamiento de Dios pueda realizarse en el mundo; es el trabajo que le da derecho de ciudadanía dentro de la humanidad; el bautismo que le presta el carácter y le procura el lugar de hermano entre los pueblos"[41].

Si cabe hablar de posibles tentativas para hacer resurgir el fascismo bajo apariencia democrática en Italia[42], hay que reconocer, sin embargo, que tal

---

40 [Nota de Renato Treves] Mazzini, "Nazionalismo e Nazionalità", en *Scritti Editi e Inediti*, XVII, pp. 162 y ss. Renato Treves no cita aquí la editorial del texto que utilizó (probablemente Galeati).

41 [Nota de Renato Treves] Mazzini, "Nationalité", en *Edizione Nazionale*, VI, p. 127. Sobre este tema véase Alessandro Levi, *La filosofia politica di Giuseppe Mazzini*, Bolonia, 1922, cap. VIII]. Renato Treves no cita la editorial: Zanichelli. La titulada Edición Nacional de los escritos de Mazzini fue elaborada entre 1921 y 1949.

42 [Nota de Renato Treves] Un ejemplo que demuestra esta posibilidad puede ser encontrado ya en Buenos Aires en la revista en lengua italiana *Domani* que empezó a aparecer en junio de 1943. Esta revista, dirigida por Paolo Vita Finzi, parte del principio de que el fascismo se equivocó radicalmente solo desde 1938, año en el cual su director peleaba todavía en España como

posibilidad puede ser más verosímil en otros países. Entiendo que en Italia, tentativas de esa índole solo podrían manifestarse si estuvieran muy apoyadas por las potencias vencedoras, y estoy seguro de que ni siquiera así tendrían éxito, porque el pueblo está ya inmunizado contra el peligro fascista por conocer a fondo sus métodos, torpezas e hipocresías. Además, el desprecio hacia el fascismo desde el punto de vista moral e intelectual domina en vastos sectores del pueblo italiano, y en las cárceles, en las organizaciones clandestinas y en el destierro han madurado ya ideas renovadoras y medidas radicales en contra de toda amenaza fascista. En cambio, en los otros países donde el fascismo ha sido conocido de modo superficial y a veces incluso ha sido admirado, puede ser mucho más grave el peligro de un resurgimiento fascista bajo formas nuevas. Considérese que la oposición de los aliados al fascismo se ha realizado sobre todo en el terreno de la guerra, y que en el terreno ideológico las transacciones han sido frecuentes y alarmantes. Además, hay que tener en cuenta que la guerra ha obligado a pueblos democráticos y pacíficos a organizarse por razones de defensa en forma militar y totalitaria, poniéndose al nivel del fascismo y creando involuntariamente peligrosos gérmenes de nacionalismos y de violencias. No se puede excluir que, en las naciones vencedoras, la tendencia del personal de gobierno a permanecer en el poder, los nombramientos de los jóvenes por elección desde arriba y no por concurso, así como otros sistemas creados por razones de guerra, produzcan tal vez graves consecuencias después de la paz. No se puede excluir, observa a este propósito Garosci, "que una rebelión de todos los descontentos barra las actuales élites liberales e implante, por reacción al totalitarismo moderado, un totalitarismo violento. O también que esas mismas élites, perpetuándose

---

voluntario de las milicias fascistas. Partiendo de este principio, es fatal que la revista *Domani* desconozca la importancia, el sentido, casi la existencia del auténtico antifascismo italiano; que intente identificar Italia con fascismo y confundir valores morales y espirituales profundamente distintos; que niegue toda diferencia entre nacionalismo y nacionalidad y entre el socialismo liberal de los antifascistas y las mentiras del corporativismo fascista; que mezcle absurdas pretensiones de preeminencia italiana en Etiopía con la adhesión incondicionada de las ideologías de las Naciones Unidas; en una palabra, que intente lo que Salvemini juzga imposible: "hacer una tortilla democrática sin romper huevos fascistas".

en el poder, después de la actual oposición al peligro totalitario, que en cierto sentido las obliga a permanecer en las vías del liberalismo, terminen por transformarse ellas mismas en totalitarias"[43].

En la lucha por la destrucción radical y definitiva del fascismo y del nacionalismo, y en el esfuerzo para la concretización de una idea nueva y capaz de orientar a los pueblos para el progreso y la civilización, creo que Italia puede contribuir con un aporte de cierta importancia. Acaso en este aporte ideal consista la misión de Italia en el mundo; misión madurada en veinte años de graves opresiones y conquistada con sufrimientos y sacrificios indescriptibles. Y cuando hablo de una misión que pertenece a Italia por haberla ganado en larga y dura lucha contra el fascismo, no puedo dejar de vincular indisolublemente en mi pensamiento a los italianos libres con los republicanos españoles. Desde la época en que la dictadura fascista saludaba con entusiasmo y sentimientos de solidaridad al régimen de Primo de Rivera, los hombres libres de España e Italia subscribieron un pacto de ayuda mutua para actos de insurrección y para el recíproco auxilio en caso de conquistar el poder una de las partes[44]. Aquel pacto, que por entonces tuvo un mero significado simbólico, se transformó, no obstante, en realidad viva y concreta pocos años después, cuando Rosselli lanzó el grito: "Hoy en España, mañana en Italia", y el antifascismo italiano, luchando al lado de los españoles, dejó tantos muertos en los frentes de Madrid y Aragón. Un republicano español, gran amigo de Rosselli y de Italia, Diego A. de Santillán[45], acaba de invertir

---

43 [Nota de Renato Treves] Aldo Garosci, "Verso una societá liberal-socialista", en *Quaderni Italiani*, n. 4.

44 [Nota de Renato Treves] Ese pacto fue suscrito por Blasco Ibáñez y Eduardo Ortega y Gasset, por la parte española, y Luigi Campolonghi, Aurelio Natoli y Silvio Trentin por la parte italiana.

45 Diego Abad de Santillán, pseudónimo de Sinesio Baudilio García Fernández (1897-1983), fue un militante anarquista español. Dirigió en Argentina el periódico *La Protesta*; con el golpe de Estado de Uriburu en 1930 fue obligado a marcharse a Montevideo. En 1933 regresó a España; durante la Guerra Civil criticó duramente la actitud de los comunistas. Al final de la misma, otra vez de forma clandestina, tuvo que volver a Argentina hasta 1977 (véase p. 49 de la introducción).

aquel grito, afirmando que la consigna de la nueva Italia y de los españoles libres debe ser: "Hoy en Italia, mañana en España". La Italia que está surgiendo contestará con entusiasmo a esta palabra; mejor dicho, la ha contestado ya. Los hombres de Giustizia e Libertà, que han vuelto hace poco a Italia, no podían dejar de pensar en sus compañeros españoles al escribir en su programa que los italianos libres seguirán luchando hasta la total eliminación del nazi-fascismo de Europa, y que, a través de su régimen interno, Italia ofrecerá ayuda y asilo a los hombres perseguidos y desterrados en todo el mundo. Si, como estoy seguro, España consigue juntarse muy pronto con Italia en la cruzada antifascista, no solo negativa, sino positiva y constructiva, la eficacia de nuestros esfuerzos quedará multiplicada, y podrá extenderse más fácilmente al otro lado del Océano, en esta misma América Latina donde, como es sabido, hay muchos gérmenes de fascismo.

Al hablar de la unión espiritual de dos grandes pueblos latinos no puedo omitir a Francia. Con su famosa Revolución, Francia guio a los hombres libres del mundo en su marcha hacia la civilización y el progreso. En las épocas sucesivas tuvo momentos grandes, en que consiguió imprimir a sus actos una significación europea y concentrar a su alrededor la simpatía y la esperanza de los pueblos oprimidos. Sin embargo, con el transcurso del tiempo –hay que reconocerlo–, aquellos momentos y actos se fueron haciendo cada vez menos frecuentes, y su espíritu de iniciativa ha ido apagándose. Después de 1870 su problema ha sido sobre todo el de la revancha, y después de la revancha, su problema ha seguido siendo todavía, ante todo, el de la seguridad. Desde la guerra del 14 no ha logrado crear un ideal que consiguiera dar a la victoria una luz nueva y volviera a guiar y orientar a los pueblos de Europa. La carencia de este ideal explica la actitud de Francia frente a la guerra de España, así como durante el primer año de la guerra actual. Tras su derrota, tras el armisticio que fue casi una alianza con el enemigo, De Gaulle ha ofrecido un estandarte, no solo a los franceses sino a todos los antifascistas que quisieran pelear por la libertad y no pudieran hacerlo bajo el de su propia patria. Esto han de agradecérselo a De Gaulle los españoles e italianos libres; pero a pesar de ello no dejan de reconocer que bajo aquel estandarte, que ha contribuido a aplastar al enemigo común, no hay una idea nueva, una iniciativa poderosa capaz de conmover y dirigir a los pueblos. Hay tan solo un espíritu de patriotismo, que es sagrado en todo

corazón, pero que no puede transcender los límites estrechos de una patria. Si el pueblo francés vuelve a decir una palabra nueva que despierte la fe y marque los ideales hacia los que deben marchar todas las naciones, lo seguiremos con entusiasmo. Pero ahora es indudable que no podemos permanecer inertes, esperando. Debemos trabajar con vigor e intensidad para que la libertad y la justicia social triunfen y se afirmen en el mundo.

La misión de los pueblos latinos

Francisco Ayala

La confrontación, hecha a grandes rasgos, de las respectivas experiencias que nuestras generaciones han cumplido en Italia y en España, conduce, más allá de cualquier posible discusión teórica sobre *libertad* y *liberalismo*, hacia una consecuencia básica: la que consiste en afirmar una común voluntad de vida civil decorosa y digna, tal como solo puede darse en una atmósfera de respeto hacia la personalidad del individuo humano, traducida, por lo que se refiere a las instituciones del Estado, en un dispositivo que, de una u otra manera, tenga la intención de garantizar la libertad de los particulares[46].

Lo importante ahora es que la coincidencia intelectual en cuanto al principio –obvia e inexcusable entre todos los hombres que no han renegado de las tradiciones de nuestra cultura y conservan el más leve sentido de responsabilidad histórica–, se ha concretado, por virtud de las circunstancias, en expresión de una coincidencia de voluntad práctica que ha de abrirse camino en nuestros países tan pronto como empiecen a afrontar su destino en la próxima etapa de la historia universal. Que ese destino es común para nuestros dos pueblos –en general, para todos los pueblos latinos– parece ser un resultado ineluctable de las aludidas circunstancias. Por vías diferentes, hemos venido a desembocar todos en la misma situación.

46 [Nota de Francisco Ayala] Me interesa destacar, no obstante, en relación con esto, la referencia que el propio Treves hace a la posición del grupo más joven de antifascistas italianos, para quienes, reconociendo el carácter irreversible del proceso histórico, "el fascismo es, en malo, más moderno y actual de lo que es, en bueno, el tradicional Estado democrático: el fascismo es el hijo degenerado y corrompido, pero con todo pertenece a una generación más joven que el padre burguesamente honesto". Postulaban en consecuencia la

Y no deja de ser notable al respecto que, así como yo procuré evidenciar, en mi exposición del proceso político español, lo estrechamente condicionado que ha estado por el encuadramiento internacional de España –como espacio neutralizado primero, en la época del equilibrio, y como campo de lucha después, al desencadenarse la nueva compulsación de potencias mundiales–, así también Treves se ha visto forzado por su parte a remitir sus análisis al plano de la política internacional, planteando en ese ancho ámbito la cuestión de la garantía de la libertad –esto es, de la eliminación del fascismo– en el mundo de posguerra. Es que no cabe concebir, a menos que uno se mantenga en el terreno de las puras abstracciones, una libertad *política* que no esté sostenida por determinadas fuerzas sociales y que no se encuentre inserta en determinada estructura de poder. El hecho del poder viene a interferir siempre, inevitablemente, en toda consideración realista del problema de la libertad política, y solo se pierde de vista cuando la estructura de dominación recibe un general acatamiento, mediante el cual se hace indisputada. Treves remite ese problema al plano internacional, y ello tiene a mi juicio el sentido de un reconocimiento tácito del traslado que está sufriendo el centro de la actividad política más allá de las esferas nacionales en que residió hasta ahora. Las decisiones políticas no van a emanar ya, como hasta aquí, de las voluntades soberanas de los Estados (limitadas de hecho, sin duda, por su contrapeso respectivo, y forzadas a actuar mediante constelaciones diversas; pero, al fin, soberanas), sino que el peso del

---

necesidad de "concretar con mayor claridad una concepción radicalmente nueva, una ideología más fuerte, más dinámica y más moderna que la de las viejas democracias". Pues bien: esta postura coincide en absoluto con mi enfoque del problema "libertad y liberalismo" y revela que mi crítica de este último, lejos de ser una consecuencia de desilusión y pesimismo nacidos de la peculiar experiencia española conjugada con influencias intelectuales germánicas, contiene una interpretación de validez general, llamada a encontrarse con actitudes análogas en los restantes países. Tampoco creo que Francia, si ha de seguir viviendo espiritualmente como hay que desear, intente una restauración pura y simple de sus viejas instituciones democráticas liberales, sino que habrá de tantear en busca de una nueva organización de la libertad civil. (Véase, en relación con esto, mi "Discurso sobre la Restauración", en *Los políticos*, Buenos Aires, 1944.)

poder y la facultad de emitir la decisión inapelable ha pasado a un número escasísimo de grandes entidades: los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y el Imperio británico, que se declaran dispuestas a *garantizar la paz*, organizando el mundo bajo su repartido control.

A este resultado ha conducido, como es notorio, la gigantesca compulsación de potencias con vistas a la dominación mundial, promovida por las pretensiones de una Alemania resuelta a romper el tradicional equilibrio imponiendo su "nuevo orden". Y ahora, dada la situación de conjunto, no puede ser ya enfocado ni resuelto el problema de la libertad política en términos nacionales, sino dentro de una conexión mucho más amplia. La primera evidencia de ello fue suministrada por la guerra de España, donde, a favor de un conflicto interno, irrumpió la pugna por el poder mundial, potenciándolo y conduciendo sus datos a tensiones extremas. De este modo, si los términos del conflicto interno adquirieron así proyecciones universales, quedaron vinculados también –y no por voluntad de los españoles– a la alternativa de la pugna por el poder mundial: la causa del pueblo español que luchó contra el fascismo fue, es y seguirá siendo, quiérase o no, la misma causa de las Naciones Unidas; y el triunfo final obtenido por estas excluye toda posibilidad histórica de que perdure el sistema político impuesto ahí por sus adversarios con el designio de combatirlas y destruirlas. No creo, en efecto, que haya voluntad lo bastante fuerte para impedir la caída a plazo breve del actual régimen de España –impuesto en guerra internacional contra la activa y beligerante oposición del pueblo, y que todavía ha querido continuar esa guerra internacional, fuera de España, mediante la llamada División Azul–, siendo así que han fracasado los intentos de salvar algo de la vieja estructura fascista de la Italia vencida, y de la estructura político-administrativa –a cuyo favor podía invocarse la continuidad legal y la pasiva anuencia del pueblo– de la Francia colaboracionista[47].

47 [Nota de Francisco Ayala] Italia, que figura en la constelación de la guerra como potencia vencida, se encuentra en trance de desprenderse de los restos del fascismo, que los vencedores tratan de apuntalar por todos los medios. En cuanto a Francia, conocidas son las resistencias opuestas por parte de Inglaterra, y sobre todo en Norteamérica, al movimiento liberador del general De Gaulle, quien, no obstante, ha podido imponerse. Este movimiento, por

De este modo, no tardarán en hallarse los tres grandes pueblos latinos del Occidente europeo –para solo hablar de ellos– en parecidas condiciones de fluidez política, y colocados bajo la efectiva férula de las Naciones Unidas, que –dueñas por el hecho de su victoria de las claves del poder mundial– tendrán a su cargo y responsabilidad el reajuste del conjunto de las relaciones humanas con vistas al futuro. El curso de los acontecimientos históricos ha determinado que, en la actual coyuntura, los pueblos latinos se encuentren excluidos de las claves decisivas en la organización del mundo que se prepara. Pero en cambio van a afrontar los problemas de posguerra en un estado de flexibilidad y de experiencia política que, en algún sentido, podría compensar su posición subordinada, colocándolo en condiciones de ofrecer una orientación que supla con el influjo espiritual la carencia de poder material, y de cumplir así una misión histórica de incalculable alcance en este momento cardinal de la humanidad.

Es difícil presumir cómo ha de hacerse la integración de nuestros países en el marco de la nueva ordenación mundial. Y desde luego, prescindo aquí por completo de toda consideración en torno a las cuestiones de orden institucional, tales como la que, por ejemplo, haría aconsejable un contacto y entendimiento para fundar una Unión Latina que, mediante vínculos políticos y económicos, englobara todos los pueblos del Occidente europeo y de América ya previamente ligados en una comunidad de tradiciones culturales, de valores espirituales y hasta de sensibilidad. Esa Unión Latina sería, entiendo, condición inexcusable para toda eficaz acción futura tendente a afirmar nuestra substantividad y a evitar que se disuelva nuestra personalidad histórica. Pero tal afirmación de personalidad no podría cumplirse, en ningún caso, con la mira de instaurar un poder en competencia, sino al contrario, en un espíritu de colaboración con las grandes potencias mundiales, a fin de conseguir que la nueva fase de la civilización sea animada por la tradición cultural que los pueblos latinos conservan en mayor

---

lo demás, significa tan solo un romo patriotismo restaurador, que no se ha dado cuenta del cambio de circunstancias. Pero ya asoman dentro de él, o a su lado, tendencias renovadoras, que probablemente se abrirán camino. En cuanto a las pretensiones de restauración monárquica en España, parecen haber perdido su razón a la fecha de hoy.

grado de pureza, y no degenere en alguna nueva modalidad de barbarie, no demasiado distinta del propio nazismo. ¿En qué puede consistir el aporte de los pueblos latinos a la edificación del mundo de posguerra?

Cuando Treves atribuye a Italia la misión específica de proseguir la lucha contra el fascismo hasta su total extirpación, pone el dedo en la llaga, por más que su intuición se envuelva en voluntarias limitaciones que pudieran desconcertar a quien no sepa ir hasta el fondo de su pensamiento. Yo no vacilaría en decir que esa es, no solo la misión de Italia, sino la misión de todos los pueblos latinos, y que, contrariamente a su apariencia, es la misión más importante, más urgente y más ardua a cumplir en la presente encrucijada histórica. Pues solo un juicio superficial acerca del fascismo llevaría a la idea de que basta la derrota de Alemania para suprimir la mala hierba. Con su manera cautelosa y circunspecta, pero con resuelta valentía, señala Treves en las páginas que ha escrito sobre la experiencia italiana cuáles son los peligros existentes de que el fascismo rebrote tras de la guerra –en Italia misma, y sobre todo fuera de ella–; y quien sienta la inclinación a desvalorizar tal posibilidad, puede encontrarla discutida a fondo en el libro del profesor inglés Harold J. Laski, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*[48]. Cabe afirmar que si subsisten las causas sociales que han conducido al fascismo, este resurgirá fatalmente, bajo una u otra forma, y allí donde esas causas se presenten en estado de agudeza. Es de las más grotescas ilusiones (contaminación, por lo demás, de criterios fascistas inconscientes) la que atribuye fenómenos de esta índole al carácter o a la idiosincrasia de tal o cual pueblo. Aun destruida Alemania, sigue en pie la amenaza totalitaria, y vinculada ahora a los vencedores. Ello, no solo por las tentaciones que Treves apunta, sino también por las incitaciones procedentes de la peculiar dirección adoptada a partir del Renacimiento y la Reforma por los pueblos no latinos del Occidente. De esa gran crisis de la modernidad arran-

48 [Nota de Francisco Ayala] Harold J. Laski, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, 1944. Ayala en esta nota se refiere a un ensayo de Laski de la editorial Abril, justo de 1944, en el que señala las dificultades de la organización de la libertad en el Estado moderno y las amenazas que sobre ella se ciernen. Recordamos que fue el mismo Gino Germani el director de la colección Ciencia y Sociedad de la editorial Abril.

can los particularismos nacionales que habían de conducir a inconciliables contraposiciones, y ese dinamismo desenfrenado cuyo acicate cultural más visible ha sido la moral protestante del éxito como testimonio de la gracia divina. Mientras ese dinamismo dirigía la marcha de la civilización material, extendiéndola a todo el globo y aumentando sus bienes en proporciones asombrosas, los pueblos latinos permanecían a la zaga, manteniendo como una reserva espléndida la aptitud para formas culturales amplias, las disposiciones espirituales para una vida no regida por los valores de utilidad. Y ahora que se ha llegado, por primera vez en la historia, a una experiencia común de la humanidad entera; ahora que nuestro planeta, ligados estrechamente de mil maneras todos los países, continentes, islas y mares hasta formar una unidad técnica, se encuentra *conquistado* ya para la civilización; ahora que, en lo substancial, se puede dar por concluida la era de los descubrimientos y colonizaciones –sin perjuicio ¡claro está! de que el proceso civilizatorio continúe en un sentido de progreso *vertical*–, han de entrar en juego esas reservas espirituales de los pueblos latinos, capaces de hacer valer una concepción de la vida más acorde con las nuevas circunstancias, mediante la cual, y sin renunciar, por supuesto, al nivel de civilización técnica alcanzado, se ponga fin al espíritu activista cuya expresión extrema ha sido el dinamismo totalitario, y se organice el conjunto de las relaciones humanas para una vida llena de sentido espiritual. Esta es la misión de la Latinidad, que Treves enuncia en forma abreviada y simbólica, pero muy realista, como "lucha hasta la definitiva extirpación del fascismo".

Aún diré más: tan capital me parece esa misión que, a mi entender, de que se encuentre y prevalezca ese nuevo sentido de la vida, y de que se consiga articularlo en una congruente organización de las relaciones humanas, va a depender, no solo la fecundidad espiritual de la fase histórica próxima, sino también la conservación misma de los bienes de civilización material adquiridos hasta el presente. La complejidad de la civilización en que vivimos hoy es mayor, sin comparación posible, que la alcanzada por el Imperio romano a la hora de su apogeo; y, sin embargo, aquel universo pacificado cayó en el marasmo (las supuestas invasiones de los bárbaros no fueron otra cosa, como hoy se reconoce, que una fermentación interna), y retrocedió a un estadio de civilización rural, con abandono de las formas de vida y de las técnicas superiores a que por entonces se había llegado, por no saber ha-

llar orientaciones espirituales adecuadas a la situación de un mundo cerrado en sí mismo.

Pues bien: cerrado en sí mismo, y ahora con insuperable forzosidad geográfica, es también el mundo actual: en él hay la temible posibilidad de que una obstinación en mantener enquistadas en espacios nacionales herméticos a porciones de la humanidad ocasione nuevos choques en los que esta siga desgarrándose a sí misma; hay la temible posibilidad también de que, organizada la paz por medio de un poder desnudo de espíritu, decaiga en una mera existencia mecánica, desprovista de sentido, tal como ciertas fantasías literarias se han divertido en imaginar el porvenir de la civilización, en cuyo caso sería inevitable su ruina y el volver a empezar, ya que la técnica se desmorona como castillo de naipes tan pronto como el espíritu deja de prestar sentido a sus creaciones...

Bajo estas circunstancias, son quizás los pueblos latinos –en su significativa carencia de poder– los que pueden aportar al mundo las formas culturales, correspondientes a una ajustada concepción de la vida, en que se realice de modo efectivo la libertad de la persona individual, porque son ellos los que conservan mejor el sentido de las formas espirituales y de los valores no sometidos al criterio de la utilidad, el provecho y la eficacia. Sin eso, de poco valdrán todos los dispositivos, todos los mecanismos y todas las garantías institucionales, que, llegado el caso, se volverían sin dificultad ninguna contra la libertad misma.

TEXTOS RECUPERADOS
DE FRANCISCO AYALA Y RENATO TREVES
(1940-1944)

El último libro de Bergamín

Francisco Ayala*

CON el epígrafe *El alma en un hilo* nos llega desde México, en cuidadísima presentación de la editorial Séneca, el volumen III de *El disparadero español*, donde el curioso ingenio de José Bergamín continúa en la línea, retorcida en el tormento, de su infinito divagar por amor a España, que es ahora amor ausente.

Si se nos pusiera en el aprieto de catalogar esta obra probablemente acabaríamos por decidirnos a incluirla en el casillero de la crítica; de crítico se ha calificado a Bergamín, no sabiendo qué hacer con tan raro talento; crítica es toda su producción, en cuanto que disocia, analiza, descompone, recompone luego en síntesis sorprendentes, y muestra de las cosas tan pronto el revés, lo oculto por deficiencia, como la magnificencia oculta por desconocimiento o por escrúpulo y gracia. Pero esta crítica ya no es crítica, es ya propiamente poesía, ¡y qué poesía!

---

* Las colaboraciones de Francisco Ayala en revistas durante sus primeros años de exilio fueron abundantes. En nuestra introducción hemos destacado las seis que realizó en *Argentina Libre*, por la especial significación ideológica de la publicación; se reproducen aquí ya que, además, cuatro de ellas no están incluidas en la edición de las Obras Completas de Ayala (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2007-2014, edición de Carolyn Richmond), aunque sí en la bibliografía que puede consultarse en la página de la Fundación Francisco Ayala, de donde las tomamos. En el volumen VII de las Obras Completas (*Confrontaciones y otros escritos, 1923-2006*) encontrará el lector las colaboraciones de Ayala en el suplemento literario de *La Nación* de Buenos Aires, la revista *Sur* y otras como *Revista de las Indias*, *De mar a mar*, *Correo literario* o *Pensamiento Español*, todas ellas de los primeros años cuarenta del siglo pasado, no recogidas posteriormente por el propio Ayala en alguno de sus libros.

Bergamín, seductor-seducido por las palabras, acierta a colocarlas a luces nuevas, y las obliga con manipulación terriblemente diestra a entregar sin demora sus contenidos más íntimos y preciosos. Sabe –lo ha aprendido con ayuda de Unamuno y Croce, pero sobre todo de su propio instinto de escritor– que todo pensamiento está dentro de las palabras, y solo en ellas. Por eso no se detiene en la genial filosofía del maestro español, no se para a mitad del camino, sino que se entrega confiadamente al capricho de las palabras, a la embriaguez de las palabras, y las deja caminar solas –coincidiendo en este camino con los poetas que mejor han conocido el secreto de su arte–, las deja correr jugueteando unas con otras como animales jóvenes, lanzadas por la senda de arbitrariedad poética que es "el disparadero español".

A diferencia de los otros disparates que estudia en su libro, el disparate de Bergamín es un disparate verbal. Su magia consiste en hacer que las palabras digan, no solo aquello que llevan muy oculto bajo su caparazón endurecido por los siglos y pulido por el uso, sino aquello que nunca habían llegado a sospechar ellas mismas y que les viene desde fuera, por puras asociaciones de estructura y fonética. El disparate unamunesco no es, en el fondo, tal disparate, sino más bien paradoja, porque tiene atadero; está vinculado por un lazo lógico, que es el de la etimología. Pero el disparate bergaminiano ha prescindido de toda lógica para dejar libres –digo, liebres– a las palabras, que hagan lo que les dé la gana en un asueto que hace pensar en la técnica del psicoanálisis y también en el chiste sin pies ni cabeza, el chiste malo, que es el bueno.

Y la transformación que opera con las palabras sueltas la cumple también con las frases hechas, y quizás es en ellas donde su magia poética se muestra más eficaz. Ya el propio título de volumen es una frase hecha: el alma en un hilo. Le ha bastado con segregarla de la cháchara trivial, darle sustantividad, colocarla ahí al frente del libro para que se nos aparezca como un hallazgo de poesía viva.

Y para mostrar al pueblo que, no en prosa, sino en poesía habla sin darse cuenta, repite constantemente el gustoso juego con refranes y frases de uso vulgar, de cuyas entrañas saca y pone en evidencia mundos de sentido y de belleza, insospechados, llenos de alegría atónita, como esos azulejos inapre-

ciables de alfarería morisca que estaban ahí, ignorados, en un rincón del viejo patio.

Bergamín, que ha sorbido sustancias españolas en Quevedo, en Calderón, en Cervantes; en los refranes, en las frases hechas, en los chistes y equívocos, en el disparate puro, se dispara ahora por este tercer volumen del disparadero español, donde hay también, junto al torbellino de las asociaciones verbales, un claro pensamiento crítico y hasta una crítica en sentido erudito que pone en su punto, por ejemplo, la apreciación de la obra calderoniana, de modo tal que ya estas páginas suyas son inexcusables para el entendimiento del poeta.

Por todos los poros de la prosa bergaminiana se filtra esa sustancia española. Está llena y rezumante de la obsesión de España, esa obsesión que hace gritar a los españoles el dolor de su espina, o callar y callar obstinadamente, y que debe darnos tan raro aspecto de extravagantes y de poseídos ante las gentes del mundo.

Reseña de: José Bergamín, *El alma en un hilo*, México, Séneca, 1940.

Argentina Libre, 21 de noviembre de 1940.

Piedras blancas, de Landsberg

Francisco Ayala

ENTRE los volúmenes que, admirablemente presentados, está lanzando en México la editorial Séneca, figura uno bajo firma no española, aunque no por ello menos influido de preocupaciones hispanas. Es el libro de Paul-Louis Landsberg, en que se ofrecen, reunidos, tres trabajos: "Piedras blancas", colección de anotaciones, aforismos, observaciones con frecuencia muy sagaces y siempre cargadas de sugestión, grávidas de problema, seguido de "Experiencia de la muerte", el ensayo que, como fundamental, destaca la portada del libro, y de otro muy agudo y erudito: "La libertad y la gracia en San Agustín". A pesar de la independencia externa de los tres elementos reseñados, presentan una íntima unidad y responden a la misma angustia y entremezclan sus motivos de modo indistinto.

En el fondo de la delicada especulación, que siempre se dirige en el autor hacia ideales de tipo religioso, late la realidad de una situación en que el dolor reproduce la universalidad del pensamiento en la amplitud de una humanidad sin nombre ni rostro, torturada hasta lo indecible. "La emigración de Unamuno durante la dictadura de Primo de Rivera –escribe Landsberg– se manifestaba aún como un drama personal que dominaba la oposición entre el rey y la vocación liberadora del poeta. Era como la última representación de una obra clásica. Hoy en día, la expulsión colectiva y creciente de masas deshumaniza aparentemente los problemas y las situaciones de destierro". Y luego, consuelo falaz que quiere fingir posibilidades de elevación en la árida infecundidad del desarraigo: "Quizá sea útil que nos encontremos algunas veces obligados a abandonar súbitamente una manera de vivir… En medio del sufrimiento de un cambio repentino se despiertan con frecuencia fuerzas creadoras del alma y del espíritu". Esto, seguido de finísimas observaciones psicológicas: "Que suceda lo peor llega a ser libe-

ración cuando se ha sentido durante mucho tiempo que se nos aproxima la fatalidad". Etcétera.

De esta angustia del extrañamiento parten las especulaciones de Landsberg en una dirección siempre transcendente, con un desasosiego migratorio y un sentimiento del destierro que eleva la situación concreta hasta el plano de lo filosófico-religioso en que los humanos todos podemos ser "desterrados en este valle de lágrimas".

No es, pues, casualidad que el tema de la muerte señoree el libro ya desde la portada. El autor lo ha tratado con una profundidad y un deleite parejos. Y su preocupación ha rendido frutos objetivos. No porque deje caer de pasada, envuelta en una suerte de timidez, la que es la idea capital de su ensayo "Experiencia de la muerte", debe el lector permitir que se le escape.

Para el hombre sería posible un conocimiento de la muerte de que está privado el ser viviente no humano. Pero este conocimiento no sería tan solo la inducción que, partiendo de una base empírica, generaliza por vías racionales la necesariedad de la muerte; sería una *experiencia de la muerte*, una experiencia viva de la muerte. Landsberg se desentiende de los intentos que se han hecho por registrar la experiencia de aquellos casos individuales de personas que estuvieron en los linderos de la muerte, pues que propiamente no la alcanzaron, y se dirige a fijar *nuestra* experiencia de la muerte en la muerte del prójimo, en cuanto que esta constituye una efectiva, aunque parcial muerte de nuestro espíritu. "Hemos compartido un *nosotros* con el muerto, y en este *nosotros*, por la fuerza inherente a este nuevo ser de orden personal, somos transportados al conocimiento vivido de nuestro *tener que morir*". Y más adelante. "Parece que se ha roto mi comunidad con esta persona; pero esta comunidad era yo mismo en cierta medida, y en esta misma medida siento la muerte en el interior de mi propia existencia… En este sentido me atrevo a hablar de una experiencia de la muerte misma". Por eso la soledad progresiva del hombre conforme avanza su edad; su cada vez más intenso dialogar con los muertos…

La perfección con que han vertido al español las tres partes del libro, respectivamente, Jesús Ussia, Eugenio Imaz y José Bergamín contribuye a

hacer agradable la lectura de sus páginas, poniendo de relieve la finura que hay en estos ensayos.

Reseña de: *Piedras blancas*, de Paul-Louis Landsberg, México, Séneca, 1940.

Argentina Libre, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1940.

Panorama de la sociología contemporánea

Francisco Ayala

La Casa de España en México, que tan alta labor está realizando al salvar de la dispersión y colocar en condiciones de rendir obra fecunda a un importante grupo de intelectuales españoles, ha editado recientemente un libro, *Panorama de la sociología contemporánea*, en que el catedrático de la Universidad de Murcia y profesor extraordinario de la de México, José Medina Echavarría, ofrece a la publicidad, cuatro años más tarde, un trabajo que estaba listo para la imprenta en 1936.

Medina pertenece a la última generación de intelectuales universitarios. Muy joven todavía, quien solo por sus libros lo conozca, deberá descontar aún de su edad los años que corresponden a la cesura de la guerra española que hizo a este grupo el tremendo regalo de su experiencia en el punto mismo en que, formadas las personalidades, querían iniciar su despliegue propio. La de José Medina, rica, plena, se resiste al encierro en los moldes rígidos de las disciplinas escolares que, en cambio, domina con el ademán holgado, suelto, del hombre que se siente lleno de espíritu creador. Ya en su anterior libro, publicado en Madrid, acerca del estado actual de la filosofía del derecho –materia esta de su cátedra en España– ofrece una muestra de ese talento, de una claridad mental que, pisando con paso seguro el terreno de su campo de conocimiento, le impide limitarse a la tarea expositiva del docente y le impulsa a rebasarla en empeños críticos donde pueden hacerse valer los puntos de vista personales. Este nuevo libro que ahora aparece en México vuelve a probar esa disposición vivaz, ese espíritu abierto hacia las grandes perspectivas de la cultura a través de una sensibilidad abierta y de un profundo sentido humano. Él mismo nos explica en sus palabras de introducción el motivo de su tránsito hacia la sociología: la necesidad de superar el estado de una tradición académica y científica –dice– que cada vez me parecía más empobrecida y estéril.

Pues, en efecto la sociología significa "la reflexión de una época crítica sobre sí misma", el mejor, y acaso el único camino que resta abierto a la inteligencia humana para tratar de apoderarse de la realidad en tiempos de crisis –y los nuestros lo son en grado sumo–, cuando, desquiciada, desarticulada la cultura por la convulsión de la sociedad se hacen cuestionables los cimientos de todo conocer, y por ello el cultivo de cualquier disciplina especial, siempre que siga siendo posible, o se hace infecundo en la obsesión metodológica, o degenera por necesidad dentro de los cauces de un formalismo vacuo.

De ahí al auge actual de la sociología, ciencia de crisis, hacia cuyos problemas derivan, y no por casualidad, pensadores cuyas preocupaciones pasadas le fueron ajenas.

El libro de Medina está consagrado a exponer la trayectoria de la sociología, desde el momento en que se constituye como disciplina científica, con un cultivo sistemático, hasta la hora de hoy. Sin pareja en nuestro idioma, cumple una misión orientadora, tanto más apreciable si se considera lo reciente que, en términos relativos, es ese cultivo independiente, y la indeterminación en que todavía se encuentra su objeto propio.

Comienza la obra con un breve capítulo destinado a esbozar la significación de la sociología como ciencia de la crisis, en que el autor se apoya sobre todo en el pensamiento de Freyer; y seguidamente dedica otro a fijar la enciclopedia de las ciencias sociológicas, trazando cuadros de gran utilidad para quien se disponga a entrar en contacto con esta clase de estudios.

Los capítulos que siguen están consagrados, el tercero, a los fundadores de la sociología; el cuarto, a la sociología francesa; el quinto, a la alemana; el sexto, a la angloamericana; el séptimo, a la italiana, y en especial a Pareto; y un capítulo octavo, a trazar una introducción al problema metodológico. Este último, bastante amplio, es tal vez el capítulo más interesante del libro porque nos abre mejores perspectivas sobre el pensamiento de su autor, solo entrevisto a lo largo de las páginas expositivas que le preceden. Centra ahí su atención en el tema del objeto propio de la sociología, cuya búsqueda llena su historia. Desde este ángulo examina la significación del formalismo de Simmel que, a través de las formas de socialización, atribuye un conte-

nido propio a la nueva disciplina sacándola de su primitiva fase enciclopédica; y después pasa a contemplar la sociología histórica, en que esta aparece ya como una ciencia de la realidad, pero de una realidad vital, distinta de naturaleza y de cultura objetivada. Los apartados que dedica a las relaciones de la sociología con la psicología y con la historia, así como el apéndice sobre la psicología social, plantean de manera muy aguda sus respectivos problemas.

El libro de Medina Echavarría, cuya pulcritud y honestidad científica son ejemplares, rinde un servicio inestimable a quienes, estudiantes o gente apremiada por la angustia de meditar acerca del sentido de nuestra época dentro de métodos rigurosos, necesiten una guía, no ya puntual, sino inteligente y viva.

Reseña de: José Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*, La Casa de España en México, 1940.

Argentina Libre, 30 de enero de 1941.

Ideología y utopía

Francisco Ayala

La traducción de un libro fundamental tiene para el círculo de cultura en que se produce un significado análogo al que revistiera originariamente en la propia de la obra traducida. Es necesaria la concurrencia de circunstancias que, en su conjunto, creen la coyuntura adecuada a su traducción, concentrando primero hacia él la curiosidad de unos pocos, especializados en su tema, insinuando luego en estos la oportunidad y conveniencia de ponerlo al alcance de los más, y despertando por último los ecos y reacciones a que lo destine el modo peculiar de su conjunción con el nuevo ámbito cultural a que ahora lo asigna su reencarnación en un idioma distinto.

Creo que el libro de Karl Mannheim *Ideología y utopía*, que ha publicado en lengua española el Fondo de Cultura Económica de México, es uno de esos libros fundamentales. Llega a nosotros a través de una reencarnación intermedia –pues procede de la versión inglesa mediante la cual ha operado espiritualmente, sobre todo, en Norteamérica– y responde a las necesidades de nuestro momento actual, como ha respondido en su origen a la situación de la Alemania de Weimar y más tarde a la del mundo anglosajón, cumpliendo un proceso que el profesor Louis Wirth, de la Universidad de Chicago, señala con acierto en el prólogo que acompaña a las traducciones.

Por supuesto que las circunstancias de cada medio ambiente hacen destacar el centro de interés hacia uno u otro punto de la obra, con preferencia al resto. En nuestro caso sería el aspecto de la responsabilidad y posibilidades de la *élite* intelectual –planteado en debate público– el que, antes que cosa alguna, reclama nuestra atención. Pero la obra se encuentra tan cargada de problemas, tan llena de atisbos, tan cruzada de perspectivas, tan nutrida de sugestiones, que parece abocada a operar una larga y creciente influencia, y

justificaría un estudio y hasta una discusión abierta que, por desgracia, no es capaz de prestarle la densidad de nuestro ambiente, relativamente escasa, ni tampoco consentiría el agobio y urgencia de esas mismas circunstancias de que la obra es producto, indicio y diagnóstico.

Bastará lo indicado para hacer ver que un comentario de tipo periodístico no da holgura ni para rendir cuenta de los contenidos de una producción tan rica, ni menos aún para discutirla y juzgarla. Permite a lo sumo –y a ello reduzco mi propósito–, elegir uno cualquiera de sus ángulos y tratar de suscitar la curiosidad acerca de él, para que el lector atento se adentre por sus medios en una obra que, en zonas más profundas o más superficiales, le ofrecerá, sin duda, motivos atinentes a su interés vital.

Quiero acotar el terreno y elegir el sector de que voy a valerme a los fines dichos en el extracto más visible y externo del libro –como requiere una nota destinada al público general–: será el proceso de "desenmascaramiento" recíproco operado en el campo de la política práctica a través de la evolución del concepto de ideología.

Este concepto, en su forma moderna, encontraría como precedente la teoría de los *idola* de Bacon, opuestos al verdadero conocimiento y constituyendo fuentes de error de diverso origen. Precedente sería, también, algún aforismo político, nacido de la observación diaria, como el corriente en tiempos de Maquiavelo, y según el cual "se piensa distinto en palacio y en la plaza pública". Pero –afirma Mannheim– "solo en un mundo sacudido por un trastorno social, en que se están creando nuevos valores fundamentales mientras los antiguos de derrumban, el conflicto intelectual puede llegar a tal extremo que los bandos antagónicos traten de aniquilar no solo las creencias específicas y las posiciones del adversario, sino también los cimientos intelectuales sobre los cuales descansan esas creencias y esas posiciones". Al principio de ese proceso desintegrador que va abriendo abismos cada vez más hondos, la desconfianza recíproca de los adversarios se constituye en una noción sistemática de ideología, fundada en apreciaciones psicológicas; pero más tarde se tratará ya de descubrir posiciones sociales que comportan su correspondiente "estilo de pensamiento".

Queda así expuesto en dos palabras –es decir, con la tosquedad e insuficiencia inherentes a tan sumaria exposición–, el proceso en el cual se ha

llegado a la situación actual. Mannheim lo analiza con extraordinaria finura y agudeza; eleva sus análisis a la construcción de una sociología del conocimiento y hasta de una teoría sociológica del conocimiento; desde ahí se hace cuestión del gran problema de nuestro mundo, en busca de una nueva base de seguridad, de un nuevo entendimiento entre los hombres. Calcúlese por lo dicho, cuál es la importancia de un esfuerzo teorético realizado con vistas a la realidad viva y, sin embargo de ello, con una profundidad, con un rigor y –valga la palabra– con un heroísmo intelectual de que no suelen abundar los ejemplos.

Mannheim reconoce la vinculación del pensamiento humano a la situación social concreta; y no solo acepta su condicionamiento en términos generales sino que también lo descubre y pone de relieve en aspectos inmediatos de la realidad actual: así, señala el sentido sociológico de la actitud intelectualista moderna, alejada de las luchas prácticas en un despectivo endiosamiento, definiéndola como *ideología*, es decir, como cobertura de una posición conservadora. (Pues los conceptos de "ideología y utopía", tal como han sido elaborados por nuestro autor, no tienen el mismo contenido que el uso vulgar y tradicional asigna a tales vocablos: en su terminología, el primero de ellos es la expresión mental de orientación conservadora de la situación social, mientras que el segundo, *utopía*, expresa una orientación revolucionaria.)

Pero el reconocimiento de esa vinculación no le hace caer en un relativismo disolvente; más bien se apoya en ella para erigir actitudes constructivas. De este modo puede asignar a los intelectuales, como grupo social colocado en cierta manera por encima de las clases, diverso, y hasta cierto punto desarraigado de sus orígenes, la posibilidad y la misión de restaurar la unidad objetiva del conocimiento y fundar con ello la nueva concordia, que por supuesto, no es concebida aquí de una manera mesiánica.

Reseña de: Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

Argentina Libre, 23 de abril de 1942.

La historia de la cultura

Francisco Ayala

CUANDO el comentarista necesita dar razón de una obra verdaderamente provista de sentido y valor originales su tarea, siempre ingrata y de utilidad dudosa, se convierte en imposible. ¿Cómo podría exponerse y juzgarse en los estrechos márgenes de un artículo, ni siquiera de una serie de ellos, el fruto de un esfuerzo intelectual magno? Pero esta imposibilidad evidente se torna de inmediato en favor del comentarista, por cuanto le exime de los términos rigurosos en que, de ordinario, debe producir su dictamen y lo restituye a una libertad en uso de la cual le será dado acometer el comentario de la obra propuesta desde un ángulo arbitrario, acaso reducirse a un aspecto de ella secundario en el conjunto, y eludir este, ya que, en todo caso, le resultaría inabordable.

Ello me ocurre a mí, y le ha ocurrido antes que a mí a otros, frente al encargo de escribir unas líneas acerca del libro *Historia de la cultura como sociología de la cultura*, obra fundamental del sociólogo alemán Alfred Weber, que, pulcramente traducido por Luis Recaséns Siches, ha publicado en México el Fondo de Cultura Económica. Se trata de un intento colosal, cumplido mediante un apretado esfuerzo de síntesis y de comprensión, por articular la historia universal y descubrirle una congruencia y un sentido al proceso evolutivo del género humano. El propósito en que se inspira tan descomunal intento no es otro que el de determinar, en función de nuestro presente, la dirección futura de este proceso, fijando así las posibilidades de vida histórica que constituyen la perspectiva del hombre actual, del hombre de carne y hueso y que hoy vive y padece en un mundo que, cada vez más, se escapa a su comprensión.

Con lo dicho –y voy a reducir estas líneas a una consideración muy superficial y externa de la obra en cuestión– puede advertirse en ella la pre-

sencia de dos de los rasgos característicos, y que pudiéramos llamar clásicos, de toda sociología científica entendida y cultivada como un sistema, rasgos que ya se encuentran decididamente establecidos en el pensamiento del fundador de esa disciplina, Augusto Comte. Consiste el primero de ellos en hacer objeto de la ciencia sociológica a la totalidad de un proceso social en el que se toma como protagonista al género humano, concebido como una entidad unitaria. En virtud de este rasgo se ha querido identificar a veces la Sociología con una Filosofía de la Historia o, cuando menos, se ha reconocido un pensamiento filosófico-histórico latiendo en el fondo de toda Sociología producida en esta dirección. Con justo motivo puede denunciarse también en la obra de Alfred Weber la presencia de un tal substrato filosófico.

El segundo de los rasgos aludidos es la concepción de la Sociología y la erección del sistema como destinadas a orientar al hombre actual en el camino del futuro. El conocimiento sociológico sería un conocimiento "desde" la vida y "para" la vida. Por supuesto que esta reconocida versión hacia la práctica no debe ni puede entenderse en detrimento de la calidad científica del pensamiento sociológico, cuya peculiar condición da lugar, por cierto, a uno de los más delicados y difíciles problemas metodológicos de esa disciplina.

Pero la presencia de esas características comunes a los sistemas clásicos de la Sociología no resta nada a la poderosa originalidad de la obra de Alfred Weber, ni se limita este a incluir los nuevos hechos y situaciones y a afinar el instrumental utilizado por sus predecesores, sino que aporta una interpretación propia del proceso histórico de la que, por desgracia, no puedo ofrecer al lector sino una explicación deficientísima e insatisfactoria. Sea esta:

La visión de la Historia universal como un proceso único apoyado en la pretendida unidad del género humano se funda en el supuesto de la fe progresista de la creencia, ampliamente compartida durante siglos, en un progreso indefinido de la Humanidad, creencia basada en el efectivo progreso y creciente extensión del capitalismo en ascenso. Que esa fe se encuentra hoy duramente quebrantada en un hecho que apenas si necesita ser subrayado. También resultan muy visibles sus motivos. Serían expresión histó-

rico-filosófica de él obras como *La decadencia de Occidente*, de Spengler, en donde se señala la autonomía de cada cultura considerada como un organismo cerrado y regido por sus propias claves. Alfred Weber no podía prescindir de la aportación spengleriana; pero tampoco ha querido desconocer el hecho de un progreso indefinido a lo largo de la Historia universal, si bien limitado a ciertos aspectos de la vida humana: substancialmente, al conocimiento técnico. Por eso, formuló su teoría del proceso histórico analizándolo y descomponiendo en él el trenzado de tres procesos distintos: el proceso de cultura, el de civilización, y el propiamente social. La continuidad del proceso histórico como un todo del que es protagonista la Humanidad se encontraría asegurada sobre todo por el proceso civilizatorio, que pasa, como un hilo, atravesando y engarzando las diversas culturas.

En esta obra, la última del autor y la única traducida al castellano según entiendo, se hace aplicación tácita de aquella teoría, en unos esquemas sumamente sugestivos, si bien nunca libres de objeción, en que aparece destacada la autonomía de las diferentes culturas, consideradas como organismos independientes entre sí, al mismo tiempo que se establece la unidad de un desarrollo que viene a parar a la situación de nuestros días.

La interpretación que hace Alfred Weber de la crisis del presente, como producida por el agotamiento de las posibilidades materiales de extensión del impulso humano de poder hacia otros campos, y la solución que deja entrever en el sentido de un cambio total de la orientación de la vida humana y de la organización social, coincide también de modo notable con otra posición de la Sociología clásica: la que estima el momento "presente", es decir, "la crisis", como el punto final del proceso histórico o, por lo menos, como el punto de iniciación de una etapa histórica radicalmente distinta al pasado.

Reseña de: Alfred Weber, *Historia de la cultura como sociología de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

Argentina Libre, 21 de mayo de 1942.

La crisis de la República romana

Francisco Ayala

No pretende ser esta nota sino una llamada de atención a los distraídos, a los que no se enteran, pura y simplemente, y también a aquellos que incurren en otra especie de negligencia, más humilde, por cuanto trata de establecerse al amparo de una coartada: me refiero a quienes, concediéndolo todo por adelantado y haciendo al autor toda clase de reconocimientos, eluden el contacto con el libro a pretexto de que el tecnicismo o especialidad de este rebasa los límites de la preparación común y la general competencia.

Tal pretexto no sería válido en el caso de este libro, *La crisis de la República*, que acaba de publicar el joven historiador José Luis Romero. Pues Romero, que ha llevado al extremo la exigencia para consigo mismo en cuanto a rigor técnico, que ha desenvuelto su tema con un dominio magistral hasta donde el juicio alcanza en el manejo de las fuentes, ha sabido, en cambio, eximir al lector del esfuerzo de las tesis áridas, le ofrece un cuadro animado y viviente del proceso de crecimiento de la Roma republicana y de la crisis institucional que este crecimiento determina, hasta llegarse a la constitución del Imperio. El lector actual que, absorbido por los acontecimientos gigantescos de que es testigo nuestra generación, pudiera acaso emprender con cierta inicial inapetencia una lectura relativa a otros tan remotos en el tiempo, no tarda en prenderse a ella, apasionadamente, intuyendo y comprobando en seguida que aquel nexo histórico está contemplado ahí por los ojos de un hombre que ha visto –y visto en profundidad, con participación cordial– el nexo histórico del presente, y que, en virtud de esta experiencia, es capaz de descubrir y extraer la conexión de sentido alojada en aquella pretérita crisis.

Ciertamente el propio autor había ofrecido, en anteriores escritos, testimonios anticipados de su capacidad y su vocación para trabajar la Historia

en una forma comprensiva, que persigue y captura el sentido de los fenómenos más allá de los dispositivos instrumentales, y que, superando lo anecdótico, establece el factor histórico en la complejidad de sus motivaciones y en el juego de sus condicionamientos, haciéndolo inteligible y rico.

El cuadro de la crisis de la República romana es presentado así, algo que habla de nuestra vida, que tiene relación con la experiencia de nuestro mundo actual, que expresa en cifras nuestras angustias y problemas, todo ello, no con sacrificio del rigor científico, tal como podría conseguirlo –y lo consiguió de manera excelsa– el genio del poeta, sino más bien como resultado y fruto de aquel rigor.

Tan fecundo es el pensamiento histórico del que nos ofrece muestra este libro, que, trascendiendo su contenido propio y el propósito que lo inspira, todavía alcanza a indicar, por vía de sugestión, cuestiones sociológico-culturales tan actuales y apasionantes como la de los contactos de culturas, la de las ideologías y mentalidades y la del equilibrio de libertad y determinación, es decir, de Historia y Sociología, en el acontecer concreto.

Acerca de esto, precisamente, me propongo llamar la atención de los distraídos. Quizás, y casi seguro, el libro de José Luis Romero pasará sin gran repercusión de momento; pero creo no equivocarme al pronosticarle ulteriores efectos e influjos decisivos. Porque significa, para nuestro ambiente intelectual, la inauguración de un modo de concebir la ciencia histórica desusado hasta ahora, y, sin duda, más profundo y rico que el habitual.

Reseña de: José Luis Romero, *La crisis de la República romana*, Editorial Losada, 1942.

Argentina Libre, Buenos Aires, 11 de febrero de 1943.

La servidumbre de la ciencia jurídica italiana

Renato Treves*

En la edición del 13 de septiembre, comentando un ensayo de Sergio Panunzio sobre *Linee di una teoria dell'Impero*, aproveché la oportunidad para recordar cómo uno de los resultados más evidentes y fácilmente controlables del trabajo de integración del fascismo en el campo de la ciencia, y especialmente de la ciencia jurídica, ha consistido en elevar a altos cargos universitarios a los trepadores, politicastros, improvisadores que, con su pomposa ignorancia y sus ensayos científicamente grotescos, han extendido una sombra de descrédito sobre las ilustres tradiciones de nuestras facultades de derecho.

Si bien este hecho es ciertamente lamentable, debemos reconocer francamente que no se trata del mayor daño que el fascismo hizo a nuestra cultura. Y dado que ya he entrado en el tema y he mencionado el mal menor, creo que es justo continuar con esta cuestión, que es tan dolorosa para nosotros. De hecho, no me gustaría que fuera posible suponer que los tristes efectos de la opresión fascista en Italia en el campo de los estudios jurídicos

* Se reproducen a continuación tres artículos de Renato Treves (bajo su pseudónimo T. Santorevere), publicados en *Italia Libre* entre 1941 y 1943, así como un detallado reportaje en la misma cabecera sobre una entrevista que pronunció en el Colegio Libre de Estudios Superiores de la capital argentina el 13 de noviembre de 1942. De la importancia de estos cuatro textos –de difícil acceso hoy– para la mejor comprensión de *Una doble experiencia política* se da cuenta en la introducción del volumen. Acerca de la identidad del autor se anota en la revista: "Il nostro collaborator che firma T. SANTOREVERE è, come è noto, il dott. RENATO TREVES che si è laureato nell'università di Torino nel 1929 e che è stato professore nelle università di Urbino e di Messina dal 1934 al 1938 (Nota della redazione)".

consistan simplemente en haber creado una escuela de juristas de tercera que contrasta con la antigua y gloriosa escuela italiana. Es necesario hacer saber que desafortunadamente esta gloriosa escuela también ha sido parcialmente afectada por la enfermedad del servilismo y la deshonestidad científica que el fascismo ha extendido por todas partes. Es justo recordar que (salvo numerosas excepciones honorables) muchos de nuestros juristas universalmente apreciados, a menudo han olvidado por su ambición personal y su debilidad de carácter los altos objetivos que la ciencia debe perseguir para transformarla en un mero instrumento de intereses políticos, han distorsionado el sentido de muchos conceptos y doctrinas y han acabado cínicamente ignorando los estridentes contrastes que separan los principios fundamentales de la jurisprudencia de los que impone una política baja e inmoral.

La desorientación doctrinal, los malentendidos, las distorsiones, la confusión que la opresión fascista ha provocado entre todos los juristas italianos con respecto a algunos problemas fundamentales como los del Estado de Derecho y la representación política, pueden ser ejemplos para explicar este grave fenómeno.

Históricamente la fórmula "Estado de Derecho" siempre ha caracterizado al Estado liberal y democrático: el Estado que tiene como objetivo esencial la realización del derecho y la justicia y que, por lo tanto, se basa en los principios de la división de poderes y el reconocimiento de los derechos públicos subjetivos del ciudadano. Aunque existieron muchas diferencias en la definición precisa de esta fórmula, se puede decir que todos los juristas italianos y extranjeros siempre han estado de acuerdo en considerarla como el símbolo del Estado moderno y la condición previa para la existencia de un derecho constitucional. El fascismo, al subordinar el derecho a los fines políticos del Estado, al negar los derechos subjetivos del ciudadano y suprimir desde el principio cualquier división de poderes, ha determinado evidentemente el declive del Estado de Derecho, ha negado los principios fundamentales del Estado moderno y, por lo tanto, ha descartado la posibilidad de un derecho constitucional.

Si los juristas italianos hubieran estado a la altura de su misión, habrían tenido que reconocerlo con frialdad y quizás denunciar las graves conse-

cuencias que ello podría acarrear. Pero lamentablemente esto no ha sucedido. Solo unas pocas personas en el exilio, y algunos de ellos, hay que decirlo, también en Italia, han tenido el valor de exponer la verdad. La mayoría, en cambio, se mantuvo como sorprendida y desorientada. Y mientras que los muchos políticos y juristas improvisados alababan inconscientemente el declive del Estado de Derecho, los más serios eruditos, conscientes de su importancia científica pero temerosos de mostrar su desacuerdo con las directivas del régimen, trataron con una sutileza digna de los viejos sofistas de estirar y tergiversar el significado de esa pobre fórmula para adaptarla a la nueva realidad.

Así, con este fin, un conocido abogado italiano distinguió el aspecto político del aspecto jurídico del Estado de Derecho, diciendo que si desde un punto de vista político las cosas han cambiado considerablemente, desde un punto de vista jurídico el Estado fascista sigue siendo la quintaesencia del Estado de Derecho. Otro distinguido profesor de la Universidad de Pavía extendió entonces el significado de esa fórmula al extremo y dijo que es suficiente la existencia de un conjunto de derechos públicos subjetivos para que exista el Estado de Derecho, y que, puesto que este mínimo de derechos todavía existe en Italia, hay que decir que el Estado fascista es un "Estado de Derecho". Finalmente, un conocido filósofo, cuyos libros desgraciadamente están traducidos al castellano, tuvo el descaro de declarar en 1935 que "la soberanía de la ley, la igualdad de los ciudadanos con respecto a ella, siguen siendo las piedras angulares del Estado fascista, que es y por lo tanto quiere ser un Estado de Derecho y no un Estado absoluto y policial" y añadió, quizás para hacer méritos ante la Mazzini Society: "todos los derechos fundamentales de los individuos reclamados por revoluciones anteriores y, en particular, por nuestro *Risorgimento* fueron preservados por la Revolución fascista, que incluso los llevó a nuevos desarrollos, dándoles un contenido concreto donde muchas veces habían quedado en formulas vacías".

El mismo fenómeno de ignorancia deliberada de los hechos, de deformación de los conceptos científicos y de sumisión de la ciencia a las necesidades de la política, se observa también en relación con la teoría desarrollada recientemente en Italia por prestigiosos juristas sobre el prin-

cipio de representación política. Este principio, que, como sabemos, se inspira en la necesidad de participación del pueblo en el gobierno, ya que está indisolublemente ligado al mecanismo electoral, ha sido violado con toda evidencia por el fascismo que ha suprimido las elecciones, sustituyendo así el principio representativo por el principio jerárquico expresado en la fórmula "el poder viene de arriba".

Conscientes de la importancia fundamental de este principio, condición indispensable de todo orden estatal, muchos juristas ilustres no han tenido el valor de reconocer los hechos y han dirigido toda su capacidad como técnicos expertos para demostrar que, aunque las elecciones han sido abolidas, el principio de representación política existe en Italia. Y para justificar esta demostración (que a cualquier persona parece absurda, por no decir una monstruosidad), estos juristas han construido doctrinas hábiles y sutiles que indican cuántas energías preciosas ha desviado el fascismo de un trabajo que podría ser fructífero para dirigirlas a una tarea moral y científicamente dañina. Un ilustre maestro de la Universidad de Padua, partiendo del texto de la ley que define al Gran Consejo como "la síntesis de todas las fuerzas organizadas de la nación", sostiene con un razonamiento sin fisuras (siempre y cuando se admita la premisa) que el principio de representación está perfectamente implementado en el mismo orden del poder ejecutivo del Estado fascista, dado que este es designado por el Gran Consejo del fascismo, que es "la síntesis de todas las fuerzas organizadas de la nación".

Otro conocido profesor de la Universidad de Turín utiliza toda su erudición histórica para demostrar que "para acercarse al concepto esencial de representación política hay que prescindir del concepto de elección" porque la función real del representante consiste en "la interpretación autónoma de los intereses de los representados". Demostración que ciertamente puede valer cuando los representados se ven privados de toda posibilidad de expresar su desacuerdo con la interpretación autónoma que su supuesto representante da de su voluntad.

Es innecesario y quizás incluso demasiado doloroso seguir enumerando estos ejemplos. Si el fascismo solo hubiera elevado a cargos académicos a juristas de tercera que escriben amenidades como las mencionadas por Panunzio, su trabajo desintegrador no habría sido tan dañino; desafortu-

nadamente debe reconocerse que el fascismo nos ha impactado mucho más profundamente. Ha hecho que científicos hasta ahora serios, al tratar cuestiones científicas fundamentales con frialdad cínica, retorciesen conceptos, malinterpretasen doctrinas y creasen confusión en aquellas ciencias de las que deberían haber sido vigorosos defensores.

Cité ejemplos de doctrinas y no quise dar nombres para no acusar a algunos intelectuales de una culpa en la que cayeron muchos más compatriotas nuestros. Desgraciadamente, veinte años de fascismo han servido para corromper los espíritus y desviar la moral de nuestro pueblo muy seriamente. Las distorsiones de los conceptos y la confusión cínicamente creada en la ciencia jurídica no son más que un efecto parcial, un episodio sin importancia, de la tragedia que los italianos viven desde hace años.

Contra la disminución moral a la que el fascismo trata incansablemente de reducirnos, han luchado y siguen luchando con admirable energía los espíritus más nobles de nuestro pueblo, que desafían las prisiones y las persecuciones del tirano en Italia con el silencio desdeñoso, con la resistencia pasiva, con el ingenio mordaz. Aquellos de nosotros que, por rigor moral o quizás solo por contingencias afortunadas, estamos en el extranjero y que, por lo tanto, podemos permanecer más fácilmente inmunes a la corrupción que el fascismo intenta imponer a muchos de nuestros compatriotas, tenemos el deber de no ignorar la gravedad de la situación y la obligación de preparar, a partir de ahora, con decisión y fe, la reconstrucción del mañana.

Firma: T. Santorevere

Italia Libre, 11 de octubre de 1941

La Joven Italia y la Joven Generación Argentina en Montevideo

Renato Treves

Es sabido que la historia del *Risorgimento* italiano revela dos direcciones políticas distintas y opuestas. La primera es la dirección republicana y democrática que ha tenido sus próceres en Mazzini, en Garibaldi, en Cattaneo, que ha inspirado las "cinque giornate", la República Romana, las expediciones de Saboya y de Sapri, y otros numerosos actos de valor colectivo e individual. La segunda es la dirección monárquica y constitucional, que por el genio diplomático de Cavour, ha tenido el mérito de realizar la unidad de la Patria, pero que tiene la mancha imborrable de haber condenado a muerte a Garibaldi y Mazzini y de haber encerrado a este último en las cárceles de Gaeta justamente en los días en que los ejércitos del rey entraban en Roma cumpliendo aquella unidad italiana de la cual Mazzini había sido el primer profeta.

Con toda razón Rodolfo Mondolfo, en el prefacio de su admirable libro sobre *La filosofía política de Italia en el siglo XIX* (Imán, Buenos Aires, 1942) lamenta que hasta ahora hayan sido deficientemente conocidas y valoradas las vinculaciones que unen esta filosofía política de nuestro *Risorgimento* con el pensamiento argentino que en la misma época se preocupaba igualmente de los problemas de libertad y de independencia nacional. Sin embargo, es fácil darse cuenta de las razones de esta deficiencia de conocimiento y de valoración. En efecto, es bastante pensar que, por un lado el pensamiento argentino ha tenido estrictas vinculaciones casi exclusivamente con la dirección republicana y democrática y que, por el otro, los gobiernos italianos y los historiadores *oficiales* han tratado siempre de confundir y alterar el carácter y el espíritu de aquella dirección, hasta borrar de las ediciones de los *Deberes del hombre* de Mazzini los párrafos antimonárquicos que son los más característicos del pensamiento del prócer.

A pesar de que los representantes de la Italia *oficial* en la Argentina hayan desarrollado siempre una obra demoledora del pensamiento republicano y democrático contribuyendo a determinar aquella deficiencia que lamenta Rodolfo Mondolfo, se debe, sin embargo, reconocer que los historiadores argentinos en estos últimos años están realizando una útil labor para descubrir y valorar exactamente la importancia de las vinculaciones culturales y políticas que unen las dos naciones surgidas en la misma época y con el mismo espíritu.

Abel Chaneton, por ejemplo, en algunos valiosos artículos, oponiéndose a la interpretación tradicional, y reduciendo a sus justos límites la influencia sansimoniana sobre el pensamiento de la Asociación Mayo, ha revelado las vinculaciones más directas que lo unen con las ideas de Mazzini. Alberto Palcos, con sus interesantes investigaciones históricas y con la publicación de importantes documentos en la edición crítica del *Dogma socialista*, ha aclarado mayormente estas vinculaciones, pero, a mi modo de ver, una de las contribuciones más valiosas para el conocimiento de este tema, que esperamos sea estudiado pronto en toda su amplitud, ha sido proporcionada por la Academia Nacional de Historia, el año pasado, con la reproducción facsimilar de *El Iniciador*, precedida por un estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre (Buenos Aires, Kraft, 1941).

En estos días en que los italianos libres de América se han reunido en Montevideo con los argentinos y uruguayos para afirmar sus aspiraciones republicanas y democráticas, me parece útil dar algunas noticias sobre esta publicación que demuestra en forma inequivocable las profundas razones históricas de las actuales afirmaciones y las íntimas vinculaciones que unen en un solo espíritu estos pueblos hermanos.

Hace más de un siglo, en abril de 1838, en la misma ciudad de Montevideo, un uruguayo, enemigo de todos los tiranos, Andrés Llamas y un argentino desterrado por Rosas, Miguel Cané, iniciaban la publicación de *El Iniciador*, "periódico de todos y para todos" alrededor del cual se reunieron en seguida todos los espíritus libres del Plata. Y entre estos, especialmente aquellos mismos intelectuales argentinos que, antes en la casa de Cané en Buenos Aires, después en el Salón Literario de Marcos Sastre y por fin en la logia secreta Joven Generación Argentina, habían jurado fe a las

"Creencias" al "Dogma de la Asociación de Mayo" tan parecido en su espíritu a los manifiestos y actos que Mazzini en aquellos años iba redactando con calor e inspiración de apóstol.

Evidentemente a este grupo de intelectuales argentinos y uruguayos (entre los cuales se encontraban Alberdi, Mitre, Echavarría) no podían tardar en vincularse amistosamente los proscritos de la Joven Italia; los perseguidos de los gobiernos *tudescos* y de los reyes de Cerdeña, que llegaban a las playas del Plata para seguir luchando en favor de la libertad y de la independencia de su propio país; que llegaban a América para defender la libertad de todos los países oprimidos y para hacer triunfar los principios humanitarios, republicanos y democráticos que Mazzini desde el destierro había indicado no solo a Italia sino a toda la Joven Europa.

Así, en las columnas de *El Iniciador*, expresión viva del pensamiento argentino que después de la caída de Rosas dará las bases para la reconstrucción nacional, se puede apreciar la perfecta armonía espiritual entre los jóvenes intelectuales del Plata y los defensores de la tradición republicana italiana.

En el primer número del periódico, la Introducción, atribuida a Lamas, afirma ideas muy difundidas en la Europa de aquella época, pero revela sobre todo un claro matiz mazziniano. Habla, en efecto, de la elevación material y espiritual del pueblo, de la coordinación de los movimientos nacionales para el progreso total de la humanidad, de la exigencia de una conciencia liberal y progresista para cumplir toda independencia nacional.

Y estas ideas mazzinianas que se manifiestan ya en el primer número de *El Iniciador* toman en los siguientes una forma todavía más clara e inequivocable por la colaboración de Juan Bautista Cúneo. Era este un culto emigrado italiano, que, con Pablo Antonioni y otros, desde 1836, difundía las ideas de Mazzini en el Plata y publicaba un periódico: *La Giovane Italia*. Cúneo enseguida se vinculó amistosamente con Miguel Cané y con los otros colaboradores de *El Iniciador* y difundió entre ellos la cultura italiana aclarando con seguras fórmulas mazzinianas las comunes ideologías liberales y humanitarias.

A su modo de ver, los intelectuales argentinos y uruguayos debían conocer íntegramente las concepciones del Progreso y de la organización de

la humanidad que Mazzini había expuesto a las nuevas generaciones. Debían estudiar en los detalles cuál era la misión espiritual que el prócer italiano había atribuido a la "Joven Europa" y que Cúneo quería "se extendieran a toda la Humanidad". Debían por fin aborrecer mortalmente "la Europa vieja, material, retrógrada, aristocrática" y amar en cambio "con toda la expansión del alma, con todo el entusiasmo del amor que existe en nuestros corazones juveniles, la Europa joven, religiosa, progresiva, humanitaria".

El Iniciador, en su breve pero intensa vida, ha seguido con interés el movimiento intelectual de toda Europa. Se ha interesado por los escritos de Heine y Byron, por la filosofía de Spencer, por las doctrinas sociales de Lerminier de Lamxennais [*sic*] y de los sansimonianos. Pero ha demostrado, sobre todo, su predilección por el pensamiento italiano, por la profunda correspondencia de aspiraciones, de concepciones y de sentimientos que encontraba en él.

Aparecen así, en las columnas del periódico, traducciones de Pellico, de Manzoni, de la *Filosofía de la música* de Mazzini, etc. Y no solamente Cúneo sino también los colaboradores uruguayos y argentinos exaltan allí las ideas italianas. Se puede apreciar así, por ejemplo, una interesante crítica a la doctrina sansimoniana evidentemente inspirada en los principios de Mazzini sobre la emancipación de la mujer. Se puede leer un lindo elogio sobre de la vida y de la obra de Pellico: "Los tiranos encadenaron tu cuerpo pero no el alma escogida que heredaste del cielo". Se pueden encontrar numerosas referencias a los *Sepolcri* de Foscolo y un interesante artículo sobre Manzoni atribuido a Lamas o a Cané. En este, con expresiones claramente mazzinianas, se habla de "Dante, padre legítimo de la Joven Italia del siglo XIX" y con un calor que puede alterar la seguridad del juicio histórico, se exalta a Manzoni, hijo espiritual de Dante, que ha sido "el primero que se atrevió a despreciar las prisiones, los destierros, los cadalsos".

Estos y otros ejemplos, a mi modo de ver, pueden dar una idea clara y precisa de la profunda comunidad espiritual que vinculaba hace un siglo en tierra uruguaya a los hombres de la Giovane Italia y los de la Joven Generación Argentina.

Esta unidad espiritual sin embargo debía desaparecer poco después con el triunfo de la tendencia monárquica.

Y de este hecho se dieron cuenta los hombres de la Joven Generación Argentina.

Muchos años después del destierro de Montevideo, Miguel Cané, en una carta dirigida a Mitre, ponía en evidencia el contraste entre la Italia de Mazzini y la Italia de los reyes, con palabras que es preciso reproducir íntegramente.

"Esa sensación del italiano que despertaron en usted, allá en su juventud, los proscritos italianos en Montevideo la he tenido también por tradición de hogar. Cúneo, poco antes de su muerte, me hablaba de usted y de mi padre, de todo el grupo argentino que hacia brillar a Montevideo en la noche del Plata. Cúneo quería hacerme decir de memoria cantos de Dante y sonetos de Petrarca, como los decía mi padre en el culto de aquella Italia, que ustedes veían entonces triste y encadenada como la propia patria y hoy vemos, con secreto dolor, en triples alianzas que repugnan a su índole, a su historia y a su destino".

A la Italia de la triple alianza ha sucedido por obra del fascismo la Italia esclavizada por el yugo alemán. Después de un siglo, los italianos libres se encuentran unidos con los hermanos argentinos y uruguayos en la lucha por los mismos ideales. Como decía Mazzini, pueda por fin triunfar, sobre las ruinas de "la Roma de los reyes", "la Roma del Pueblo".

Firmado: T. Santorevere

Italia Libre, 29 de agosto de 1942

Liberalismo y socialismo. Conferencia del dr. Renato Treves

El 13 de noviembre pasado en la cátedra Alberdi del Colegio Libre de Estudios Superiores, el doctor Renato Treves, profesor de la Universidad Nacional de Tucumán, pronunció, ante numeroso y destacado público, la conferencia que anunciamos. Por el vivo interés que ha despertado, deseamos dar de ella un amplio resumen.

Según el doctor Treves, desde la primera mitad del siglo XIX todos los movimientos políticos se han construido y orientado sobre las tendencias y los intereses particulares de dos clases antagónicas, que, con una expresión históricamente bastante inexacta, pueden denominarse burguesa y proletaria.

La burguesía ha sostenido una forma de liberalismo abstracto, censitario, antidemocrático que se armoniza con sus intereses, que son los del libre comercio, de la propiedad privada, etc. La formación del partido liberal inglés, como partido de industriales apoyados por intelectuales de la clase media, las doctrinas de Bentham y Stuart Mill en Inglaterra, de Constant y Tocqueville en Francia, demuestran claramente estas características del movimiento político liberal en la primera mitad del siglo pasado. Mientras que la burguesía ha sostenido un liberalismo censitario y antidemocrático, el proletariado, en este mismo periodo, ha sostenido, en cambio, los principios de la democracia y de la soberanía popular. En un primer tiempo estos principios han sido concebidos desde el punto de vista del igualitarismo y del racionalismo; en un segundo tiempo, en cambio, desde el punto de vista histórico y prevalentemente económico. El cartismo en Inglaterra, el babeuvismo y el planquismo en Francia, representan la primera concepción; el socialismo científico de Marx y Engels representan la segunda.

Es evidente el contraste entre estos movimientos políticos concretos y las tendencias culturales y espirituales de la época que son caracterizadas

por aquella concepción histórica de la libertad que según la interpretación de Croce constituye la verdadera religión del siglo XIX. Pero todavía más evidente y más grave se hace este contraste en la segunda mitad del siglo, cuando la burguesía y el proletariado transforman notablemente sus métodos y sus ideologías. Por lo que se refiere a la burguesía se observa que esta se ha alejado de los ideales liberales por varias razones. Ante todo por haber aceptado el mismo punto de vista de sus adversarios, que confundían erróneamente el concepto político de partido con el concepto económico de clase y por haber sufrido aquel proceso de disgregación y de planificación que, como es sabido, ha transformado en muchos países la clase burguesa en una masa moral y espiritualmente amorfa. Por lo que se refiere al movimiento proletario, se revelan, además, las graves consecuencias que ha producido la separación y la lucha entre las tendencias legalitarias y parlamentarias y las tendencias sindicales y revolucionarias; las primeras, siempre más alejadas de las masas, y las segundas, siempre más indiferentes a los problemas políticos generales.

Estas desviaciones y transformaciones de los movimientos políticos burgueses y proletarios en la segunda mitad del siglo pasado y en los primeros años de este, no han permitido que se fundamentaran sobre bases fuertes y seguras las instituciones liberales y democráticas que han sido introducidas después de la guerra del 14 en los países de formación reciente, en los países vencidos y también en algunos vencedores.

Así, en contra de estas instituciones carentes de sólidos fundamentos, ha podido desencadenarse enseguida la reacción.

Por un lado se ven las masas obreras, desvinculadas y, según ellas, traicionadas por sus jefes, que se concentran en organizaciones sindicales que limitan sus objetivos al campo estrictamente económico y clasista, y que, alentadas por el ejemplo ruso, marchan hacia el poder con métodos violentos y revolucionarios; por el otro, aterrorizadas por este movimiento, se ven las masas burguesas, manejadas por los grandes capitales, que sacrifican los últimos vestigios de aquella libertad en la cual no creen más y que apoyándose en el poderoso maquinismo del estado, oponen la violencia a la violencia, la fuerza a la fuerza, los intereses particulares de su clase a los intereses particulares de la otra.

El triunfo de esta segunda fuerza, es decir, de la burguesía de masas, en Italia antes, en Alemania después, y el insaciable deseo de conquista de los jefes, han producido el grave conflicto actual. El conflicto en el que se encuentran unidos en contra del enemigo común los elementos más sanos y más fuertes de la burguesía y del proletariado que desde hace más de un siglo han luchado siempre entre sí.

Esta circunstancia por la cual los dos movimientos tradicionalmente antagónicos se encuentran frente a un tercer movimiento que es opuesto a los dos y que es más bien la negación de los dos nos puede proporcionar útiles enseñanzas. Ante todo indica con claridad algunas características de este tercer movimiento: se trata del materialismo y de la violencia, que no constituyen ya el medio necesario para la elevación moral y material del proletariado, sino la fuerza que debe aplastarlo en forma radical y completa. Se trata especialmente de la burguesía, de la burguesía de masas si se quiere, que, para defender sus intereses económicos particulares, se ha desprendido completamente de todo principio de respeto de la persona humana, de toda fe en la libertad.

De estas observaciones sobre el carácter histórico de las modernas dictaduras burguesas se pueden deducir, además, otras que a modo de ver del doctor Treves podrían ser alentadoras para el llamado socialismo burgués. Se puede deducir ante todo que la violencia y el materialismo no son los métodos y las concepciones exclusivas y necesarias del movimiento proletario, el cual puede luchar también con otras armas y fundamentarse sobre otras concepciones. Se puede afirmar sobre todo que la libertad y los principios del respeto de la personalidad no son conceptos y principios exclusiva y necesariamente vinculados a la clase burguesa. La burguesía para defender sus intereses en algunos países ha podido sacrificar la libertad, y la libertad triunfará independientemente, y si fuera necesario, aun en contra de la burguesía.

Tales, a grandes rasgos, son los conceptos fundamentales de la brillante conferencia del doctor Renato Treves, que tanto interés despertó en el auditorio, siendo coronada, al final, por sostenidos aplausos.

Italia Libre, 21 de noviembre de 1942

El antifascismo en la cultura italiana

Renato Treves

La segunda edición de *Storia del liberalismo europeo* de Guido De Ruggiero ha ocasionado recientemente vivas protestas en el ambiente fascista. Por ejemplo, *Il Popolo d'Italia* ha declarado que este hecho da toda la razón a las "brigadas fascistas de la cultura cuando denuncian que la contraofensiva liberal y antifascista está en plena acción... y cuando invocan la proclamación de una ley de guerra revolucionaria en el campo de la cultura italiana, dado que hoy, en medio de un enfrentamiento de civilizaciones, desde una cátedra de la Universidad de Roma estas historias grotescas todavía pueden ser difundidas impunemente".

En mi opinión, esta realidad, y sobre todo este reconocimiento de una acción antifascista en el campo de la cultura italiana –diría que casi oficial, pues este es un libro publicado en Italia por un profesor en plena posesión de su cátedra– merece un comentario en *Italia Libre*, que hace tiempo dio la breve noticia. Los italianos en el extranjero que hoy discuten con energía e interés los problemas de la reconstrucción después de la guerra deberían centrarse más en el antifascismo en Italia. Y no solo en los antifascistas más heroicos que luchan en el movimiento clandestino y sufren en las cárceles y lugares de confinamiento, sino también en los que, limitándose a actuar en el reducido campo de la cultura, a pesar de su excesiva prudencia, sus graves compromisos y humillaciones, han contribuido a mantener vivo el culto a los valores morales y a los principios ideales.

Se puede decir que este antifascismo de la cultura italiana, como el de las organizaciones exiliadas y clandestinas, se formó precisamente en el mismo año en que apareció la primera edición del libro de De Ruggiero. En 1925, Mussolini, después de asumir la responsabilidad de los crímenes indecibles de sus cómplices y sicarios, fue capaz de subyugar al pueblo ita-

liano, el cual, después del asesinato de Matteotti, había demostrado su aversión unánime hacia el fascismo, pero también su incapacidad para derribarlo con acciones concretas. El libro de De Ruggiero, que apareció en ese mismo período de frenazos y opresión de las libertades, fue uno de los primeros ejemplos de ese antifascismo cultural, tolerado y prudente, que pronto fue seguido por muchos intelectuales que, como el mismo De Ruggiero, no se sentían llamados a la acción directa y a la lucha.

En la *Storia del liberalismo europeo* de De Ruggiero ya se encuentran todos los elementos característicos de este antifascismo de la cultura italiana. Dedicado a las generaciones más jóvenes, este libro, basado en una investigación histórica prudente y segura, destaca sobre todo el valor eterno de la libertad, que puede atravesar crisis graves y profundas, pero que es esencialmente inquebrantable en cuanto constituye el esfuerzo continuo de elevación y diferenciación de la personalidad, esencia misma de la historia, la cultura y la moralidad. Y exaltando estos valores que el fascismo niega totalmente, De Ruggiero también encuentra una manera de lanzar críticas concretas al régimen político italiano, sin nombrarlo directamente. Explica, por ejemplo, la oposición diametral que separa el nacionalismo liberal del *Risorgimento* del nacionalismo imperialista del fascismo, señala el absurdo de imponer de forma coercitiva la colaboración de clase y denuncia la injusticia de degradar la acción política como si fuera una acción económica "por medio de reminiscencias sindicales híbridas mal digeridas e instituciones liberales manipuladas temerariamente".

Desde 1925 hasta hoy, cuando la segunda edición de este libro aparece entre las habituales protestas "de las brigadas fascistas de la cultura" contra intelectuales no serviles, y no completamente serviles, se puede decir que este antifascismo prudente, pero seguro y consciente, ha actuado de forma constante y ha penetrado profundamente en los mejores espíritus de la juventud italiana.

Croce, con su exaltación casi religiosa de la libertad, con su dura crítica al activismo, con sus sátiras, alusiones y anécdotas que periódicamente animan la *Critica*, es ciertamente el máximo representante del movimiento cultural antifascista en Italia, pero no es ciertamente el único. Además de sus colaboradores más cercanos, como Omodeo y De Ruggiero, también

podemos recordar a muchos otros intelectuales de tendencias muy diferentes que, como Ruffini y Martinetti, a través de sus escritos y su moralidad, han llevado a cabo un trabajo de persuasión entre los jóvenes, quizás menos extenso, pero ciertamente no menos profundo que el de Croce. Y a pesar de estos ejemplos bien conocidos, no debemos olvidar que una cantidad de intelectuales quizás mucho mayor de lo que creemos ha participado en este antifascismo tolerado. Han tomado parte en el mismo muchos escritores y educadores que, si bien tal vez hicieron algunas concesiones al fascismo de carácter formal, nunca pusieron su actividad y su pensamiento al servicio de este, y lo combatieron, de hecho, siempre, con todos los medios a su disposición y dentro de los límites que les permitieron su propia forma de pensar y su propio espíritu de sacrificio.

Dado que participé activamente en la vida universitaria italiana bajo el fascismo entre 1925 y 1938, primero como estudiante y luego como profesor, creo que puedo afirmar con cierta competencia que nunca ha habido una universidad en Italia, quizás ni siquiera una facultad, en la que al menos un profesor no haya colaborado, más o menos activamente, más o menos conscientemente, en la acción antifascista en el campo de la cultura. Un profesor que con sus escritos, no con la palabra ni con los actos, o quizás incluso con el silencio y las ausencias, no demostrase su profunda aversión al régimen. Y no creo que ninguno de estos profesores se encontrase completamente aislado de sus estudiantes. A pesar del miedo, la cobardía o el espionaje, estoy seguro de que siempre sentiría como si estuviesen latiendo cerca de su corazón los corazones de los mejores jóvenes, los que eran más entusiastas por la búsqueda de la verdad, más sensibles a los valores ideales, desdeñosos de los bienes y las cargas materiales.

Pues bien, este antifascismo de la cultura, que las propias instituciones fascistas reconocen hoy como "en plena acción", este antifascismo, que ciertamente ejerce una fuerte influencia en el espíritu de los jóvenes, no puede ser completamente olvidado por aquellos que discuten, quizás un poco prematuramente, los problemas de la posguerra. Los italianos libres de América no pueden ni deben distinguir de manera simplista entre los hombres de acción que sufrieron y sufren en el exilio, en las cárceles y lugares de confinamiento, y los otros que viven sin ser molestados en su tierra natal. Deben

pensar que, entre estos últimos, no todos se han doblegado por completo ante el fascismo, no todos han puesto su pluma y su intelecto al servicio del régimen, no todos han abandonado el culto a los valores morales para obtener bienes y honores.

Entre los intelectuales que viven en Italia casi sin ser molestados, no solo están Croce y De Ruggiero, sino muchos otros más modestos y ensombrecidos, a los que debemos, junto con aquellos, el indiscutible mérito de haber mantenido vivo el culto a la justicia y a la libertad en las escuelas y fuera de ellas. Al trabajo, quizás demasiado cobarde pero aun así ciertamente muy eficaz de estos intelectuales, se debe el mérito de haber contribuido a que hoy en Italia no todos los jóvenes sean como los que nos describe recientemente R. Musatti y también que no creyesen estos que no había otros valores que los de la violencia proclamada por el fascismo. Creo que debemos excluir definitivamente la idea de que todos los jóvenes italianos fuesen insensibles al sacrificio heroico de los antifascistas porque lo consideraban inútil desde un punto de vista pragmático; que todos estos jóvenes pensasen que había muchas formas distintas de libertad, incluida una realizada por el fascismo; que todos estos jóvenes fuesen finalmente incapaces de comprender la diferencia entre nacionalidad y nacionalismo, libertad y tiranía, entre el fracaso práctico de los viejos partidos y los valores eternos que defendían.

Frente a la mayoría de los jóvenes italianos a los que Musatti perteneció, no hay que olvidar que, por el trabajo constante de muchos intelectuales italianos, se ha mantenido viva y activa una minoría de jóvenes que han sido capaces de comprender y apreciar los pensamientos de Mazzini, Cavour, Marx, Croce y muchos otros escritores cuyos libros podían ser leídos en todas las bibliotecas y comprados en todas las librerías; una minoría de jóvenes que nunca se han sentido "fascistas por idealismo", que siempre han respetado el sacrificio y el heroísmo, aunque fueran inútiles, y que ahora, al contrario que muchos de sus compañeros, no se encuentran desorientados y decepcionados por los errores irreparables del fascismo, sino que se alegran de ver lo que siempre han querido y esperado.

Al discutir los problemas de la posguerra, tenemos que pensar un poco más en estos jóvenes y en todos aquellos intelectuales que durante veinte

años (quizás haciendo concesiones que deberían facilitar sus vidas y actuaciones en la patria) han mantenido su fe en los principios de justicia y libertad. Estoy seguro que estos, respetuosos con los que han luchado y sufrido mucho más que ellos, mañana colaborarán con humildad y eficacia, junto con los viejos antifascistas, para la reconstrucción espiritual y moral de nuestro país. Aquellos que todavía están dominados por la mentalidad realista del fascismo, aquellos que no quieren reconocer los méritos de los mejores, aquellos que no quieren sentirse culpables, aquellos que no quieren "renunciar a todo lo que han creído en buena fe", aquellos que todavía dicen que son "el motor de la revolución" (son estas las expresiones de Musatti), sin duda harán contribuciones muy útiles en muchos campos de actividad, pero, al menos por ahora, no en la cultura y la moral, porque los que ignoran lo que es la libertad, los que no quieren humillarse o reconocer el valor y el mérito de los mejores, han perdido, quizás no por su culpa, toda la sensibilidad para los problemas de la cultura y la moral.

Firmado: T. Santorevere

Italia Libre, 2 de enero de 1943

VEINTITRÉS CARTAS EN TORNO A *UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA* (21 de abril de 1943-28 de julio de 1945)

A continuación, se reproducen en orden cronológico veintitrés cartas intercambiadas por Renato Treves, Francisco Ayala, José Medina Echavarría, Giorgio Tagliacozzo, Tullia Zevi, Benedetto Croce y Luis Jiménez de Asúa sobre la gestación, edición y difusión de *Una doble experiencia política*.

Se han eliminado erratas y errores mecanográficos y se han normalizado la ortografía y la puntuación de acuerdo con las pautas actuales. Proceden del legado de Renato Treves al APICE (Archivi della Parola, dell'Immagine e della Comunicazione Editoriale dell' Università degli Studi di Milano): cartas 1, 2, 7, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 22 y 23; y del Archivo Histórico del Colegio de México: cartas 3, 4, 5, 6, 8, 11, 16 y 17.

1
De Giorgio Tagliacozzo a Renato Treves

500 Riverside Drive, New York, 21 aprile 1943

Carissimo Professore Treves,

in primo luogo grazie sincerissime per le sue pubblicazioni, che leggerò con grande piacere. Ho già oggi veduto con soddisfazione il suo articolo "L'antifascismo nella cultura italiana", il cui punto di vista condivido pienamente. Non so se ella sia a conoscenza del volume *Ricostruzione dell'economia nel dopoguerra*, pubblicato dalla CEDAM alla fine dello scorso anno. Gli economisti De Maria, Einaudi e Bresciani Turroni, vi criticano educatamente (prudentemente) ma significativamente il sistema economico cor-

porativo, che – essi dicono – ha impoverito il paese, ed a cui nel dopoguerra occorre sostituire un sistema di libertà. Questo volume ha destato molto interesse qui, ed e stato commentato da un comune amico, il Dr. Giorgio Tesoro, per conto del Bureau of Latin American Research (1714, Rhode Island Avenue, Washington DC). Se non conosce questo commento, può scrivere al Bureau per averne una copia gratis; o può scrivere a me, ed io sarò ben lieto di fargliela pervenire. Sempre a conferma della Sua tesi, non insegnavo io, in piena facoltà di Scienze Economiche e Commerciali, le idee economiche derivabili dalla filosofia del Croce? Se le facesse piacere avere un'idea del mio punto di vista sull'argomento, potrebbe vedere il mio volume *Economisti napoletani del secoli XVII e XVIII* (Cappelli). Recentemente (aprile 1943) la rivista *Econometrica* (Chicago) ha pubblicato un riassunto di una comunicazione da me presentata su questo soggetto.

Vengo ora a quanto mi fu scritto dal Prof. Mondolfo. La risposta del Prof. Fallico – editore, con lo Schilpp, della collana filosofica – e stata la seguente: "Non appena ricevetti la lettera tua e del professore Mondolfo (io gliela avevo inviata in visione), detti istruzioni alla mia segretaria di informarne il Schilpp. Il quale venne a trovarmi poco dopo, e parlammo a lungo del volume crociano, nonché del tuo suggerimento per l'articolo di Treves. Concludemmo che la lista degli articolisti è già molto lunga e, perciò, non penseremo per il momento ad altri.

Io non ho risposto ancora a questa lettera, giunta pochissimi giorni fa. Nel ricevere oggi le sue pubblicazioni, mi è venuto in mente per un istante di mandare al Fallico lo scritto sulla Filosofia del Diritto di Croce. Poi ho pensato che è molto più opportuno che Lei lo mandi, perché non mi sembra che il fare pressione stia a me, tanto più che fra gli articoli inclusi nel volume ce n'é uno mio. Questo, dunque, sarebbe il mio consiglio. Se accompagna lo scritto con una lettera al Prof. Fallico, sono sicuro che le risponderà con molta gentilezza; e chi sa che, nel frattempo, non siano sopraggiunti elementi atti a trasformare quel "per il momento", che si trova nella sua lettera.

Sono lieto di questa occasione per essere entrato in contatto con lei, del quale avevo sentito parlare varie volte, fra l'altro da Angelica Mendoza, che vive qui all'International House, e con la quale siamo buoni amici.

Mi scriva e mi dia un poco di notizie di costi. Mi dica se é in contatto e se conosce il Bureau of Latin American Research, di cui sopra. Credo che uno scambio di idee con questa interessante istituzione (diretta da Bruno Foà, l'economista di Napoli), potrebbe essere utile, e darle una buona soddisfazione.

Le prego inviare i miei saluti al professore Mondolfo e gradire una stretta di mano; suo

Giorgio Tagliacozzo

PS: Io ho recentemente pubblicato per conto del Bureau of Latin American Research uno scritto sul *Beveridge Plan and the Italian Legislation of Social Security*. Se le può interessare, faccia richiesta anche di questo al Bureau.

Renato Treves

2
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 5 de abril de 1944
Dr. Renato Treves.
Tucumán

Mi querido amigo:

He leído con mucho gusto su artículo. Me ha interesado mucho, porque plantea una serie de problemas vivos y auténticos, e invita con ello a la discusión. Desde este punto de vista, puedo decirle que es una de las poquísimas cosas estimulantes que he leído desde hace mucho tiempo. Le diré también que disiento de muchas de sus apreciaciones, pero es un disentimiento de signo positivo, que invita a discutir y que se basa en una parti-

cipación apasionada en el tema. En fin, he sentido la necesidad de que procedamos a compulsar nuestros puntos de vista, nosotros los que hemos de correr análogo destino en el futuro inmediato, para que nos conozcamos a fondo y podamos compenetrarnos.

Es difícil, en efecto, que veamos publicado el trabajo del otro lado del océano. Pero, ¿por qué no lo hace publicar en México, donde hay medios y ambiente para que este tipo de cuestiones encuentren el correspondiente eco? No digo aquí, porque, al contrario, el ambiente actual se presta poco.

Dentro de un par de semanas creo que podré enviarle el pequeño volumen que, bajo el título *Los políticos*, voy a dar con diversos ensayos de los que algunos le serán desconocidos. Lo edita Depalma.

Si se ve usted con Vázquez dígale que le preste mi librito *Historia de la Libertad* –no tengo ejemplar disponible–, y vea qué le parece. Es un epítome, pero creo que encuadra *El problema del Liberalismo* y lo complementa.

Le abraza cordialmente

Francisco Ayala

3
De José Medina Echavarría a Francisco Ayala

México DF, 15 de mayo de 1944.
Sr. Francisco Ayala,
Lafinur 3090 - 1º A.
Buenos Aires (Argentina)

Distinguido y fino amigo:

Jornadas es una de las publicaciones del Centro de Estudios Sociales, de la que seguramente conoce usted alguno de sus números. Hasta aquí

Jornadas se ha limitado a recoger los trabajos redactados con ocasión de los Seminarios Colectivos habidos en ese Centro, mas siguiendo propósitos iniciales, aspira ahora a dar cabida en sus páginas a las aportaciones de una colaboración más amplia.

Jornadas pretende ser así un tipo especial de revista que sin el formato habitual ni fecha periódica, permite, sin embargo, la publicación de investigaciones y ensayos que por su tamaño intermedio entre el artículo usual y el pequeño libro, carecen, por lo regular, de un medio adecuado de publicidad. Los cuadernos de *Jornadas* admiten la aparición de trabajos de una extensión que oscile entre un mínimo de 40 páginas y un máximo de 90.

Jornadas aspira a contar entre sus colaboradores, y cree ya tenerlos, a los hombres más representativos del pensamiento social en todo el continente americano; pretende además con esto fomentar un mejor conocimiento recíproco.

Hoy nos dirigimos a usted para pedirle muy encarecidamente nos honre con su colaboración, enviándonos algún estudio de su especialidad. Por desgracia El Colegio de México es una institución de cultura, de presupuesto modesto y no puede retribuir a sus colaboradores como considera debiera hacerlo. Ofrece por eso una retribución según la extensión de los trabajos, entre 30 y 50 dólares.

Para *Jornadas* y su tarea de difusión científica, constituirá una viva satisfacción el poder contar con su colaboración efectiva.

Con gracias anticipadas, le saluda afectuosamente.

José Medina Echavarría.

4
De José Medina Echavarría a Francisco Ayala

México DF, 5 de julio de 1944.
Sr. Francisco Ayala.
Lafinur 3090 - 1º A.
Buenos Aires (Argentina)

Querido Paco:

Me decido por fin a escribirte al dictado, avergonzado como estoy por mi largo silencio. He sabido de ti a través de Vicente, y alguna noticia habrás tú tenido a través de la misma fuente y por las publicaciones que te he mandado en diversas ocasiones.

Cuando hace meses me planteaste una cuestión de tipo viajero, traté de resolverla inmediatamente, pero lo que entonces te hubiera podido decir pendía de una donación norteamericana que meses después fue denegada. Así es que entramos en un periodo de modestia económica harto penosa, que puso en peligro, como en otras ocasiones, las actividades de la casa. Era imposible pensar por consiguiente en poder ofrecerte lo que querías y era de nuestro gusto.

Me dijo Vicente que estabas conforme con la publicación de tu ensayo sobre Liberalismo, en las *Jornadas*. Yo traté de que abriese otra pequeña colección de monografías con formato más de libro, pero a Cosío le pareció peligrosa la idea por no tener la seguridad de que pudiéramos continuar la nueva colección. Me alegro que en medio de todo se publique en *Jornadas*, porque honrará a esta colección, que hasta ahora, como has visto, no va del todo mal y que espero sea quizá mejor en lo sucesivo. Recibirías no hace mucho mi carta pidiéndote colaboración. Es decir, no me tengo por satisfecho con la publicación de tu ensayo inmediatamente, pues aspiraba, y te lo iba a decir, a que me hicieras una *Jornadas* de temas españoles; algo que completara o siguiera la línea de tus dos magníficos ensayos de *Cuadernos Americanos*, con los que me sentí plenamente de acuerdo. Te pido pues que no te sientas relegado y que me complazcas en esto.

Hemos pedido colaboración a bastante gente del Continente. Yo estuve buscando una lista de nombres que me mandaste hace años, con ocasión de otro intento, pero se me ha traspapelado y no la encuentro. Te ruego que me repitas esa lista de las personas a quienes podría invitar, y que tú mismo, antes de que la recibamos y de hacer la petición formal, te sientas un poco representante de *Jornadas* en Buenos Aires y realices por ti mismo las gestiones que te parezcan oportunas. Por ejemplo, quisiera escribir a Guillermo de Torre para que nos hiciera algo de carácter español, del tipo de su trabajo sobre Menéndez Pelayo. Díselo en todo caso.

Como ves, estamos próximos a posibilidades que en este momento desconozco y que en cierta manera temo, pues lo que ofrece el horizonte inmediato que aquí tengo, no es nada alentador.

Saluda a los tuyos y recibe un abrazo cordial, de

José Medina Echavarría.

JME/sa

5
De Francisco Ayala a José Medina Echavarría

Buenos Aires, 16 de julio de 1944.
Sr. Don José Medina Echavarría.
México

Querido Pepe:

Te escribo hoy por encargo de Renato Treves y de acuerdo con él, a propósito de un requerimiento que le hiciste tiempo atrás para que colaborase en las *Jornadas*, preferentemente en tema relacionado con Italia.

Treves me ha comunicado el texto de un trabajo que, tomando pie en mis libros, desarrolla el tema de la distinta experiencia vivida por nuestra generación en España, y por la generación gemela en Italia. Ese trabajo se ha publicado en Norteamérica y, creemos, en Italia. Conversando acerca del tema, se nos ocurrió desarrollarlo en forma polémica –aunque en el fondo coinciden nuestros puntos de vista–, y proyectarlo hacia el problema de la futura organización del mundo y del papel que deben jugar ahí nuestros países.

Ahora se le ocurre a Treves que quizás sea adecuado para publicar en las *Jornadas*. Yo también lo creo. Falta ahora que lo encontréis vosotros igualmente a propósito. Si interesara publicarlo, podríamos remitir el original por avión, tan pronto como nos llegue vuestra conformidad. Pues claro está que, dado el tema y la ocasión, debería publicarse sin demora ninguna. Nuestro propósito sería darle la mayor difusión posible, tanto entre el público de habla española como en Italia, a cuyo efecto gestionaríamos también una edición en este idioma.

El original, como digo, está listo ya, y en estos días lo pasan en limpio. Su extensión corresponde al término medio de las *Jornadas*. Consta de una nota previa, donde se explica el origen del trabajo. Viene luego el ensayo de Treves; después, una exposición mía del proceso político español, aclarando las indicaciones de Treves por lo que a España se refiere. A continuación, Treves recapitula ambos procesos políticos y los conduce a la situación presente, invitándome a discurrir sobre las perspectivas que presenta para noso-tros. Entonces yo discuto la situación de España como miembro capital de la cultura hispánica, su posición entre Europa y América, etc., para estudiar las posibilidades y conveniencia de una cooperación política y cultural de las potencias continentales del Occidente europeo con vistas a la afirmación de los valores de nuestra cultura tradicional. El último capítulo será un resumen o conclusiones hecho en colaboración por los dos, en el que establecemos y fundamos algunas tesis de principio, que creemos constructivas.

Esperamos, pues, tu respuesta. Y ahora dejo a Treves un espacio para que te ponga unas líneas.

Cordialmente tuyo, Paco.

(Nota manuscrita de Renato Treves)

Estimado amigo y colega: No contesté antes a su amable carta del 8 de mayo pasado porque no tenía ningún trabajo listo para *Jornadas*. Ahora espero que este escrito en colaboración con Francisco Ayala pueda interesarles. Me alegraría mucho poder afirmar, desde una tribuna tan prestigiosa como la que usted me ofrece, la consiguiente unión misma política y cultural entre España e Italia.

Un saludo cordial.

Sr. Renato Treves.

6
De José Medina Echavarría a Francisco Ayala

México DF, 26 de julio de 1944.
Sr. Francisco Ayala.
Lafinur 3090 - 1º A
Buenos Aires (Argentina)
Urgente

Querido Paco:

Espléndido. Envía ese manuscrito en cuanto esté para publicarlo enseguida.

Con esta tu carta responde en parte a la petición que te hice en una mía anterior que espero estará ya en tu poder.

No escribo más porque tengo a Nieves enferma y he venido solo para que no se perdiera este correo.

Un abrazo cordial.

José Medina Echavarría

7
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 2 de septiembre de 1944

Querido Treves:

Mientras tanto llegan las 25 páginas escritas por usted, que me anuncia en su carta, yo he preparado el material que tengo en mi poder, y le remito adjunto, la copia de lo hecho:

Va en primer término la nota introductoria, que deberá imprimirse en bastardilla, sin firma. Es la primera de las hojas que le envío: dígame si está de acuerdo con su texto.

A continuación, va su artículo de los *Quaderni* traducido por mí según las indicaciones de su carta. Hágame el favor de leerlo, y si algo no ha sido bien interpretado por mi parte, me lo advierte usted.

Por último, va mi contestación, para que usted la traduzca al italiano.

Esas hojas que le envío son la copia del original que, cuando este completo todo, remitiré a México. Por eso va en escritura tan apretada. Está en papel de avión. Conforme reciba el resto, lo iré completando de la misma forma y le enviaré a usted las copias. Y cuando todo esté listo, nos pondremos de acuerdo sobre los títulos de cada capítulo y sobre el título del volumen, que ya tenemos conversado, pero que se me olvidó. ¿Cómo era?

Le ruego que conserve con cuidado esas copias, pues una vez que yo envíe el original a México serán lo único que quede en nuestro poder. Creo que podría usted preparar la versión italiana de igual forma que yo hago

con la española; vale decir, poniendo el original en papel de avión y conservando la copia. Respecto de la publicación en italiano, usted conoce mejor que yo el ambiente y podrá decir. Sería tal vez el caso de que, cuando usted venga, nos pongamos al habla con los elementos que le parezcan más indicados. De cualquier modo, la finalidad sería que llegase a Italia misma y se difundiera allí.

Por ahora retengo el *Quaderno*; pero se lo devolveré a usted con las copias de la parte restante, que espero llegue enseguida a mi poder.

Afectuosamente suyo

Francisco Ayala

8
De José Medina Echavarría a Francisco Ayala

México DF, 6 de septiembre de 1944
Sr. Francisco Ayala
Lafinur 3090 - 1º A
Buenos Aires (Argentina)

Querido Paco:

Como ha pasado ya algún tiempo y no he recibido el manuscrito de tu trabajo en común con Treves, te pongo estas líneas por si acaso no recibiste mis anteriores. En cuanto recibamos el manuscrito lo pondremos a la prensa.

Te abraza

José Medina Echavarría

9
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 10 de septiembre de 1944

Querido Treves:

Adjunto le remito a usted la traducción de su capítulo "La experiencia italiana", así como el que he redactado yo para poner término al volumen. Los títulos van de esta forma: I. "Un aspecto de la ciencia política española"; II. "La experiencia política de una generación española"; III. "La experiencia italiana"; IV. "Misión de los pueblos latinos".

El título del volumen: *Una doble experiencia política: Italia y España*.

Ya lo tengo todo listo para enviar a México, tal y como ha de ir si usted no desea alguna modificación. Verá usted que el último capítulo no hace sino plantear en forma muy resumida cuestiones generales que si hubieran de desenvolverse darían lugar a un grueso volumen. Pero me parece que queda bien para cerrar este cuaderno. Ojalá que a usted le parezca adecuado.

Su capítulo me ha parecido sencillamente esplendido, por cuanto reúne la moderación de forma a la energía de pensamiento. Comprobara usted que no le he tenido que hacer sino unos levísimos retoques de estilo.

Dada la urgencia que existe en remitir esto a México para que no se nos adelanten los acontecimientos, me permito rogarle que, si está usted conforme, me telegrafíe diciendo, simplemente, "Conforme Treves", y yo lo envío acto seguido. Si, por el contrario, creyera indispensable alguna modificación o salvedad, escríbame, y haré la rectificación correspondiente.

Con saludos a la señora, le abraza su amigo y compañero

Francisco Ayala

10
De Renato Treves a Francisco Ayala

Tucumán, 13 de septiembre de 1944
Señor Dr. Francisco Ayala
Buenos Aires (Argentina)

Querido Ayala:

Acabo de recibir su expreso. Le agradezco infinitamente por todo el trabajo que hizo para mí. No solo en revisar mi castellano sino también en transcribir mi capítulo.

Su conclusión me ha parecido magnífica. Le agradezco muchísimo por haber dado también una perspectiva más amplia a las observaciones que yo había limitado al campo reducido de la generación italiana.

No le he telegrafiado mi conformidad porque deseo proponerle algunas pequeñas modificaciones que considero, sin embargo, bastante importantes.

Ante todo, por lo que se refiere a los títulos, para que el índice tenga mayor armonía propongo lo siguiente: I. "Una doble experiencia cultural"; II. "La experiencia política de una generación española"; III. "La experiencia política de una generación italiana"; IV. "La misión de los pueblos latinos".

La nota introductoria en bastardilla debería tener la fecha de este mes. Además, hablando de mí, se dice que he sido profesor en Italia, etc. Quisiera que también al nombrarse usted se diga que ha sido profesor en España y en la Argentina. Si usted tiene algún inconveniente para eso le ruego borrar las palabras que se refieren a mi actuación universitaria.

En la traducción de mi artículo he encontrado algunos claros correspondientes a la palabra italiana *attesa*. Creo que se puede traducir indiferentemente como expectativa o espera. Pocas líneas después de la cita de su libro hay la palabra italiana *appieno*, puede ser traducida en castellano con: a fondo, del todo, completamente.

Al inicio del capítulo III, donde Usted dice "profesores ambos de derecho público...", le rogaría borrar el adjetivo público dado que yo dictaba filosofía del derecho.

En el capítulo III quisiera sustituir el segundo párrafo con el siguiente:

"Con acierto observa Ayala que por caminos diferentes y aun contrapuestos italianos y españoles nos hallamos ahora coincidiendo en una situación análoga y ante la tarea de edificar de nuevo la convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos. Me es grato ver el profundo interés que mi colega español demuestra por las vinculaciones espirituales que unen a nuestros dos pueblos y aprovecho esta oportunidad para agregar ahora nuevas consideraciones acerca de este tema tan actual".

En el mismo capítulo, en la página 18, último párrafo, le ruego borrar las tres palabras "como decía Daladier" y dejar sencillamente la cita "una guerra sin muertos". Al principio de la página 19, en el mismo párrafo, le ruego corregir: "La verdadera "puñalada por la espalda" en cierto sentido, hubiera sido la que...".

En el penúltimo párrafo de la misma página 19 ha sido cambiado un poco mi pensamiento. Los síntomas graves que se han revelado en los años de guerra son para mí: el extremo pragmatismo… las tendencias tradicionalistas... la hostilidad y el temor... la gran facilidad de transigir... En el texto que Usted me ha enviado parece que, las tendencias tradicionalistas, la hostilidad, etc., sean ejemplo del extremo pragmatismo. Le ruego volver a leer mi texto oficial. Probablemente todo se puede corregir borrando algunos "en" y agregando por ejemplo "el extremo pragmatismo de los aliados...".

Desearía modificar el principio del último párrafo de la misma página 19 en el modo siguiente:

"Afortunadamente, todas estas tentativas de salvar algo de la vieja estructura tradicionalista, fascista y colaboracionista de Europa están fracasando, pero todos estos hechos son suficientes para explicar por qué los antifascistas, pese a que colaboran con los aliados...".

En la página 24, nota 9, ruego hacer las modificaciones siguientes "(9) Un ejemplo que demuestra esta posibilidad puede ser encontrado ya en

Buenos Aires en la revista en idioma italiano *Domani*… Partiendo de este principio, es fatal que la revista *Domani* desconozca la importancia… intente identificar… niegue toda diferencia… mezcle absurdas pretensiones de preminencia italiana en Etiopía con la adhesión incondicionada a las ideologías de las Naciones Unidas; en una palabra…".

Lamento mucho tener que darle todavía otro trabajo, pero como Usted ve se trata de observaciones de cierta importancia. Importantes especialmente para mí, que como Usted observa, soy cauteloso…

Le ruego comunicarme todo lo que le escriban de México a propósito de nuestro trabajo. Pienso que el gasto para el envío de nuestro manuscrito a México por vía aérea sea bastante fuerte, y le ruego me haga saber cuál es mi deuda.

No he recibido todavía la contestación de USA por la edición italiana. Habría dos soluciones: la primera enviar el original italiano a la señora de uno de los redactores de los *Quaderni* para que lo haga publicar en US o lo envíe a su marido que ya está en Italia, pero es difícil saber si y cuando aparecería nuestro trabajo. La segunda solución será la de publicarlo acá bajo el patrocinio de la asociación Italia Libre de la Argentina, pero no sé si esta solución sea conveniente. Para esta segunda solución conversaremos cuando nos encontraremos en Buenos Aires.

Todavía muchas gracias y un saludo afectuoso

Renato Treves

11
De Francisco Ayala a José Medina Echavarría

Buenos Aires, 15 de septiembre de 1944
Sr. Don José Medina Echavarría
México

Querido Pepe:

Adjunto te remito el original compuesto en común por Treves y por mí, para las *Jornadas*. Como va en tan breve espacio, será menester que quien lo cuide tenga especial cuidado en evitación de erratas. Y, desde luego, dado el tema, toda la premura en su publicación será poca.

Ya recibí el cheque correspondiente al *Ensayo sobre la Libertad*, y te ruego que pases nota a la administración de este acuse de recibo. Lo que todavía no ha llegado aquí ha sido el cuaderno mismo, aunque supongo que ya estará publicado. Espero que de los ejemplares que lleguen podré disponer para regalar con alguna largueza, como le indiqué a Herrero en mi carta que sería mi deseo.

He incitado a varios amigos de aquí a que preparen sendas *Jornadas*, pero hasta ahora solo me han prometido hacerlo Guillermo de Torre, Francisco Romero y Luis Jiménez de Asúa.

Quizás habrá llegado ya a vuestro poder el envío que hice de mis últimos libros, que, siendo varios, he dedicado unos a unos amigos y otros a otros. Pregúntale a Cosío qué le parecen estas últimas cosas mías; en general, te agradeceré que recojas impresiones y me las transmitas.

En los mismos días que se publicaba el libro *Razón del mundo* leí una encuesta que sobre el mismo tema habéis hecho en *Cuadernos Americanos*, y me sentí confortado por la general coincidencia de puntos de vista; yo temía que este libro iba a despertar muchas indignaciones, y ha sido al contrario; por lo demás, está constituyendo un enorme éxito de librería.

En fin, acabo esta carta, porque si fuera a dejarme llevar de las ganas de comunicación con vosotros, no tendría fin. Escríbeme.

Saludos afectuosos a Nieves, y para ti un abrazo de tu viejo amigo.

Paco

Observaciones: Las notas, al pie de página y numeradas por páginas, no por capítulos. Corregir bien las pruebas, dado que el original está muy apretado por razón de espacio.

Autores: Renato Treves y Francisco Ayala.

Título: "Una doble experiencia política: España e Italia".

Cuidado de no omitir las iniciales al final de cada capítulo.

12
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 18 de septiembre de 1944
Sr. Dr. Renato Treves
Tucumán

Querido Treves:

Recibí su expreso y acto seguido hice todas las modificaciones indicadas en su carta. En realidad, hubo que rehacer pocas páginas, pues muchas cosas quedaron corregidas sobre lo ya escrito. Le envío a usted copia de la nota introductoria tal como ha quedado: yo había omitido ahí mi condición de profesor en atención a que usted la menciona ya en el texto de su artículo; no obstante, he hecho la modificación que usted verá.

El original salió, pues, para México por avión y certificado. Esperemos que la censura no se crea en el caso de leerlo y juzgarlo antes de que llegue a su destino. En todo caso, inmediatamente que tenga noticias se las pasaré a usted. Creo que ha quedado bastante bien el cuaderno.

Respecto de la traducción al italiano, yo no veo inconveniente en que se publique en Buenos Aires, sobre todo teniendo en cuenta que vendrá y

se difundirá el texto castellano y que, por otra parte, no hay nada que roce intereses políticos locales. Usted conoce mejor los ambientes y posibilidades italianos, y podrá decidir con buen criterio qué sea lo mejor desde todos los puntos de vista.

Un cordial saludo de su buen amigo

Francisco Ayala

13
De Renato Treves a José Medina Echavarría

Tucumán, Septiembre 20 de 1944
Señor Doctor
José Medina Echavarría
Colegio de México

Muy estimado colega y amigo:

Imagino que usted ya ha recibido los originales del trabajo "Una doble experiencia política" que acaba de enviarle en estos días nuestro común amigo Francisco Ayala. Le quedaría muy agradecido si en el capítulo III, sexto párrafo a página 14, pudiera sustituir a este mismo párrafo el que le adjunto con una nota para ir a pie de página.

Le ruego además, quiera borrar a fines de este mismo capítulo los últimos dos renglones del penúltimo párrafo. Este debe terminar pues con las palabras siguientes "y podrá extenderse más fácilmente al otro lado del océano, en esta misma América Latina donde, como es sabido hay muchos gérmenes de fascismo".

Cuando sepa que nuestra "Jornada" está para salir, le escribiré rogándole enviar algunos ejemplares a amigos y periódicos italianos de Estados Unidos.

A fines de abril p.p. he tenido el agrado de enviar a usted y a otros amigos de Méjico mi trabajo sobre "Croce filósofo de la libertad"; desearía saber si ha llegado ya y si se encuentra en las librerías. Tengo el temor de que haya encontrado algún tropiezo en el correo para Méjico y Estados Unidos.

Le ruego disculparme para las molestias que le doy rogándole de hacer estas modificaciones en el texto de mi capítulo III, usted mismo puede darse cuenta de la conveniencia y oportunidad de estas modificaciones.

Agradeciéndole muchísimo por el honor de haber acogido nuestro trabajo en "Jornadas" le saludo muy afectuosamente.

Como puede verse el objeto de mis observaciones es bastante restringido. No se debe sin embargo olvidar que nuestro problema es el de las ideologías políticas creadas y elaboradas por élites y que por eso debemos prescindir de la consideración de las masas que sostienen y realizan tales ideologías con la fuerza de su número y el poderío de su acción. Creo que se puede afirmar, no obstante, que las ideologías a que me refiero pueden ser sostenidas con mayor facilidad por las masas trabajadoras que por muchos jóvenes de las clases medias y altas que han sido fascistas por ambición y por falta de sentido crítico y que desorientados y desilusionados pasan hoy al campo opuesto. Las grandes posibilidades de penetración y de éxito del socialismo liberal entre los obreros, a mi modo de ver, se fundamentan sobre todo en el hecho de que esta ideología al oponerse al fascismo, lo ha entendido en el mismo modo que lo entienden las clases trabajadoras, es decir como una dictadura burguesa. Por razones de contraste, los socialistas liberales no solo defienden la libertad en contra del fascismo sino que luchan en contra del capitalismo burgués que la ha traicionado, y las clases trabajadoras, por iguales razones, no solo luchan contra el capitalismo burgués sino que sienten y afirman cada vez más claramente las exigencias de libertad y democracia. (1)

Nota, para ir a pie de página, con numeración independiente por cada página.

(1) Es sabido que el antifascismo en las clases trabajadoras ha surgido ante todo por razones económicas, por ejemplo por el hecho de que el fascismo, que hablaba mucho de mejorar las condiciones materiales de los obreros, en la práctica se preocupaba solamente de imponer gravámenes corporativos, asistenciales etc., que incidían fuertemente en los salarios ya insuficientes. Sin embargo, a estas y otras razones de carácter puramente económico se unían consideraciones de orden político que despertaban una exigencia profunda, aunque confusa, de libertad y democracia. El fascismo, en efecto, a pesar de que declarase ayudar a los obreros en sus reivindicaciones, en la práctica los privaba de los derechos y autonomías que habían conquistado bajo los regímenes anteriores, como lo prueba por ejemplo el hecho que no podían elegir de su propio seno sus representantes sindicales sino que tenían que aceptar los nombrados desde arriba, que eran personas extrañas al mundo del trabajo, prepotentes con los obreros e incapaces de escuchar sus voces y sus legítimas aspiraciones. Además la exigencia de libertad era sentida con mayor fuerza todas las veces que eran obligados a participar a manifestaciones de falso entusiasmo o que debían constatar de no tener ya ningún medio legal para oponerse a la burocracia corporativa que estaba siempre de acuerdo con los representantes patronales.

14
De Renato Treves a Francisco Ayala

Tucumán, 14 de octubre de 1944

Querido amigo:

Por fin le envío, conjuntamente al texto castellano, copia de la traducción italiana de nuestro trabajo. El original, en papel aéreo lo tengo listo acá para enviar a Estados Unidos.

Acabo de recibir de EEUU una carta de la señora de uno de los redactores de los *Quaderni*, el cual ya está en Italia. Me dice textualmente: "Non so ancora se il V numero dei *Quaderni* apparirà qui o in Italia. Dato che la maggior parte dei collaboratori sono ormai riuniti laggiù, penso che una edizione italiana sia più logica. Sono certo che una versione italiana del lavoro da lei fatto con Ayala interesserebbe moltissimo e che potrebbe venire stampato presto laggiù, dato che le pubblicazioni a disposizione degli amici sono varie. Le consiglierei quindi di spedirmene una copia, che io mi affretterò a trasmettere".

Luego que usted revise la traducción y me escriba que está conforme enviaré a EEUU el original que tengo listo. Creo que esta es la solución mejor dado que se trata de un tema vinculado a Giustizia e Libertà.

Para una edición italiana en la Argentina es preciso que conversemos cuando vuelva a Buenos Aires. Para ganar tiempo, será conveniente que le diera una lectura mi suegro (Dr. Lattes –Juncal- U.T. 421393) que está muy vinculado con el medio italiano. Cuando usted haya revisado la traducción podría entregársela a él.

Estoy ansioso de saber si nuestro trabajo ha llegado a México. Le ruego escribirme cuando sepa algo.

Un abrazo de su

[Renato Treves]

P.S. Usted verá que he hecho una pequeña agregación en el capítulo III que he comunicado también a Medina Echavarría.

15
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 16 de octubre de 1944

Mi querido amigo:

Acabo de recibir y leer la traducción completa que usted ha hecho de nuestro trabajo. La encuentro muy bien, y solo he notado en ella las siguientes inexactitudes, que paso a indicarle para que haga las salvedades correspondientes en el texto:

En la página 8, línea 13 usted dice: "relazioni inter-statali". En realidad, habría que decir "intra-statali", o bien "relaciones políticas internas", pues a estas quiero referirme, o bien "relaciones internas de poder".

En la misma página 8, línea 21 dice: "dalle idee politiche e liberali". Hay que suprimir la conjunción *e*, para que diga "idee politiche liberali".

En la página 9, línea 9 dice: "l'imposta del reddito degli affitti urbani". Se trata en realidad de una limitación análoga a la que el actual régimen decretó en la Argentina; es decir, una limitación autoritaria de la renta, y no un impuesto. Tendrá que traducir ese sentido de la palabra *tasa* por limitación o fijación.

En la página 10, última línea, dice: "producendosi cosí una demagogia sfrenata". Yo quise decir que los anti-republicanos se produjeron (esto es, se condujeron) con una demagogia desenfrenada. Puede decir: actuando así con una demagogia desenfrenada.

En la página 11, línea 37 dice: "un dispotismo istituzionale". Mi palabra era *dispositivo*, esto es, aparato, artefacto, estructura...

En la página 12, línea 13 dice: "La cecità di certi uomini…" ¿No sería mejor decir: "de aquellos hombres"?

En la página 30, línea 16, usted traduce "ed é cosi che sono falliti.." mi frase "siendo así que". Esta frase tiene el sentido de: "dado que", "en vista

de que", pues mi creencia en la imposibilidad de mantener a Franco se basa en esos hechos. Yo no sé si su frase traduce bien este matiz.

En la página 31, línea 25 falta la palabra "no". Dice: "adottato dai popoli latini"; debe decir: "adoptado por los pueblos no latinos".

En la página 33, línea 7 dice: "cfr. Il mio Discurso sobre la Restauración y los políticos…". Debe decir: "… sobre la Restauración en los Políticos…".

Eso es todo. Como usted ve, son cosas muy pequeñas, que usted puede corregir enseguida, enviando luego el original a Norteamérica, según me anuncia en su carta. Me alegraré mucho de que se haga la edición en Italia misma.

Respecto de la edición italiana en la Argentina, le paso el texto al dr. Lattes, con quien acabo de hablar por teléfono, para que él ya lo conozca cuando usted venga. ¿Hacia qué fechas piensa usted estar aquí?

Aún no he tenido noticia alguna de la llegada del original a México. Tan pronto la reciba se la transmitiré a usted. Es desesperante la lentitud de las comunicaciones, entorpecidas todavía por la censura. Eso me hace estar ansioso yo también por saber que los papeles llegaron a la editorial. Y supongo que una vez en manos de Medina la publicación no tardará en realizarse, pues a ellos más que a nadie interesa no ser desplazados por los acontecimientos.

De mi *Ensayo sobre la libertad*, cuyo importe me pagaron ya hace tiempo, aún no sé si ha aparecido o no. Ellos son, además de las dificultades de comunicaciones, unos buenos pelotudos, que se dan mucha prisa para encargar las cosas, pero no se apresuran a acusar recibo cuando llegan a su poder.

Hasta pronto. Le abraza su buen amigo

Francisco Ayala

16
De José Medina Echavarría a Francisco Ayala

México D F, 3 de noviembre de 1944
Sr. Francisco Ayala
Lafinur 3090 - 1º A
Buenos Aires (Argentina)

Querido Paco:

Por fin fue en nuestro poder tu trabajo al alimón con Treves. Lo he enviado ya a la imprenta. Con esta fecha te gira El Colegio un cheque por valor de 50.00 dólares para que lo compartas con nuestro colega italiano.

Casualmente recibo hoy tu libro *Políticos* por el que te doy las gracias. Ya te escribiré algún día sobre este y otros asuntos.

Dime cuántos ejemplares quieres de tu *Ensayo sobre la Libertad*.

Te abraza,

José Medina Echavarría.

17
De Francisco Ayala a José Medina Echavarría

Buenos Aires, 20 de noviembre de 1944
Sr. José Medina Echavarría
México

Querido Pepe:

Acabo de recibir tu carta de 3 del corriente, con el cheque a que se refiere, y la mitad de cuyo importe entregaré a Treves. Ya teníamos noticia de la llegada del original y de la inmediata publicación, tanto de este como del mío sobre la libertad, por Cosío, con quien he estado durante estos días con relativa frecuencia. En cuanto a mi *Ensayo sobre la libertad*, quisiera poder disponer de 100 ejemplares para regalar.

Te ruego que, tan pronto como salga la expedición del libro para acá, escribas a quien corresponda –supongo que se tratará ya del nuevo representante de la Casa, que, por cierto, es buen amigo mío– haciéndole la correspondiente indicación, a fin de que yo pueda disponer los envíos.

Ya he visto los dos primeros tomos de *Economía y sociedad*. Es toda una empresa publicar un libro así: te felicito. He publicado un primer artículo en *La Nación* comentando el libro, y seguirá otro que estoy haciendo para el mismo periódico.

Hemos conversado Cosío y yo sobre la eventualidad de que yo pasara una temporada más o menos larga en México, según mis antiguos deseos, que ahora se multiplican por nuevas circunstancias que él podrá referirte; pero la principal de todas, aunque parezca la más arbitraria, es que estoy harto hasta más no poder del clima del Río de la Plata, que me deprime y disminuye mis facultades de trabajo, justo en una época en que siento las mejores disposiciones intelectuales para producir algo.

Esta especie de urgencia psicológica me ha llevado a aceptar un contrato en Río de Janeiro –no es un ideal tampoco el clima, pero con todo preferible a este, y en todo caso, distinto–, contrato por demás excelente, y que está a punto de ultimarse. Yo no he querido adquirir un compromiso demasiado largo (querían dos años, y yo los he reducido a una opción por igual tiempo), pues quiero estar desligado en la temporada próxima y, sobre todo, no pienso desvincularme por completo de Buenos Aires, que, a pesar de todo, es Buenos Aires.

En definitiva: Cosío me dice que no habría inconveniente, si fuese a México, en arreglarme una situación en el Colegio: que va a hablar contigo, y que ya concretaremos fechas. Si, como creo, se arregla en definitiva lo del

Brasil, sería para después, y habría tiempo más que suficiente para prevenirlo todo. En otro caso, lo apresuraríamos en lo posible.

Recibe un abrazo de Francisco Ayala.

(Nota manuscrita)

Saludos de Nina para vosotros.

18
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 20 de noviembre de 1944
Sr. Dr. Renato Treves
Tucumán

Querido Treves:

Acabo de recibir carta de Medina, que le incluyo a usted para que la vea. El cheque se lo entregaré a Losada para que lo negocie, y luego pondré a su disposición la mitad del importe. A ese efecto, le ruego me diga cuándo piensa estar por acá de vuelta de los exámenes; pues si fuese pronto más vale esperar para darle aquí el dinero; si ha de tardar, se lo giraré ahí.

Si fuese a venir pronto, le rogaría también que se traiga el célebre Sorokin, para que yo le eche una ojeada y se lo devuelva.

Cordialmente suyo

Francisco Ayala.

19
De Francisco Ayala a Renato Treves

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1944

Querido Treves:

Ayer me dieron en Losada la liquidación de nuestro cheque. Resultan de ella 199,70. Como todavía han de pasar varias semanas antes de su venida, le envío su parte por giro postal, cuyo talón incluyo adjunto, por valor de 99 pesos.

Respecto del número de ejemplares a pedir, creo mejor que sea usted quien le dirija el pedido, porque yo le he escrito pidiéndole también 100 ejemplares de mi *Ensayo sobre la Libertad*, y de esa manera se dosifica el pedido. Si nos da los cien ejemplares, no tengo inconveniente en que usted disponga de más de la mitad, pues creo que con 25 o 30 ha de bastarme para distribuir a los amigos, tanto más después del amplio reparto que pienso hacer del otro cuaderno.

Hasta pronto. Un abrazo de

Francisco Ayala

20
De Tullia Zevi a Renato Treves

Desde: Tullia Zevi
C/O QUADERNI ITALIANI
POB 288 – Grand Central Annex
New York, N.Y.

A: Renato Treves
Juncal 1770
Buenos Aires
18 de enero de 1945

Caro Treves,

Le scrivo per annunciarle che mio marito mi ha recentemente informata dell'arrivo del suo manoscritto. Io gli ho scritto chiedendogli di darmi al più presto una risposta circa la possibilità di pubblicarlo in italiano sul posto. E Bruno mi ha risposto che pensava che sarebbe molto utile pubblicare il libro, e che avrebbe cercato di decidere al più presto la cosa insieme agli amici. Attendo quindi relativamente presto una risposta definitiva in proposito, risposta che mi affretterò a trasmetterle.

Ho ricevuto la copia dell'edizione spagnola dei libri di Rosselli. Mi è parsa bellissima. Ho dato i due volumi alla moglie di Carlo, perche è l'unica cosa che, in mezzo a tante tristezze, dia loro un po' di gioia. Vi sarebbe possibile inviarmene altre tre copie, una per la signora Amelia[1], una da inviarne a Bruno, e una per me?

Mi ha telefonato giorni or sono sua sorella, parlandomi del manoscritto su Croce, che lei vorrebbe far pervenire al medesimo. Dato che io invio regolarmente pacchi a mio marito, mi sarebbe facile farglielo pervenire. E potrei forse trovare anche una via più rapida. Attendo quindi che lei dia il via a sua sorella, per spedirlo.

Mio marito mi scrive che i giornali italiani hanno sete di notizie estere. Ne chiedono a noi continuamente. Quindi, se avete articoli pronti, o avete tempo di scriverne, mandatemeli, e li farò proseguire. Questo interesse, dopo tanto isolamento, è più che comprensibile, ed è bene aiutarli. Ho spesso modo di vedere la stampa italiana, ed è estremamente povera di notizie estere. Qualunque articolo dal Sudamerica li interesserà moltissimo

1 Amelia Pincherle Rosselli (1870-1954), antifascista y escritora, fue la madre de Nello y Carlo Rosselli. Amelia era también el nombre de la hija de Carlo Rosselli y de Marion Cave, activista del partido laborista inglés.

(sull'emigrazione, sui problemi economici e politici dei vari paesi, sulle donne, ecc. ecc.).

Mi ricordi a Fiammetta con molto affetto, e mi saluti gli amici.

Riceva una cordialissima stretta di mano,

Tullia Zevi

21
De Renato Treves a Benedetto Croce (carta manuscrita)

Tucumán, 6 febbraio 1945
Calle Salta 410
Al Senatore Benedetto Croce
Villa del Tritone, Sorrento

Approfitto della cortesia della signora Levi per inviarle dopo tanto silenzio il mio deferente saluto e per farle avere, allo stesso tempo, una copia d'un mio lavoretto in cui ho cercato d'esporre le linee essenziali del mio pensiero politico.

Ho creduto necessario di far conoscere al pubblico latino americano il punto di vista del nostro liberalismo, per reagire alle tendenze qui dominanti che uniscono il capitalismo e la borghesia col liberalismo per proclamare con la morte dei primi anche quella del secondo. Il desiderio di insistere sulla differenza tra liberalismo e capitalismo mi ha spinto a dedicare un ultimo capitolo al socialismo liberale. So ch'ella personalmente non ne condivide il programma; ciò non di meno, credo che questo possa essere dedotto in gran parte da premesse che si ritrovano nel suo insegnamento.

Ho rammaricato di non aver potuto leggere gli scritti di carattere politico posteriori al 1940 ch'ella ha indicati in una lettera diretta al prof. Mondolfo. Dopo il colpo di Stato fascista dell'anno scorso qui in Argentina, mi pareva pero urgente pubblicare il mio libretto. Credevo doveroso far sa-

pere, senza indugio, in questo paese che generosamente mi ha ospitato, quale sia stata la lunga e dolorosa esperienza italiana.

Questa urgenza di pubblicare il libro e il fatto d'averlo dovuto redigere a Tucumán, dove scarseggiano i mezzi bibliografici, forse possono giustificare in parte le numerose deficienze che sono il primo a riconoscere.

La situazione politica attuale ha destato interesse per i miei scritti. Lo dimostrano le traduzioni. Non gliene parlo perché giá le scrisse Mondolfo.

Quando penso alla tragedia d'Europa e d'Italia non oso parlare della mia vita qui. Le dico solo sento molto la nostalgia dell'Italia e il vivo desiderio di avere notizie di tanti cari. Vorrei sapere qualcosa del nostro caro Solari.

Proprio in questi giorni si pubblica la traduzione della sua filosofia del diritto privato.

Mi ricordi a Raimondo. Un distinto saluto

RT

22
De Renato Treves a Giorgio Tagliacozzo

Tucumán, 16 de junio de 1945

Caro Tagliacozzo,

ho ricevuto la tua del 15 marzo e, a mezzo di mio cugino ing. Gino Fubini, il testo della tua trasmissione radiale dell'8 aprile sul liberal-socialismo italiano.

Ti ringrazio vivamente per tanta cortesia. Mi fa molto piacere constatare che coincidiamo nelle aspirazioni politiche. Purtroppo il socialismo liberale, che forse oggi costituisce l'esigenza più diffusa nei popoli e non solo nel popolo italiano, è in questo momento più che mai minacciata dalle tendenze autoritarie e conservatrici dei governi vincitori.

Ti invio con questa stessa posta un numero di *Italia Libre* di Buenos Aires ed il numero 25 di *Jornadas* del Messico ove chiarisco alcuni punti dell'ultimo capitolo del mio libro su Croce che è, in verità, un po'affrettato. Ora lo scriverei diversamente.

Se la *Jornada* già ti fosse giunta dal Messico, ti pregherei di dare questa copia a qualche amico: a Bruno Foà o a Paolo Ravà che conobbi a Torino nel 1938. Ad ogni modo ti prego di ricordarmi ad entrambi molto cordialmente.

Leggerò con molto piacere i tuoi scritti crociani. Ho sempre vivissimo desiderio di seguire le attività degli amici italiani negli Stati Uniti. Qui in Argentina ci sentiamo molto isolati.

Grazie ancora e un saluto cordiale

23
De Luis Jiménez de Asúa a Renato Treves

28 de julio de 1945
Dr. Renato Treves
Salta 410
Tucumán

Mi muy querido amigo:

En este momento recojo en el Centro Republicano el número 25 de *Jornadas* en el que viene un trabajo de usted que, a juzgar por el título, ha de ser enormemente sugestivo. Esta noche me pongo a leerlo con la seguridad de hallar en sus páginas enseñanza y deleite.

Un abrazo muy fuerte de su buen amigo

Luis Jiménez de Asúa

Mi dirección: Bartolomé Mitre 950

UNA RESEÑA DE *UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA* (*La Vanguardia*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1945)

Socialismo y Libertad

Dardo Cúneo

***Una doble experiencia política: España e Italia.* Por Renato Treves y Francisco Ayala. Cuaderno de "Jornadas", de Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México.**

La guerra anterior deja paso a una nueva generación. Esa generación debe pensarse un destino y desvestir fantasmas. El examen es el ejercicio que le corresponde como generación de una época de crisis. El problema de ubicarse es de dificultades mayores que los de generación advenida en horas aquietadas para hacer normales tránsitos. Cuando los muros vacilan a su alrededor, la decoración se modifica y los actores son reemplazados en el escenario, la tarea de buscar ubicación y destino es cosa de riesgo que exige primeramente el examen e inmediatamente compromete a la acción. Las posibilidades de recrear al mundo conmovido en la guerra disminuyen.

El fascismo adelanta sus pasos. La nueva libertad que la agonía guerrera prometía se muere en promesa. La realidad va advirtiendo que entre la [ilegible] arquitectura del régimen capitalista, la violencia [ilegible] le está asegurando a la libertad una muerte a plazos cortos. Esa generación que acaba de insurgir es la generación de un mundo estafado. En nombre de ella toma la palabra Renato Treves; pero precisa contra la confusión: él habla en nombre de la generación italiana que formada después de la guerra del 14 sostiene la fe en el socialismo que no piensa en un solo momento desvincularse del ideal de libertad.

"Los socialistas liberales –escribe (pág. 40)– no solo defienden la libertad en contra del fascismo sino que luchan en contra del capitalismo burgués que la ha traicionado, y las clases trabajadoras, por iguales razones, no solo luchan contra el capitalismo burgués sino que sienten y afirman cada vez más claramente las exigencias de libertad y democracia". El fascismo ha armado bandas para azotar a la libertad. Si el fascismo que es la empresa antisocialista por excelencia procura anular a la libertad, ¿no entenderán los socialistas que la libertad es la primera bandera del socialismo?

"Este carácter de dictadura burguesa –agrega Treves– propio del fascismo explica por qué los jóvenes a quienes me refiero tienen una fe obstinada en la libertad, que, en su último espíritu, es profundamente moderna y revolucionaria". Renato Treves trae en su apoyo las opiniones de Gobetti y de Rosselli. El primero ha afirmado que el movimiento de emancipación obrera constituye el verdadero movimiento liberal de la Edad Moderna; el segundo ha sostenido que "el socialismo como movimiento de emancipación concreta del proletariado es un liberalismo en acción; es la libertad que se realiza por las clases humildes".

Y recordando a Croce, Treves advierte que el liberalismo, en la concepción del maestro, es la "esencia misma de la filosofía moderna, y, por tanto, es independiente de los principios económicos de la burguesía capitalista". Diferencias suficientes. El liberalismo de la revolución socialista no es el que se desprende del "laissez-faire, laissez passer" de la irrupción burguesa. No se [ilegible] en Manchester. El liberalismo del socialista es la causa de la libertad del hombre.

Este cuaderno de "Jornadas" incluye con los trabajos de Renato Treves otros dos de Francisco Ayala; el examen de dos experiencias, la italiana y la española. Y al cabo de ellas la fe en la libertad como idea, medida y posibilidad del hombre.

DOS TEXTOS DE LA DÉCADA DE 1980

Antifascismo italiano y español en el exilio argentino. Un debate y otros recuerdos

Renato Treves

En este congreso sobre Cultura y Política en la España de 1936 creo que tenga cierto interés volver a recordar el debate que tuvo lugar en Argentina, en 1944, hace ya más de cuarenta años entre Francisco Ayala y yo.[1]

Ayala, intelectual de mi misma edad, miembro de la Real Academia Española, vive ahora en Madrid desde hace algunos años. Antes de la guerra civil había sido profesor de Derecho Político en la Universidad de Madrid y, hacia el final de la guerra, tras abandonar España después de varias peripecias en 1939, casi contemporáneamente a mi llegada, se había establecido en Argentina. En pocos años consiguió una considerable notoriedad en el ambiente cultural latinoamericano a través de la fértil actividad que desarrolló en la editorial Losada en Buenos Aires, donde trabajó buena parte de la intelectualidad española exiliada. También se hizo conocer por sus colaboraciones en las páginas literarias del periódico *La Nación*, por sus clases en la Universidad del Litoral y por algunos escritos de sociología y de política, que adelantaron la publicación de su fundamental *Tratado de Sociología*[2].

1 Este texto de Renato Treves y el que le sigue de Francisco Ayala evocan y en cierta forma continúan en la década de 1980 el debate que origina este volumen. El texto de Treves procede de su intervención en el congreso *Cultura e Politica nella Spagna del 1936*, celebrado en Nápoles los días 15 y 16 de septiembre de 1987, en la Facultad de Filosofía y Letras. Se publica aquí una versión revisada de la traducción de Luis C. Aparicio y Rafael de Asís en Renato Treves, *Sociología del Derecho y socialismo liberal*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991.

2 [Nota de Renato Treves] Francisco Ayala, *Tratado de Sociología*, Losada, Buenos Aires, 1947.

La excusa que originó nuestro debate fue, por un lado, la invitación a escribir un artículo sobre las orientaciones culturales y políticas de los republicanos españoles exiliados en Argentina por parte de algunos amigos italianos en los Estados Unidos. Por otro lado, el debate se inició a raíz de la lectura de un libro de Ayala titulado *El problema del liberalismo*[3], publicado anteriormente, en el cual creía encontrar la explicación de las diferencias con algunos intelectuales españoles con los que tenía en aquellos años relaciones de amistad y trabajo. Aunque teníamos análoga orientación política, a veces notaba diferencias que determinaban actitudes distintas sobre doctrinas y problemas entonces ampliamente discutidos y, especialmente, reacciones diferentes frente a los acontecimientos que en aquellos días perturbaban el mundo.

Envié a mis amigos un artículo que fue publicado en Nueva York en 1944 en su revista *Quaderni Italiani*, bajo el título "Un aspetto della scienza politica spagnola. A proposito di un libro di Francisco Ayala" (165).

Empezaba este artículo –que representa la primera contribución al debate al que he aludido– recordando que los antifascistas italianos estaban entonces estrechamente vinculados a los republicanos españoles por sentimientos, exigencias comunes y por el recuerdo todavía vivo de la guerra civil, que fue asimismo la guerra del antifascismo italiano. Estaban también cercanos a los españoles por el hecho de que, frente a la política ambigua de las potencias democráticas, se veían obligados a tomar actitudes de expectativa y de independencia "hacia la Europa de mañana", reconociendo "que hasta que no se haya delineado una idea nueva capaz de resolver los problemas planteados por el fascismo" no se podría hablar de una victoria definitiva.

Después de esta premisa, que ponía en evidencia nuestra comunión de intenciones y propósitos, señalaba la diversidad de raíces culturales y de perspectivas políticas que nos dividían.

Observaba textualmente (166):

3 [Nota de Renato Treves] Francisco Ayala, *El problema del liberalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

"La generación italiana más joven, formada después de la guerra del 1914 bajo un régimen despótico, antiliberal, que había conservado casi intacta la estructura económica de la sociedad capitalista, ha distinguido espontáneamente, por instinto y experiencia práctica, los principios ético-políticos del liberalismo respecto de los principios económico-sociales de la burguesía capitalista. Los jóvenes intelectuales italianos, aun cuando no han aspirado a una profunda revolución social, han luchado siempre por la defensa de la libertad que consideraban como un valor absoluto, independiente de las instituciones históricamente determinadas, según la enseñanza dada por Croce, por De Ruggiero y por otros auténticos maestros de la cultura nacional. La filosofía y la ciencia política extranjera, especialmente alemana, que, inmediatamente después de la guerra, habían comenzado a hablar de declinación de la civilización occidental, de decadencia de la sociedad burguesa y capitalista y de crisis de los principios liberales y democráticos, hacían poca presa en nuestro país".

Después subrayaba que la generación intelectual española, educada en la misma época pero en una atmósfera política y en un ambiente cultural profundamente distintos, se orientaba hacia actitudes muy diferentes frente a las corrientes filosóficas y politológicas antes mencionadas. En el clima de libertad intelectual en el que habían vivido durante muchos años y que no había sido interrumpido por la dictadura de Primo de Rivera, los que pertenecían a aquella generación tuvieron la posibilidad de analizar y de discutir los peligros y los males de las democracias liberales y capitalistas, aplicando la enseñanza de Ortega y Gasset y de los escritores políticos, especialmente alemanes, de los que justo este autor había hablado con particular interés. La experiencia dolorosa de la guerra civil y la incalificable posición tomada frente a ella por las naciones democráticas cerradas en la política de no intervención, condujeron a los españoles tras la guerra a reflexionar cada vez más sobre aquellos males y aquellos peligros. Esto explica –decía yo– cómo, "sobre las huellas de los escritores alemanes, Ayala inicia su libro afirmando el principio fundamental por el cual el liberalismo, como ideología y como movimiento político, es el producto característico del modo de obrar, sentir y pensar de la burguesía moderna; es el reflejo de la concepción utilitaria de la vida con la que esta misma burguesía, de modo astuto y solapado, llega a adueñarse poco a poco del poder, sin dar la im-

presión de poseerlo en conjunto. La división de los poderes, los principios de igualdad y de libertad, y todo el sistema de derechos y garantías que caracterizan al Estado constitucional moderno, para él no son otra cosa que una manifestación de la mentalidad del hombre económico, de la mentalidad burguesa. El espíritu del liberalismo se identifica así con el espíritu de la burguesía.

Las consecuencias que se derivan de estas premisas son evidentes. Por la formación de grupos plutocráticos que dirigen y controlan toda la vida económica y por la constitución de una masa proletaria con conciencia específica de clase, el predominio de la burguesía en estos últimos años se encuentra en serio peligro y, puesto que la burguesía se identifica con el liberalismo, están también en serio peligro la ideología liberal y las instituciones jurídico-políticas sobre ella fundadas" (170).

La completa desconfianza en la ideología liberal, cuyo destino considera indisolublemente vinculado al de la clase burguesa próxima a sucumbir, induce luego a Ayala a concluir su interesante libro con un sombrío cuadro sobre la situación en la que se encontraban los intelectuales. Para él, también los intelectuales son un típico producto de la sociedad burguesa, en la que tienen la ilusión de cumplir una función dirigente, casi sacerdotal. Ahora bien, Ayala explica cómo esta sociedad burguesa se está desintegrando y generando masas mediocres, organizadas en grupos y en facciones. Estas masas no dejan que los intelectuales se recluyan en la serenidad de su trabajo: los amenazan, los espían, los constriñen a tomar posiciones en la vida política, les obligan a seguirlas, no a dirigirlas.

Mi artículo, que he resumido aquí retomando textualmente algunos pasos, no desagradó a Ayala. Más bien se interesó vivamente porque vio en él, no tanto una crítica de su libro, cuanto la tentativa de interpretar la ciencia política española como expresión de una experiencia profundamente distinta de la vivida por la generación italiana. Se basó en el artículo mismo para exponer una síntesis interpretativa de la experiencia política de su generación y de las actitudes ideológicas vinculadas a ella. A continuación realizamos una comparación entre nuestros respectivos puntos de vista, que nos condujo a examinar y valorar de común acuerdo las condiciones que podrían conectar los destinos de todos los pueblos latinos, asignándoles, al mismo tiempo, una específica misión cultural en el mundo futuro.

Analizo ahora brevemente las consideraciones de Ayala, mis observaciones y las conclusiones del mismo Ayala. Se trata de escritos que fueron publicados conjuntamente en un pequeño volumen de la colección *Jornadas* del Colegio de México, texto que, prescindiendo de su contenido intrínseco, debía simbolizar, según nosotros, "la comunión de intereses y de estímulos espirituales de los pueblos latinos".

Ayala en su escrito llama la atención en primer lugar sobre los problemas de política interior y especialmente de política exterior que habían alterado la vida de la Monarquía española desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta el inicio de la guerra civil. Se trataba de una política aislacionista y renuente, especialmente en los enfrentamientos con Marruecos, sobre los que yo no me había detenido sino que más bien había pasado por alto, limitándome a recordar el clima de libertad que, a pesar de aquellas alteraciones, se había mantenido en esa época. Posteriormente, Ayala examina el breve periodo de los años comprendidos entre la caída de la Monarquía y el inicio de la guerra civil, "periodo convulso, durante el cual se agitaron las fuerzas sociales cuyo desarrollo había roto el dique del viejo Estado buscando ciegamente un nuevo equilibrio político"; un nuevo equilibrio que "hubiera desembocado, probablemente, en una solución democrática, si la intervención extranjera no se hubiera introducido a favor del incidente de 1936, convirtiendo en guerra civil prolongada un conflicto que prácticamente estaba resuelto a favor del gobierno legal". Pensando en los años de la República, Ayala me hizo observar que la crítica hecha en su libro a las instituciones liberales no procedía tanto de las influencias intelectuales extranjeras orientadas hacia posiciones antidemocráticas, cuanto de experiencias concretas vividas y sufridas en el propio país. Destaca, por ejemplo, la debilidad de los gobiernos republicanos, incapaces de controlar las fuerzas sociales desencadenadas, y la inexperiencia política de los dirigentes, entre los que incluye no solo a los intelectuales y dirigentes laborales formados en la oposición, sino también al primer presidente de la Republica, Alcalá Zamora, que formaba parte de la oligarquía monárquica y había gobernado con ella. Recuerda después cómo la ineficacia de las instituciones democráticas y liberales había sido puesta en evidencia cuando, hacia finales de 1933, la coalición reaccionaria asumió el gobierno y destruyó la obra apenas realizada por el gobierno anterior. "Por otra parte, los

partidos democráticos excluidos del poder se vieron privados, a causa de los mecanismos liberales creados por ellos mismos, de todos los medios e instrumentos para la lucha política. Yo mismo –dice Ayala– he sido testigo cuando, en plena vigencia de la Constitución republicana fueron cayendo en manos de los grupos plutocráticos enemigos de la República todas las empresas periodísticas del país, de tal manera que la inmensa opinión democrática no hallaba otra expresión ni otro alimento que el muy parco, insuficiente e inadecuado, suministrado por los pequeños órganos periodísticos de los partidos obreros" (182).

Ante una situación como esta, fruto de la experiencia política directa, en los espíritus de mi generación, o en algunos de ellos al menos –añade Ayala– se concretiza "la crítica de las instituciones liberales, que ya se había hecho en Europa, y de la que teníamos un conocimiento intelectual. Solo que, en nosotros, esa crítica, lejos de implicar escepticismo respecto de los valores de la libertad, quería afirmarlos con pasión y convicción profundas, incluso frente a un dispositivo institucional que, ideado en otras circunstancias sociales para salvaguardarlos, se había mostrado, no ya inepto, sino hasta instrumento de su burla".

Así, el gobierno de la República permaneció todavía conectado a la tradición de la política aislacionista seguida ya por la Monarquía, y en el momento decisivo no se dio cuenta de la crisis que estaba atravesando el equilibrio europeo y no tuvo la agilidad necesaria para ingeniársela de la forma debida respecto a las grandes potencias. Sin embargo en todo caso, concluye Ayala, la terrible experiencia de los años pasados no deja como balance "un escepticismo negro acerca del porvenir de la libertad humana. El sentimiento de la libertad es tan profundo en el pueblo español, se encuentra tan arraigado en sus entrañas, le es tan esencial y lo vive con tal independencia de cualquier sistema de instituciones, que es capaz de afirmarse en contra de aquellos ordenamientos jurídico-políticos que, dentro y fuera del país, se han mostrado ineficaces, falaces y vacíos, en busca de otros más efectivos. Y ahora, tras de la catástrofe, la disposición de ánimo de los españoles, tan enfermiza en muchos aspectos, es en uno especialmente sana: en el de saber que su pueblo ha rendido un esfuerzo colosal, a pecho descubierto, por la causa de la libertad, y ello en un estado de inocencia que lo

condenaba al fracaso inmediato, pero que aumentaba su valor espiritual" (185).

No me detengo en resumir mis observaciones que siguieron a las de Ayala. Diré solamente que en ellas, después de haber expresado mi satisfacción por la ferviente fe en la libertad que emergía de sus palabras, me sumo a él al expresar el deseo de que nuestros dos pueblos trabajen juntos para crear las condiciones aptas para realizar "una convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos". Afronto después el problema de las nuevas generaciones desilusionadas y desalentadas, señalo los peligros del renacimiento del fascismo bajo nuevas apariencias, sin excluir las de los vencedores aliados y, por consiguiente, afirmo como exigencia que el antifascismo lleve hasta el final su lucha contra el enemigo común. Doy finalmente amplias informaciones sobre la acción desarrollada y los principios promovidos por el movimiento Giustizia e Libertà y expreso mi esperanza y mi confianza en la llegada de un socialismo liberal que no defienda solamente la libertad contra el fascismo que la suprimió, sino que también combata el capitalismo burgués que la traicionó.

Ayala, después de algún comentario breve a mis observaciones, concluye el debate con un interesante ensayo sobre la misión de los pueblos latinos, que merece aquí ser recordado.

Destaca ante todo que, para satisfacer nuestra común aspiración fundada en el respeto de la persona humana, no es posible afrontar el problema de la libertad política en términos nacionales. Es preciso ir más allá de estos límites, proyectándolos en una esfera más amplia, como ha sido puesto en evidencia por primera vez "por la guerra de España, donde a favor de un conflicto interno, irrumpió la pugna por el poder mundial, potenciándolo y conduciendo sus datos a tensiones extremas. De este modo, si los términos del conflicto interno adquirieron así proyecciones universales, quedaron vinculados también –y no por voluntad de los españoles– a la alternativa de la pugna por el poder mundial: la causa del pueblo español que luchó contra el fascismo fue, es y seguirá siendo, quiérase o no, la misma causa de las Naciones Unidas; y el triunfo final obtenido por estas excluye toda posibilidad histórica de que perdure el sistema político impuesto ahí por sus adversarios con el designio de combatirlas y destruirlas. No creo, en

efecto, que haya voluntad lo bastante fuerte para impedir la caída a plazo breve del actual régimen de España –impuesto en guerra internacional contra la activa y beligerante oposición del pueblo, y que todavía ha querido continuar esa guerra internacional, fuera de España, mediante la llamada División Azul–, siendo así que han fracasado los intentos de salvar algo de la vieja estructura fascista de la Italia vencida, y de la estructura político-administrativa –a cuyo favor podía invocarse la continuidad legal y la pasiva anuencia del pueblo– de la Francia colaboracionista.

De este modo, no tardarán en hallarse los tres grandes pueblos latinos del Occidente europeo –para solo hablar de ellos– en parecidas condiciones de fluidez política, y colocados bajo la efectiva férula de las Naciones Unidas, que –dueñas por el hecho de su victoria de las claves del poder mundial– tendrán a su cargo y responsabilidad el reajuste del conjunto de las relaciones humanas con vistas al futuro. El curso de los acontecimientos históricos ha determinado que, en la actual coyuntura, los pueblos latinos se encuentren excluidos de las claves decisivas en la organización del mundo que se prepara. Pero en cambio van a afrontar los problemas de posguerra en un estado de flexibilidad y de experiencia política que, en algún sentido, podría compensar su posición subordinada, colocándolo en condiciones de ofrecer una orientación que supla con el influjo espiritual la carencia de poder material, y de cumplir así una misión histórica de incalculable alcance en este momento cardinal de la humanidad" (214).

Creo que Ayala, después de tantos años, ahora famoso no solo como sociólogo y politólogo, sino también como autor de apreciables obras literarias, no recordará ya este viejo debate, y tengo que decir que yo también lo había en parte olvidado. Sin embargo, cuando volví a leerlo con ocasión de este congreso, me pareció que valía la pena resumirlo. De hecho, no solo describe estados de ánimos, pensamientos y esperanzas de los antifascistas italianos y españoles exiliados en Argentina poco antes del fin de la guerra, sino también por otros motivos. En realidad, este debate sirve ante todo para explicar cómo el contraste que se podía apreciar entre nosotros no era debido solamente a la distinta formación cultural de italianos y españoles de la misma generación, sino también a una diferente experiencia política. Por un lado, la experiencia de quien había vivido bajo el régimen fascista,

había juzgado aquel régimen como un mal y tenía, entonces, buenas razones para creer en el próximo advenimiento del antifascismo, sintetizado en las dos palabras de socialismo y libertad. Por otro lado, la experiencia de quien había vivido los años atormentados del frente popular, de la agresión fascista, de la guerra civil y que, a pesar del episodio de la División Azul, no tenía entonces buenas razones para creer en la llegada del antifranquismo sintetizable en aquellas dos palabras. Considerado a la luz de los acontecimientos sucesivos, este debate puede además servir para explicar cómo el contraste entre las generaciones italianas y españolas, hace cuarenta años, no tendría razón de ser en los tiempos recientes entre la vieja generación italiana y la joven generación española crecida bajo el franquismo. Los componentes de esta última generación han vivido, de hecho, una experiencia diferente de la de sus padres y muy similar a la de la generación italiana anterior a la suya. Es decir, han vivido durante muchos años bajo la opresión del régimen franquista que consideraban como la síntesis de todos los males, y que combatían en nombre del antifranquismo, interpretado como la síntesis de todos los bienes. En los últimos tiempos manifestaban una confianza y una esperanza con analogías con las que yo había expresado al redactar mi respuesta a Ayala tantos años antes. No olvidaré nunca la emoción que experimenté cuando en 1967 fui por primera vez a España, entonces franquista, y tomé contacto con los antifranquistas de la generación más joven que la mía (José Vidal Beneyto, Elías Díaz, Luis García San Miguel y tantos otros). Encontré en ellos un interés por nuestro pasado, una apertura y una posibilidad de entendimiento y de colaboración que desde entonces me hicieron comprender cómo en el plano político y cultural, entre nuestros pueblos se podrían establecer vínculos más sólidos y más estrechos de los del pasado.

Estos recuerdos de un debate de hace más de cuarenta años tienen evidentemente el carácter y los límites del testimonio; las observaciones contenidas en este testimonio no deben, por lo tanto, generalizarse. Digo esto especialmente con respecto al escaso interés por autores y doctrinas muy significativas de la cultura política italiana de aquel tiempo; escaso interés que había notado en el libro de Ayala y que constituyó el punto de partida de nuestro debate. De hecho, se trataba de una observación que se refería a Ayala y a aquellos españoles que, como él, se habían formado más o menos

directamente en el magisterio de Ortega y Gasset, pero no podía extenderse a otros españoles que conocí en aquellos años lejanos.

Entre ellos, me limito a recordar a Diego Abad de Santillán, conocido representante de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), admirador de Enrico Malatesta y de Luigi Fabbri, profundo conocedor del anarquismo italiano[4]. Nació en España en Reyero (León) y pasó muchos años en Argentina. De 1936 a 1939 ocupó posiciones de primer plano y funciones de gran responsabilidad política y militar en Cataluña, oponiéndose decisivamente a los comunistas y al "grupo cercano a los comunistas de Negrín"[5].

Después de la guerra, Santillán regresó a Argentina, donde estuvo próximo a los fundadores del movimiento Italia Libre, demostrando un notable conocimiento y una viva simpatía por nuestra cultura incluso más allá del proprio sector político. Recuerdo, por ejemplo, sus referencias a estudiosos italianos como Enrico Leone y Rodolfo Mondolfo que, como él dice, "transfiere a Marx el propio socialismo humanista y hace conocer con oportunas citas un marxismo distinto de aquel que conocíamos"[6]. Recuerdo además su traducción de *Socialismo liberal* de Carlo Rosselli, que conoció en los primeros meses de la guerra civil y que, en Barcelona, ayudó a constituir la Columna Italiana[7]. Especialmente, no puedo olvidar el estímulo que dio a algunas iniciativas de amigos suyos en Buenos Aires: Samuel Kaplan, que publicó en su propia casa editorial Imán la traducción de las importantes obras de Benedetto Croce, y Oberdan Caletti, que no solo tradujo algunas

4 [Nota de Renato Treves] Sobre Santillán, véase: Antonio Elorza, "Diego Abad de Santillán: Anarquismo y utopía", preliminar a la antología de Diego Abad de Santillán, *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938*, Ayuso, Madrid, 1976.

5 [Nota de Renato Treves] Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (primera edición: Buenos Aires, 1940; segunda edición: Cajica, Puebla, México, 1975), p. 13.

6 [Nota de Renato Treves] Diego Abad de Santillán, *Estrategia y táctica*, Cajica, Puebla, México,1971, pp. 76-77.

7 [Nota de Renato Treves] Véase Renato Treves, "L'edizione argentina di due libri di Carlo Rosselli", *Nuova Antologia*, julio-septiembre 1982, pp. 229-236.

de estas obras, sino también escritos de Gioele Solari, de Adolfo Ravà, de Guido de Ruggiero, y muchos otros.

Conocí a Santillán poco después de su llegada a Argentina, me lo presentó Mondolfo. Quedé impresionado por el atractivo de su personalidad y por la prodigiosa actividad que desarrollaba como traductor, escritor, editor y representante político. Aprecié también su mesura y disponibilidad para el diálogo. Le vi por última vez, casualmente, en Madrid, en 1976. Eran días de particular tensión después de la muerte de Franco. Yo acababa de llegar a aquella ciudad cuando, por la prensa, supe de su regreso a la patria después de cuarenta años de exilio. Logré reunirme con él, pero nuestro encuentro, cordial como siempre, fue breve. Tenía una cita, la primera cita política, con el ministro del Interior. Le pregunté qué podía decir al ministro un partidario de la Federación Anarquista. Me respondió que, en primer lugar, le aconsejaría legalizar al partido comunista, que en aquellos días operaba todavía en la clandestinidad.

Santillán volvió a Cataluña. En Barcelona, donde publicó sus *Memorias*[8], fue acogido con entusiastas manifestaciones de simpatía. Aquella acogida, según lo que me han dicho, tuvo escasa duración. Siguieron las críticas, quizá debidas a sus propósitos de moderación. Después el silencio, el olvido en el periodo que precedió a su muerte. Sin embargo, en aquellos que le han conocido ha permanecido siempre vivo el recuerdo.

8 Diego Abad de Santillán, *Memorias (1897-1936)*, Planeta, Barcelona, 1977.

Evocación de un viejo debate

Francisco Ayala

La Universidad de Nápoles celebró en el pasado diciembre un coloquio internacional sobre Cultura y Política de España, 1936, al que, invitado, me fue imposible asistir, pero en el que de varias maneras se puso en juego mi nombre. Y en estos días recibo el texto de una comunicación allí leída por el profesor Renato Treves sobre "Antifascismo italiano y español en el exilio argentino. Recuerdo de un debate". El debate a que se refiere tuvo lugar en Buenos Aires entre él y yo, casi recién llegados ambos a la Argentina desde nuestros respectivos exilios.[9]

Al remitirme ese nuevo escrito suyo evoca Treves aquel lejano episodio, y se congratula de que podamos rememorarlo ahora, tanto tiempo después, desde la altura de nuestra avanzada edad. Joven profesor entonces de la Universidad de Turín, Renato había tenido que abandonar su patria cuando Mussolini hubo de plegarse a las exigencias de Hitler estableciendo leyes raciales contra los judíos. (Por aquellas mismas fechas arribaba igualmente a Buenos Aires –y tuve yo ocasión de encontrarla en casa de Victoria Ocampo, de quien era amiga– la antigua amante de Mussolini, Margherita Sarfatti, judía ella también, como Treves, y ya no tan joven.) Con Renato Treves entablé y mantuve una estrecha amistad durante los años azarosos de nuestro compartido exilio. El suyo había de ser breve, en contraste con el mío, que, gracias a las triunfantes democracias, debió prolongarse todavía por muchísimo tiempo. Cuando, terminada la guerra en Europa, regresó mi amigo a Italia, fue protagonista de una mínima anécdota que, con sonreída ironía, me contaría en uno de nuestros ulteriores encuentros.

---

9 Este texto de Ayala está motivado por la reacción que le produjo la lectura de la comunicación de Treves, que este le hizo llegar y que se conserva en la Fundación Francisco Ayala. Fue publicado en *El País* el día 25 de febrero de 1988.

Había llegado a Turín para recuperar su cátedra universitaria, y al verle aparecer en el edificio, el bedel le saludó afablemente: "Buenos días, doctor Treves. Hace tiempo que no le veía por acá. ¿Es que ha estado enfermo, o algo?". El buen hombre apenas si había notado su ausencia... El incidente es mínimo en verdad, trivial si se quiere; pero a mí me impresionó y me hizo pensar bastante.

El debate que Treves y yo sostuvimos en América fue un debate amistoso, mantenido en los términos de la mayor cordialidad, y pese a tratarse en él de cuestiones vitales, discurrió en el plano estrictamente intelectual. Como explica ahora en su comunicación al coloquio de Nápoles, fue ocasionado de parte suya por la invitación que le habían hecho desde Estados Unidos algunos exiliados italianos para que comentara en un artículo las orientaciones culturales y políticas de los republicanos españoles. Supongo que entre esos exiliados figuraría, quizá en lugar destacado, un personaje de gran relieve, Max Ascoli, con quien más adelante tendría yo en Norteamérica una buena colaboración. Se había casado Ascoli con una mujer de la familia Vanderbilt, y este matrimonio le colocaba en posición de ejercer cierta influencia en el ambiente neoyorquino. Cuando yo lo conocí andaba con muletas, y por él supe cómo, el día en que la radio había transmitido la noticia de la rendición alemana, lleno de regocijo quiso echarse en seguida a la calle y, sin darse cuenta –tal era su alegre aturdimiento– de que el ascensor no estaba como creía en el piso, cayó por el hueco de la escalera, rompiéndose las piernas. Es también anécdota, nada trivial esta, pero sí de irónico significado.

Pero volvamos al debate en cuestión. Treves había tomado pie para el artículo que sus expatriados compatriotas le encargaban en cierto libro mío, *El problema del liberalismo*, que acababa de publicarse, y cuyo análisis le daba materia para trazar los rasgos peculiares de la ciencia política española inmediatamente anterior a la guerra civil.

Su artículo, que vio la luz pública en 1944 (mientras todavía estaba en curso la Segunda Guerra Mundial), comenzaba señalando los vínculos existentes entre los antifascistas italianos, para quienes nuestra contienda había sido a la vez su propia guerra, y nosotros, los emigrados republicanos, unos vínculos afirmados sobre todo, como él apunta ahora, "por el hecho de que,

frente a la política ambigua de las potencias democráticas, se veían obligados a adoptar una actitud de espera y de distancia «frente a la Europa de mañana», en el convencimiento de que «hasta que no hubiese delineado una idea nueva capaz de resolver los problemas planteados por el fascismo» no podría hablarse de una victoria definitiva". Pero a partir de ahí entraba a marcar las diferencias que, en el pensamiento político-social de la generación a que ambos pertenecíamos, había impuesto la diversa experiencia de unos y otros en sus respectivos países.

No sería oportuno descender aquí a explicaciones y detalles que, si son de interés para quienes los tienen por cuestiones de filosofía o de sociología política, pueden resultar enfadosos para el público general. Bastará decir que Treves, como perspicaz escrutador de la relación existente entre las ideas y las situaciones sociales básicas en cuyo seno surgen y sobre las que procuran operar, supo presentar en forma sumaria pero muy suficiente un panorama comparativo que ponía de relieve en aquella hora crítica la diversa formulación de aspiraciones hacia un valor común según las experiencias nacionales correspondientes.

Por supuesto, el trabajo de mi colega y amigo el profesor italiano fue estímulo poderoso para que yo mismo volviera sobre el asunto, redactando un escrito que, junto con el suyo, se publicó en seguida en un pequeño volumen cuya difusión en los círculos pertinentes del hemisferio americano fue todo lo amplia que las precarias circunstancias consentían. Creo que rescatar y examinar esos documentos no sería vana empresa para algún estudiante de Historia y Ciencia Política que deseara esclarecer académicamente ese rincón de aquel pasado momento, tan turbio por cuanto se refiere a lo español, y confrontar los puntos de vista ahí expuestos con lo ocurrido tras la guerra mundial y hasta el presente. El propio Treves termina su escrito actual mostrando cómo la contraposición de actitudes entre los hombres de nuestra generación en Italia y en España, que señaló él entonces, se ha borrado y ya no existe para las nuevas, y recuerda con emoción el contacto que en 1967 entabló, cuando por primera vez vino a una España todavía franquista, con los antifranquistas de una generación joven. Uno de los que a propósito menciona, Elías Díaz, acaba de escribir por cierto un excelente artículo comentando el libro *Sociologia del diritto. Origini, ricerche, problemi*, que Renato Treves acaba de publicar, y que espero poder leer muy pronto.

Agradecimientos

ESTA nueva edición de la obra al alimón de Francisco Ayala y Renato Treves representa un verdadero viaje: no solo se trata de una exploración entre las sinuosidades del pensamiento de dos intelectuales que se enfrentaron con momentos decisivos del siglo XX, sino que también constituye una compleja trayectoria espacial entre polos geográficos diferentes y lejanos.

Para esto último, no solo las nuevas tecnologías han sido necesarias para recuperar las piezas perdidas de este debate mantenido en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, sino que también –de manera más tradicional– algunas de mis estancias físicas en ambos lados del Atlántico hicieron posible que este diálogo olvidado reviviese.

Por esta razón, debo dar las gracias al Remarque Institute de la New York University que en el otoño de 2016 me seleccionó para una estancia de estudio en esa increíble ciudad. De esta forma, he podido acceder a las colecciones documentales de la Bobst Library y de la New York Public Library. Debo un agradecimiento especial, por lo tanto, a Katherine E. Fleming, Jair Kessler y Samantha Paul.

En el otro lado del Océano, la ayuda preciosa del personal del Archivo APICE de la Universidad de Milán ha sido central para el conocimiento de las cartas que Ayala y Treves se intercambiaron durante la preparación de este ensayo. Dado que este es un verdadero camino transnacional, debo además reconocer la inestimable ayuda del Archivo Histórico del Colegio de México y la del librero Abelardo Linares, que encontró los artículos de Ayala en *Argentina Libre*.

Obviamente, este trabajo no habría sido posible sin el apoyo material e intelectual de la Fundación Francisco Ayala, en particular, de Rafael Juárez, Manuel Gómez Ros y Carolyn Richmond.

Durante ese camino, muchos colegas también me han dado muy buenos consejos e ideas. Recordarlos a todos sería muy largo, sin embargo, me gustaría en particular dar las gracias a Marcela García Sebastiani, Matteo Pasetti y Carlo Nitsch.

Por último, un reconocimiento especial para Daniele Serapiglia, que está a mi lado en todos los lugares y con gran paciencia.

Giulia Quaggio
Madrid, diciembre de 2017

Mientras Europa se desangraba en la lucha contra el fascismo, se publicaba en México en 1944 *Una doble experiencia política: España e Italia*, obra compuesta por cuatro textos en los que Renato Treves y Francisco Ayala, exiliados en Argentina, dialogaban sobre "el problema de la libertad política" en ese crucial momento histórico. Ambos intelectuales, con unas experiencias vitales profundamente marcadas por guerras, dictaduras y exilios, tomaban la palabra en defensa de la libertad, necesitada de una restauración global y duradera. El libro representó una contribución capital a la comunidad intelectual antifascista que se extendía por toda América en esos años.

La presente edición recupera los textos originales de Francisco Ayala y Renato Treves de los años cuarenta junto con otros dos, de la década de 1980, en que los autores evocan aquel debate; se reproduce también una reseña de 1945 de Dardo Cúneo, y se incluyen veintitrés cartas sobre la gestación, edición y difusión del libro. Asimismo, y para completar el contexto histórico e intelectual de la obra, se recuperan seis textos de Ayala y cuatro de Treves publicados entre 1940 y 1944 en las revistas antifascistas *Argentina Libre* e *Italia Libre*, hoy de difícil acceso.

El prefacio de Matteo Pasetti y el extenso estudio introductorio de Giulia Quaggio con que se abre este volumen proporcionan las claves necesarias para participar en un diálogo en el que, hoy como ayer, Ayala y Treves nos invitan a pensar en el futuro sin olvidar las lecciones del pasado.

eug EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA

fundación FRANCISCOAYALA

9 788433 861160